

# MÉXICO EN LA OPINIÓN DE MANUEL GÓMEZ MORIN



ARTÍCULOS 1946 – 1950

Compiladores  
CARLOS CASTILLO / JESÚS GARULO



MÉXICO EN LA OPINIÓN  
DE MANUEL GÓMEZ MORIN

1946 – 1950

ARTÍCULOS

COMPILADORES  
CARLOS CASTILLO  
JESÚS GARULO

MÉXICO EN LA OPINIÓN  
DE MANUEL GÓMEZ MORIN

1946 - 1950

ARTÍCULOS

Compiladores: Carlos Castillo y Jesús Garulo

FUNDACIÓN RAFAEL PRECIADO HERNÁNDEZ

Derechos reservados, 2021

Partido Acción Nacional  
Av. Coyoacán 1546,  
Colonia del Valle 03100,  
Ciudad de México.

Fundación Rafael Preciado Hernández  
Áv. Coyoacán 1722, Int. 8,  
Col. Del Valle,  
C.P. 03100, Benito Juárez,  
Ciudad de México.

La reproducción total o parcial no autorizada  
vulnera derechos reservados.

Cualquier uso de la presente obra debe ser previamente concertado.

# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	7
1946.....	11
Los vayos	13
León	21
Convención, programa, decisiones electorales, episodio	29
Caos internacional, crisis de confusión, España	37
Masa y pueblo, partidos políticos, nuevos objetivos	45
Posición internacional, anonimato, necesidad ingente	51
Hambre en el mundo	57
Elecciones 1946	65
En la base de la zozobra	69
Petróleo, precios	77
Problema fundamental, iniciativa necesaria, objeciones	83
Justicia, renovación, juventud	91
Primer mensaje	97
Expectación... optimismo... México...	103
1947.....	107
Fin de año	109
Evolución política, municipio, reforma electoral, municipio y representación	115

Municipio, otra vez, otros signos, nueva generación	119
Caciques, la técnica de las licencias, justicia insatisfecha, reforma a fondo	125
El observador objetivo	131
Visita, acumulación de problemas, subversión económica, injusticia social, el drama de la educación, caciquismo e irresponsabilidad	139
Lo internacional, lo nacional, esfuerzo indispensable	147
Sangre en Llera, el mal profundo, reforma básica	153
Vida económica, nuestro continente, nosotros	159
Euforia, empréstito, cuestiones básicas, problema agrario, ciudadanía	165
Cassandra, precios, el taller y el surco, lo nuestro, nueva visión	171
Los problemas y el problema, política y política, unidad y dispersión, conservadores y liberales, explicación	179
Liquidación, programas, urgencias	187
El partidazo, crisis, ciudadanía, reacción, los partidos políticos, México	195
Presupuesto, municipio, UNESCO	201
Desgobierno, los corrales, primacía de la política	205
1948.....	209
Perspectiva, libertad y suficiencia, ídolos del foro, sufragio y municipio, sin perspectivas	211
Guanajuato, vías jurídicas, trascendencia del fraude	217
Disposiciones legislativas aprobadas en bloque por la mayoría del congreso: discrepante y desconcierto	221
Llamamiento	225
La postulación, precisa y sin doblez, de lo que México defiende y desea	231
Más sobre lo mismo, apoyos frente-populistas, nuevas tareas	235
El estatismo, origen de los errores y deficiencias de nuestra economía	241
Ahorro nacional, contradicciones, raíz del mal	247
El gobierno y su "técnica de sansón": insiste en las soluciones de expediente	253
Lecciones, dos frentes, factor tiempo	259
Sufragio efectivo	265

1949.....	269
Reincidencia, presupuesto, impuestos	271
Tolvaneras, reforma electoral, impuestos	277
Una falsa reforma	283
Democracia del PRI, o los nuevos sistemas de sordera revolucionaria	289
La técnica y el bien público contra la magia negra del dirigismo monetario	295
Se repiten los mitos que oscurecen la imagen de la realidad mexicana...	303
1950.....	311
Cambios de táctica, virreyes contra caciques, consecuencias, reblandecimiento, el peligro mayor	313
Las llamadas “masas impreparadas”, sí responden al deber político	319
La poltronería abstencionista es fecunda en críticas a la ciudadanía	325
Organización, campaña, acción permanente	331
Delegaciones genuinas, organización interna, ciudadanos poco controlables, auténtico respeto al pueblo	337
No saben de servicios públicos, pero sí quieren la reelección	343
Confusionismo, precisión, reacción	349
El suelo, opinión, gobierno	355
Quien ríe al último, colaboracionismo, reblandecimiento, otro virrey, espaldarazo	361
Precios, falta de programas, costo	367
20 de noviembre, sufragio efectivo, la necesidad nacional más apremiante	371
Otra guerra	379





## PRÓLOGO

Al igual que el volumen precedente de esta colección, *México en la opinión de Manuel Gómez Morin, 1946 - 1950. Artículos* reúne aquellos textos, ensayos y conferencias que el fundador del Partido Acción Nacional escribiera y pronunciara en distintos foros, siempre con la claridad de análisis que distinguió tanto su pluma como su voz, y con la capacidad de sumar al análisis político aquellos elementos técnicos que contribuyeran a comprender de mejor manera el argumento expuesto, la reflexión propiciada, la explicación expuesta.

Esta labor de recopilación y compilación que hoy presentamos a lectoras y lectores siguen asimismo esa intención de rescatar y difundir la obra de distintos pensadores del siglo XX mexicano, no necesariamente desde su legado más representativo –publicado en distintos medios y difundido a través de distintas plataformas– y sí recuperando aquellos textos que permiten ahondar en la diversidad de intereses y áreas de conocimiento que ostentó una generación enlazada y atenta tanto al acontecer nacional como al desarrollo de la vida pública a nivel mundial.

Es así que en el presente volumen se incluyen, en su mayor parte, escritos publicados en la revista *La Nación*, firmados también bajo el pseudónimo “Manuel Castillo”, en los que Gómez Morin, ya desde sus últimos tres años como presidente del PAN, ya desde su labor como articulista de aquel medio impreso, abunda ante todo en la forma que se desarrolló la democracia mexicana: un periodo en el que el régimen presidencialista se consolida desde el autoritarismo y se exagera contra opositores y críticos, al grado de establecer el fraude electoral como modo habitual de construir una hegemonía que duraría hasta 1989.

Destaca, así, esa manera de exponer sus escritos en tres bloques temáticos, a veces relacionados entre sí, otras inconexos y con el objetivo de abarcar esa diversidad de temas que se pueden encontrar en cada contribución. Notoria es también la mirada que se asoma a los hechos que se desarrollan en el mundo y los presenta desde una revista –*La Nación*– que bajo la dirección de Carlos Septién García dio inicio a una tradición periodística que prevalece hasta nuestros días.

En ambos casos, el recorrido que realiza el autor ofrece una ventana que retrata su tiempo y su circunstancia, que la desglosa y ahonda en sus manifestaciones históricas, en su incidencia presente, en su proyección futura; espejo que permite acceder a facetas que escapan a esa otra muestra del absolutismo que es la llamada “historia oficial” y construir, con ello, un relato más inclusivo, abierto y que demuestra la forma que las expresiones de la pluralidad y de las minorías –en este caso, de quienes promovían la democracia y la técnica como medios para ejercer y vivir el poder– no puede relegarse y mucho menos no contar con una representatividad que sume e incorpore esas voces a través de la representación política.

Un esfuerzo, en suma, que la Fundación Rafael Preciado Hernández ofrece con la finalidad no solo de recuperar las voces críticas de su propio tiempo

sino, sobre todo, aportar nuevos elementos para la conformación de ese mosaico nacional que permita incluir y reconocer al otro, a la otredad, como parte fundamental de una historia compartida.

Carlos Castillo

*Director Editorial y de Cooperación*

*Institucional, Fundación*

*Rafael Preciado Hernández*

Jesús Garulo

*Archivo y Biblioteca*

*Centro de Estudios, Documentación*

*e Información sobre el Partido Acción*

*Nacional ( Cedispan )*



1946



## LOS VAYOS

El señor Álvarez del Vayo es viejo conocido. Empezó su prominencia como Embajador de España en México; pero eso fue una etapa transitoria de su vida, apenas el comienzo de una carrera de hombre público. Lo esencial en ella, ha sido servir de instrumento de esa enorme conspiración internacional que es el frente-populismo. Un instrumento no desdeñable, porque no tiene reparos.

Recordará el lector, por ejemplo, la salida de España del señor, del Vayo cuando el desastre de la República Española. Las autoridades francesas en la frontera -no eran "petenistas" sino "frente-populistas" todavía-, tuvieron que abrir los numerosos baúles del equipaje de Su Excelencia. Y encontraron un singular contenido: títulos, valores, acciones, joyas religiosas, muchas de las cuales ni siquiera hubo tiempo de destrozar, sino que estaban integras, como habían sido tomadas de las iglesias. Por los mismos días, millares de republicanos españoles atravesaban también la frontera, sin más bagaje que sus ropas destrozadas, unas cuantas armas y las pocas municiones que les sobraron después de las cruentas batallas libradas para defender el régimen del señor del Vayo. Este se las compuso para recobrar su equipaje y para salir

\* Revista *La Nación*, año V, número 221, 5 de enero de 1946, p. 5.

con todos los “honores” a seguir cumpliendo su importante destino. Los otros, entregaron armas y municiones en la frontera misma y fueron encerrados en los campos de lamentable recuerdo hasta que, para algunos, vino la liberación de la muerte, para otros la posibilidad del viaje a México, y para otros más el retorno a España.

Como ese incidente hay otros, también sin importancia, en la carrera trascendental del señor del Vayo. De todo ha sabido. Menos, por supuesto, de esa cosa insignificante que es rendir cuentas. Esa miseria no. Es de un aburguesamiento empequeñecedor y detestable. Y él está por encima de esos menesteres. Él va y viene en los mejores aviones, en los barcos y trenes mejores, a los mejores hoteles, porque su altísima misión, en lo que a España se refiere, ha consistido en lograr, primero, que España fuese invadida por el Eje o por los Aliados, con lo que, en ambos casos, el señor del Vayo y sus honorables asociados, habrían tenido expedito el camino para regresar al Poder y en otros tres o cuatro años preparar nuevos equipajes. Esa gestión fracasó y Su Excelencia del Vayo ha seguido insistiendo en encontrar la forma de lograr el retorno al Poder, librando para ello heroicas batallas en las cancillerías y en el magnífico campo que en materia de medios de propaganda poseen y ponen a su disposición sus jefes y patronos del frente-popular. Prensa, radio, ingenuas o malévolas oportunidades de apariencia cultural, han sido los medios para crear frente a la opinión una imagen distorsionada y repugnante de España, sin que jamás un escrúpulo de veracidad o de patriotismo o de elemental decencia, haya debilitado el ímpetu glorioso de esa campaña. Durante los últimos días, las gestiones de esta sociedad de la que es miembro distinguido el señor del Vayo, se han orientado al mismo fin; pero con un nuevo procedimiento que es realmente admirable: están pidiendo –ellos, que se dicen españoles–, la creación de un rígido boicot en contra de España. Que no se compre nada a España, que nada se venda a España, que se le impida el acceso a los mercados de víveres esenciales y de materias primas y de combustibles; que se cree,



en suma, sistemáticamente, fríamente, la desesperación de la más ruda miseria y del hambre en España. Entonces, el pueblo español, rota toda posibilidad no sólo de resistencia sino de subsistencia, podrá ver el retorno de la sociedad del señor del Vayo al Poder, y España o las ruinas de España, podrán ser la colonia occidental más avanzada del frente-populismo y su centro mejor de operación sobre América.

Quizá ni el bloqueo de España sea bastante, porque los últimos gramos de energía del pueblo español serían dedicados a expulsar de España a Su Excelencia del Vayo y a sus socios. Pero siempre quedará la posibilidad de gestionar un ejército de ocupación o a falta de éste unas cuantas brigadas internacionales que, apoyadas por algunas chekas bien organizadas, exterminarían pronto la resistencia. El plan es sencillo, muy patriótico y muy humanitario, como se ve. Son las tres características del frente-popular.

¿Por qué ocuparnos de Su Excelencia el señor del Vayo cuando en casa tenemos problemas nuestros y hombres casi tan prominentes como él? Porque el señor del Vayo se ocupa de nosotros, los mexicanos, y porque en realidad, el señor del Vayo y lo que representa, es tan mexicano como español y tiene o tendrá tanta influencia en México como alcance a tenerla en España, y sus amos están tan interesados en México casi como pueden estarlo en España.

El señor del Vayo se ocupa de nosotros. Siempre ha tenido debilidad Su Excelencia por México. Por un México, naturalmente, que reniegue del oscurantismo de su tradición y de sus características y adopte los métodos de progreso que los socios del señor del Vayo pusieron en práctica en España y se sume a esa gran causa internacional del frente-populismo. Para acreditar este viejo interés del señor del Vayo, sería posible citar muchas de sus actividades de tiempos remotos, cuando el General Calles tenía el mando. Después, fue enemigo de Calles y amigo y admirador sin límite de Cárdenas. Todavía lo es y lo será mientras Cárdenas signifique algo en el control del Poder Público. También del señor Ávila Camacho es amigo; pero con claras reservas. Está creciendo su

afecto por el señor Alemán y tiene una deliciosa camaradería con su compañero de servicio, el señor Lic. Lombardo. En cambio –de sabios es mudar de opinión–, ha tomado en irónico desdén insultante su todavía no muy lejana gratitud admirativa para el señor Lic. Padilla, a quien como Canciller alabó y enalteció.

Así lo demuestran dos artículos publicados el 8 y el 15 de septiembre en una revista que se publica en Norteamérica, que lamentablemente se llama *The Nation* y de la que habremos de ocuparnos más tarde para contar algunos antecedentes. En esos artículos, del Vayo interviene en las cuestiones políticas mexicanas. Interviene activamente y –lo que sería curioso si no fuera porque todos conocen ya la existencia de la mafia y sus métodos de trabajo por consigna–, esa intervención es exactamente igual a la intervención del señor Lic. Lombardo y del señor Guzmán.

Dice el señor del Vayo, que el señor Lic. Padilla es “un sirviente del Departamento de Estado” que “es uno de los menos mexicanos entre todos los mexicanos a quienes conoce”; que es “una especie de ídolo de matinée que provoca crisis nerviosas a los mexicanos. También de paso dice que el señor Alemán, “desconocido para la mayoría de los norteamericanos, tiene tras él la experiencia de Juez, Senador, Gobernador de Veracruz y Secretario de Gobernación”, habiéndose distinguido especialmente “en este último puesto, durante la guerra, en el que demostró habilidad indiscutible. A él se debió el arresto de tres japoneses, dos de los cuáles dirigían una intentona para volar el Canal de Panamá y el tercero, una conjura para asesinar al Presidente Roosevelt”. (Si los Estados Unidos tienen todavía el Canal y tienen todavía un Presidente y ganaron la guerra, es justo que el pueblo norteamericano sepa a quién se lo deben).

Pero eso es circunstancial e insignificante. El meollo de los artículos de su Excelencia consiste en señalar, por una parte, la existencia de una tremenda conspiración contrarrevolucionaria, y, de la otra, la certeza de que el señor General Cárdenas, “el gran líder revolucionario, dará un paso al frente cuando

la lucha llegue a su clímax”, pues, aunque ahora esté retirado y haya “dejado a sus partidarios sin respiración”, “si estalla una contrarrevolución, no lo encontrará en su cama”.

¿Cuál es la conspiración contrarrevolucionaria? La misma, sombría, atroz y macanuda que denunciaron ya nuestros Guárnanos y Lombardos, una “ofensiva clerical cuya demostración más audaz ocurrió en octubre, durante el Centenario de la Virgen de Guadalupe”, que tiene como antecedentes “la angustia de la Iglesia Católica por el avance del comunismo en Europa porque ha perdido Polonia y su situación es cada vez más precaria en Rumania y en Hungría”, y que tiene como manifestaciones principales, las ya citadas fiestas de Guadalupe, el hecho de que haya venido a México un “emisario Papal especial, el Cardenal Villanueva, Arzobispo de Québec”, y de que para recibirlo hayan contribuido “las dos más enérgicas organizaciones reaccionarias. Acción Católica Mexicana y los Caballeros de Colón, con lo que se estableció el carácter político de la celebración”. Además, “a las fiestas asistieron 66 prelados mexicanos y extranjeros, y el Arzobispo de México declaró que ‘nuestra Virgen pide más que un templo en México; quiere como templo Suyo todo el Continente americano’”.

Su Excelencia el señor del Vayo, al alcance de los tribunales americanos, no pudo decir como su ilustre colega Lombardo, que los Estados Unidos estaban pasando armas a México para preparar una revolución. Esa afirmación, aun en labios de un del Vayo, resultaba peligrosa allá. Por eso puso énfasis en señalar otros aspectos probatorios de la sedición en marcha. Y; acaso no es una buena prueba de esa sedición la declaración del Arzobispo de México afirmando que “la Virgen de Guadalupe quiere que todo el Continente sea su templo” No sólo México con Hispano-América. La declaración es una amenaza para la independencia de los Estados Unidos y del Canadá. Nada menos. ¿Cómo iba a callarse el señor del Vayo? Además, las fiestas dejaron bien claramente establecido, por la presencia de los miembros de la Acción Católica

y de los Caballeros de Colón, que al lado de la “Iglesia Mística” está la “Iglesia Militante”. Y aun puede decir el señor del Vayo que “durante toda la semana de la celebración, la Iglesia Militante dominó la escena”. Nuestros lectores reaccionarios pensarán que el señor del Vayo no sabe lo que quiere decir “Iglesia Militante”; pero sí lo sabe. Sabe lo que esas palabras pueden sugerir a muchos norteamericanos que ignoran el sentido especial del concepto y toman de él solamente el amenazante sabor militar.

Del Vayo denuncia una nueva manifestación de la “ofensiva clerical” en la actitud de la prensa mexicana y repite la acusación de que esa prensa “aceptaba hace unos días ansiosamente todo el dinero que le podían dar los agentes nazifachistas”; ayer, llegada la victoria de las democracias “metió la mano en la bolsa de la sección más imperialista de los vencedores –¿los Estados Unidos?– y hoy se vuelve al clero en busca de sus larguezas”.

Los lectores verán cuán notorio es el apego a la verdad de parte del señor del Vayo. Y verán también, por qué en este relato omitimos todos los epítetos al referirnos a él.

En cuanto a la seguridad de que el señor General Cárdenas, “si estalla una contrarrevolución, dará un paso al frente”, el señor del Vayo la logró en el verano pasado. Dice que fue a ver al señor Cárdenas junto con Negrín; que Negrín habló exactamente cuatro horas y diez minutos y durante ese lapso de tiempo Cárdenas solamente formuló una pregunta, siendo entonces el único instante en que movió los labios”.

Es raro, dirá el lector, que por un solo movimiento de los labios del señor General Cárdenas del Vayo haya conocido todo lo que este señor traía dentro. Pero es que hay movimientos y movimientos. Y el movimiento único que sorprendió del Vayo ha de haber sido formidable. Lo dice el Excelentísimo señor: “Cuando Cárdenas habla, lo hace con precisión sin igual. Quien quiera que esté con Cárdenas siquiera un poco de tiempo, se da cuenta de que tiene ante el a un dirigente de dimensiones mundiales... Aunque nada me dijo, abandone su

residencia absolutamente convencido de que está volviendo al ring. No sé si regresará como Secretario de la Defensa o en otro puesto; pero pronto estará de nuevo en medio de la batalla política. Sabe que es el único que puede detener el proceso contrarrevolucionario que está fermentando en México”.

Es penetrante este señor del Vayo. Nada le dicen; pero todo lo sabe, aptitud que le ha dado su trato con “dirigentes de dimensiones mundiales”.

En cuanto a cuál sea el movimiento contrarrevolucionario, del Vayo no hace más aclaraciones. También eso lo ha aprendido en su oficio: cuando no se puede mentir descaradamente, lo mejor es hacer afirmaciones vagas que no comprometan. ¿Acaso se refiere el señor del Vayo a la contrarrevolución en Monterrey y en León y en tantas otras ciudades de la República, uniformemente caneadas de los ladrones que dicen gobernarlas? ¿O se refiere a la exigencia del pueblo para obtener una reforma electoral que de verdad le permita expresar su voluntad? ¿O se refiere al asco popular que no puede crecer ya más en contra del PRM, sus hombres y sus métodos? ¿O se refiere a la unánime protesta contra la escasez y la carestía y la desvalorización monetaria y la falta de producción y los monopolios y las mordidas?

Pero hacer estas preguntas nos llevaría a un terreno distinto del relato sencillísimo que hemos querido hacer de las actividades del señor del Vayo tan coincidentes con las de nuestros del Vayos autóctonos, como si fueran la expresión de una misma consigna recibida simultáneamente del mismo amo. El lector suplirá nuestras deficiencias de calificación y de juicio.



## LEÓN

Una ciudad ejemplar. Apacible y trabajadora, sin estridencias, sin internacionalismo, en la que el taller y la casa no están reñidos y el núcleo urbano insensiblemente se disuelve, con suave gradación de patios y solares, en el campo admirable del Bajío.

Ninguna nota agria o ríspida en su figura, ninguna separación hiriente de capas opuestas en su población: ni miseria ni grandes fortunas, ni vagos, ni esclavos. Una labor asentada sobre bases tradicionales; pero que no rehúye, sino busca y asimila, los progresos mejores de la técnica. Una vida sólidamente establecida también sobre el robusto cimiento de la mejor tradición espiritual de México.

Y esta ciudad, como todas las del País, ha sufrido por años, por lustros, esa profunda división criminal que se ha hecho entre la realidad y la apariencia legal, entre la Nación y el Estado, entre el pueblo y el gobierno. La administración oficial de la ciudad, ha sido exactamente opuesta a los atributos substanciales de la ciudad real. Ha tratado de desfigurarla, ha estorbado el florecimiento de su espíritu, ha mermado sus inmensas posibilidades sociales, ha desviado muchas

\* Revista *La Nación*, año V, número 222, 12 de enero de 1946.

veces a su más valiosa juventud del camino verdadero, entregándola al servicio de la falsificación y de la podredumbre, ha impedido el rendimiento cabal de todas sus potencialidades económicas; ha mantenido a la ciudad sin servicios, en el abandono municipal más pavoroso, y sistemáticamente la ha despojado siempre de sus propios recursos para entregarlos al monopolio faccioso del Poder, dejando a la ciudad en “ruina y mugre” o haciendo de la necesidad imperiosa de los servicios públicos, en un alarde cada vez mayor de desdén, un nuevo pretexto de robo y de aprovechamientos ilegítimos.

Un día el pueblo de León no pudo soportar ya más. En un movimiento de generosa espontaneidad sin precedentes, al acercarse la época constitucional de renovación del Ayuntamiento, cuando la mafia abominable de los politicastro preparaba en disputas interiores de reparto de botín la farsa habitual, el pueblo de León decidió tomar en sus manos su propio destino, su patrimonio común. Comenzó el movimiento como empiezan las canciones populares, y como ellas se extendió con pasmosa rapidez y ganó el corazón de todos. Reuniones en los barrios llamados todavía según sus nombres tradicionales: Santiago, Coecillo, La Soledad, El Barrio, La Chuparrosa, San Miguel. Luego, reuniones en el páreme y en la plaza. Plebiscitos auténticos para designar candidatos a municipales. Unánime señalamiento de los escogidos por el pueblo y exigencia inexcusable a los nombrados –hombres todos de trabajo y ajenos a la política– para obligarlos a aceptar. La población entera, mostrando reiteradamente en todas las formas las legítimas a su alcance su voluntad inconfundible. Y frente a ella, la tozuda justificación oficial, desdeñosa por creer que todo aquel movimiento sería fuego de mafias y segura en los precedentes de su abuso y de su impunidad.

Numerosas voces se alzaron pidiendo libertad para León. Numerosas voces se alzaron apremiando a las malas autoridades locales para que advirtieran la calidad de la decisión inquebrantable del pueblo. Fueron desoídas o despreciadas, la mafia que monopoliza el Poder Público de México, además de voraz es estudiada. A pesar del clamor popular, no se hicieron padrones, no se



repartieron credenciales, no se dio paso alguno para organizar la posibilidad de una limpia elección. Se prepararon los expedientes habituales: las casillas fueron instaladas en lugares controlados por la mafia; ésta trató de fuera, en otro de los más repugnantes efectos de explotación degradante del campesino, gentes armadas para enfrentar al pueblo el día de la elección. Ese día, la ciudad se echó a la calle. Arrebató de sus manos mercenarias la mayoría de las casillas: votó en esas casillas o en las que el pueblo mismo instaló; expresó de modo inconfundible y terminante su voluntad unánime.

Las gentes de la mafia corrompida, empavorecidas, pero sin querer entender, continuaron la rutina habitual de sus procedimientos tratando de sostener falsificación y buscando cada vez más ansiosas, los apoyos y los “amarres” conocidos. Fueron más largos en sus subsidios y en sus mordidas para los influyentes, ante la continuación magnífica y sin desfallecimiento del esfuerzo popular, empezaron sordamente a preparar lo que una lamentable experiencia les aconseja dar como argumento definitivo: la violencia y el terror. El último día del año pasado, con la manifiesta complicidad de indignas autoridades militares, desdoro para el Ejército, empezaron a concentrar fuerzas armadas regulares e irregulares León. El día primero, tras de un despliegue de esas fuerzas, dieron posesión al Ayuntamiento oficial unánimemente repudiado por el pueblo. Y ese mismo día, cuando en el parque público los ciudadanos daban posesión a su Ayuntamiento legítimo, iniciaron los actos de terror arrojando las fuerzas armadas sobre el pueblo.

Este no cedió; no estaba dispuesto a ceder. Había llegado al límite de su resignación contra el mal, de su capacidad para soportar el fraude y la injuria. Tenía derecho y tenía razón. Continuó expresando su voluntad e invocando ardientemente su derecho ante las autoridades locales, ante el Gobierno Federal, ante la Nación entera. El día 2, el pueblo de León volvió a reunirse públicamente, como siempre en la plaza de armas, en la plaza de todos, para dejar de nuevo constancia de su decisión y esperar el resultado de sus gestiones hechas ante

autoridades superiores. Fuerzas federales ilegítimamente obtenidas mediante combinaciones repugnantes que deben ser conocidas, fueron usadas por jefes indignos para consumir la conspiración de terror que el día primero se había iniciado. Dispararon deliberadamente sobre el pueblo, sin razón, sin justicia, sin necesidad alguna. Sólo para crear el terror buscado por los políticos de la mafia. Y siguiendo órdenes precisas o en razón de una complicidad monstruosa y para hacer más patente el objetivo de terror, persiguieron con una saña increíble a los grupos dispersos de la reunión popular inerme. Todo México sabe ya los detalles inocultables del atentado atroz. Miles de testigos los acreditan, indiscrepantes. El cuerpo médico de León, unánime, da fe de ellos, de su extrema e inexplicable crueldad.

Fueron inútiles las gestiones de las malas autoridades para impedir que la verdad se supiera. Fue conocida luego hasta en los últimos rincones de la República y México entero ha palpitado en estos días al mismo compás con que ha latido el corazón de León. Notas oficiosas y oficiales, cayeron en el vacío. Declaraciones amenazadoras o cínicas, fueron ahogadas bajo el peso de la verdad tremenda. La conspiración miserable que desvirtúa los hechos, se volvió ceniza en la llama de la justa indignación de México.

El objetivo de terror no fue alcanzado. La ciudad enlutada siguió de pie con más decisión todavía, reclamando derecho y justicia, pronta y serena justicia para los culpables. En un inútil esfuerzo de apaciguamiento y por necesidad imperiosa, las mismas autoridades del Estado reconocieron la imposibilidad de seguir sosteniendo el Ayuntamiento impuesto y tuvieron que designar una Junta Local de Administración integrada por vecinos viejos y queridos por todos. Las autoridades federales que se habían negado a intervenir para el bien, que habían hecho sólo intervención para el mal a través de agentes indignos, ya no pudieron permanecer sordas. El más alto tribunal del País, la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en una decisión que la honra y enaltece y da a la ciudadanía de México digna certeza de su posibilidad y de sus

responsabilidades, por veinte votos contra uno lamentable, decidió intervenir conforme al artículo 97 constitucional, para investigar los delitos federales, las violaciones a las garantías y al voto público en los acontecimientos de León. Unas cuantas horas más tarde, el propio Ejecutivo Federal pidió la desaparición de los Poderes locales y se hizo el nombramiento de un Gobernador provisional, afortunadamente conocido como recto y honorable.

Qué fuerte y qué incontrastable es la verdad. Qué poder tremendo tiene la ciudadanía en su ejercicio justo y resuelto. Como ante ellas, sin un solo acto de violencia, inermes, cae la falsificación y se rinden las armas. Qué luz de aurora ilumina a México en este despertar de una ciudadanía consciente de su deber y de su misión. Cómo obliga el “testimonio de los mártires”.

No han faltado, por supuesto, los que persistan en el intento de falsificación. Primero, inventaron la burda patraña de un asalto del pueblo contra sus verdugos. Se les deshizo entre las manos. Ellos mismos se encargaron de desbaratarla al verse obligados a reconocer con hechos la culpabilidad de las autoridades. Después, han tratado de urdir una historia de agresión que no hacen consistir ya en la agresión actual, inmediata, del pueblo contra las fuerzas armadas, sino que se hace consistir en una ardiente campaña previa hecha por el pueblo mismo para señalar los errores, los abusos, las depredaciones, y obtener la elección legítima del nuevo Ayuntamiento. Y otra vez la verdad coge por el cuello a los falsificadores y los arrastra en sus propias contradicciones. ¿Cómo puede ser llamada agresión la lucha ciudadana contra el abuso del Poder, contra el robo, contra el fraude? ¿No es cierto que la ciudad de León ha sido –como todas las ciudades del País– saqueada y arrumada y vilipendiada por sus malas autoridades? ¿No es cierto que el Municipio de León había sido degradado –como todos los Municipios de la República– a la condición de siervo ínfimo del monopolio político y de instrumento de opresión y explotación, de “ruina y mugre” para la ciudad? ¿No es cierto que se repitió en León todo ese proceso indigno y vergonzoso de la falsificación electoral? Nadie podrá negarlo. ¿Cómo,

entonces, puede llamarse agresión un esfuerzo ciudadano para acabar con esa vergüenza oprobiosa y para exigir limpieza, veracidad, aptitud y honradez en las elecciones mismas y en la administración municipal nueva?

Otros, como el que tal vez es el mayor responsable de la matanza en que culminaron estos hechos, pretenden escabullirse tras del honor del Ejército. Lo pretenden vanamente, porque el honor del Ejército, tanto como la necesidad imperiosa de justicia, exigen que los culpables sean juzgados, expulsados del Ejército mismo y castigados con arreglo a la Ley. El honor del Ejército está en juego; pero no para escudar a los que han faltado a sus más estrictos deberes como soldados, sino al contrario, para quitarles los grados y los uniformes y las armas y el fuero que indignamente y sin merecerlos, han utilizado para encubrir sus negocios, sus apetitos políticos, su vocación verdadera que es de pistoleros contra las instituciones y contra el pueblo y no de soldados que sólo pueden ser escudo y garantía del pueblo y de las instituciones.

No por ánimo de venganza sino por justicia, los que quisieron una vez más defraudar al pueblo, los que prepararon e hicieron la bochornosa farsa electoral, los que en abuso sin nombre llevaron campesinos armados a hacerlos partícipes en la abominable tarea, el que dio las órdenes para que las fuerzas federales intervinieran pensando escudarse tras del Ejército –al que en realidad no pertenece aunque lleve su uniforme–, los que materialmente ejecutaron esas órdenes no sólo con irresponsabilidad sino con una peculiar voluptuosidad traducida en cruel cobardía que avergüenza, deben ser juzgados públicamente, ejemplarmente, con todas las garantías, y sentenciados con arreglo al derecho. Otra forma cualquiera de proceder, no hará sino agregar una injuria nueva a las ya sufridas.

Que costosa lección para las autoridades federales. Pudieron y debieron intervenir en los acontecimientos de León. Antes de que se consumaran los hechos pavorosos. Desde hace años han podido y debido intervenir para evitar la degradación del Municipio y para impedir la sistemática violación del voto.

Que es ese su deber, resulta indiscutible porque el voto y el Municipio son constitucionalmente la fase de todas las instituciones nacionales. Más claro todavía resulta que deber cuando se comprueba, como en el caso de León, que la intervención del Gobierno Federal de todos modos tiene que cumplirse si no para prevenir el mal, sí para tratar de aminorar sus lamentables consecuencias. Que tienen la posibilidad de intervenir –la posibilidad no sólo legal sino, de hecho–, lo demuestra también, sin duda alguna, su intervención *a posteriori*, cuando el mal está va causado. Y –hay que decir toda la verdad–, lo demuestra igualmente el hecho que nadie desconoce de que todas las autoridades locales de la República han sido llevadas al Poder y en él se mantienen, no por la voluntad del pueblo, sino por la intervención, abierta o subrepticia, de la Federación. ¿En el caso del respeto al voto público y al Municipio libre, las autoridades federales van a ser siempre mancas e impotentes para intervenir, cuando no lo han sido para la intervención, esa sí ilegítima e indebida, en la burla sistemática del sufragio al designar los gobiernos locales?

Y antes y por encima de cualquiera de estas intervenciones concretas, tiene el Gobierno Federal la obligación precisa –la ha tenido desde hace años–, de dar vida al Municipio libre, de reglamentar el artículo 115, de crear un estatuto municipal que garantice la institución del ayuntamiento. Encauce la vida del Municipio, estimule, aliente y proteja a la ciudad. Asimismo, ha tenido y no cumple todavía, porque la nueva Ley es absolutamente insuficiente, la obligación de establecer un régimen electoral federal sencillo, limpio, fácil, garantizado, que de verdad permita ese hecho simple y claro que es el voto ciudadano y el cómputo objetivo y verídico de ese voto. Y junto con ese deber, ha tenido y tiene la obligación imprescindible de proteger en todos los casos y en todos los lugares, el voto que es prerrogativa y obligación de todos los ciudadanos mexicanos y, precisa repetirlo siempre, base y substancia de las instituciones políticas nacionales.

Los acontecimientos de León, en todo su curso, desde los largos años anteriores de explotación y ruina de la ciudad basta la campaña municipal

última y el atentado atroz, son un llamamiento a la conciencia nacional, a todos y cada uno de los mexicanos, y muy especialmente a quienes ocupan el Poder y tienen la tremenda responsabilidad del mismo.

Un llamamiento a la renovación urgentemente indispensable, al abandono de los métodos y caminos de falsificación y de violencia, a la limpieza y a la aptitud en la decisión de los asuntos colectivos y en la administración de la cosa pública, a la deposición de criterios sectarios inspiradores de odio y de rencor, a la fe real en el pueblo, al cumplimiento de un esfuerzo sincero y eficaz para organizar nuestra vida institucional, al empeño colectivo para definir y servir lealmente al bien común, al respeto constante y activo de la persona humana. Un llamamiento que no puede ser desoído, que está por encima de todos los intereses y de todas las pasiones, contra el cual no hay consideración alguna válida.

Hay un claro renacimiento del espíritu cívico. Hay, por primera vez, manifiesta, la evidente posibilidad de encauzar la vida pública de México por caminos de derecho a un destino de salvación. Hay una lección ejemplar y preciosa, la de León, que no sólo clama por justicia, sino que demanda también, de todos, el cumplimiento del deber. Hay una posibilidad evidente de ordenar en la tranquila convivencia el curso de la historia de México. ¿Por qué no hacerlo?

## CONVENCIÓN, PROGRAMA, DECISIONES ELECTORALES, EPISODIO

No pasa todavía la oportunidad de comentar aquí la cuarta Convención de Acción Nacional celebrada ésta los primeros días del mes. Porque todavía sigue siendo en las conversaciones y en la prensa, objeto de discusión y ocasión de conjeturas.

En los grandes diarios y revistas nacionales, en los diarios locales, los escritores políticos han opinado en pro o en contra de las decisiones que la Convención aprobó, especialmente de las relacionadas con la participación en la lucha electoral. Ágiles observaciones de García Naranjo, de Ramos, demasiado influenciados por el aspecto personal de esas resoluciones: la proposición de don Luis Cabrera como posible candidato de unificación nacional. Comentarios con sentido profético del señor Baroni, buen conocedor de la historia moderna de México, que él ha vivido con especial intensidad; pero poco deseoso de informarse bien de lo que ha sido, y es y quiere ser Acción Nacional. Editorial excelente en *Nuevo Mundo*, que dirige el Lic. Alessio Robles, escrito tal vez por la pluma entusiasta y comprensiva de don José Castellet. Ironías llenas de injusto

\* Revista *La Nación*, año V, número 229, 2 de marzo de 1946, p. 7.

prejuicio, de Mingo Revulgo. Toda la gama de posiciones de opinión, hasta la reticencia forzada de las gentes más discretas del régimen o la reiteración monótona de los mismos gritos en falsete, de los demagogos corrientes del imposicionismo, lanzando contra Acción Nacional las habituales acusaciones sin sentido.

Nadie, en cambio, ni siquiera esos demagogos, se ha atrevido a negar la macizez, la intensidad, la autenticidad extraordinarias de la Convención. Unos, con la grata sorpresa del que ha estado deseando la resurrección de la ciudadanía y encuentra que su esperanza no ha sido infundada; otros, los de la maquinaria imposicionista corrompida, con la sorpresa desagradable de quienes no esperaban resistencia ciudadana a la conspiración y ven que la opinión pública se alza frente a ellos. Todos han reconocido que la Convención fue prueba plena de las muy grandes posibilidades de que pronto haya en México con poder incontrastable, una genuina representación de la ciudadanía.

### **Programa**

En cuanto a la plataforma mínima y de realizaciones inmediatas que la Convención aprobó, después de un debate iluminado en el que las voces doctas no sobrepasaron en visión ni en hondura a las voces campesinas y obreras, está en pie como la expresión más incisiva e inocultable no sólo de la voluntad nacional más clara, sino de las normas y empresas que en México deben cumplirse para hacer posible la convivencia civilizada y digna y para conservar la identidad de la Patria en el torbellino actual del mundo.

Una plataforma política y social contra la que no puede alzarse objeción alguna de doctrina ni puede, tampoco, decirse –como es hábito lamentable de los políticos en el Poder hacerlo–, que sea un plan de sueño, una arquitectura de nubes. No; sobre una espina dorsal de principios inconmovibles, la Convención, puestos los ojos en la realidad precisa e inmediata del mundo y de México actuales, postuló en la breve plataforma un programa indispensable



de gobierno y de vida colectiva, de verdadera acción nacional. En esa plataforma no se hace un catálogo de obligaciones del gobierno; se hace una definición de las necesidades nacionales más urgentes e imperiosas y se precisan los medios y caminos para que gobernantes y gobernados, funcionarios y ciudadanos, pueblo y Estado, en colaboración que es ineludible para empresa de tamañas dimensiones, establezcan las bases firmes de un vivir en condiciones humanas para todos los mexicanos y, en consecuencia, creen los cimientos sólidos de una genuina nacionalidad.

Ninguna concesión a la demagogia, ningún objetivo irrealizable. Intenso realismo verdadero que no es el pesimismo que ignora las potencialidades del pueblo de México y las posibilidades inmensas de la actual dramática coyuntura y se queda en el conformismo penoso y tan conocido para los mexicanos de “un paso adelante y dos pasos atrás”, sino el optimismo que sabe las dificultades inmensas de la tarea y conoce las fuerzas tremendas opuestas al bien; pero sabe igualmente la forma de vencer esas fuerzas y esas dificultades y tiene confianza en el pueblo, en la vocación histórica, de México, en las posibilidades inagotables del cumplimiento del deber. Frente a las confusas vaguedades contradictorias del revolucionarismo de pega, del frente-populismo mistificador, y frente a la incomprensión egoísta de los intereses creados, esa plataforma que la Convención aprobó, señala un camino generoso, definido, por el que vale la pena esforzarse y luchar, “hacer barricadas con los cuerpos y las almas”.

Si esta plataforma fuera la única contribución de la Convención a la vida pública de México, ya por ello sólo la Asamblea quedaría señalada como valiosa.

### **Decisiones electorales**

Es natural que, en la rutina de la política mexicana, ningún aspecto de la Convención atraiga más la atención de los comentaristas que el de las decisiones aprobadas por la Asamblea respecto de la situación política electoral inmediata.

Una tradición lamentable que abarca la vida de toda una generación, ha hecho para todos los mexicanos una imagen especial y deformada de la política como actividad que se centra en el Poder, en el puesto público, en el cargo oficial, en el acceso al funcionarismo. Y para esa imagen distorsionada de la política, principios y programas no son sino acompañamiento verbal, más o menos laudable, de la lucha real por el Poder. Palabras; palabras que lo mismo amparan al que está en el puesto y las invoca para seguir en él, que a los que luchan por derribarlo y ocupar su lugar. Palabras vacías que van siendo rellenas con el contenido cambiante de las circunstancias y de los apetitos facciosos del momento. Ni siquiera se concibe dentro de esta falaz representación de la política otra forma del Poder, de la autoridad, que el Poder público, la autoridad del cargo oficial. No se ocurre pensar que, frente a ese Poder y a esa autoridad, puede haber, debe haber, el Poder de una opinión ciudadana organizada y responsable y la autoridad social que deriva de un recto pensamiento y de un esforzado ajustar la vida a ese pensamiento.

Por esa imagen torcida de la política, hay tantos que aún se niegan a entender un esfuerzo como el de Acción Nacional, que va ante todo dirigido a la definición doctrinal y programática y a la constitución de ese Poder y de esa autoridad, más auténticos y más eficaces que la autoridad del cargo oficial y el poder del Estado, y que residen en una ciudadanía resuelta y permanentemente organizada y en la creación del valor ejemplar de las autoridades sociales verdaderas.

Por eso para el comentarista de fuera, resulta ser el más importante de los acuerdos de la Convención, la decisión sobre política electoral inmediata que, dentro de las tesis y de la conformación moral, mental y política de Acción Nacional, fue un corolario –apasionante e importantísimo–, de la postulación del programa y de la reiterada decisión de “seguir continuando” el esfuerzo de creación de una conciencia nacional, de una vida cívica genuina, de una fuerza y de una autoridad sociales capaces, aun estando fuera del Gobierno de enfrentarse a éste, de limitarlo, de impulsarlo, de marcarle cauces obligatorios,

de hacerle sentir cada vez la inmensa dimensión de sus responsabilidades y el alcance preciso de su competencia y de su función propia.

### **Episodio**

Vista así, la decisión sobre política electoral toma su exacta proporción de episodio. No tiene otra, por muy importante, por muy abierto a pasión, por mucha trascendencia que el episodio electoral revista.

La vida de México viene de muchos siglos atrás y se continuará por muchos siglos adelante, con la ayuda de Dios. Una decisión electoral, una campaña de seis meses, aun los seis años de un período presidencial, para quien mira a México, cualquiera que sea el interés lacerante del momento, jamás pueden ser definitivos.

Lo definitivo, lo permanentemente valioso y deseable, es lo otro: el esfuerzo infatigable para lograr que, quien quiera que esté en el Poder llegue a él por la auténtica voluntad del pueblo y ejerza la autoridad exclusivamente para el Bien Común. Y para lograr este fin, que la ciudadanía esté despierta e informada, encuadrada en organizaciones ágiles y robustas, capacitada para una acción responsable, permanentemente alerta para defender el bien de México e impedir que se socaven las bases mismas de la vida colectiva, sin cuya firmeza nada puede concebirse, ni la existencia misma de la nacionalidad.

### **Unidad contra la cargada**

Ya en estas mismas páginas de *La Nación*, voces mejores han explicado las razones y los propósitos trascendentales que la Convención tuvo para tomar su decisión en materia electoral. Esa decisión fue un ejemplo que sacudió a la conciencia pública, mostrando posibilidades inmensas olvidadas en México. Las posibilidades de un esfuerzo común, no de unidad hacia abajo, hacia el conformismo, hacia la continuación de la mordida y del fraude y de la violencia, hacia la aceptación resignada o apática de la imposición, de la incompetencia

destructora, de la incapacidad gubernamental; no, en suma, unidad hacia la cargada degradante y corrompida, sino unidad hacia arriba, hacia la estrecha vinculación de todos los hombres limpios, que son la aplastante mayoría nacional, y de todas las fuerzas sociales y políticas sanas, para un empeño colectivo que se enfrente vigoroso, unido en lo que le es común, a la conspiración indigna de quienes han hecho de la vida pública un monopolio faccioso, explotador e indigno.

No aprobó la Convención el sueño angelical de una unión nacional arriba de las nubes; menos aún aprobó ese tipo de unión que consiste en la deserción del bien para colaborar en el mal, según la fórmula frente-populista de “la mano tendida”. Aprobó algo perfectamente lógico, deseable y posible; aprobó la unión, para un conjunto de realizaciones concretas, de todos aquéllos que, aun difiriendo en otros puntos doctrinales o de programa, están de acuerdo en esas realizaciones concretas e inmediatas basadas todas ellas en la ingente necesidad de hacer que el Estado no siga siendo, como hasta ahora, un monopolio faccioso, sino un Estado nacional por la autenticidad de su origen y de su excesiva dedicación al servicio de la Nación entera.

Necesidad grande de México, es la reforma social; necesidad urgentísima, es el aprovechamiento cabal de todos los recursos naturales del País; inaplazable necesidad, la de abolir la miseria y la ignorancia y conservar y enaltecer los valores reales en que la nacionalidad se funda. Pero nada de ello podrá lograrse mientras subsista en México, –acampando sobre el Poder, hostil a la Nación, negándola o no entendiéndola, empeñada en desfigurarla–, una facción que establece el monopolio político y quiere extenderlo a lo económico y a lo social y aun se empeña en llevarlo hasta el sagrado del hogar, de la escuela y de la conciencia.

Unirse los hombres libres para luchar contra ese monopolio y consumir su ya, por fortuna, muy avanzado desmoronamiento, es tarca de primer rango, es deber ineludible. Y señalar la existencia de esa tarca y enseñar generosamente

el modo como podría ser realizada, fue la esencia del acuerdo que sobre la posición electoral inmediata tomó la Convención de Acción Nacional.

Tal vez la incomprensión de esa tesis se imponga ahora como hace siete años pareció imponerse la incomprensión de las afirmaciones doctrinales y del programa de Acción Nacional. Pero no pasará mucho tiempo sin que México advierta en dónde está la verdad y se entregue fielmente a su servicio en contra de la imposición, de la falsificación y de la mordida.



## CAOS INTERNACIONAL, CRISIS DE CONFUSIÓN, ESPAÑA

### **Caos internacional**

Ya en los días más angustiados de la guerra, la opinión pública internacional lamentó la falta de una definición precisa de los propósitos fundamentales que llevaban a las Naciones Unidas y a sus pueblos al tremendo sacrificio. El motivo concreto que hizo estallar la guerra, la necesidad de sobreponerse a un espíritu de conquista que no podía encontrar –como no lo ha encontrado nunca– otro límite que el de la extensión de su poderío, debió estar substanciado por un conjunto de postulaciones de principio que hicieron de él no una causa episódica de lucha, sino un programa de vida para condenar permanentemente ese espíritu de conquista en todos sus aspectos y manifestaciones y sus causas y motivos básicos.

No es reprobable el espíritu de conquista, en donde se admite la fuerza como normal; no es reprobable el espíritu de conquista, en donde prevalece un realismo materialista enano, que niega la existencia obligatoria del derecho; no puede haber sentido de la validez del derecho, donde no se reconoce la primacía

\* Revista *La Nación*, año V, número 230, 9 de marzo de 1946, p. 7.

del espíritu. Por eso jamás fue motivación suficiente de la guerra el deseo de destruir el imperialismo del Eje y la fuerza en que se apoyaba.

La motivación real, la única que pudo justificar ante su propia conciencia el sacrificio de cada uno de los hombres y de las mujeres envueltos en la tragedia, fue siempre, explícita o inexpresada, la aspiración a crear un mundo regido por el derecho, sustentado en las exigencias superiores del espíritu.

### **Crisis de confusión**

Pero la guerra se gestó y estalló en un momento obscuro para la humanidad, cuando hacia crisis de confusión moral, mental, social y política, toda una larga etapa de errores y de abandono de los principios básicos de la cultura de Occidente. Y desencadenada la guerra, durante el vendaval, las necesidades y los propósitos in-mediatos de la lucha hicieron posponer siempre el grande esfuerzo requerido para salir de esa confusión y recobrar la orientación y el sentido básicos, sin los cuales no es posible dar congruencia al pensamiento ni a la conducta de los hombres o de las naciones. Los estadistas conductores de las Naciones Unidas, aun sintiendo la necesidad de ese retorno vital a los principios, jamás pudieron superar en sus declaraciones oficiales fórmulas vagas e imprecisas. El más destacado de ellos, Churchill, encontró las expresiones justas y vigorosas para expresar el propósito inmediato de la lucha; pero víctima también él de su generación y de su tiempo, tampoco pudo alzarse a la definición de los motivos esenciales.

Y concluida la guerra, esa falta de definición está llevando el mundo al caos. Bajo las mismas fórmulas verbales imprecisas, se amparan las pretensiones más contradictorias. Y lo que debió ser, básicamente, lucha por el derecho contra la fuerza, sigue siendo, cada vez más amenazante, simple lucha de la fuerza contra la fuerza.

¿El respeto a las naciones menores? ¿Qué pasa en Polonia y en Latvia, Lituania y Estonia, y en Yugoslavia y los Balcanes, y en la Argentina y en España?



¿Y la democracia? ¿Cuál es la democracia en Polonia y cuál la del Mariscal Tito, empapado en sangre en Yugoslavia? ¿Y cómo podemos examinar la situación de nuestros países americanos? ¿El respeto a la dignidad de la persona humana? Basta enumerar de nuevo a Yugoslavia y a Polonia y a los países bálticos, para tener una representación de la esclavitud más increíble. Y todavía se habla de convenios secretos para deportar en masa a millares y millares de refugiados y entregarlos a represalias inimaginables

Se ha perdido el hilo conductor del pensamiento internacional. No ha sido posible formular ni preparar siquiera las bases para los tratados de paz. El esfuerzo secular orientado a integrar un derecho para el mundo, se ha roto, y sus piezas dispersas carecen no sólo ya de sanción jurídica normal, sino hasta de vigencia moral en las conciencias.

## **España**

En el Continente Europeo, la Península Ibérica pudo librarse de algunos de los efectos más inmediatamente destructores de la guerra.

España, acabada de salir de la tremenda lucha civil, era según la propaganda de los agentes del frente-populismo internacional, una simple colonia del Eje y se pondría incondicionalmente a su servicio; pero pasaron los años de la guerra y demostraron plenamente la mendacidad de la afirmación del frente-populismo. España siguió siendo España, no la colonia que el frente-populismo hubiera querido hacer de ella. Y no participó en la guerra; en medio del torbellino, supo y pudo conservarse intacta y rehacer mucho de lo que la guerra civil destruyó e iniciar y consumir mucho de lo que desde hacía más de un siglo era imperiosamente necesario para su interna salud y jamás había podido ser hecho o había sido siempre pretexto, como durante el dominio del frente-populismo, para defraudar la aspiración del pueblo, encadenar España a las más negras conspiraciones internacionales y arrastrarla finalmente a una de las más sangrientas etapas de su historia.

Pero el frente-populismo no ha descansado. Para su patrono moscovita, es indispensable, por una parte, hacer de España, extremo de Europa y entrada del Mediterráneo, una colonia totalmente sometida; y, por otra parte, es intolerable la existencia de una España que, cualesquiera que sean las deficiencias de su estructura política interior, proclama los principios que son el único obstáculo y que serán el escollo definitivo contra el que habrá de estrellarse su apetito insaciable de conquista esclavizante.

La conspiración contra España no ha descansado. Sabemos con qué elementos económicos, políticos y humanos. Sabemos con qué táctica. Ninguna mentira la hace retroceder; pide, por bocas que se dicen españolas, la ocupación extranjera de España, el boicot económico internacional y el hambre impuesta sobre todos los españoles; no le espanta cualquier destrucción de España, a condición de que al final pueda restablecerse allá, con sus checas con sus “paseillos”, con sus milicias, el frente-popular. Y en lo internacional, la mafia ha organizado, según el acertado calificativo de González Luna, “una fabulosa estafa, la de hacer pasar como democracia al ‘régimen rojo’ que dio muerte a la República Española aun antes de que ocurriera la victoria nacionalista”; la de hacer aparecer como “leales” a los responsables de una de las empresas más indignas de asesinato y de rapacidad, de destrucción y de traición a lo suyo.

Esta conspiración se vale del caos internacional, de la falta de definición de normas y propósitos que está padeciendo hoy todo el mundo, de las vinculaciones creadas por complicidades políticas con un “perremismo” que abunda ahora en casi todos los países, de la secreta penetración que en todos ha logrado el nuevo imperialismo, de la debilidad de las fuerzas nacionales de resistencia en la opinión; se vale aun de la postración de Francia, hoy en manos ajenas o enajenadas.

Y en un movimiento internacional que, más que por España misma, angustia por el porvenir del mundo, porque es la negación de toda posibilidad de un orden jurídico internacional y el abandono de uno de los pocos motivos

declarados como esenciales en la guerra, se procura desde fuera, no apoyar un movimiento español propio, de estructuración definitiva que reemplace la organización política transitoria actual, sino lanzar de nuevo a España a una tragedia que será más sangrienta y dolorosa que la guerra civil pasada y en la que fundamentalmente predominarán los factores y las fuerzas internacionales.

Con una deserción total del pensamiento y de los sentimientos que han sido siempre la substancia de la adhesión del hombre a su patria, los directores que se dicen españoles, del frente-populismo, todavía no encuentran suficiente la monstruosa actitud de las potencias; se consideran defraudados; no descansarán hasta que ejércitos extranjeros de ocupación los llevan al Poder, aun cuando para ello sea necesario el bombardeo atómico da España.

### **Extravío**

¿Cómo es posible entender todo esto? ¿A dónde se lleva al mundo cuando así se ha perdido todo sentido de dirección? ¿Qué queda de toda la arquitectura penosamente alzada por el hombre en tantos siglos de esfuerzo y sacrificio? ¿Qué queda de toda nuestra herencia cultural?

Un sombrío retomo a la fuerza. Más sombrío porque ni siquiera tiene el valor de confesar la fuerza, sino que la oculta o disfraza precisamente con aquellos conceptos que nuestra cultura laboriosamente creó y organizó y que ahora son, vaciados de su sentido humano original, refinamiento de perversidad para acabar con la esperanza del hombre.

Mientras han tenido sentido intelectual y vigencia moral las ideas de democracia, de derecho obligatorio, de libertad, al predominio de hecho de la fuerza ha sido siempre aventura fugaz, mal gravísimo; pero pasajero. Nada ha sido más precario, en tanto se han conservado esos valores espirituales, que la mera fuerza. Más en el momento mismo en que esos valores desaparecen, o pierden su precisión intelectual y ven caducar su vigencia moral, la fuerza se vuelve motivo y norma única de las relaciones entre los hombres y entre

los pueblos. Y se inicia una regresión a la ferocidad de una lucha sin otro sentido que el del interés ni otro límite que el del Poder.

Qué inmenso fraude para el mundo. Qué cruel decepción para todos los que encontraron justificación o alivio para el sacrificio de la guerra, en la imagen de un mundo posterior mejor, más libre, y limpio del terror, de la injusticia, de la conquista, del hambre, de la opresión.

Si los años que siguieron a la primera guerra fueron de desconcierto, de contradicciones, y desembocaron finalmente en la nueva guerra, a pesar de que ni la destrucción causada entonces se compara con la que ahora se ha hecho, ni la desorientación intelectual y moral llegó a los extremos a que ahora ha llegado, ni las injusticias de Versalles ni sus insuficiencias tuvieron la proporción que ahora alcanzan la penuria y la injusticia en todas partes, ¿cuáles serán las pruebas por las que habremos de pasar en este nuevo período de post guerra y cuál será, sino una guerra nueva, más tremenda aún, el desenlace?

### **Esperanza**

En medio del caos, por todos lados combatida, inquebrantable, aunque sin fuerza contra las fuerzas materiales, luz de la inteligencia y llama de las voluntades, resumen intacto y cada día enriquecido del patrimonio espiritual del mundo, se alza la doctrina que da el camino de salvación. Para los hombres, para las naciones, para el mundo.

¡Qué seguridad frente al agobio actual de incertidumbre, qué coherencia, frente a la contradicción incesante y monstruosa, qué precisa claridad de motivos, de fines últimos, de programas concretos, frente a la pegajosa confusión, qué hondura, frente a la superficialidad, qué perspectiva de infinito y de permanencia, frente a la limitación y a la fugacidad, qué dignidad de destino superior, frente a la degradación zoológica!

Me refiero, por supuesto, a la doctrina, como nunca fecunda y valiosa ahora, que el catolicismo levanta y enfrenta a la conspiración monstruosa. A esa que

es la más robusta reivindicación de los verdaderos valores humanos. A ese realismo, el único realista porque es el único que no cierra los ojos ante todas las realidades, ante las tangibles y las que no lo son, y postula y exige sobre todas las cosas, lo único que no es conjetural: el deber, nuestro deber como hombres redimidos, el deber del pueblo, de todos los pueblos como miembros de un solo y único cuerpo.

Ese es el camino y esa es la esperanza.



## MASA Y PUEBLO, PARTIDOS POLÍTICOS, NUEVOS OBJETIVOS

### **Masa y pueblo**

Nada hay más grave en una sociedad humana cual quiera, pero sobre todo en una sociedad nacional, que la falta de integración orgánica, la carencia de diferenciaciones precisas y definidas entre sus diversos miembros o estamentos. La falta de unidad misma, es menos perjudicial a la sociedad que esa confusa e informe indiscriminación en la que no se separan ni puntualizan ni pueden jamás adquirir responsabilidad ni vigor los diversos matices de convicción, de propósito, de interés mismo.

Bien lo saben los enemigos modernos más hostiles de una vida social pacífica, ordenada y fecunda: los comunistas. Bien lo saben, y por ello su esfuerzo central ha estado y estará siempre dirigido a crear o a fomentar ese "amorfismo" social, a hacer de la sociedad, en todas sus etapas, desde la familia hasta la comunidad internacional, pasando por el municipio, por el sindicato, por la Nación, una simple masa amebiana, homogénea, indiferenciada y por ello mismo, falta de dirección mental, de propósitos, de voluntades, de estructura moral y de resistencias al mal.

\* Revista *La Nación*, año V, número 231, 16 de marzo de 1946, p. 2.

Sobre una masa así, puede establecerse y sólo de ese modo es posible ese establecimiento, el dominio más brutal, la tiranía más cerrada, el esclavismo más sin esperanza.

Apenas hay, en cambio, un principio de diferenciación en una comunidad humana, surgen en ella ideales y voluntad de cumplirlos, responsabilidad y resistencia, la sociedad se integra, brotan naturalmente sus directores, la organización humana se protege con un derecho, se integra racionalmente, toma dirección y cobra sentido propio, y la autoridad deja de ser opresión y explotación para convertirse en dirección y servicio, y la obediencia deja de ser esclavitud sumisa para volverse adhesión voluntaria.

Ningún proceso, pues, de la vida social, tiene tan grande importancia como este de la diferenciación, del tránsito de lo amorfo a lo perfilado, de lo homogéneo a lo heterogéneo, o dicho en términos hoy día aclarados con absoluta precisión, el tránsito de la “masa” al “pueblo”, que es equivalente al tránsito de lo zoológico a lo humano.

Sin esa transformación, no se explican ni pueden existir la libertad y la autoridad, la responsabilidad y el orden, la seguridad y la justicia. Sin él, las sociedades humanas desvertebradas, amebianas, gelatinosas, nunca superan la esclavitud económica, social, política, espiritual, y están siempre a merced de quien se adueña de la fuerza material para explotarlas y oprimirlas en grado increíble.

Por esta razón, el esfuerzo primordial que se impone a la conciencia de todos en esta época nuestra, es evitar a todo trance que la sociedad sea convertida en “masa” informe, impedir que la familia, la comunidad de trabajo, de cultura o de fe, la ciudad o la nación, pierdan sustancia y entidad propias: lograr, por el contrario, que cada uno de esos grupos sociales naturales afirme la peculiaridad de su estructura y de su función y que la sociedad nacional se integre, además, con esos otros elementos de diferenciación congruente y de organización razonable que, como los partidos políticos auténticos, son



agrupaciones libres de los miembros de la colectividad unidos por razón de propósitos, de convicciones o de anhelos comunes frente al intento criminal de reducción de 1% de la sociedad a la “masa”, hay que hacer el empeño máximo de estructuración de la sociedad nacional en “pueblo”.

### **Partidos políticos**

He aquí la razón fundamental para decir, con verdad, que una de las peores carencias de México ha sido la de los partidos políticos. En esa carencia está la raíz mediata de la corrupción irresponsable de la vida pública. Y en ella se encuentra, también, la razón de que un ideal de reforma social, contra el cual no ha habido oposición verdadera y válida, se haya vuelto simple tema de explotación y de fraude políticos.

Las organizaciones políticas que han existido desde hace muchos lustros en México, en ninguna forma corresponden a la necesidad de estructurar, de dar un “principio de razón” a la sociedad nacional. O han sido meros clubes electorales, en la mayor parte de las veces fugaces, o han sido organizaciones oficiales, como el PRI con sus distintos nombres anteriores, no construidas para expresar y dar cauce a una diferenciación social nacida de la libertad, sino precisamente para lo contrario, para impedir que esa organización pueda constituirse; para impedirlo por la violencia usando ¿legítimamente la fuerza del Estado, o para impedirlo por el fraude y quebrar en los dos casos la espina dorsal de una auténtica ordenación ciudadana. Una agrupación política permanente, como el anti-reeleccionismo, es en el caso la excepción que confirma la regla.

En cuanto a la organización de los obreros y de los campesinos, después de que se ha adueñado de ella la barda en el Poder, en vez de servir para que los campesinos y obreros tengan acción propia y para que sus organizaciones sirvan a sus propios fines, se ha convertido en instrumento para dominar a los trabajadores, imponerles desde arriba normas y actitudes según los intereses del monopolio en el Poder y evitar que surjan organizaciones auténticas.

Toda la tendencia del régimen ha sido, consciente o instintivamente, orientada a destruir las posibilidades de esta estructuración social básica. Se ha impedido la es-tructuración política gremial, se ha desvirtuado la organización de los trabajadores y de los campesinos, se ha corrompido o esclavizado al municipio y, en años de vesania, se llegó a atacar a la familia misma y aun a procurar, mediante un control totalitario de la educación y del pensamiento, destruir las diferenciaciones individuales en un loco afán de unificación, de homogeneización absoluta bajo el imperio del Poder Público para lograr la destrucción final de toda posibilidad de que en México exista un pueblo y hacer de la sociedad mexicana una simple masa, sin aristas, sin resistencias espirituales, morales, sociales o políticas, ciego y dócil sujeto de opresión y de explotación del grupo encaramado en el Poder.

En estas circunstancias erguida contra ellas, nació Acción Nacional.

### **Nuevos objetivos**

Han pasado siete años. Durante ellos, Acción Nacional no sólo ha sobrevivido en condiciones extraordinariamente adversas, sino que ha conservado su identidad y ha sido una presencia constante en nuestra vida pública.

Una desconcertante presencia para las gentes del régimen y para muchas otras fuera del régimen, pero dominadas también por una rutinaria concepción falsa de la vida pública o por una fría desconfianza que muchos años anteriores de engaños pueden justificar. Desconcertante por su persistencia, por sus medios de acción, por no fincar su éxito en lo que habitualmente se reputa triunfo dentro de la falsificada vida política mexicana: porque no le importa “hacer pasar el agua por las rueda de su propio molino”, sino simplemente hacer que el agua brote y que se encauce útilmente para fines humanos, es decir, hacer que exista una clara y vigorosa conciencia de la ciudadanía y que ésta se organice en torno de principios definidos y de programas valiosos.

Son muchos los triunfos que México ha obtenido de esta gestión; pero hay uno que debe ser especialmente señalado ahora. A siete años de distancia de la fundación de Acción Nacional, empieza a aparecer en México la conciencia de la necesidad de la estructuración política. Para algunos, la vida de Acción Nacional es un estímulo en el esfuerzo de creación de otras agrupaciones políticas; para otros, es una amenaza contra la que no es posible seguir luchando con las armas, melladas ya, de la simple negación o de la confusión indiscriminada, sino que debe ser combatida en el mismo campo de definición orgánica, diferenciada, que Acción Nacional representa.

Y aun dentro de esta campaña electoral, todavía al lado de los simples clubes electorales y aun en el seno del partido oficial afectado de decrepitud incurable, em-piezan a surgir agrupaciones que quieren orientarse también a la permanencia y que también aspiran a reclamar no la fuerza inorgánica de la masa dominada por el Poder, sino la fuerza real derivada de la adhesión voluntaria y del convencimiento del pueblo.

Si estos esfuerzos por crear nuevos partidos políticos pueden tener éxito, si tienen o no en su posición concreta programas y tesis que signifiquen valores políticos y sociales vivos, si por ser brotes desviados hacia la dispersión de esfuerzos que deberían ser comunes y sólo se separan por mínimos motivos personales, o si al contrario por ser mera reacción negativa y destructora, estos primeros brotes carecerán de arraigo, es asunto que otra vez comentaremos. Pero el simple hecho de que se esté formando un empeño de organización de partidos concebidos como tales –cuando hace siete años, y hace tres, y hace unos cuantos meses todavía, esa idea parecía absurda–, es lo que ahora importa señalar, porque es el principio del reconocimiento de una necesidad primaria para México, primaria para toda sociedad humana la necesidad de una diferenciación enriquecedora y responsable, capaz de hacer que la razón se introduzca en la vida colectiva, que viva la libertad, que la comunidad humana no se degrade hasta la masa, sino que se eleve hasta

el pueblo, y que este reencuentre los caminos de su vocación y construya los medios para realizarla.

Y de paso, quienes, en un esfuerzo para combatir a Acción Nacional, abiertamente, o en forma desviada, trabajan hoy por la formación de nuevos partidos, están rindiéndole el más alto homenaje: el de confesar que ha tenido razón.

## POSICIÓN INTERNACIONAL, ANONIMATO, NECESIDAD INGENTE

### **Posición internacional**

Internacionalmente sigue siendo la política de México, meramente instrumental de causas o propósitos que nada tienen que ver con las necesidades, los intereses y los deseos verdaderos de la Nación.

Unas veces, a consecuencia de fatales errores anteriores; otras, por la baja calidad humana del servicio diplomático; siempre, por la falta de una orientación definida y precisa, orientación que se suple con una sumisión servil a la tendencia general del frente-populismo y a los requerimientos puramente circunstanciales y transitorios, la actividad internacional de México, continua permanentemente distanciada de la vocación nacional y sigue haciendo daño considerable no sólo a nuestro País, sino a las demás Repúblicas de Hispanoamérica.

Dos muestras últimas merecen comentario. El señor Quintanilla, inconcebiblemente colocado ahora en uno de los puestos que más urgentemente requieren un hombre digno, capaz y auténticamente representativo del México verdadero –es Ministro de México en Washington en la Unión Panamericana–,

\* Revista *La Nación*, año V, número 232, 23 de marzo de 1946, p. 6.

publicó un artículo atacando a Winston Churchill, en “defensa” de Rusia. Sus ataques fueron mal copiados de los ataques que la prensa oficial rusa hizo al vigoroso estadista inglés. Coincidieron también con los que hizo aquí, por la misma cuenta, el licenciado Lombardo Toledano. No parecen, pues los ataques de estos señores, haber sido consecuencia de órdenes del Gobierno de México, sino cumplimiento de una consigna llegada de fuera. Pero el Gobierno mexicano, extrañamente paráltico, no ha desautorizado hasta ahora al señor Quintanilla, y su Jefe estuvo presente en la reunión en que el señor Lombardo habló.

¿A qué necesidad internacional respondió la absurda y ridícula injerencia de este Quintanilla que habla como representante de México? ¿Por qué motivo mexicano el nombre de México debe mezclarse en un incidente entre el señor Churchill y Rusia? ¿Cuál, si no el exhibir una posición de mero instrumento, pudo ser el propósito de esta intervención risible; pero que nos daña considerablemente?

Es ya tiempo de que México, en esto como en todo, vuelva a la autenticidad, recobre el sentido de su orientación propia y de sus propios e irrenunciables caminos. Llevamos largos años de ser, en lo internacional como en lo interno, juguete de fuerzas e intereses ajenos.

Es imperioso un movimiento nacional para rescatar a México del dominio de esas fuerzas e intereses y para restablecer, por tanto, genuinamente, la representación verdadera de la Nación en el Gobierno. En cuanto a los Quintanillas de fuera y de dentro, que abiertamente sean lo que son, agentes al servicio de intereses extraños, pero que no tengan la representación formal de México ni se sirvan, en el desempeño de su lamentable encargo, del disfraz de mexicanos ni de la complicidad del Gobierno.

### **Anonimato**

Desde hace algún tiempo se ha puesto en boga aquí, una nueva forma especialmente vil y cobarde, de propaganda.

Al servicio siempre de las fuerzas internacionales y de sus servidores y compadres del régimen, se hacen circular por correo, extensamente, hojas o cartas que esconden la irresponsabilidad de sus autores bajo nombres como el de “Buró de Información Política”, o el más reciente de “Centro Nacional de Orientación Cívica”.

En una de estas hojas anónimas que últimamente han circulado, se dice que “Acción Nacional se abstuvo de ejercitar sus derechos cívicos y, como nunca estuvo de acuerdo con el régimen, era lógico pensar en su decisión de subvertirlo mediante la violencia; pero que hoy la situación parece haber cambiado; el PAN se ha acogido a las ventajas democráticas que brindan las leyes, participará en las elecciones y adoptará ciertos perfiles democráticos con lo que, sin embargo, su meta final no ha cambiado”.

Esto es sólo una muestra del tipo de la propaganda a que nos referimos. La escogemos por ser la última. Toda esa propaganda es siempre la misma: mentira, calumnia, irresponsabilidad, bajo un disfraz de objetividad y de comentario desprendido. Los bribones que anónimamente la elaboran y la hacen circular, son gentes también del régimen y están a su servicio. Tiende al mismo fin de evitar el planteamiento real de los verdaderos problemas de México, substituyéndolo por una confusión constante, a hacer imposible la deliberación racional y substancial entre los mexicanos, para sustituirla por un vacío verbalismo que desorienta y entenebrece la vida pública y retarda, o pretende hacerlo, la hora, cada vez más próxima por fortuna, en que será posible, como México ardientemente lo desea y lo necesita, volver a la realidad y juzgar por ella y no por este nominalismo torpe e insubstancial.

### **Necesidad ingente**

Las dos ilustraciones que anteceden, constituyen una nueva demostración de la primera y más ingente necesidad de México, que es la estructuración definida de su vida pública.

Nada hace más daño a México, que este amorfismo social y político. Nunca lograremos dar autenticidad a la representación, responsabilidad real a las instituciones y a los funcionarios, orientación verídica al esfuerzo colectivo, mientras sigamos en la indefinición de la “masa”, incapaces para ser un “pueblo”. Nunca podremos plantear rectamente los problemas nacionales ni acercarnos a soluciones valiosas; jamás podremos adoptar y cumplir programas positivos de reforma social, en tanto subsista este verbalismo sin substancia y sin responsabilidad, ocupando el lugar de una deliberación y aún de una lucha entre tendencias organizadas, definidas, aptas para juzgar y ser juzgadas por realidades humanas, programáticas y doctrinales, y no por epítetos gratuitos.

Por eso es indispensable la creación de partidos políticos, la definición de una ciudadanía orgánicamente llevada a la acción, el rompimiento del monopolio faccioso que ocupa el Poder en México y la integración de un Congreso que no sea ya la cloaca de las unanimidades informes, sino la representación positiva del pueblo en sus diversos matices de opinión.

Esta lucha política de ahora no tiene el sentido de un simple cambio personal en los órganos del Poder; tiene un valor incomparablemente más hondo: es un esfuerzo absolutamente vital de definición, sin el que México seguirá ahondando cada vez más su ruina interior y entregándose cada vez más, absolutamente inerme, en lo internacional.

Que nadie se engañe. Abstenerse ahora de participar en la lucha política, es cooperar activamente en el siniestro propósito de reducir definitivamente la Nación a una masa homogénea cada vez más y más privada de resistencias, más incapaz de reconocerse a sí misma y de salvarse.

El régimen no gestiona hoy una nueva imposición. Le bastaría la violencia para hacerla, si sólo de una imposición se tratara. Necesita darle, aunque sea fraudulentamente, la apariencia de una lucha democrática, tanto para los fines de la propaganda internacional como y principalmente, para proseguir en la tarca de quebrantamiento definitivo de la conciencia ciudadana. Aun la simple



violencia sería un factor de definición. La confusión creada en la simulación democrática, será, por el contrario, un poderoso instrumento para aumentar la indiscriminación en la vida política de México.

Esa misma revoltura inconcebible de hombres, de tendencias, de posiciones personales que hay en torno de la candidatura oficial y en la que, bajo los pretextos más especiosos, se mezclan desde el ratero político más despreciable, hasta intelectuales, es una clara muestra de este fundamental propósito de uniformar, de indiferenciar, de lograr la homogeneización destructora de la sociedad.

La imposición, pues, no es sólo intolerable hoy, como siempre, por su propia injusticia; lo es también y más gravemente, por ser un instrumento poderoso lanzado contra el esfuerzo indispensable para satisfacer la necesidad vital de estructurar orgánicamente a México.



## HAMBRE EN EL MUNDO

Dominando el conjunto, cada vez más oscuro y deprimente, de los acontecimientos que en una sucesión de fracasos parecen alejar cada vez más la posibilidad de una organización mundial apta para garantizar la paz, está, angustioso, el dato de la insuficiencia de los alimentos disponibles para atender las necesidades mínimas de la población en Asia, en Europa.

Los datos son pavorosos. A menos que las Naciones Unidas puedan organizar un esfuerzo sin precedente y un sacrificio enorme, millones de seres humanos perecerán de hambre. Y ese esfuerzo y ese sacrificio, están siendo obstaculizados por la situación internacional lamentable y por una sucesión de crisis internas que impiden el máximo rendimiento productivo en los países mejor dotados para acelerar su producción, como los Estados Unidos. Esa situación internacional y esas crisis internas, no son hechos inconexos, separados, sino manifestaciones de un mismo designio o, por lo menos, efectos de una misma causa: la falta de una firme orientación ideológica y, en consecuencia, de un sólido programa político y social.

Las naciones occidentales triunfantes en la guerra, no formaron, durante el conflicto, ese programa ni definieron con precisión sus convicciones

\* Revista *La Nación*, año V, número 242, 1 de junio de 1946, pp. 9, 17.

fundamentales. Elaboraron frases útiles para suscitar el apoyo requerido en el esfuerzo bélico; pero no cuidaron de construir la robusta convicción ideal ni la firme estructura programática indispensables para la hora de la reconstrucción. Peor aún, sacrificaron ante la urgencia de los problemas militares, el verdadero sentido de muchas de sus mejores y más firmes doctrinas y aspiraciones y ayudaron, con ello, a incrementar la confusión intelectual que bajo los mismos conceptos abriga no sólo los viejos y claros contenidos ideológicos por los que el Occidente ha venido luchando desde hace siglos, sino el oscuro mesianismo que es la fuerza principal de que se vale, como arma poderosa de desintegración interna, el totalitarismo rojo.

Y ante la realidad tremenda de pueblos enteros amenazados por una catástrofe sin precedente, esta confusión de principios, esta insuficiencia programática, crean en las naciones que tienen la responsabilidad de la victoria, una parálisis que sus propias consecuencias contribuyen a aumentar de día en día, porque eso es lo terrible del arma de desintegración social que usa el imperialismo rojo: crea la perturbación social y, simultáneamente, hace de esa perturbación un instrumento para detener o impedir el esfuerzo colectivo que sería necesario para vencerla.

¿Cuál es la situación de México? ¿En qué podremos ayudar, como miembros de la Organización de las Naciones Unidas y como país que no sufrió rigores militares en la guerra, para hacer frente a este trágico problema del hambre en el mundo? ¿Cuál puede ser nuestra aportación en bienes, en programas, en principios, en esta hora crucial?

Ciertamente no sufrimos destrucción alguna causada por la guerra. Nuestros campos no quedaron sembrados de hierro ni regados de sangre ni ocupados por tumbas recién abiertas; no fueron bombardeadas nuestras industrias; nuestros sistemas de transporte no fueron destruidos por los aviones enemigos; nuestros bosques no fueron talados por el cañoneo ni arrasados por bombas incendiarias; los jóvenes mexicanos aptos para el trabajo productivo y creador,

no fueron arrojados al matadero de las batallas. Por otra parte, proclamamos nuestra adhesión a los principios que pudieron justificar la guerra y a la causa de la organización de un mundo nuevo de paz, de suficiencia, de justicia y de libertad. Esa adhesión y el favor providencial que alejó de nosotros la destrucción furiosa de la guerra, nos obligan evidentemente a una cooperación intensa en el esfuerzo y en el sacrificio que este momento demanda.

Pero no podremos cooperar. Seguiremos ayudando –quizá con una ayuda que es cada vez más ineficaz y más para nosotros que para las naciones necesitadas, con la exportación de minerales estratégicos-. No podremos exportar maíz, ni trigo, ni arroz, ni frijol, ni grasas, ni carne. Nada que pueda servir para mantener la vida. Por el contrario, para evitar el hambre en México, necesitaremos importar, si podemos hacerlo, aun lo más indispensable para la ya pobrísima alimentación de nuestro pueblo, porque sigue siendo deficitaria nuestra producción y dolorosamente cierto que, de los dos millones de kilómetros cuadrados de nuestro territorio, no podemos obtener lo necesario para sostener en nivel humano la vida de veintidós o veintitrés millones de habitantes.

Lo terrible es que no existe razón alguna fatal, irremediable, fuera del alcance de la voluntad humana, para que nuestra situación sea esta situación de miseria. Ella es debida exclusivamente a hechos o a omisiones de hombres, del Poder Público. Y lo que es más deplorable aún: a hechos u omisiones que se dicen amparados o justificados por un programa de justicia, de mejoramiento y de abundancia.

Así se cierra el ciclo cruel característico de estos tiempos de confusión: frente a una insuficiencia o a una injusticia, se enciende un anhelo social; para satisfacer ese anhelo, se improvisa un programa sin viabilidad, sin posibilidades, lleno de declaraciones elocuentes; pero carente en absoluto de bases técnicas adecuadas; y todavía sobre ese programa, se acumulan en la ejecución los errores, las inepticias, los intereses particulares, las mordidas. La realización del programa, así, no hace sino aumentar la insuficiencia o volver más grave

la injusticia, exacerbando el mal y la perturbación sociales y abriendo campos nuevos para una mayor y más confusa demagogia y para errores, tropiezos y mordidas más grandes.

Por todos los ámbitos de nuestra sociedad podemos comprobar el cumplimiento de este ciclo típico de nuestros tiempos, de culto de la catástrofe y de este desprecio del hombre, que son la raíz de la tragedia actual en el mundo y de nuestra propia, injustificable y dolorosísima crisis.

No podrá cooperar México para hacer frente al hambre en el mundo. ¿Qué hará para hacer frente a su propio problema?

La escasez y la carestía, son cada día mayores. Hay lugares en México en donde el frijol se paga ya a \$1.50 el kilo y el maíz a \$0.60; y en la misma proporción hay que pagar precios de fantasía por el arroz, la sal, el azúcar, la manteca, la leche, la carne o el pescado, cuando se consiguen. El aumento de los salarios ni alcanza jamás el ritmo del aumento de los precios, ni se extiende a toda la población. Es ya tremenda la insuficiencia de la alimentación y puede cobrar mayores dimensiones muy pronto si no hay –Dios quiera que las haya–, cosechas extraordinarias.

Claro que en el fondo de esta posición angustiosa existe el problema básico de la falta de producción y, sobre todo, de la falta de producción en el campo. Pero hay otros factores que se insertan en ese proceso y lo agravan: la desintegración del sistema de distribución, tanto en su aspecto físico del transporte y de la conservación de los frutos o productos, como, y principalmente, en su aspecto social; la creciente desvalorización de la moneda.

La falta de producción rural, tiene como causal más importante la increíble cobardía, cuando no la incalificable perversidad con que el Poder Público se ha negado a plantear en sus términos verdaderos y a resolver, por tanto, con eficacia, la situación técnica, económica, social, humana, del campo en México. Nadie, ni los propios funcionarios responsables del Gobierno, se atreve a sostener ya que la situación agrícola y agraria de México corresponda ni a la

realidad de posibilidades, ni a las necesidades de nuestro País, ni a los anhelos del campesino; pero por explotación política –y muchas veces económica también–, por explotación de la miseria, el Poder Público tolera o conserva, y a veces estimula, la anarquía de un agrarismo inepto y corrompido, sin nexo alguno ya con los ideales y los propósitos que justificaron la generosa lucha inicial de la reforma agraria. Continúan la incertidumbre jurídica y la inseguridad personal, como obstáculos fundamentales para la vida y el trabajo en el campo; en vez de una organización de los campesinos para producir y mejorar, subsiste una organización exclusivamente orientada a fines políticos, de opresión y de explotación de los propios campesinos; una organización que en la mayor parte de los casos está entregada en manos de los más ínfimos miembros de la maquinaria política corrompida. Los programas de irrigación, de crédito agrícola, de mejoramiento técnico, chocan con esa realidad básica del agrarismo corrompido y opresor y no hay posibilidad, así, del grande esfuerzo sistemático que sería necesario para plantear de nuevo el problema integralmente y darle las soluciones reales que están obviamente indicadas. ¡Lo que habría podido hacerse en estos últimos años, si este obstáculo de perversidad o de cobardía no lo hubiera impedido! ¡Cuánto podría adelantarse aún, a pesar de hallarnos en medio de la crisis, si todavía en estos momentos el Poder Público quisiera entender y cumplir su deber y, abandonando su parálisis en materia agraria, convirtiera en factor de impulso la misma carestía para dar ímpetu a la producción rural librándola, simultáneamente, del estorbo monstruoso del monopolio en la distribución!

Este monopolio constituye uno de los más grandes fracasos del régimen estatizante y totalitario que hemos venido ensayando en México. Una serie acumulada de fracasos, más absurdos porque después de cada uno de ellos y queriendo o diciendo querer enmendarlo, se ha insistido en el mismo error que motivó el fracaso antecedente. Fijación de precios por decreto, juntas reguladoras. Consorcio, Nacional Reguladora y Distribuidora. Como se ve, es

siempre la misma infeliz idea totalitaria la que se ha venido persiguiendo cada vez en mayor escala, y cada vez para causar un daño más grande en los sucesivos intentos gubernamentales que debieron tender a evitar la carestía y la escasez; pero que no han hecho sino agravarlas con la formación de mercados negros, el descorazonamiento del productor, el acrecentamiento del apetito voraz de los funcionarios y de la tupida red de cómplices que con su impericia y con su insaciable apetito de aprovechamiento ilegítimo han aumentado el problema o lo han creado donde antes no existía.

La moneda sigue perdiendo poder adquisitivo. Y tampoco en el caso pueden encontrarse razones fatales o inevitables de ese acelerado demérito. Su causa ha dependido también, y depende exclusivamente, de la voluntad de las autoridades económicas, de sus hechos o de sus omisiones. Una voluntad que nunca ha estado inspirada en el deseo de servir a México, sino en el propósito infeliz de agrandar al jefe, de hacer posible el cumplimiento de sus caprichos más absurdos; una voluntad suficientemente alumbrada por la técnica, para saber cómo utilizar la inercia que está detrás de los fenómenos económicos; pero incapaz del acto valeroso de enfrentarse a la realidad y de prepararse para el momento fatal de la liquidación de esa inercia; una voluntad que ante la inminencia de un desastre visible ya, busca el refugio de la proclamación de una tesis doctrinal que aparentemente justifique los absurdos cometidos no por aplicación de esa tesis, sino por falta de tesis y por sobra de irresponsabilidad. Si hubiera medio de exigir responsabilidades aquí a quienes están encaramados en el Poder, qué graves serían las responsabilidades de quien ahora después de destruir el régimen monetario, pretende escudarse en el supuesto técnico de que “la moneda no es medida de valor ni instrumento de ahorro, sino exclusivamente medio para acelerar o retardar el proceso económico”.

Voces limpias y desinteresadas han venido desde hace años, en todo México, y muy especialmente en estas columnas, señalando los errores, denunciando las cobardías, mostrando los caminos auténticos de la solución de estos problemas.



A veces los que están usurpando la autoridad, han acusado a esas voces de ser simple expresión de una oposición de resentimiento y de intransigencia, luego, cuando se han ido consumando los fracasos, los mismos hombres del Poder recogen verbalmente las medidas propuestas por la oposición y que ellos condenaron antes; pero ni siquiera lo hacen en un programa integral ni para realizarlas, sino simplemente para insistir, con distinto disfraz verbal, en las mismas cobardías, en las mismas ineptitudes. Y ahora, ante la inminencia de una crisis de extrema gravedad, próximo el momento en que será necesaria una liquidación, están implorando o gestionando la catástrofe que los libre del peso de la responsabilidad o los mantenga, todavía, en el abuso del poder.

Moralmente incapaces para reconocer el error, técnicamente incapaces para hacer una rectificación, cogidos entre las cadenas de intereses fraudulentos que ellos mismos han creado o fomentado, ansían cerrar el ciclo del desastre y se esforzarán en lograr que la propia situación de hambre y de desesperanza que ellos han creado, se tome en fuente de nuevas anarquías, de errores y abandonos más graves.

Hambre en el mundo. Miseria en México. Ese es el saldo que arrojan el estatismo totalitario, la confusión ideológica y el reblandecimiento moral que son las bases verdaderas del frente-populismo, ese fraude social gigantesco, del que son instrumentos principales en México el régimen de imposición, el partido oficial, los simuladores sindicales y agrarios de la lucha por la reforma y el mejoramiento; esa conspiración internacional para el dominio del Poder Público y el establecimiento de la esclavitud económica, política y espiritual.

Queda solamente, de tejas abajo, una esperanza: la resurrección, en México como en todas partes, del espíritu ciudadano, el establecimiento activo del sentido de la dignidad del hombre, la restauración, en suma, de un criterio de verdad y de bien.

Esa lucha nos está llamando a todos. Nos exige claridad de visión, esfuerzo conjunto y decisión, resuelta. Frente a la inmensa mayoría, sólo hay pequeños

grupos de simuladores y de aprovechados. Se disolverán ante el esfuerzo común y sólo así podrá haber de nuevo abundancia, libertad, seguridad y justicia. Sólo así alcanzaremos la posibilidad de un mundo en que los hombres y las naciones puedan convivir tranquilamente en el orden.

## ELECCIONES 1946

### **Pueblo fiel**

La intrépida fe del pueblo mexicano en su destino, la robusta esperanza en su salvación, su decisión, su inagotable capacidad de responder a los estímulos más altos, afloraron en esta campaña electoral que está terminando y se manifestaron en una madura decisión varonil de limpiar la vida pública, renovarla y vivificarla para hacer que penetren en ella las mejores esencias de la nacionalidad, desde hace tanto tiempo ausentes en el Estado.

Una vez más el pueblo de México ha dado testimonio irrecusable de su fe, de su esperanza, de su adhesión vivísima a los principios capitales de la nacionalidad. Y ha dado un mentís a los miserables del régimen a los falsarios de la "democracia dirigida", comprobando, además, su madurez ciudadana y su capacidad para hacer vivir las instituciones cívicas a poco que la maquinaria del Poder, siquiera en las apariencias y en su deber mínimo de evitar la violencia física, cumpla su obligación elemental de estar con el pueblo y no al servicio de la facción.

Se equivocaron, como es su costumbre reiterada, los políticos profesionales, los merodeadores del presupuesto y de la riqueza pública, los usurpadores

\* Revista *La Nación*, año V, número 248, 13 de julio de 1946, p. 3.

de la representación. Ellos consideran, desde el fondo de su derrotismo degradado, que México es un país vencido, amargado definitivamente por un sentimiento de impotencia, que puede apaciguarse con promesas incumplidas; pero México no ha sido derrotado todavía ni lo será. “El tronco muerto que arrastra la corriente –dijo en un mitin de Acción Nacional, un joven orador–, cree que los árboles que en la ribera crecen hacia el cielo, marchan hacia atrás”. Y México crece incesantemente, robusto, con hondas raíces en el subsuelo histórico, a una profundidad de cuatrocientos años, nutridas en la clara civilización occidental cristiana, y en cada ocasión reverdece esa cultura y se muestra floreciente. Se equivocaron, se engañan, éstos que consideran a México como una planta adventicia, que puede ser torcida o desarraigada fácilmente.

### **Deficiencia y fraude**

El pueblo cumplió el 7 de julio con su deber, como lo ha cumplido siempre. ¡Si el régimen cumpliera con el suyo y fuera leal a este pueblo admirable!

Jóvenes y viejos, obreros, médicos, artesanos, ingenieros, campesinos, cumplieron a pesar de las innumerables deficiencias injustificadas de la preparación administrativa del servicio electoral, a pesar de las reiteradas decepciones anteriores, a pesar de saber cuán poca fe merecen las promesas. Todos cumplieron, desde el empadronamiento hasta la espera obstinada para depositar el voto. Las absurdas deficiencias, ciertamente no fueron imputables a los ciudadanos sino a quienes en el Poder o en sus agencias, debieron y tuvieron ocasión de preparar con eficacia el servicio electoral y no lo hicieron por ineptitud, por cobardía o por deslealtad.

Los fraudes son todavía menos imputables al pueblo; lo son a quienes, acampados desde hace tanto tiempo y sin derecho en los órganos de la autoridad, la ejercitan para su medro, sin programa, sin nobles iniciativas, sin tener siquiera la noción de las posibilidades inmensas del Poder, y menos todavía, de las responsabilidades sagradas de la autoridad.

### **Ejército y pistoleros**

Sobre los fraudes y sobre las deficiencias, queda intacta y magnífica la conducta del pueblo que en este 7 de julio ha logrado instaurar en México una nueva era política.

Las bandas de pistoleros sólo son temibles si tienen el apoyo oficial. Cuando al Ejército se le confía su misión propia, la cumple fielmente y los pistoleros pierden hasta su mirada torva. Las fuerzas siniestras sólo son poderosas por reflejo; cuando el Estado no les presta su resplandor, se deshacen anegadas en su propia sombra.

Los enemigos internos de México, a pesar de tener en sus manos todos los resortes inmediatos de la vida social, económica y política del país, nada son si la ciudadanía tiene una oportunidad de mostrar su voluntad genuina, insobornable. No han logrado obtener, ni por los caminos de la fuerza, ni por los de la corrupción, el menor apoyo.

### **Si es posible el sufragio**

La Ley Electoral, reformada tardíamente, adolece de obvias deficiencias que fueron acentuadas por la ineficacia, por la parcialidad de los organismos electorales creados por la propia Ley para organizar y vigilar el servicio del sufragio.

Es evidente que aun las deficiencias legales y los plazos angustiosos que resultaron del culpable retardo con que se hizo la reforma electoral pudieron ser subsanados y no hubieran dado lugar al fraude, si éste no hubiera contado con el apoyo activo o pasivo de los órganos de la autoridad. Como se evitó laudablemente la violencia primaria por la intervención ordenada del Ejército, pudo y debió evitarse el fraude por la intervención iluminada y resuelta de los organismos electorales si éstos también hubieran cumplido con su deber.

México, por tanto, sí puede tener y utilizar un sistema electoral de limpio respeto a la autenticidad del voto.

**Ciudadanos, en pie**

El esfuerzo está en marcha. Lo vitalmente importante es continuarlo sin desfallecimientos, con espíritu alerta y con acción denodada.

Una gran victoria se ha ganado. Se ha abierto el camino y México seguirá recorriéndolo –cualquiera que sea el respeto que el Gobierno guarde a la voluntad indudable de la ciudadanía–, hasta hacerlo triunfalmente para lograr el anhelado y permanente diálogo de las cumbres con la luz, de la Nación con el Estado, de las virtudes privadas con las virtudes públicas, del limpio hogar de cada mexicano, con el hogar común de todos los mexicanos.

Si en los años pasados fue posible el pesimismo, nadie tiene derecho a ser pesimista ahora. Firmemente, paso a paso, la ciudadanía de México va triunfando, acorralando a los falsarios, obligándolos a exhibir su ignominia y su estupidez, haciendo cada vez más visible la acelerada caducidad de la maquinaria de falsificación.

Sólo puede haber una consigna: “seguir continuando”.

Contra una ciudadanía en pie, organizada, dispuesta a cumplir su deber, resuelta a hacer valer su derecho, nada puede prevalecer.

## EN LA BASE DE LA ZOZOBRA

Con angustia creciente, el mundo entero ve ahora cuán grande fue el error de una indefinición de los propósitos de la segunda guerra, y cómo la retórica de la propaganda que se empeñó en oscurecer la necesidad de esa precisión de motivos justificantes, no sólo no proporcionó un sustituto siquiera mediocre para ellos, sino que ha resultado una fuente de envenenamiento del esfuerzo conducente a la paz.

El empleo insincero de las grandes palabras previamente vaciadas de su contenido leal, el hecho de resucitar ilusiones paradisiacas a sabiendas de su imposible cumplimiento y pretendiendo reemplazar con ellas el enfrentamiento varonil con la realidad que es siempre esfuerzo y lucha tenaz, están ahora produciendo sus frutos naturales de confusión y desesperanza.

Y el criterio ladino y oportunista que hizo a un lado y despreció o persiguió a las ideas y los hombres que no se prestaban incondicionalmente al empeño militar y político inmediato de la guerra, sino que, sin negar una colaboración vuelta indispensable por los hechos, mantenían los ojos abiertos y exigían claridad para la visión próxima y para la remota, agravó los males del mundo

\* Revista *La Nación*, año V, número 260, 5 de octubre de 1946, p. 5.

presente al privar a éste del concurso de una generosidad y una aptitud que fueron injusta y apasionadamente tachadas de enemistad y reducidas en sus posibilidades por una constante campaña de desprestigio, sólo inferior en su impacto a la que paralelamente se hizo procurando prestigiar ante la opinión (inútilmente; pero entregándoles de hecho los resortes del mando y del poder), a quienes por falta de aptitud o de generosidad, ni en la guerra ni en la paz pueden servir substancialmente al anhelo y a la necesidad del mundo.

Este es el dato central de la zozobra que está en la base de todas las calamidades de la post-guerra: indefinición, confusión de conceptos y de propósitos, descrédito de quienes están en el poder, debido a su propia conducta, técnica y moralmente reprobable, y falta de fe –motivada por la propaganda de calumnia–, en los programas, en las organizaciones y en los hombres que podrían reencontrar los caminos salvadores.

No faltan elementos materiales para la paz y para la reconstrucción, ni faltan los recursos de una técnica cada vez más perfecta y evolucionada; falta la luz de una orientación, la inspiración superior que, nuevamente, halle los cauces perdidos de la libertad. Y otra vez el mundo entero se oscurece bajo la amenaza de esa solución única que es siempre la solución final de la ineptitud: la catástrofe.

Porque la ineptitud y la insinceridad sólo tienen expedientes; empiezan por erigir una arquitectura social en las nubes de la retórica, por prometer un paraíso artificial a la vuelta de la esquina o al término de una incongruente purga feroz; pero supuestamente transitoria. Para construir esa arquitectura desdibujada y sin cimiento, rompen y aniquilan lo que, aun necesitado de reforma y mejoramiento, ya está construido y es la única base posible de nueva edificación. Las promesas paradisíacas se frustran irremediabilmente. Además, con ello se provoca el descrédito de los principios y la desesperanza en los ideales que se invocaron falazmente como fundamento y razón de tales promesas. Y los responsables, insinceros para reconocer el error, cobardes para la empresa verdadera y penosa de la construcción real y siempre insaciados de poder, se refugian en la gestión



de una catástrofe que les brinda una esperanza última de seguir acampados en la autoridad y les da una compensación a su resentimiento.

No es otro, tampoco, el mal de México. Ni faltan aquí los medios materiales para la suficiencia ni la técnica se encuentra desarmada ante los problemas de nuestra sociedad. Hay, ante todo, zozobra, incertidumbre, indefinición.

Pero lo peculiar en México, es que esa definición y esa incertidumbre afectan, fundamentalmente, al régimen y a sus gentes; no han llegado a las capas profundas de la comunidad. Esta, padece los efectos del cobarde titubeo, de la falsificación incesante en que el régimen se debate; pero está, firme, macizamente asentada en una lealtad magnífica a sus convicciones, y sabe con precisión lo que quiere y lo que necesita. Es una delgada costra sobre la comunidad nacional entera, la que por interés, por voracidad, por amargura de resentimiento, por compromiso o por imitación extralógica, se debate entre expedientes contradictorios y se empeña, contra la evidencia, en mantener aquí artificialmente, los mismos factores permanentes de crisis que en otras partes tienen arraigo cierto en las perturbaciones materiales sufridas a consecuencia de la guerra o en la penetración profunda que en la colectividad han tenido los factores de desconfianza y de inseguridad.

Bajo una vida pública que no logra separarse de un concepto permanente de subversión, que está encadenada a muchos y contradictorios tabús verbales y políticos y que, por el básico alejamiento del pueblo producido por el continuo fraude electoral, carece del ímpetu (que sólo del pueblo podría venirle), requerido para enfrentarse a los problemas reales de México con nitidez programática y con aptitud libre de compromisos de banda; bajo esa vida pública sujeta, por tanto, a un continuo titubeo, condenada a soluciones parciales y de mera circunstancia y siempre, además, manchada por el aprovechamiento ilegítimo que es inevitable cuando no hay la responsabilidad derivada de un sistema electoral auténtico, la vida real de México en el trabajo, en la empresa, en la familia, en el espíritu, sigue el mismo curso que ha tenido siempre, más acendrado quizá que en cualquier

época anterior de nuestra historia, en sus valores más íntimos, y de regreso ya de las desviaciones, de las falsas ilusiones, de la confusión que a ella pudieron llevar los acontecimientos públicos no sólo de los últimos treinta años, sino prácticamente, del último siglo de nuestro suceder político.

Esta subsistencia paralela y antagónica de dos orientaciones diferentes, de dos maneras radicalmente distintas de ser en nuestra Patria, este desgarramiento entre las dos formas de vida de México, es el problema capital de nuestro País; pero simultáneamente, porque la forma recta y levantada de vida es la que corresponde a la inmensa mayoría de la población y la que llevan las instituciones más entrañables de nuestra sociedad, es también la razón de una grande y vehemente esperanza de pronta y completa renovación nacional.

Es el más grande problema de México, porque rota la continuidad de la vida de la Nación, convertido el régimen imperante en un estrato social casi sin contactos, salvo los del imperio y de la exacción, con el resto del pueblo, el Estado fácilmente ha llegado y puede llegar de nuevo a asumir una posición hostil a la Nación y, en el mejor de los casos; está privado de la savia poderosa que podría recibir de la sociedad mexicana entera y que le sería necesaria para subsistir con auténtico vigor y, más aún, para rendir los frutos genuinos que de la autoridad pueden esperarse cuando ésta, siendo expresión verdadera de la Nación, se consagra cierta y exclusivamente a su servicio.

Por esta solución de continuidad entre el Pueblo y el Gobierno, entre la Nación y el Estado, las empresas públicas resultan siempre mezquinas, deformadas. Y los planes y programas, aun los de positiva necesidad y grandeza, se quedan en meros proyectos descomunales e irrealizables, o en ruinas anticipadas o, todavía más frecuentemente, en mera ocasión de fomento para el favoritismo y la vergüenza de la mordida.

Por esa ruptura entre lo nacional y lo oficial, ni se cumple la reforma agraria, a pesar de ser universalmente reconocida como piedra angular de la vida patria, ni se realiza la reforma social, fin y pretexto oficiales, desde hace tantos lustros,

de promesas y sacrificios incontables; ni la obra educativa pendiente se lleva a cabo. Porque todo lo hecho en materia agraria, aun reconociendo sin deseo de crítica alguno, el máximo valor que quiera dársele, tiene todavía intacto el problema de mejorar substancialmente las condiciones lamentables de vida de la población rural y de elevar hasta la suficiencia –ya que no a la abundancia–, la producción del campo. Y todo lo hecho en los otros aspectos de la reforma social, también considerada objetivamente y sin regateo crítico, es en el mejor de los casos una simple aproximación frustránea a lo que debería y podría haberse hecho. Lo mismo puede decirse, con mayor amargura, en materia cultural. No hay en esto negación, sino comprobación objetiva de una realidad indudable; ni siquiera hay espíritu de duda respecto de las intenciones del Estado, sino admisión de que esas intenciones han sido buenas. Es que aun admitiendo, con los ojos cerrados a la crítica en bien del futuro, que en lo hecho se haya inspirado un buen propósito y que el esfuerzo para hacerlo haya sido tan importante como su costo para el País (costo económico, costo humano, costo en paz y en quietud sociales, costo en vigor y en autonomía de la Nación frente a poderes extraños a ella) resulta cuando menos innegable una desproporción inmensa entre esos propósitos y ese esfuerzo y los resultados obtenidos, como lo señala la experiencia dolorosa de todos los días, de todos los aspectos de vida social, de todos los rumbos de la República. Una experiencia lacerante de miseria, de ignorancia, de atraso, de arbitrariedad y, siempre, de aprovechamiento corrompido.

Pero es esta misma distancia creada y fomentada por el hecho de hallarse la autoridad presa en un estrato de la sociedad, debiera informar a la sociedad entera y recibir de ella su vitalidad y su orientación; es esta misma diversidad entre la vida social y la vida del régimen, esta impermeabilidad comprobada que el pueblo nuestro tiene, afortunadamente, en relación con las falsas posiciones del régimen imperante, (aun de aquellas en las que el régimen ha puesto mayor empeño en hacer penetrar en nuestra sociedad), la base mejor de la esperanza nacional.

Porque sí es deseable ardientemente la unidad entre la Nación y el Estado, lo es cuando la unidad se cumple hacia arriba, en las formas superiores y más valiosas de vida colectiva, en las que producen mejoramiento material y espiritual positivos, paz profunda y duradera o, frente a las circunstancias adversas, briosa unanimidad en el sacrificio; pero se vuelve indeseable y amenazadora para la vida misma de la Patria, cuando es unidad hacia abajo, hacia el desorden, el olvido de los principios básicos, el titubeo indeciso, la obscura indefinición, la deserción cobarde ante las duras limitaciones y exigencias de la realidad y, peor aún, hacia la extensión universal de la mentira y de la corrupción.

Y en nuestro caso, en el pueblo se conserva y del pueblo viene cada vez más fervorosa y con vigor más incontestable, una exigente demanda de esa unidad nacional óptima, hacia arriba. Tan exigente y tan robusta que el régimen mismo, hasta hoy incapaz de atenderla, le paga sin embargo un tributo al reconocerla y decir que pretende normar por ella su actividad; tan firme y tan innegable, que los más audaces o los más desesperados del propio régimen y los que más temen el advenimiento de la nueva era que alborea, son cada vez más representativos y gestores de lo único que podría detener el curso potente de la oleada de renovación que viene de la entraña popular: la catástrofe.

En la trágica coyuntura del mundo actual, México no puede ser ajeno, no puede estar exento. Pero su crisis difiere de la que otros países padecen o están en vías de sufrir, no sólo porque el impacto material de la guerra ha sido aquí incomparablemente menor que en esos países, sino también y principalmente, porque la substancia misma de la crisis en otras partes –la zozobra, la indefinición, la desesperanza–, aquí son solamente periféricas, sólo afectan a la superficie de la sociedad formada por esa delgada costra del régimen y de una pseudo-aristocracia del dinero y del bajo mundo internacional, quedando el pueblo, la entraña de la vida nacional, intacto, no sólo libre aun de contaminaciones, sino de regreso ya de ellas, activamente deseoso de terminarlas, de hacerlas desaparecer.

Por esto, la misión esencial ahora, es la defensa y el cultivo de esa certidumbre del pueblo en los valores esenciales, y el esfuerzo perseverante para lograr que el anhelo popular, única fuerza social verdaderamente incontrastable y definitiva, cobre cada vez más fuerza y más sentido, hasta poderse cumplir cabal y venturosamente.



## PETRÓLEO, PRECIOS

Para el público, al que no se dan otras informaciones que aquellas que la Administración no puede callar, el problema del petróleo se expresa básicamente en la insuficiencia y dificultades del aprovisionamiento, en el alza de precios y en las frecuentes querellas entre Petróleos Mexicanos y su Sindicato. Tal vez algunos ciudadanos de vez en cuando recuerdan, por noticias ocasionales de la Secretaría de Hacienda, que se está pagando aún la deuda contraída con la expropiación y que todavía una parte de esa deuda, quizá la más substancial, está pendiente de arreglo.

Pero hay más, mucho más que eso, en la grave situación de esta industria nacional básica. Está de por medio la subsistencia misma de esa industria y, naturalmente, la subsistencia de todo el mecanismo industrial de México, que sufriría daño irremediable en caso de faltarle un aprovisionamiento nacional de combustible.

El hecho es que más de la mitad de la producción nacional de petróleo, proviene de una sola fuente: Poza Rica; que todos los otros campos en explotación no producen tal vez veinte millones de barriles al año y que el

\* Revista *La Nación*, año VI, número 261, 12 de octubre de 1946 p. 5.

consumo nacional, que en el momento de la expropiación asciende ya a cuarenta millones de barriles y sigue creciendo la demanda considerablemente.

Ello significa que, de continuar la situación actual, deberá hacerse producir a Poza Rica todo el monto, o una parte substancial del monto, del consumo nacional de petróleo, de manera que pronto ese solo campo deberá producir más de veinticinco millones de barriles sólo para atender el consumo nacional indispensable y sin pensar, por supuesto, en hacer exportaciones.

(Este capítulo de las exportaciones de petróleo, merece por sí solo consideración especial, pues lo que hemos exportado es el petróleo crudo, en tanto que desde hace años estamos importando cada vez más productos refinados, lo que constituye un costosísimo disparate).

Si a Poza Rica se le exige una producción superior a veinticinco millones de barriles, y ello tendrá que hacerse muy pronto, a menos de paralizar la industria nacional o de hacer una reorganización eficaz en nuestra industria petrolera, se excederá ciertamente el ritmo de producción que técnicamente corresponde a ese campo y se provocará una declinación rápida de esa producción hasta agotarse, anticipadamente y sin previsión para hacer frente a las consecuencias, esa fuente principal de subsistencia de la industria mexicana.

Es que no se han hecho los trabajos normales y sistemáticos de exploración para descubrir nuevos campos. Esos trabajos significan la inversión de muchos millones de pesos, inversión que en gran parte se hace a fondo perdido; pero sin la cual no es posible mantener un nivel de producción adecuado.

Si a ello se agrega la necesidad urgente de ampliar y reformar el sistema de refinerías y de obtener o establecer los medios adecuados de transporte, todo lo cual significa también la necesidad de una cuantiosísima inversión, se verá hasta qué punto alcanza gravedad extrema el problema de la industria petrolera y cómo sus síntomas visibles para todos, no son sino un índice remoto, a pesar de ser ya tan graves, del riesgo nacional inmenso que por la desorganización de la industria está corriendo México.



Otra vez la vanidad, la impericia, la voracidad de una acción oficial que todo lo basó en el capricho del tiranuelo en tumo, origina males y peligros gravísimos para la Patria. Y todavía el responsable sigue siendo postulado como eje de fuerzas políticas importantes y presentado como caudillo y redentor.

Obras de riego. Excelentes y plausibles los noticias relativas a la inauguración de nuevas obras de riego por el Gobierno Federal. No hay duda, en efecto, de que es una gran necesidad para México el procurar el máximo aprovechamiento posible de todas las aguas de que pueda disponer. He allí un aspecto de la actividad gubernativa que no es recibido con indiferencia, sino con júbilo.

Pero –y este no es un "pero" circunstancial ni de ocasión, ni significa un regateo–, dentro de esa misma política de riegos, ¿lo que se ha hecho es todo lo que pudo y debió hacerse y lo mejor? Evidentemente no. El mismo Gobierno Federal ha estado y seguirá estando en aptitud de una obra constructiva más amplia, más sistemática y menos costosa; ha estado y estará en aptitud de construir él mismo las múltiples pequeñas obras de regadío que en numerosísimas partes del país pueden hacerse en plazo más breve, con costo menor y con un beneficio más grande y más inmediato para los agricultores (que no necesitarán moverse de su ubicación tradicional para aprovechar mejor el agua que hagan disponibles esas pequeñas obras de riego), y para la economía nacional que desde luego puede empezar a recibir el beneficio de una mayor producción.

Más aún. La mayor parte de esas pequeñas obras de riego y aun muchas de las medianas, podrían haberse hecho y podrán hacerse con menor gravamen público, a costo menor y con resultados más próximos y satisfactorios, por los propios interesados, a condición de establecer un régimen de seguridad en el campo. Partiendo de ese régimen de definición jurídica y social respecto de la tierra, con una amplia y accesible asistencia técnica de la Comisión Nacional de Irrigación, el propio esfuerzo particular, la libre cooperación de los agricultores, podría acometer numerosas empresas de riego cumpliendo un programa general trazado o aprobado por el Estado mismo en cuanto a sus condiciones técnicas

y económicas, liberando al presupuesto de un gravamen que, aun siendo ya muy grande, dista mucho de satisfacer la necesidad nacional de estas obras, y dando cauce hacia el campo a capitales importantes, de esos que el sentido común considera como posible beneficio para México; pero la indigestión técnica de los estadistas oficiales, estima como un peligro mortal que debe ser "esterilizado".

Es que, también en este aspecto, por error conceptual o por compromiso y por imposibilidad de orden político, el Gobierno se olvida de que lo esencial en el problema mexicano del campo, antes que los capitales, que la maquinaria, que el riego, que la capacitación técnica, es un razonable sistema de definición y de seguridad. Mientras ese sistema no exista –y así lo reconocen ya tirios y troyanos–, cuanto se haga en relación con los problemas agrario y agrícola de México, será fincar en la arena o debatirse en una lamentable desproporción entre la magnitud del problema y la pequeñez de las realizaciones obtenidas. En cambio, definido un régimen jurídico y social de la tierra, a un esfuerzo programático e impulsor del Gobierno responderán insospechadamente la iniciativa, la voluntad de riesgo, el amor a la tierra de los agricultores mexicanos.

¡Si apenas hay un mínimo de garantía e inmediatamente se advierte la renovación en el esfuerzo agrícola, se abren tierras, se perforan pozos, se importa maquinaria, se mejoran los cultivos! Ni el capital, con ser como es, resiste a esta atracción, según se puede demostrar con numerosos ejemplos evidentes.

Pero sigue pesando sobre México como una maldición, la cobardía de quienes no se atreven a tocar lo ya establecido, a remediar los métodos comprobadamente absurdos y las soluciones indefendibles, por no pasar como reaccionarios o por no poner en peligro esa fuente ilegítima de explotación política que es la infame conservación de la miseria en el campo. Por interés político, por indecisión, por falta de imaginación, el régimen no ha querido advertir que lo auténticamente revolucionario es darse cuenta de que la gran reforma agraria de México, después de 36 años, está por realizarse todavía y de que, aun conservando todo lo que hay de valioso en lo que en estos 36 años

se ha hecho, sería posible dar ímpetu inmenso al cumplimiento verídico de esa reforma con el solo hecho de querer plantear el problema con sinceridad, fijos los ojos exclusivamente en el mejoramiento genuino de la población campesina y en el bien de México.

¿Obras de riego? Sí; pero en mayor número, más baratas, más distribuidas en el territorio, más accesibles a los agricultores. ¿Maquinaria agrícola y capacitación técnica y semillas mejores y mejores y más valiosos cultivos y cooperación y capitales para la agricultura? Sí, por supuesto. Pero todo ello sin merma, antes sirviendo para afirmar y fomentar la libertad, el decoro, las posibilidades de vida humana de los campesinos mexicanos.

Esto no es reaccionario ni es un sueño. Es exactamente lo mejor que quiso la Revolución y es perfectamente realizable siempre que se cumplan las tres condiciones que algún día serán norma de toda nuestra vida pública: limpieza, amor y conocimiento.

### **Precios**

Si hay un capítulo de la vida nacional en el que sean absolutamente evidentes las deficiencias fundamentales del régimen, es éste del alza del costo de la vida.

La deficiencia derivada de una sumisión inhumana a tabú político, la consistente en una manifiesta impericia, la que resulta de una incapacidad radical para reconocer la verdad, y la que procede de un apetito insaciable de aprovechamiento ilegítimo.

La verdad es que no hay producción bastante y que, mientras no la haya, toda lucha contra el alza de los precios (a menos que pudiera –y no se puede– fundarse en un racionamiento terriblemente estricto), fracasará irremediabilmente. La verdad es que se ha maltratado el régimen monetario y de crédito en términos de increíble torpeza y que mientras subsistan esas manipulaciones y a una política económica o a una técnica monetaria se substituya una maquinación de expedientes –aunque éstos sean aderezados

con una erudición *a posteriori*, pueril y vanidosa-, la moneda seguirá perdiendo valor día a día, las restricciones de crédito sólo servirán para disminuir o encarecer la escasa producción y los precios seguirán subiendo. La verdad es que nuestro régimen de transportes, ya terriblemente atrasado y deficiente, lo es cada día más por una administración incalificable.

Pero el régimen no reconoce estas verdades. O si se ve obligado a reconocerlas por la fuerza de hechos inocultables, sigue insistiendo en el error, inventa un pretexto o elabora otro expediente que simplemente permita seguir viviendo a costa del futuro. El aumento de la producción en el surco, se quedó en los carteles de la propaganda y ni siquiera pudo llegar a las alegres cuentas estadísticas oficiales. La industrialización no será más que motivo de propaganda y nunca pasará de débil ímpetu inicial, mientras el problema del campo no sea tratado con varonil eficacia. El dinero redundante, tantas veces condenado por las autoridades económicas, sigue siendo creado por ellas o, lo que es casi peor, las autoridades siguen sin saber cómo dar cauce útil a los capitales disponibles. El estatismo que ha hecho irrupción en la vida comercial, en el sistema de distribución, ha fracasado una y otra vez y en cada ocasión con efectos peores y más patentes, sigue siendo reiterado en esa monstruosa Distribuidora (distribuidora de granjerías y de abusos) y en la proliferación de sistemas de monopolio que amenazan abarcarlo todo. Y en cuanto al aprovechamiento ilegítimo, a la mordida, sobre el asco y la indignación se sobrepone la vergüenza para no hacer otra cosa que una mención, mientras no pueda cumplirse la obra de justicia que unánime reclama el pueblo.

Producción, moneda sana, distribución responsable y eficaz, utilización mejor de los recursos naturales, retomo del Estado a sus funciones propias y útiles, abandonando los caminos de corrupción y degradación que ha seguido. Esos son los remedios. Todo lo demás es infortunada literatura que no hace sino agravar el mal y agotar día a día los sufrimientos y la justa indignación del pueblo.

## PROBLEMA FUNDAMENTAL, INICIATIVA NECESARIA, OBJECIONES

En el campo ha estado y está el centro de las más apremiantes y básicas cuestiones de la vida de México. En el campo, donde vive más del sesenta por ciento de nuestra población total. En el campo, que es donde más se ha sufrido la falta de justicia, de estabilidad, en toda nuestra historia. En el campo, desde hace tanto tiempo sujeto a un proceso de transformación por numerosos motivos convertido en tópico de lucha política, en laboratorio experimental inmisericorde, en tema de vacuna demagogia, pretexto de todo género de aprovechamientos ilícitos, en fuente de explotación destructora de recursos naturales tal vez insubstituibles, en panorama de miseria y de opresión.

Socialmente, ninguna reforma esencial podrá proyectarse ni cumplirse en México plenamente, en tanto subsista la situación actual del campo. Económicamente, el proceso de industrialización, la creación de sistemas de transporte, la existencia y el funcionamiento de un régimen monetario y de crédito suficiente y estable, el equilibrio mismo de toda la vida nacional,

\* Revista *La Nación*, año VI, número 263, 26 de octubre de 1946, p. 6.

no podrán alcanzarse si subsiste el problema del campo. Políticamente, la construcción de una ordenación democrática real fundada en la auténtica y libre participación de la ciudadanía en la vida pública, seguirá siendo un mito mientras subsistan las condiciones reales en que el campesino mexicano se encuentra.

Así, en todos los aspectos de la vida selectiva, hay siempre, cada vez con carácter más inaplazable y de creciente apremio, la necesidad de un esfuerzo nacional sincero, limpio, apto, para plantear en sus términos genuinos la situación del campo y formular y cumplir un programa racional, justo, que norme la actividad del Estado y oriente y estimule la de todas las demás fuerzas sociales en la resolución de los múltiples temas que tiene este problema fundamental para la Nación.

No es posible ya, no lo consienten las circunstancias de México y del mundo, contra ello se levanta cada vez más imperiosa la exigencia de los propios campesinos y se subleva la conciencia de todos los hombres de bien, seguir haciendo de este problema motivo de aprovechamiento partidista o de grupo ni obscurecerlo con demagogia falaz y vacía, ni tomarlo como asunto de indocta e inhumana experimentación. No es asunto de partido, ni palenque de ideologías en pugna ni, menos aún por supuesto, fuente de medro económico o político de profesionales del fraude y de la explotación. Es conjunto de hechos, de situaciones objetivas; problema real cuyos datos es necesario conocer puntual y cabalmente, con conocimiento desinteresado y técnico. Es cuestión humana substancial. Es interés vital de la Patria entera.

La determinación exacta de los objetivos a perseguir en un programa completo de resolución de este problema, está ya hecha en términos de principio y toda la Nación conoce, acepta y ardientemente anhela que esos objetivos se cumplan. Son dos, fundamentalmente: establecer las condiciones que permitan lograr el aprovechamiento óptimo de los recursos naturales, y obtener y asegurar el más grande mejoramiento posible en todos los órdenes,

de la población rural de México y precisar los medios y las posibilidades de lograr esos objetivos, es trabajo racional, no improvisación audaz, ni información vaga y oscura, ni ocasión de imitaciones extralógicas, ni preferencia de ideologías.

La ejecución de un programa tampoco es asunto de merecimiento partidista ni de favoritismo personal, complicidad o compadrazgo. Es, será, duro y limpio esfuerzo constructivo en el que toda la Nación ha de participar, con la certeza de la recta intención, de la aptitud y de la pureza de sus directores.

Sólo así es lícito y posible emprender esta tarea magna que no puede diferirse más. Nadie debe equivocarse sobre el particular. Alzar obstáculos en contra de esta exigencia de resolución genuina del problema, no es sólo causar un grave; daño remoto a México; es hacerle un mal irreparable y actual y es, además, provocar a corto plazo sacudidas sociales dolorosas y destructoras que harán imposible el camino, hoy abierto ante nosotros, de una transformación renovadora, justa, pacífica y eficaz.

### **Iniciativa necesaria**

Mucho de lo que en los últimos treinta y seis años se ha hecho, debe ser y podrá ser aprovechado. Pero para lograrlo y para poder trazar el programa de lo mucho más que queda por hacer, es indispensable que lo ya logrado se afirme y consolide y, sobre todo, que cesen desde luego las formas caducas e inorgánicas, de acercamiento al problema agrario que no sólo perdieron ya su razón de ser y son ahora falsas o perversas, sino que, además, contribuyen poderosamente a agravar el problema y son el obstáculo mayor alzado contra su planteamiento verídico y contra un real esfuerzo de resolución.

Es menester, por ello –simple paso preliminar; pero indispensable– estabilizar los resultados reales obtenidos hasta ahora y hacer que esos resultados no sigan expuestos ni a la voracidad política ni a la ligera experimentación, ni al curso

de una acción administrativa que sea irresponsable y carezca aún del programa definido y completo que ha de elaborarse sin tardanza.

No bastan a este fin prevenciones puramente administrativas. Lo demuestra una larga y penosa experiencia. Es menester acudir a esas medidas administrativas y, además, al juego de los medios más potentes de garantía que nuestro sistema constitucional posee y que son la declaración específica del derecho garantizado y el empleo de la institución –el amparo–, que asegura el control jurisdiccional. Sólo así será posible directamente por el uso de ese “control” y, lo que es más importante aún, indirectamente por el valor pedagógico de la declaración expresa del derecho y por la mera posibilidad del amparo, lograr el doble efecto de crear en los campesinos un sentido de seguridad y de reintroducir la conciencia de responsabilidad en todos los que, funcionarios oficiales o meros aprovechados políticos, participan en la vida agraria.

La iniciativa presentada por los señores Diputados Elorduy, Ramírez Munguía, Rodríguez y Gutiérrez Lascuráin, para la reforma de las fracciones XIV y XV del artículo 27 constitucional, tiene en primer término ese propósito de estabilización de los resultados positivos ya logrados, de los propósitos ya obtenidos de la reforma agraria y de crear un ambiente de seguridad para quienes trabajan en el campo y un sentido de responsabilidad en quienes participan en la acción agraria.

Seguirá cumpliéndose esa acción agraria conforme a las prevenciones constitucionales y a las leyes en vigor; no se crea estorbo alguno para esa acción legítima pendiente aún de realizarse; solamente se ratifica de modo solemne, explícito, que los propósitos ya alcanzados del precepto constitucional y de las leyes agrarias, son firmes, y se da el medio para defender esa firmeza contra el atentado arbitrario o contra el mismo error involuntario en la acción oficial administrativa.



## Objeciones

La iniciativa, sencilla y clara, ha causado una agitación que vale, sobre todo, como sintomática.

En efecto, la agitación se ha producido exclusivamente entre los responsables o aprovechados principales de la dramática situación del campo y no ha tenido todavía un argumento en contra de la iniciativa. Para combatirla, esa agitación ha acudido, con la técnica sobada de los demagogos, a atribuir a la iniciativa conceptos que no tiene y propósitos que no tiene ni puede tener, a lanzar ataques contra los firmantes de la iniciativa y contra su Partido, Acción Nacional, y a evitar que el asunto de fondo se plantee definida y precisamente.

Es la táctica de estos calamares de la política mexicana: soltar tinta para oscurecer la visión de la opinión pública.

“La iniciativa representa un paso atrás en materia agraria”. Así se formula la más seria de las objeciones hasta ahora presentadas. ¿Por qué un paso atrás? ¿El hacer explícito y terminante el derecho, ya consagrado por la Constitución y las leyes agrarias, de las comunidades, de los ejidatarios, de los pequeños propietarios, y el amparar ese derecho con la institución que ampara los derechos de todos los habitantes de México contra el abuso caprichoso o el error, es retroceder? ¿Cuál es entonces el concepto opuesto, el de avanzar? Si lo que la Constitución y las leyes agrarias definen como propósito mayor y final de la reforma, y los demagogos explotan presentándolo como donación suya al pueblo, es defendido y garantizado ¿cuál es el retroceso?

“Los de Acción Nacional luchan por restablecer el latifundio”. Ese es el otro tema de agitación contra la iniciativa. ¿En qué se apoya semejante afirmación? No en la iniciativa ni en su exposición de motivos; eso es evidente. Tampoco en los principios ni en los programas que Acción Nacional ha postulado desde su fundación. No hay un documento ni una frase del Partido ni de sus miembros autorizados para expresar la opinión de éste, que signifiquen intención alguna de restablecimiento del latifundio. Bien al contrario, los principios y los

programas, la actuación toda de Acción Nacional desde su nacimiento, han proclamado la necesidad, y la justicia y la urgencia extremas de una profunda y verídica reforma agraria. La afirmación es simplemente el recurso a la táctica fraudulenta de imputar al adversario tesis o propósitos contrarios a los que él realmente sostiene. Generalmente los propósitos y las tesis que el agitador verdaderamente abriga; como sucede en este caso.

Quizás lo más típico en esta agitación que la iniciativa ha provocado, es la declaración de un señor Ordorica Cerda, que ocupa por decisión de la Junta Computadora y del Colegio Electoral, una curul de diputado por Michoacán. “En Michoacán, dice, hay petróleo, cuevas de guano, un maravilloso puerto natural, minas de oro, mercurio, etc. Es allí donde deben poner los ojos los capitalistas del PAN. Que vayan a explotar esas riquezas en vez de andar disputando a los ejidatarios sus tierras. ¿Por qué no van en pos de esas riquezas, puesto que tienen el dinero en vez de volver los ojos hacia los desheredados intentando cerrarles el derecho que tienen de pedir tierras?”

Típico el fraude, falseando la cuestión: ¿en qué sentido la iniciativa que pide la firmeza del derecho del ejidatario y su protección por el amparo, “disputa a los ejidatarios sus tierras?” Se las disputan, y se las roban, los miserables que en una campaña electoral privan de sus parcelas a los campesinos que no quieren sumarse a la esclavitud del partido oficial.

¿En qué sentido la iniciativa intenta “cerrar a los desheredados el derecho, que tienen de pedir tierras?” “Cierran el derecho a los desheredados”, no a “pedir tierras” sino a obtenerlas, trabajarlas como hombres y conservarlas, los demagogos que quieren reservarse siempre el derecho de quitar y poner a su arbitrio y según su interés; de dar o despojar y de mantener siempre al hombre del campo en la incertidumbre y en la miseria que lo esclavizan a los politicastos.

Y típico también el ataque personal fraudulento y absurdo: “que los capitalistas del PAN vayan en pos de esas riquezas”. Los “capitalistas del PAN”, fueron los millares y millares de campesinos que, en Michoacán, como en toda

la República, votaron en contra de la imposición oficial, de la demagogia agraria, de la falsificación de la representación popular. Y aun cuando la iniciativa viniera de “capitalistas”, ¿es fundada, justa, indispensable? ¿Protege o no a los ejidatarios, a las comunidades, a los pequeños propietarios, en los términos que manda la Constitución y que postula como objetivo la reforma agraria?

Por supuesto, esta agitación no trasciende del mundo del partido oficial. Sólo en él puede obscurecer la visión del problema, y será lamentable que lo logre. Porque los ejidatarios, los pequeños propietarios, los 15 millones de la población rural de México, y la Nación entera, conocen la verdad y la sufren. Y acabarán por imponer la reforma verdadera.



## JUSTICIA, RENOVACIÓN, JUVENTUD

A unos cuantos días del aniversario de los mártires de León, el Consejo de Guerra formado para juzgar a los responsables de una de las más crueles matanzas políticas de nuestra historia, ha dictado su fallo. Un fallo que indigna y causa estupor.

El tribunal nunca pudo ver más allá del puñado de hombres señalados como responsables directos y materiales del crimen. Los responsables intelectuales, los verdaderos directores y autores del crimen, quedaron fuera no sólo de su sentencia, sino aun de su indagación. Y en los autores materiales, el Consejo de Guerra no encontró otro delito que el de una leve falta al cumplimiento de deberes militares, compurgada ya con el tiempo transcurrido en la tramitación procesal y sólo merecedora, respecto de alguno de los inculpados, de una amonestación que es simplemente una burla.

En esta forma, el régimen pretende liquidar un acontecimiento que conmovió hondamente al País entero. En esta forma repite el Gobierno la violación de su deber primordial de justicia y reitera el constante incumplimiento

\* Revista *La Nación*, año VI, número 265, 9 de noviembre de 1946, p. 5.

de sus promesas más solemnes y obligatorias. En esta forma se hace él mismo responsable de hechos que expresamente condenó declarándolos contrarios a su deseo y no sólo monstruosamente contrarios al derecho.

Lo ocurrido en León no fue –o no fue solamente–, un gravísimo delito de carácter militar. Fue, ante todo y sobre todo, un asunto político, un paso más dado por el régimen para quebrantar el espíritu ciudadano y afirmar sobre la sangre el monopolio político de una facción que sistemáticamente conspira por hacer imposible la vida de las instituciones democráticas en México. No fueron, por tanto, los encargados directos de la matanza, los responsables peores. La justicia reclamaba una indagación, por otra parte, fácil y de resultados evidentes, para enjuiciar a los autores intelectuales del crimen. No se procedió así, sino se trató de encubrir a esos autores intelectuales, procesando a los autores materiales y a reserva de seguir el camino que tantas veces se ha recorrido: el de encontrar luego limpios de culpa a los propios ejecutores directos de la matanza abominable.

La cruel injusticia (todavía acentuada con el ascenso del político disfrazado de General, a quien la opinión pública señaló desde el primer momento como uno de los principales autores intelectuales del crimen), indigna y subleva. La ceguera del régimen que de este modo se hace cómplice y echa sobre su ya pesada carga de responsabilidades esta nueva responsabilidad en un atentado sin precedente, asombra y desconcierta.

¿Acaso se cree que el pueblo puede olvidar? ¿Es que se confunde el manifiesto anhelo popular de renovación pacífica de nuestra vida pública, con una apatía inmóvil, con un conformismo de esclavos? ¿Es que sólo la ciudadanía y no el Gobierno, advierte la urgencia inaplazable de evitar a todo trance, por el bien fundamental de México, que la renovación del espíritu, de los métodos, de los objetivos de la vida nacional, se obtenga por caminos de razón y sobre la base ineludible de la justicia?

## **Renovación**

Esa renovación de la vida pública no puede hacerse esperar más tiempo; es anhelo incontenible y necesidad vital para México. Lo ha sido desde hace mucho tiempo y el fracaso del régimen para efectuar esa renovación, fracaso que durante muchos años se escudó en la necesidad de un largo proceso preparatorio, no tiene ya excusa. El pueblo de México ha demostrado con cuánta vehemencia desea esa renovación y cuán capacitado está para obtenerla y hacerla fructificar admirablemente. En lo puramente electoral, en lo social y en lo económico, los disparates, las contradicciones, la corrupción destructora del régimen, contrastan terrible y dolorosamente con la inteligencia, con la generosidad, con la limpieza del pueblo.

El pueblo ha entendido y ha aprovechado la experiencia de estos treinta y seis años; está de regreso ya de las ideologías y de las aventuras irresponsables; cada vez conoce mejor las magníficas posibilidades que se abren para México en el futuro y sabe bien cuáles son las espléndidas dimensiones de la obra posible de reforma social, de mejoramiento nacional en todos los órdenes. En cambio, el Gobierno no adquiere experiencia sino para insistir con distinta chicana en las mismas corruptelas del Poder; sigue prisionero de las más vacuas ideologías y tan fácilmente entregado a la impreparación irresponsable, como a la tiranía interna de fuerzas políticas que no lo son sino en cuanto el Gobierno mismo las crea o las sostiene; padece de un incurable pesimismo sobre el País, sus gentes, sus recursos, su historia, sus valores espirituales y su potencialidad constructiva y ejemplar; un pesimismo que lo ciega y lo paraliza para todo movimiento que no sea el de dar incesantemente vueltas en torno de las mismas viejas estructuras ideológicas caducas e insalvables.

Esta contradicción tiene a México oprimido, incapacitado para acometer las empresas múltiples que requiere su progreso. Deriva las energías creadoras del País, hada una actitud de defensa y de resentimiento contra la autoridad que no entiende su misión orientadora ni, cegada por el interés sectario

e inmediato, alcanza a ver todo lo mucho que podría hacerse con sólo dar cauce y oportunidad y señalar metas concretas y valiosas a esas energías hoy reprimidas o tontamente despilfarradas.

### **Juventud**

Un factor más agrava esta contradicción entre el pueblo y el Gobierno, aumenta esta distancia entre la Nación y el Estado. Es el acceso a la vida nacional de una nueva generación.

Los hombres de 1910, de 1920, de 1930; la mentalidad que a esos hombres correspondía, siguen prevaleciendo en el Gobierno, aunque cada vez cuentan menos en la vida nacional. Las ideas, las fórmulas políticas o sociales, los “tabús” en que se expresaba esa mentalidad, ya no mueven ni paralizan a los jóvenes. Está superado el “tabú” del caudillo; está siendo superado el “tabú” del líder; el pueblo discrimina ya fácilmente lo que es propaganda de lo que tiene autenticidad. Cuando se habla de democracia, la nueva generación no se conforma con la demagogia de la falsificación revolucionaria, sino que quiere y cada vez exige con más apremio, el respeto genuino del voto. Cuando se habla de reforma agraria, el joven campesino no se satisface ya con las fórmulas elementales de la dotación para quedar inerme en manos de un comisariado arbitrario e inepto, sino que quiere de verdad la oportunidad de tener tierra propia, formas libres de asociación, crédito barato y suficiente, capacitación y asistencia técnica, acceso a los mercados, respeto para su vida y su trabajo. Al joven obrero de México ya no se le engaña reemplazando el mejoramiento positivo con la lucha intergremial ni con la creación de huelgas artificiales para que el líder las venda. La educación socialista y el “conocimiento racional y exacto”, son para esta generación de jóvenes, risible o vergonzoso accidente del pasado. Una juventud, una nueva generación, todavía inorgánicamente, todavía con extrañas deserciones y con retrocesos que explican las circunstancias; pero cada vez con más acentuado vigor; empieza a tener acceso a la vida pública



y justamente reclama una acción para que ésta deje de ser el vacío nominalismo que es ahora y tras del cual se esconden podredumbres y corrupciones intolerables.

Qué admirable tarea podría cumplirse en nuestra vida pública con esa generación nueva. Cuán fácil sería lanzar a la juventud campesina a la grande empresa pendiente de conquistar la tierra que es nuestra; pero de la que estamos privados por la insolencia rutinaria, por el ciego pesimismo, por la ineptitud de una política que sigue aferrada a viejas fórmulas apolilladas ya. Qué firme economía podría construirse abriendo a los jóvenes técnicos y obreros el acceso a los recursos naturales ni siquiera inventariados todavía y que, siendo una riqueza nacional fantástica, han sido convertidos por la voracidad y por la ineptitud, como en el caso del petróleo, en lastre y en gravamen. Qué mundo nuevo lleno de vida, floreciente de creaciones y de valores inéditos, sería el de una administración municipal confiada de verdad al pueblo mismo, a su sufragio, a su iniciativa, a la actividad de los jóvenes que ya no quieren la mugre, el desorden y la mordida como escenario de su vida ni como ambiente para sus hijos. Que grandes pasos hacia adelante en una verdadera reforma social, en una política constructiva del trabajo, en medidas de paz y de progreso social fundamentales, si la energía de los jóvenes, ya libres de trabas ideológicas y de la pobreza conceptual impuesta por la lucha, pudiera emplearse, –con una representación nacional de auténtica elección, con una organización sindical y campesina verdaderamente dependiente de la voluntad de agricultores y de obreros–, en la fundación de las instituciones, en la alegre creación de los medios y del ambiente que esa reforma social genuina implica, en vez de estancarse en las fórmulas y en las pugnas lamentablemente mezquinas en que ahora se debate. Qué prodigioso adelanto cultural, si en vez de trabas al esfuerzo educativo y en lugar de hacer de la Escuela ocasión de propaganda política, se diera a la juventud la ocasión libre de multiplicar escuelas y bibliotecas, laboratorios y talleres de aprendizaje, institutos y círculos de estudio.

Pero un Gobierno que es representación máxima del pasado, no lo entiende. Sigue obstinado y ciego, avaro del Poder, imponiendo su decrepitud corrompida. Y la distancia entre él y el México real del que esa generación joven es vanguardia, se vuelve cada día más grande, cada día más peligrosa. Este es, en esquema brevísimo, el problema básico del México actual. Un gran pueblo con un gobierno que se quedó desde hace mucho tiempo retrasado, prendido a un falso y mezquino realismo y vuelto de espaldas a la magnífica realidad, a las necesidades ingentes, a las posibilidades esplendorosas de la Nación.

## PRIMER MENSAJE

### **Promesa formal**

“La moral es un patrimonio del pueblo, tan importante como la riqueza material. Queremos, por eso, insistir en los conceptos de responsabilidad ciudadana y moralización pública, que serán normas fundamentales del Gobierno”.

Es este, tal vez, el punto saliente del mensaje de toma de posesión del nuevo Presidente de la República. Porque entre todos los tópicos que ese mensaje toca, ninguno se acerca más a los datos esenciales de México que éste: el de la inaplazable urgencia de moralizar la vida pública. Reorganización administrativa, baja del precio de la vida, estabilización monetaria, industrialización, reorganización de Petróleos y Ferrocarriles, irrigación, colonización y reforma agraria, son asuntos en los que el esfuerzo será inútil si no reposa en una resuelta y genuina decisión de acabar con la corrupción que destruye y avergüenza a México.

“Los funcionarios serán los primeros en el cumplimiento de estos propósitos. Cada uno de ellos, al aceptar su nombramiento, ha contraído el compromiso de velar por la eficiencia y honestidad en la dependencia que se la ha encomendado”. Claro está que sólo por una abominable inversión de valores puede olvidarse que el deber y la posibilidad de evitar la corrupción pública, corresponden

\* Revista *La Nación*, año VI, número 69, 7 de diciembre de 1946, p. 6.

substancialmente a los funcionarios. Nos place recordar otra vez el viejo refrán que aquí hemos reproducido antes: “la honradez, como el agua, de arriba bajan”. Las palabras del mensaje, señalando puntualmente esa posibilidad y ese deber, son tomadas textualmente por el pueblo de México como un compromiso solemne frente a una situación nauseabunda.

El mal ha durado mucho y la impunidad le ha dado un carácter inversamente ejemplar: pero en el momento mismo en que, desde la cumbre del Poder, se ponga un ejemplo sincero de limpieza y se haga un esfuerzo justiciero que acabe con la impunidad, la venalidad, el aprovechamiento ilícito, la mordida, serán eso simplemente y no motivos de cínica vanagloria, demostraciones de “aptitud” o motivos de ascenso en la carrera política.

Y la acción de limpieza venida desde arriba, encontrará el ferviente apoyo de un pueblo que es básicamente recto, justiciero y generoso; de un pueblo que recobrará toda su capacidad milagrosa de creación, en cuanto esté convencido de que verdaderamente se cumple con ese requisito esencial: la limpieza. La ciudadanía de México ni es inepta ni es indiferente; está dispuesta siempre a la abnegación y al sacrificio y tiene, cada vez más, junto a una sensibilidad extraordinaria, una mayor comprensión de las necesidades y de los destinos nacionales. No le espantan los programas más austeros y esforzados; lucha sin desfallecer por una causa justa, aunque la sepa perdida, hasta soporta el duro costo de las experiencias que pueden ser, aunque indoctas, de buena fe. Pero va no quiere hacer el juego a los ladrones. Los ha sufrido muchas veces; mas no dará la integridad de su ímpetu constructor –el que obra prodigios y es capaz de superar las crisis más graves– sino atando esté convencida de la clara limpieza de quienes demanden y guíen esa entrega total de su colaboraron encendida.

### **Libertad y democracia**

“Las libertades de todos los mexicanos deben ser inviolables: protección a la vida humana en primer término, libertades políticas y de pensamiento,

de creencias y de prensa”. El mensaje expresa así otra reiteración de un deber que siempre ha correspondido al Estado; pero que puede ser igualmente objeto de un compromiso específico y solemne porque el Estado y sus representantes no han sabido cumplirlo o han falsificado su cumplimiento.

¡Y cuán fecunda sería en la vida de México esa auténtica inviolabilidad de las libertades que son esenciales para la dignidad de cada persona y para el justo y tranquilo convivir en el orden! ¿Cómo pueden sostenerse aún –parte integrante de la Constitución– textos como el artículo 3° o el 130°, monstruosamente persecutorios y además inaplicables? Representan la continuidad de un espíritu artificioso de facción que rompe fatalmente la unidad de la vida nacional; aunque administrativamente se releguen algunos de sus absurdos mandatos al limbo de las leyes inaplicadas, son una permanente afrenta y una amenaza para la dignidad del hombre y para la paz social de México, y en el campo en que reciben aplicación, son obstáculo insalvable para numerosos empeños nacionales que en muchos aspectos valiosísimos de la vida pública –educación, asistencia y servicio social, por ejemplo– podrían cumplirse en forma deslumbrante. ¿Por qué se ha de mantener el monopolio del Estado sobre la educación, aun suprimido el ridículo “concepto racional y exacto”, cuando tan ineludiblemente es el concurso de todo para hacer frente al inmenso problema educativo, cuando tan fácil sería garantizar dentro de la libertad los mínimos de eficacia y las orientaciones que el Estado tiene legítimo derecho y deber de exigir en la obra educativa? ¿Por qué ha de seguir siendo un crimen que claras mujeres admirables, movidas por el amor de Dios, dediquen su vida a la atención de escuelas, asilos y hospitales, o al trabajo y la oración que a todos nos elevan y purifican? ¿Se seguirá tolerando que el mismo funcionario cavernario y voraz que abre y explota cantinas y prostíbulos, clausure escuelas, orfanatorios y conventos?

“La esencia de nuestras instituciones –dice el mensaje–, es la democracia y democracia significa igualdad ciudadana gobernar para todos”. Ciertamente

ese es uno de los significados; pero hay otro que es básico; hacer posible y respetar genuinamente la expresión de la voluntad nacional que es el sufragio. Mientras en ese significado preciso no se cumpla el orden democrático, tampoco se “gobernará para todos”, ni se mantendrá “la igualdad ciudadana”.

### **Reorganización económica**

La mayor parte del mensaje está consagrada a apuntar soluciones y métodos de trabajo nuevos para los capítulos más importantes y de mayor urgencia de nuestra economía: la reforma agraria, en primer lugar: la baja del costo de la vida, el crédito y la moneda, el Petróleo y los ferrocarriles, la industrialización, los problemas del trabajo, la colonización y las obras de riego.

Declara el mensaje propósitos de acción sistemada y congruente del Estado, de fomento a la iniciativa Privada y de remoción de algunos de los motivos que más han contribuido al desequilibrio de nuestra economía, al entorpecimiento de la reforma social verdadera y a la corrupción pública.

Estas partes del mensaje serán objeto de ulterior comentario, que excedería en mucho el espacio hoy disponible. Además, como el mensaje ofrece la presentación inmediata de iniciativas de ley sobre muchos de los puntos mencionados, habrá pronto la posibilidad de examinar esas iniciativas.

La preponderancia que el mensaje da a estos tópicos, hace que se advierta más en él, la omisión de temas que sólo implícitamente pueden estimarse abordado o respecto de los cuales sólo se hacen breves alusiones, en pesar de ser esos temas lo que más hondamente han venido preocupando al pueblo de México desde hace muchos años. Tal vez la omisión obedece al propósito deliberado de hacer pasar a segundo término esos tópicos en la conciencia ciudadana, para orientar desde luego el esfuerzo colectivo al planteamiento de un programa ejecutivo inmediato en relación con la más próxima coyuntura que es la economía, con la preocupación más inmediata también, que es la del costo de la vida.

No es ilícita esta limitación de objetivos si responde deliberadamente al deseo de una acción en la que estén siempre presentes los principios y los anhelos esenciales para la Nación: pero la omisión sería muy grave si expresara una actitud mental que piense posible la resolución de cada uno de los problemas concretos de la administración o de la economía, sin referencia a un concepto general más ancho y más profundo de la historia, del ser y del destino de México. Sin la guía iluminante de ese concepto, la acción ejecutiva, aun sostenida por la buena fe y por la aptitud técnica, se perderá en un empirismo sin substancia y sin fecundidad, en un oportunismo inconexo y sin ímpetu, incapaz de crear la gran tensión nacional indispensable para encender el empeño colectivo requerido en la gran tarea de gobernar a México.

Tal vez por esta misma omisión, el estilo del mensaje más que llano es pobre, más que austero y ceñido, es seco y sin vibración, y no es, por supuesto, asunto de palabras ni de literatura, sino de espíritu, la ciudadanía mexicana ha visto muchas veces, lamentándola, una cruel divergencia entre las palabras de los hombres del Poder y sus hechos, entre el expreso y un entusiasta reconocimiento verbal de los valores substanciales de la nacionalidad y el flaco o titubeante servicio que de hecho se daba a esos valores, cuando no se les negaba expresamente o se les combatía en la práctica. Que la sobria clemencia de los hechos, pueda dar ahora testimonio práctico del reconocimiento y la proclamación de los principios y de los anhelos de México.





## EXPECTACIÓN... OPTIMISMO... MÉXICO...

Expectación. Este es el sentimiento dominante en México ahora. Expectación tendida al optimismo, a un optimismo más que excesivo, prematuro; pero que se explica muy bien por tres razones.

Porque corresponde al espíritu de este tiempo, de estos días impregnados siempre, –y con cuán honda justificación–, por ese sentido nunca saciado de renovación, por ese movimiento interior de las cosas y de los seres hacia el bien, hacia su bien, hacia su cumplimiento, el cumplimiento de su destino. Nadie –nada–, escapa a esta irrefrenable ansiedad, que es permanente; pero tiene sus ritmos como de marea. Y profundos motivos telúricos y espirituales coinciden para acentuar ese ímpetu de esperanza, de cambio, de realización y cumplimiento, de redención, en suma, en este tiempo del año. Las cosas obedecen a su ley. Los hombres confían en la promesa que no dejará de cumplirse para quienes tengan buena voluntad.

Expectación, por último, ocasionalmente impulsada por la circunstancia. Un cambio de Gobierno. La desaparición, por primera vez en muchos años, de nombres ligados con toda la historia de la podredumbre y de la ineficacia

del mundo oficial. La iniciación de actos positivos de cumplimiento de una promesa solemne de renovación, de restauración de la autoridad y del derecho. Una nueva coyuntura en la vida de México; una preciosa oportunidad para emprender, a pesar de las muchas oportunidades irremediabilmente perdidas antes, el camino del servicio al Bien Común. La certeza de que, si limpiamente y con decisión se sigue ese camino, todo el caudal de potencialidades del pueblo podrá ser empleado, con frutos de prodigio, en las grandes tareas nacionales que están pendientes.

Y es la magnitud de esas tareas –más que el recuerdo punzante de promesas anteriores incumplidas y de posibilidades defraudadas–, lo que da a la esperanza el matiz de expectación. Si se tratara sólo de construir sobre campo limpio y firme, con el robusto y precioso material de México, sus principios exactos y cada vez más plenamente confirmados, sus valores indudables, la empresa ardua no daría temor; pero es que se han hecho ruinas y se ha minado el suelo sustituyendo con fango muchas rocas vivas, y se ha puesto en duda o se ha tratado de desfigurar el material. Es que llevamos largos años de mentira y de falsificación, de ignorancia supina y de indigesta sabiduría primaria, de confusión torpe o criminalmente deliberada. La obra constructiva es por ello más difícil y más rodeada de peligrosas.

El arreglo del campo, el de la educación pública, el ordenamiento de la economía o el establecimiento de una vida municipal digna y eficaz, la restauración de la responsabilidad o el cumplimiento genuino de la reforma social. En todos los casos, la traición, la voracidad, la ineptitud, han acrecentado y complicado la tarea.

Ya es labor inmensa la requerida para dar escuela, escuela verdadera, a los millones de niños mexicanos que carecen de ella; para hacer la selección de vocaciones y capacidades y asegurarles la oportunidad de una preparación intelectual más alta; para crear y sostener, con positivo decoro, las universidades, los institutos técnicos que México demanda.

Hay que pensar que además de ella y aun antes de emprenderla, es menester acabar con el oscuro y mezquino espíritu sectario que ha hecho de la educación en México un campo de opresión y de miserable explotación política, con la falsificación de un sindicalismo de pega que impide la formación y el trabajo de los maestros verdaderos, con el despreciable sentido de propaganda y de negocio que emplea los escasos caudales, públicos en costosas edificaciones escolares junto a las carreteras, y la emboscada conspiración que en cada una de las etapas del sistema educativo mexicano hace trincheras ocultas para diluir en burocracia cualquier programa positivo o para infiltrar en su ejecución el veneno de la propaganda.

Y en materia agraria, si es magna la empresa de poner desde luego en cultivo pacífico, técnico, los 14.000,000 de hectáreas de tierras oficialmente arables, y mayor aún la de utilizar todas las aguas disponibles para riegos y la de abrir las otras 14.000,000 de hectáreas que podrían ser pronto aprovechadas, la de proporcionar vivienda humana al campesino y darle crédito y preparación y asistencia técnica y organizado libremente, la labor se vuelve gigantesca si se piensa que, además, hay que acabar antes con el sucio propósito, durante tantos años mantenido, de ocultar la verdad acerca del campo en México, de no permitir que el problema sea planteado en sus términos reales, de conservar una situación de incertidumbre y de creciente miseria; de lograr, en suma, que la población rural, el setenta por ciento de los mexicanos, sea una inagotable reserva que esclavizan y explotan económica, social y políticamente, unos bribones disfrazados de revolucionarios y de redentores.

De la reforma social, lo ya logrado no es sino fracción de lo mucho pendiente. Aun desde el punto inmediato de la remuneración, –en números y, sobre todo, en poder real adquisitivo–, el producto del trabajo debe multiplicarse. Y ni siquiera emprendemos aún una verdadera política social de condiciones de aprendizaje, de la mejor utilización de vocaciones y capacidades, de aprovechamiento mejor y más integral de los recursos naturales, de evolución técnica en las formas

de producción, de habitación obrera, de migración interior. Toda la política social demanda plenamente la obra que hoy se empieza apenas de extinción del gansterismo sindical, y la más dura e importante modificación de conceptos básicos que frente al claro propósito de un mejoramiento positivo inmediato, armonizado con la protección de la libertad y de la dignidad de la persona, levanta la falsa estructura de una actitud que tras de la demagogia de la colectivización, del estatismo, de la lucha de clases, no encierra sino un porvenir de esclavitud y de miseria para el pueblo y de poder absoluto, rencoroso, inepto y desleal para una banda. Nada podrá hacerse, aun con buena intención, mientras en este campo de lo social no se establezca la maciza convicción de que la libertad y la dignidad del hombre son condiciones indispensables y no obstáculos para su mejoramiento y para el imperio de una auténtica justicia social.

Así en todos los demás capítulos de nuestra vida. Años turbios de confusión y de medro han dejado huella dolorosa, han creado fantásticos intereses vinculados a la ruina y al atraso de México, han multiplicado y hecho más difíciles todos nuestros problemas. La incompetencia, las oscuras alianzas internacionales, la mordida degradante, la deserción o la pereza intelectuales bajo el peso de la propaganda o ante el estímulo del poder o de la fama, levantan obstáculos formidables para la renovación nacional que es urgente. Pero México tiene todo lo que es necesario para lograr esa renovación. Tiene, principalmente, el río de virtudes teologales de su pueblo. Que el sentimiento actual de expectación se afirme en limpia esperanza, y empezarán a florecer las obras de prodigio.

1947



## FIN DE AÑO

Fin de año. De un año lleno de acontecimientos y que fue crucial para México. De un año todavía sujeto a las rigurosas consecuencias de la guerra y de las graves confusiones ideológicas que motivaron su desencadenamiento; pero ya, todo él, impregnado de un sentido profundo de cambio.

El mundo, lejos todavía de la paz, con el Occidente gravemente herido por la guerra y, más que por ella, por la desazón espiritual, ha empezado a liquidar algunos de los fantasmas ideológicas responsables de tal desazón. La tormenta alzó toda la basura intelectual; el huracán de propaganda, pareció cubrir las cumbres firmes del pensamiento, con una confusa tolvana de sistemas de pega; las metas alcanzadas en siglos de ardua labor espiritual, fueron presentadas como imposibles o carentes de valor y en su lugar se propusieron soluciones fáciles y aparentemente obvias y sin obstáculos, fundadas aparentemente también en el que parecía ser evidente fracaso de los conceptos tenidos antes como esenciales.

Poco a poco; pero con ritmo crecientemente acelerado, va abriéndose paso otra vez la verdad. El materialismo que para todo tenía soluciones inmediatas,

\* Revista *La Nación*, año VI, número 273, 4 de enero de 1947, p. 7.

nada resuelve de verdad y en la ciencia o en la filosofía, en la política o en la reforma social, está en bancarrota y sólo ha podido encontrar fracasos monstruosos. La crisis de la autoridad que en desviaciones paralelas y contrarias, llevaba por los caminos igualmente materialista al caos de la anarquía o al error ensangrentado del “masismo” totalitario, está conduciendo a un vigoroso renacimiento del verdadero concepto, duro y agónico como todo lo realmente humano, de una autoridad que sólo debe tener plenitud como responsabilidad de servicio y como garantía del cumplimiento de las condiciones que hacen posible y digna la existencia de la persona humana y de las comunidades humanas inmediatas, naturales. La oposición proclamada insoluble entre la justicia y la seguridad, nuevamente se resuelve en un valor superior que permite el cumplimiento, siempre en pugna y siempre complementario, de la necesidad social de la seguridad y del irreprochable acto humano de justicia: el Bien Común. Habrá todavía intensas luchas y horas amargas de confusa desesperación; pero se acerca el momento en que podrá considerarse salvado el riesgo de un “obscurecimiento” total del espíritu como el que parecía imponerse en los últimos días de la guerra y en los inmediatos siguientes. Y aunque la vida misma, su experiencia dolorosa, ha sido el instrumento mejor de este retorno de la luz a las conciencias, el mundo entero debe estar lleno de gratitud a quien, en los días más torturados, confusos y sin esperanza, mantuvo viva y resplandeciente la luz salvadora de la verdad: S.S. el Papa.

En México este fin de año coincide con el término de un Gobierno que desde su iniciación debió tener el claro sentido de un régimen de transición y que fue eso a su pesar y sin querer nunca darse cuenta de ello. Un régimen caracterizado por sus valores negativos. No tuvo ni podía tener fe en la farsa destructora y primaria del régimen que lo precedió; pero tampoco tuvo fe ni en la eficacia suprema de los principios verdaderos, ni en la inmensa capacidad real del pueblo mexicano. No siguió ya, activamente, la convulsa agitación destructora del gobierno anterior; pero tampoco se resolvió activamente a



crear todo el movimiento de renovación que México anhela. Fue derrotista en lo político, en lo económico, en lo social. Nunca puso su destino en una solución y prefirió siempre el expediente transitorio. Con las más ricas posibilidades en sus manos, jamás pudo romper las rejas internas de una prisión de temores, de complicidades, de pesimismo, en la que estuvo siempre encerrado. Y en esta mediocridad de negaciones, la prevaricación y la mordida predominaron como nunca.

Hoy empieza a ser formulado este juicio –que en las páginas de *La Nación* se expresó siempre–, aun por los que hace un mes todavía alababan y, vergüenza intolerable, aun por los que directamente compartían los beneficios indebidos del desorden disfrazado de prudencia y de la prevaricación. Pero, sin duda, a su pesar, el Gobierno precedente cumplió su papel de puente. Es lo que puede invocarse en su favor y la Nación lo reconoce y lo aplaude porque al mismo tiempo –hoy como durante los seis años de vida de ese Gobierno– puntualiza la grave responsabilidad en que incurrió tal Gobierno por no haber cumplido bien, con fe en el bien, esa que era su manifiesta misión histórica.

¡Cómo habría contado con el apoyo y la gratitud del pueblo si hubiera tenido fe! ¡Cómo habría podido concluir en un ambiente magnífico y propicio a las más grandes empresas, si se hubiera resuelto a capitanear con limpia decisión el movimiento popular sin precedente que hará importante, en los fastos nacionales el año de 1946! Qué vigorosa y útil para el mundo sería la posición de México en lo internacional, si en vez de haber actuado siempre el Gobierno como partiquino y segundón en los asuntos exteriores, hubiera llevado a ellos la fuerza incontrastable de los principios eternos que, como ninguna otra voz en estos años, la voz de México hubiera podido exponer y defender! ¡Qué extraordinario vigor de nuestra economía si estos seis años se hubieran dedicado a ordenar y a construir, a conquistar lo nuestro y a servir al mundo entero que las necesitaba, en vez de gastarse en pánicos de ineptitud, en triviales maquinaciones de ínfima técnica, o en especulaciones vergonzosas y degradantes.

Un nuevo Gobierno se inicia con el año nuevo. Tiene a su cargo la liquidación difícil y costosa de los inmensos errores del pasado. Como ilustración de ese gravamen –y no ciertamente la más impresionante a pesar de su magnitud–, está la aparición de la fiebre aftosa. Mayores aún y de más honda responsabilidad, son otros aspectos de esa liquidación, desde el desastre monetario hasta la desintegración tremenda del sistema educativo; desde la injustificadamente ruinoso y miserable situación del campo, hasta la persistencia de esa aberración inconcebible que es un partido oficial.

Y ya no podrán darse las ocasiones que en los seis años pasados fueron desperdiciadas. Y además de criminal, sería inoperante el querer seguir haciendo frente a las cuestiones nacionales mayores con simples expedientes que son como inyecciones de morfina para un enfermo que requiere resuelto y decidido tratamiento de fondo.

Pero si de toda la herencia que el nuevo Gobierno recibe –y de ella forma una parte muy considerable en contra la repetición del fraude electoral–, se abandonan y rechazan dos factores, será posible emprender con éxito la grande tarea de intentar las soluciones verdaderas. Esos dos factores son la mordida y el derrotismo.

La mordida en todas sus formas; en las mínimas de la prevaricación y del negocio privado a cargo del interés público, y en las máximas de la traición intelectual o de la mentira. El derrotismo como falta de fe en los principios y en las soluciones postuladas después de estudio y deliberación verdaderamente nacionales por su amplitud, por su libertad; como falta de fe, cada día más injustificada, en la calidad y en las posibilidades del pueblo de México; como falta de fe en los valores que han dado substancia y vida a la Nación desde antes de que existiera como Estado independiente. El derrotismo como complicidad con el mal, como participación en la irresponsabilidad, como sentimiento de prisión interna y de dependencia del gobierno, de las fuerzas regresivas y destructoras; como incomprensión y falta de energía para entender que esas

fuerzas no tienen otro sostén ni otro valor que el que el mismo gobierno les presta, y para negarles ese sostén y no darles ese valor y verlas derrumbarse, sin lucha, inanes, desinfladas.

Sin derrotismo y sin mordida, recordando que el Poder se legitima día a día por su servicio al Bien Común, puesta la esperanza en las posibilidades de México, con empeño técnico y con elevación constante, los difíciles problemas tradicionales podrán ser planteados y los obstáculos adicionales procedentes de los errores o de las traiciones anteriores, podrán ser salvados. Si faltan las ayudas que pudieron haberse tenido en los seis años pasadas por las circunstancias excepcionales de entonces, en cambio hay ahora y en los próximos seis años se acentuarán cada vez más, estos profundos e incontrastables movimientos sociales de renovación que darán vigor al movimiento que en el mismo sentido se emprende en México.

No va el mundo cada vez más hacia un desastre caótico de anarquía o hacia un esclavismo totalitario, como lo creyeron casi todos los pro-hombres de los dos gobiernos anteriores; no va el mundo hacia el “masismo” homogéneo, informe, esclavizado, ni hacia el estatismo absorbente e irresponsable; no desciende hacia el materialismo ciego y fatal. Va, al contrario, hacia la verdadera libertad, hacia la justicia social, hacia la actividad constructiva, hacia la suficiencia decorosa, hacia la responsabilidad de la autoridad verdadera, hacia el espíritu, hacia Dios.



## EVOLUCIÓN POLÍTICA, MUNICIPIO, REFORMA ELECTORAL, MUNICIPIO Y REPRESENTACIÓN

### **Evolución política**

Lentamente, pero con extensión y firmeza que alientan y sorprenden, viene México cumpliendo un proceso de evolución política que pareció cortado y en suspensó durante largos años.

Las manifestaciones más visibles de este proceso, han sido hasta ahora la iniciación de la reforma electoral, el surgimiento de una conciencia pública municipalista, la perseverancia en el esfuerzo de organización ciudadana, el rápido e incontenible decaimiento del régimen que parecía ya sólidamente estratificado y –núcleo y base de todas estas manifestaciones–, una progresiva maduración de la opinión pública, de la ciudadanía.

Y cuando, al comenzar estas líneas, se habla de “lentitud” en este proceso, la palabra se emplea en su sentido más relativo, en el de lentitud por comparación con la urgencia de la necesidad, con el apremio del anhelo, con el corto lapso de la vida de un hombre. Si el término de comparación se cambia y el curso de la evolución actual de México se relaciona, más justamente, con la vida nacional,

\* Revista *La Nación*, año VI, número 274, 11 de enero de 1947, p. 6.

con la duración no de los individuos sino de la comunidad, el movimiento de renovación de nuestro país, en vez de lento, aparece vibrante, acelerado. No con sacudidas, sino –y esta es la nota ciertamente más satisfactoria para el observador–, con un ritmo interno de progresiva rapidez; pero perfectamente graduado a un orden natural. Ocurre en esta renovación lo que sucede al llegar la primavera en países que tienen bien marcadas sus estaciones: en una semana, a veces de un día para otro, las ramas de los árboles, desnudas durante el largo invierno, se cubren de verdes yemas vegetativas y de una súbita eclosión de follaje, sin contrariar esa transformación repentina el proceso normal de la vida, porque en realidad lo único nuevo es el brote visible, ya que en las ramas aparentemente secas durante todo el invierno, se ha venido continuando, invisible, la tarca vital.

### **Municipio**

De estas manifestaciones inocultables de evolución, la principal por muchas razones y la de mayor actualidad ahora, es sin duda la restauración de una conciencia municipalista.

No quieren todavía reconocerla las gentes del régimen; aun muchos de los observadores y comentaristas de la vida pública, o no la han percibido, o todavía la desdeñan. Pero en el alma del pueblo, en ese depósito que guarda entrañablemente los valores esenciales del hombre y de la nacionalidad, ha encontrado honda respuesta la postulación de la tesis municipal como base, la más firme, de auténtica renovación nacional. Siglos de tradición, concordancia innegable con la realidad social, evidencia nacional aun para las inteligencias más sencillas (y sería más justo decir: para las inteligencias menos desfiguradas por el prejuicio y por las desviaciones de la razón o del interés); estos son los factores que, como la savia en los troncos y en las ramas de los árboles durante el crudo invierno, han mantenido en la conciencia popular viva la idea municipal y apta para brota a los primeros impulsos de renovación.

Con desigual valor social o humano; pero con numerosos puntos de contacto, de las dos fuentes de nuestra tradición, la indígena y la hispánica, procede esa tradición municipalista que nunca ha podido ser desarraigada a pesar del obtuso y persistente ataque de que ha sido objeto en los cien años últimos y, hasta un grado increíble de degeneración, en los últimos treinta años durante los cuales el ataque no ha consistido en la negación abierta, sino en esa forma más decadente y corrompida que es la falsificación.

Y si siempre es el Municipio, forma natural en la integración de la sociedad humana, en nuestro ancho país, de difíciles comunicaciones y de población escasa y dispersa, más que los Estados, más que la Federación, la comunidad municipal tiene una realidad vital e inmediata y es forma imprescindible y básica –muchas veces y en muchas partes, única–, de convivencia política. Negarla o, peor aún, corromperla, es destruir la columna dorsal de la Nación, es y ha sido privar a México de las posibilidades de una vertebración política y social.

A poco que se ahonde en el estudio realista de los problemas nacionales, se hallará que la ineficacia y la artificialidad, el raquitismo y aun las peores desviaciones de nuestra vida colectiva, tienen origen en esta ciega negación o en esta falsificación degradante de la institución municipal. Ese análisis realista –oculto por el interés inmediato para los hombres del régimen y olvidado por muchos de los hombres de pensamiento absortos sinceramente o por apremios y estímulos de la artificiosa vida de la “inteligencia”, en el examen de tesis y de ideologías lejanas– es para el pueblo cuestión vital y experiencia diaria, punto neurálgico de contacto con el Estado y con todas las formas de la sociedad política.

La lucha de clases, el existencialismo, la dialéctica materialista, pueden absorber verdadera o fingidamente al político o al intelectual y servirles de instrumento a su interés o deslumbrarlos con la posibilidad de remotas soluciones de perfección abstracta e inhumana. El hombre y la mujer ordinarios, normales, entre tanto, todos los días, en todos los puntos de su actividad; de su trabajo,

de su descanso, del cumplimiento de su destino, tropiezan dolorosamente con el agua impura, con la falta de drenaje, con el mercado inmundo e insuficiente, con la falta de escuela o de maestros, con la voraz exacción fiscal, con el pistolero disfrazado de policía, con el cacique opresor y corrompido que no atiende las necesidades más inaplazables ni advierte siquiera las inmensas posibilidades de la ciudad, del municipio.



## MUNICIPIO, OTRA VEZ, OTROS SIGNOS, NUEVA GENERACIÓN

Sí. Porque es tema básico en la vida nacional, y porque los acontecimientos de ahora –los que son más sintomáticos, los que más deben tomar en cuenta quienes reflexionen sobre la evolución de México o quienes, en el Gobierno, tengan la responsabilidad de encauzar o retardar esa evolución–, son acontecimientos en torno del municipio o motivados en una u otra forma por la situación en que las instituciones municipales se encuentran en México.

Lo que ha venido pasando en Oaxaca, cualquiera que sea la versión oficial, procede radicalmente de la crisis municipal. Factores como la increíblemente torpe política fiscal del gobierno del estado, no han hecho sino agregar fermento a la crisis social y política esencialmente motivada por el desastre municipal.

Y ese mismo desastre existe en Michoacán y en Chihuahua, en Nuevo León y en Guanajuato. En toda la República. Se necesita estar ciego o cegado por el más retrógrado partidismo, para no advertir, de una parte, la ruina y la degradación crecientes de la vida municipal en México y, de otra parte, la también creciente

\* Revista *La Nación*, año VI, número 275, 18 de enero de 1947, p. 7.

firmeza de una nueva conciencia ciudadana que, por razón natural, se polariza en torno de un anhelo de verdadero y autónomo gobierno municipal.

Ese anhelo es, desde el punto de vista racional y desde el punto de vista histórico, absolutamente justificado y propicio como pocos para estimular al pueblo. Lo es en México ahora; lo fue en el pasado; lo ha sido siempre en nuestra tradición y sin duda lo ha sido, también, en todo el mundo occidental. Fue uno de los postulados centrales de la Revolución. Fue una de las ideas orientadoras de la nacionalidad desde el primer momento de su vida jurídica. Todavía no se extingue en la tradición hispánica el recuerdo de los comuneros castellanos. En la otra mitad de nuestro Continente, en la anglosajona, siguen siendo las instituciones municipales esencia de la vida común. Y también allá el ideal político del *self-government*, es gloria y mandato de la mejor tradición.

Que nadie se equivoque, pues. Que, sobre todo, no se equivoquen los responsables del Poder Público, pretendiendo reducir a las mínimas proporciones de una agitación circunstancial e intrascendente, lo que es manifestación de un anhelo tan substancioso, tan profundo, tan justificado. Que se dé cauce a ese anhelo en una eficaz organización jurídica, en vez de tratar de reprimirlo con mezquino criterio oportunista, o de desviarlo suponiéndolo pasajero y sin rumbo propio.

### **Otros signos**

Como en materia municipal, en muchos otros aspectos de nuestra vida colectiva son patentes los signos que muestran la urgencia de un cambio.

Desde luego en la organización política. Lo dice clamorosamente el sentimiento de alivio que hubo en el País al verse la integración de un nuevo Gabinete, por el simple hecho de que en él no figuraran de modo prominente, como se temía, los políticos de insaciable apego al presupuesto. Lo dice, también, la necesidad interna que movió al Gobierno a reconocer la participación

femenina en el municipio; lo señala el manifiesto renacimiento del interés ciudadano en todo el País.

En lo social, una breve enumeración de las obras más destacadas de servicio social que la iniciativa privada ha cumplido en estos últimos años, bastaría para demostrar cuánto se ha modificado el apático abstencionismo egoísta de hace tiempo.

La actitud general frente a instituciones de reforma social como la organización de los trabajadores y como la seguridad social, es absolutamente distinta de la que prevaleció hace treinta o veinte o diez años. ¿Quién discute ahora el sindicalismo? Lo que todos los mexicanos desean, es que el sindicalismo sea respetado en su propia naturaleza y en su fin propio; que la organización de los trabajadores sea realmente de los trabajadores y sirva plenamente a su destino; que no sea más instrumento de dominación política ni ocasión de representación falsificada ni oportunidad de medro o exacción. Nadie niega la necesidad de un sistema de seguridad social; lo que hoy exigen todos es que ese sistema sea, en efecto, posibilidad cierta de amparar, a todos contra los riesgos que acaban o disminuyen la posibilidad honrada de ganancia o aumentan las cargas sobre el jefe de familia; que no se siga la farsa absurda de un seguro social como instrumento de lucha clasista; que no se vuelva el seguro, motivo de monopolio destructor de un servicio como el médico; que no se use a la generosa institución como un instrumento para acumular, por absurdos sistemas de reservas, un poder económico inmenso sin control y sin responsabilidad.

También en las actividades puramente materiales, esta transformación no sólo de la conciencia sino de la vida misma, se viene operando a pasos gigantescos. Ansiedad de conocer y aprovechar los recursos naturales de México; vibrante esfuerzo de capacitación técnica y profesional para lograr ese aprovechamiento en la mejor forma posible y para crear la propia estructura económica de la Nación; impaciencia ante un nivel de vida ínfimo y que todos sabemos cuán fácilmente podría ser elevado a términos humanos; radical

inconformidad con una política económica que tiene treinta o cincuenta años de atraso pues pudo ser justificada como lucha contra la dominación económica de fuerzas extranjeras; pero carece de sentido frente al nuevo afán y a la nueva capacidad de construcción de los mexicanos con sentido y para fines nacionales.

### **Nueva generación**

Es que hay un hecho del que todavía el régimen no quiere darse cuenta: el advenimiento de una nueva generación.

Es un hecho de gradual realización que no ocurre súbitamente; pero que, una vez cumplido, se manifiesta en modificaciones de rumbo intelectual, en transformación de opiniones y de necesidades, en cambios de estructura social que si cobran el aspecto de explosiones inesperadas, especialmente para los que, por edad, por formación o por ambiente, siguen viviendo en la inercia de generaciones anteriores y no han podido o no han querido advertir antes el dato básico que es ese advenimiento de la generación nueva.

Para los hombres que en cualquier sentido participaron directamente en la etapa de 1910 a 1925, la interpretación de México, de sus necesidades y de sus instituciones es por fuerza, diversa de la interpretación de quienes nacieron de 1910 a 1925 y hoy están siendo el centro de la vida nacional. (Y esta observación no se refiere a los políticos o a los hombres en el Poder, sino al hombre de la calle, al periodista o al artesano, al fogonero o al comerciante, al industrial o al profesor).

Para el viejo peón acasillado que formó parte de las huestes revolucionarias en 1910, la política agraria de dotación de tierras y constitución del ejido, pudo ser satisfactoria como cumplimiento de un ideal de los días de lucha. Para su joven hijo que hoy tiene 22 ó 23 años, el ejido, en la situación actual, con la sumisión al líder agrario, y la usura política de opresión, y los trámites incesantes y engorrosos, y la falta de crédito y de aperos, y la imposibilidad de aplicar todo el ímpetu de trabajo en una tierra propia y los obstáculos

para asociarse libremente con sus compañeros sin maquinaciones ni subordinaciones, con el solo fin de mejorarse y mejorar colectivamente, no sólo es una solución insatisfactoria, sino inexplicable. ¿Qué tiene que ver el campesino joven con el viejo cacique político al que su padre por tradición y por necesidad ha estado vinculado? ¿Por qué ha de considerar el joven agricultor como intangible, una política agraria con la que está justamente inconforme por razones objetivas y de inmediata comprobación? Lo que para su padre fue y sigue siendo quizá intocable o irremediable, para el muchacho campesino de hoy no es sino una etapa ya recorrida que es necesario superar.

Así también, para el joven obrero. Él tiene ya la certeza de su derecho no como un ideal de futura aceptación, sino como asunto perfectamente definido e indiscutible; y él sabe que el líder es una necesidad de la organización, pero no un arcángel tutelar personalmente indispensable ni menos un explotador costoso y despótico; y él sabe que la última palabra en la organización, la tienen él y sus compañeros. Y no está dispuesto, como su padre lo estuvo, a acertar una tutela que lo explota y lo degrada, en vez de ser el instrumento, libremente escogido por él, de su defensa y de su mejoramiento.

El inversionista mexicano, desde hace tiempo dejó de creer (aunque unos haya todavía de la generación pasada que sigan creyéndolo), que el préstamo hipotecario “bien amarrado” o la casita infrahumana de productos, sea la representación mejor de la capacidad de negocios y de la seguridad de la inversión. Tal vez se encuentra un poco desorientado todavía por el espectáculo corruptor del enriquecimiento fácil por la especulación o por la política a la vieja usanza; pero entiende que, en la actividad productiva, en el descubrimiento y la conquista de las fuerzas y de los recursos naturales de México, en la ágil y firme estructuración de la vida económica nacional, es donde se encuentra de verdad no sólo el cumplimiento del deber, sino aun la posibilidad cierta del beneficio y de la seguridad.

El tema, por supuesto excede las posibilidades de este pequeño comentario y merece un análisis mucho más amplio y detallado. Un análisis de las manifestaciones y de la tendencia de esta generación nueva, y un análisis, también, de las continuas irrupciones del espíritu y del peculiar modo de ser de la generación inmediatamente anterior, que hacen confuso el momento de ahora. Un análisis, por último, de las venturosas vinculaciones que existen entre la orientación y el anhelo de esta generación nueva y los mejores y más valiosos elementos de nuestra tradición.

El hecho es cierto. Las fórmulas, nunca satisfactorias, que han apresado nuestra vida en los últimos treinta años, están por todas partes desbordadas. Precisa entenderlo y aplicar un esfuerzo sincero para hallar las nuevas fórmulas que ajusten al ímpetu, a las necesidades y a los anhelos nuevos, los cauces de la vida nacional.

Negarse a esta renovación, no entender su urgencia o su sentido, sería gravísimo para México. Más aún cuando esta incontenible aspiración a un cambio en nuestro País, cobra un ritmo acelerado porque coincide en tantos puntos substanciales con un movimiento idéntico de todo el mundo y particularmente, de nuestro mundo de Occidente, de nuestro Continente Americano.

Es el tiempo de las decisiones de fondo, maduramente meditadas, públicamente ventiladas y discutidas con lealtad. No es ya el tiempo de los parches, de los puntales, ni puede serlo de la improvisación irresponsable.

## CACIQUES, LA TÉCNICA DE LAS LICENCIAS, JUSTICIA INSATISFECHA, REFORMA A FONDO

### **Caciques**

Primero fue Esponda, el de Chiapas; ahora Sánchez Cano, el de Oaxaca. Oportunas licencias –todo México espera que sean indefinidas–, les permitirán “descansar” de las arduas tareas del Gobierno. Y hay otros gobernadores más para los que es necesaria también una licencia: el de Tamaulipas obtuso y atrabiliario; el de Michoacán, ejemplo de ineptitud graduada; el sátrapa mediocre de Chihuahua, aliado a una inexplicable supervivencia del militarismo negociante; el bien conocido don Gonzalo Santos. Y la lista no acaba allí, por supuesto.

Porque uno de los males mayores que México padece –de los primeros en la serie muy larga de consecuencias que tiene el fraude electoral–, es el caciquismo que obscurece y deprime la vida local y hace sentir hasta en las poblaciones más remotas, el peso degradante y ruinoso de la incapacidad irresponsable y de la explotación destructora.

La esterilización de la vida local, la formación de un centralismo agobiador, el establecimiento inevitable de una cadena de complicidades que se extiende

\* Revista *La Nación*, año VI, número 276, 25 de enero de 1947, p. 8.

a todos los grados de la vida oficial porque hace depender a los municipios y a los gobiernos locales de la maquinaria política federal y a ésta, a su vez, la sujeta a una innumerable vinculación con todas las mafias políticas provincianas, son frutos naturales e ineludibles de ese caciquismo más repugnante, más agresivo que el de un centralismo definido y claro, porque para subsistir forzosamente necesita revestirse de las formas representativas y necesariamente, por tanto, depende de una reiterada falsificación de la representación popular y de un sistemático esfuerzo encaminado a destruir el espíritu ciudadano.

No podría vivir el caciquismo local, si en lo federal la autoridad estuviera realmente vinculada a la ciudadanía y sólo dependiera de ella; tampoco podría subsistir el régimen de falsa representación política en lo federal, si en vez del caciquismo de provincia, hubiera un gobierno local genuinamente representativo. No se posaría, siquiera, en la posibilidad de un monstruoso crecimiento centralista de las actividades del Gobierno Federal, si no fuera porque el gobierno de la ciudad, fruto podrido del fraude, es naturalmente incapaz para asumir la responsabilidad de su ancha competencia. Jamás se habrían formado, o desaparecerían pronto, los monopolios tentaculares que agobian al pueblo de México, si la vida local no estuviese sujeta a la estulta ineptitud y a la rapacidad insaciable del caciquismo que no sólo hace imposible la obra de estímulo y aliento que el gobierno local debiera prestar a la economía de provincia, sino que impide toda iniciativa para el desarrollo de esa economía o se convierte criminalmente en cómplice para entregarla en manos del monopolio y de la especulación.

Unas cuantas regiones del país escapan de esta situación general deplorable. Y ello a costa de un constante desperdicio de energías creadoras que deben emplearse en la lucha continua contra el caciquismo, en vez de ser utilizadas en las tareas de creación.



### **La técnica de las licencias**

Es, así, de premiosa urgencia el esfuerzo para acabar con este caciquismo que ni siquiera tiene ya el prestigio del caudillismo local y se ha vuelto simplemente corrompido organismo político oficial.

Pero, la empresa ofrece dificultades. Una, desde luego, derivada de la estructura misma que el régimen se ha querido dar para asegurarse el monopolio político del Poder: la lucha contra los caciques locales, va contra los compromisos de complicidad que tiene contraídos siempre el partido oficial, ya que éste jamás ha contado con el pueblo y, por ello, ha necesitado depender siempre de la ilegítima ayuda de los sátrapas encaramados en el Poder local. Otra, que es consecuencia lamentable de la falsificación de las instituciones: los gobernadores imponen a los ayuntamientos; las autoridades federales imponen a los gobernadores, y todo ello, por supuesto, se hace en contra de los preceptos de la Constitución que garantiza la autonomía municipal y la soberanía de los Estados; pero se hace mediante el reiterado fraude en las elecciones, guardándose una tenue apariencia de las formas constitucionales; en cambio, cuando la voluntad ciudadana reclama contra los atropellos de la autoridad municipal o de los gobiernos locales, éstos o la autoridad federal se refugian en los preceptos constitucionales que establecen la libertad del Municipio y la soberanía del Estado, para negarse a satisfacer la justa exigencia popular o, aún deseosos de atenderla, se encuentran limitados por ese orden constitucional que nunca es cumplido para el bien.

Después de la abominable matanza de León, ante una presión incontrastable de la opinión pública y después de la intervención de la Suprema Corte, el Gobierno Federal tuvo que proceder contra el caciquismo de Guanajuato y lo hizo con una fórmula poco afortunada desde el punto de vista jurídico, aunque fuera recibida con aplauso: la desaparición de los Poderes Locales. Ahora, en los casos de Chiapas y Oaxaca, en los que la inconformidad ciudadana se hizo también manifiesta, se elude la fórmula insatisfactoria seguida en el caso de Guanajuato

y se empleó una técnica diplomática: la de convencer a los gobernadores caciques, de que sus “fatigas” en el puesto demandaban una “licencia”.

Ni en el caso de Guanajuato ni en los dos últimos, acertó la autoridad federal. O quizá sería mejor y más exacto decir que en ninguno de esos casos pudo obrar rectamente por esos motivos de lamentable complicidad que vinculan al régimen en todas las escalas del Poder.

Las licencias de ahora, como la desaparición de Poderes de hace un año, son menos expedientes circunstanciales para calmar una agitación y acallar una exigencia. No son cumplimiento del deber de justicia ni, menos aún, el remedio definitivo que el bien de México demanda.

### **Justicia insatisfecha**

En el caso de León, aparte del defecto constitucional que obviamente puede señalarse al procedimiento de la desaparición de loa Poderes, no se hizo justicia. Una monstruosa decisión que debe ser revisada, declaró libres de responsabilidad a los autores materiales de los asesinatos; pero, lo que es peor aún, a pesar de que los hechos fueron denunciados en toda su extensión y de que la investigación misma de la Corte lo indicaba así, no se siguió el camino constitucional para enjuiciar a los responsables intelectuales –ciertamente los más culpables–, de la matanza. No era obra de un jurado de periodistas la de esclarecer todo el conjunto de antecedentes que desembocaron en la tragedia del 2 de enero; ni era sólo el Gobernador el enjuiciable. Un verdadero Tribunal debió haber actuado. Y no un banquillo sino varios banquillos de acusados, debieron establecerse frente a ese Tribunal, para el militar no soldado que tuvo intervención en el crimen y en sus antecedentes, y para los responsables del sistema de corrupción política que postula el fraude y la violencia como métodos constantes de su actuación.

En los casos de Chiapas y de Oaxaca, sigue faltando esa indagación justiciera que puntualice las responsabilidades y establezca las sanciones adecuadas.

Es cierto que de momento estos expedientes habilidosos ahogan la protesta y calman la indignación: pero la injusticia pendiente sigue pesando sobre el destino de México y ensombreciendo la vida de la provincia y de la Patria.

### **Reforma a fondo**

Más todavía. No sólo es insuficiente la obra de justicia. Se ha dejado totalmente intacto el problema de fondo, el problema legal y el problema político.

Es evidente la necesidad de revisar los textos de la Constitución federal, de las Constituciones locales y de leyes secundarias, para dar vida verdadera al sistema gradual de autonomías que es nuestro régimen jurídico nacional. Es indispensable reformar el régimen electoral de la Federación, de los Estados y de los Municipios, para que la institución básica del sufragio –sin la cual no existen legítimamente las demás instituciones constitucionales–, tenga existencia y eficacia. Y hasta ahora el régimen no ha querido hacer esas revisiones substanciales. Sólo hizo una modificación incompleta –por miedo o por maña–, de la Ley Electoral de la Federación; y algunos Gobiernos de los estados han copiado, con miedo y maña mayores y con ineptitud increíble, esa reforma incoherente e ineficaz. Si nuestro país ha de vivir como República Federal, representativa y popular, asentada en la vigorosa autonomía del Municipio; sí aunque nunca realizadas en la práctica, esas instituciones definidas en la Constitución han logrado incorporarse al anhelo popular, y tienen, por tanto, la posibilidad de vida real que ese anhelo les presta, precisa integrar las definiciones constitucionales para acentuar el perfil de cada una de las instituciones y darles a todas viabilidad y positiva garantía de cumplimiento. Es una labor que no puede hacerse esperar más tiempo porque sólo con ella podrá darse cauce al gran ímpetu ciudadano que ha renacido en México y que nada podrá detener ya.

Junto a esta reforma legislativa, es menester que, desde luego, se haga la modificación de la estructura política en la que prácticamente se han fundado

el continuo incumplimiento de la Constitución y la falsificación incesante de las instituciones de nuestro Derecho público. No es compatible con esas instituciones aparte de no serlo, por supuesto, con la dignidad del hombre y del ciudadano, la subsistencia franca o encubierta de un partido oficial; menos aún, la subsistencia de un partido que se ha cubierto de deshonra y que el pueblo de México unánimemente repudia con asco y con vergüenza.

### **Esperanza**

Ciertamente lo ocurrido en Chiapas y en Oaxaca permite esperar una más completa y profunda comprensión de este gran problema nacional. Que esa esperanza de confirme pronto con medidas cada vez más coherentes y más fundamentales, de quienes tienen la responsabilidad del Poder.

Pero nadie debe olvidar que el fundamento mismo de la esperanza, su auténtica raíz, está en la propia ciudadanía y que sólo de ella, de su generosa visión de México, de su esfuerzo perseverante y sin desfallecimientos, puede venir la renovación fecunda; que aún los hombres en el Poder sólo se verán obligados, o sólo podrán llevar a cabo la honda transformación requerida, si la ciudadanía de México los impulsa, los apremia o los sostiene.

En este como en todos los demás aspectos de la vida de la Patria, lo esencial es que haya ciudadanos.

## EL OBSERVADOR OBJETIVO

El ágil periodista que en *El Universal* publica la columna “Esa Política”, edita también, en cien copias numeradas, un boletín confidencial con el título *El Observador Objetivo*. En esta vez, prácticamente todo el boletín (número 6) –reproducido en agudo resumen por Piño Sandoval en su columna de *Excélsior*–, está consagrado a Acción Nacional, con un grande acopio de datos reunidos y analizados por el mismo periodista, señor G. Ortega.

### **Permanencia y poder**

Dice en primer lugar: Acción Nacional no es una agrupación circunstancial, fundada o inventada (como los partidos revolucionarios, del Liberal Constitucionalista al Revolucionario Institucional), para lanzar y apocar esta o aquella “candidatura”. Por primera vez en la historia del México posterior a 1910, nos encontramos ante un partido de oposición con un programa, una disciplina, una táctica y una meta: la conquista del poder. Tiene además, sobre los grupos revolucionarios, una ventaja inmensa: no se impacienta nunca. Pueden derrotarlo, “una y otra ocasión; eliminar de las Cámaras a sus líderes más respetables; acusarlo de

\* Revista *La Nación*, año VI, número 280, 22 de febrero de 1947, pp. 5, 23.

reaccionarismo. No importa. Acción Nacional continúa en pie y progresa de este modo el señor Ortega confirma ahora lo que desde hace ocho años ha venido diciendo constantemente, ante la incredulidad de muchos, Acción Nacional: es una organización permanente, como permanente es el deber político, el deber ciudadano. Para cumplir ese deber se requiere, en primer término, la existencia de una ciudadanía y, en segundo término, la organización de ésta. El Partido nació y vive para suscitar la formación ciudadana y organizarla. La formación y la organización ciudadana, sólo pueden lograrse en torno de un conjunto de ideas y de programas capaces de vincular permanentemente a los hombres y de darles un sentido del bien común, que es también permanente. Así se definen la naturaleza y la orientación del Partido.

El señor Ortega ha visto penetrantemente el punto de la permanencia; pero todavía, a pesar de ser tan explícito como éste el punto del propósito y de la naturaleza de Acción Nacional, se resiste a verlo con la misma claridad y afirma que el Partido tiene una meta: "la conquista del poder". El poder no es una meta para quien tiene, como razón central de su existencia, una interpretación de la sociedad y del Estado y un programa para realizar prácticamente esa interpretación en la vida concreta de México. Ese programa y esa idea de la sociedad y del Estado y del hombre en ellos, son la meta verdadera. El poder es uno de los instrumentos adecuados para alcanzarla y por ello, cuando se tiene, es responsabilidad tremenda de servicio. Pero no es el único instrumento; hay otro que está por encima del poder: la decisión ciudadana, la formación de una opinión pública firmemente orientada, vigorosamente estructurada, para inspirar al poder, darle sentido, detenerlo en sus errores o en sus abusos, sostenerlo e impulsarlo en sus aciertos, hacer que en todo momento exprese el más justo y el más limpio anhelo de la comunidad. Muchos aspectos de una interpretación errónea de Acción Nacional desaparecerán para el señor Ortega en cuanto se convenza de que esto es cierto y es cierta, también, la constante afirmación de Acción Nacional

sosteniendo que su meta es esa formación orgánica de una ciudadanía rectamente orientada al bien común.

### **Tiempo y dinero**

Sus miembros, del más alto al más humilde, no sólo hacen propaganda política. También realizan tareas económicas, sociales, educativas. Establecen clubes, cátedras. Fundan escuelas, institutos. Publican periódicos (alguno, como *La Nación*, es un modelo de revista semanal). Sin arredrarse, van a todas partes: la montaña, el campo, la fábrica, el suburbio. Son audaces y prudentes. No se comprometen en una contienda electoral sino cuando seguros de un por ciento de éxito, y entonces no les importa que les sea negado; lo importante es combatir, entrenar a las huestes. Ahí está el caso de Aquiles Elorduy: una y otra vez fue candidato a puestos de elección federal y si hubiera llegado a rechazarlo de la Cámara de Diputados, se habría postulado para presidente municipal de Aguascalientes. No les interesa el tiempo, ni el dinero.

También ha visto claro en este particular el señor Ortega; pero su visión es igualmente incompleta. Acción Nacional ha participado y participará en numerosas contiendas electorales, no “cuando esté seguro el éxito” ni para “entrenar a las huestes”, sino cuando lo requiere el bien público y la contienda puede servir para difundir más ampliamente la posición doctrinal y programática del Partido y para formar conciencia de la ciudadanía. Y es cierto que “no le interesa el tiempo ni el dinero”; pero no en el sentido en que parecer afirmar *El Observador Objetivo*, sino en cuanto Acción Nacional sabe y lo ha dicho constantemente desde hace ocho años, que la tarea ciudadana es larga y el esfuerzo de renovación social y política tiene que ser prolongado y por ello no se debe perder el tiempo en aventuras transitorias, sino consagrarlo siempre al objetivo fundamental.

En cuanto al dinero, fácil será para el señor Ortega, con sólo revisar las colecciones de periódicos diarios en las fechas en que el Partido celebra sus

asambleas y convenciones, encontrar publicadas con debida especificación las cuentas de ingresos y egresos de Acción Nacional. El monto gastado en los ocho años de vida del partido, significa un esfuerzo muy grande como recolección de cuotas de los miembros y adherentes que voluntariamente las han dado; significa millones de piezas de propaganda distribuidas entre el pueblo; significa centenares y tal vez millares de giras, asambleas y reuniones en todos los estados de la República. Pero con todo ello, no llega a ser sino una mínima fracción de lo que el PRI o el PRM o el PNR han gastado en sólo una, cualquiera, de sus empresas “electorales”.

### **Masas y ciudadanía**

Continúa diciendo *El Observador Objetivo*: “A los revolucionarios que sostienen que Acción Nacional cuenta con cuadros y carece de masa electoral, la elección de Rodríguez, Elorduy, Ramírez Munguía y Gutiérrez Lascuráin, debía haberles abierto los ojos. Fue tal la presencia de la masa, que no hubo cómo negarla. Ahí estaba, viva, exigente, imperiosa. Cuando en la Cámara de Diputados se establecieron dos corrientes en la mayoría, una que sugirió se eliminara absolutamente a la oposición y otra que aconsejó se le reconocieran los triunfos indiscutibles, los partidarios de ésta fueron los inteligentes: Alemán ganó simpatías, porque se respetó ese voto y, con el mismo golpe, se evitó la entrada a la Cámara de Diputados de Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna, sin que a éstos les quedara causa para una labor permanente de agitación.

Exacto; pero sin ver la totalidad del hecho. No sólo en los cuatro casos que el señor Ortega cita, sino en otros muchos, tuvieron la inmensa mayoría de elecciones pasadas los candidatos de Acción Nacional. En Yucatán o en San Luis Potosí, en Chihuahua o en Jalisco, en Michoacán o en Guerrero. La tuvieron de modo indiscutible y la comprobaron. Y sí “quedó causa para una labor permanente de agitación”; pero no es esa labor la que interesa al Partido. Por eso no la ha hecho, y se ha concentrado, en cumplimiento de su deber,



a la tarea esencial de insistir en la formación de la ciudadanía y de señalar a ésta metas substanciales y valiosas para su acción y para su exigencia, como el logro de una reforma electoral verdadera y la restauración de las instituciones municipales auténticas.

### **La mujer y el municipio**

Agrega *El Observador Objetivo*: Advierten los revolucionarios perspicaces que, con el reconocimiento del voto femenino en las elecciones municipales, Acción Nacional gana una posibilidad más para el futuro. Están en lo cierto. “Para quienes lo duden, les bastaría examinar cómo está haciéndose constante propaganda de los grupos femeninos de Acción Nacional en Nuevo León, Guanajuato, Michoacán, Querétaro, Jalisco, etcétera”. Los propagandistas proceden por sutiles métodos de convencimiento. Dan a sus palabras un contenido tradicional, en lo que se refiere a aquello que más hondamente interesa a las mujeres mexicanas: la estabilidad del hogar, la educación y el futuro de los hijos. Sus métodos de propaganda son sencillos, directos. Y Acción Nacional concluirá por ampliarlos organizando socialmente a sus adherentes femeninos, para proporcionales trabajos, consejos, consignas. Particularmente es importante la tarea cuando se organiza en dimensiones nacionales, como lo demuestra la celebración de la Convención para debatir temas municipales, a la que acudieron más de mil delegados de todo el país. Estos regresarán a sus lugares de origen a combatir por una consigna que, curiosamente, es de procedencia revolucionaria: la libertad municipal.

No está mal visto. Sólo que los propagandistas de Acción Nacional no usan “sutiles métodos de convencimiento”. Cuando hablan a la mujer de “la estabilidad del hogar, la educación y el futuro de sus hijos”, simplemente les están recordando sus tareas esenciales y mostrándoles cómo el cuidado de los asuntos de la Ciudad, del Municipio, la formación del ambiente social general, tienen vital importancia en la creación de hogares estables y en la educación

y el futuro de los hijos. No es sutileza ni es táctica. Es reiteración de una verdad indiscutible para quien sabe el valor que en la vida de la Nación tienen los hogares limpios y estables y el que tiene, para el bien común y para la salvación personal, la recta formación de los hijos. De paso, en un nuevo análisis el señor Ortega podrá ver que todas las verdades que Acción Nacional proclama y toda su táctica, tienen esta misma clara sencillez que les da su fuerza inmensa, pues son la expresión directa de las formas, del estilo de vida y de los anhelos más justos y más hondamente arraigados en el pueblo de México.

Muy bien vista, igualmente, la trascendencia de la reciente Convención de Acción Nacional. Todos los delegados que a ella concurrieron, volverán a sus hogares, dispersos en todo el país, a combatir por la libertad municipal; pero no porque hayan “recibido esa consigna”, ya que en Acción Nacional no hay consignas, sino porque llevan la ardiente convicción de que el Municipio es la base de las instituciones públicas de México. Y esto es lo importante, puesto que las consignas pueden cumplirse o no; pero la convicción, siempre impulsa al cumplimiento y da valor, elocuencia, capacidad, para convencer a los demás y sostener una lucha incansable. La idea municipal fue debidamente incorporada a las banderas del movimiento revolucionario de 1910 y ha sido abominablemente traicionada desde entonces; pero su arraigo en el alma mexicana y en la vida nacional, tiene hondura de siglos y justificación racional plena e indudable. La Convención reciente del Partido, no hizo otra cosa sobre el particular que poner de manifiesto ese arraigo y esa justificación para que la opinión nacional se organice en una exigencia incontestable de limpieza y de eficacia de la vida municipal.

### **Arrebatat banderas**

Hace finalmente; *El observador Objetivo*, diversas consideraciones sobre la situación en Monterrey y sobre la actitud del partido oficial y el ejército para concluir diciendo que los revolucionarios deberán, según el programa político

del Presidente Alemán, arrebatar la bandera a Acción Nacional y para eso, constituir un partido político vigoroso, sano.... hacer que los gobernadores de los estados comprendan cuál es su misión ante la República y la Revolución y procedan en consecuencia.... y procurar el éxito en el programa de satisfacción de las necesidades nacionales, sobre todo en lo que se relaciona con la alimentación popular, la irrigación, el establecimiento de las zonas agrícolas proyectadas y la industrialización. Si el régimen fracasa en estos puntos, presenciaremos en los años próximos un desarrollo inusitado de Acción Nacional, que se hará cada día más exigente en sus demandas para que se le entregue el poder.

Si el programa propuesto al régimen por el penetrante periodista, es adoptado por el régimen con sinceridad y cumplido con “amor, limpieza y conocimiento”, México ganará mucho. Pero, otra vez, el señor Ortega sufre de esa extendida y curiosa dolencia que es la visión parcial o la voluntaria ceguera parcial ante lo que es obvio. En efecto, admite y comprueba la verdad de algunas afirmaciones de Acción Nacional y se mantiene cerrado para otras igualmente evidentes y demostradas.

El cumplimiento por parte del régimen en el poder, de ese programa de eficacia, honradez y positivo mejoramiento, no sería “arrebatar las banderas de Acción Nacional”, sino cumplir los anhelos y satisfacer las necesidades de México que Acción Nacional ha expresado; es decir, sería lograr que se subordinen el Estado a la Nación, el gobierno al pueblo, y que la autoridad recobre su misión sagrada de servicio.

Eso, y no “la entrega del poder”; eso, la renovación genuina de la vida pública, su dignificación y ennoblecimiento por la autenticidad de origen y por la sumisión a las normas del bien común; eso es lo que exigentemente ha demandado y demanda, representando al pueblo, Acción Nacional.

Conviene una nota final. Se dice que este crecimiento de Acción Nacional, es “una amenaza a la Revolución”. Si las demandas de Acción Nacional hacen que se cumpla un programa de mejoramiento sincero y real y ese programa

es la esencia de las mejores promesas revolucionarias, ¿cuál es la amenaza a la Revolución? La única amenaza que el resurgimiento ciudadano implica, va dirigida no contra la Revolución auténtica, sino contra un grupo que falseándola y traicionándola, ilícitamente quiere mantener el monopolio político para fines inconfesables. Y es tiempo ya de dejar que las grandes palabras, como esta, “Revolución”, sirvan de mero pretexto para los peores actos.

## VISITA, ACUMULACIÓN DE PROBLEMAS, SUBVERSIÓN ECONÓMICA, INJUSTICIA SOCIAL, EL DRAMA DE LA EDUCACIÓN, CACIQUISMO E IRRESPONSABILIDAD

### **Visita**

Por tercera vez un Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica visita nuestro País, y por vez primera viene a esta Capital. Esta visita, en las circunstancias actuales y justamente en el año del centenario de la guerra de 1847, tiene un valor especial para las relaciones entre los dos Países y, más ampliamente todavía, para la determinación de un clima general en América y el señalamiento preciso de una posición internacional inequívoca.

La fecha, especialmente propicia a la renovación de viejos agravios, es así convertida en símbolo de un nuevo concepto de vecindad y de convivencia internacional, y aprovechada para reiterar solemnemente principios básicos en el derecho internacional del Continente, como el de “no-intervención”; pero para afirmar, a la vez la tesis de la “no-indiferencia” que, aun cuando en forma negativa aún, expresa la idea de una cooperación activa y de una solidaridad eficaz entre las naciones del Continente.

\* Revista *La Nación*, año VI, número 282, 8 de marzo de 1947, p. 2.

En más amplio panorama, al fundarse esa solidaridad en la común aceptación del principio superior de la dignidad del hombre, enfáticamente proclamado como substancia de los ideales democráticos; al afirmarse como convicción común, en las palabras de los Presidentes, la necesaria subordinación del Estado al hombre y no del hombre al Estado; al señalarse para éste como fin la gestión del bien común y recordarse la urgencia de la representación auténtica y del sufragio verdaderamente libre y respetado, esta visita de ahora significa la voluntad de izar en América una bandera común, una posición doctrinal claramente opuesta a la que postula la subordinación total del hombre al Estado amo, dueño y patrón. Así, sobre las confusiones que durante la guerra se crearon, se van perfilando, cada vez más acusadamente, las tesis doctrinales distintas, los diversos conceptos de la vida humana, de la sociedad y del Estado, que en mezcla forzada por las necesidades militares o en simulación envenenada, se presentaron durante los años de la guerra como un solo e idéntico ideal.

Esta visita presidencial cobra, por ello, un triple sentido: el inmediato que se refiere a las relaciones entre México y los Estados Unidos, el simbólico que engloba en solidaria vinculación a todo el Continente, y el que es notificación solemne de una común definición de los principios que América postula y defiende frente al perturbado y todavía confuso cuadro del mundo de postguerra.

El tiempo es adecuado. Que, en su triple sentido, la visita fructifique en hechos y en realizaciones limpias y concretas de la amistad, de los principios y de los propósitos proclamados.

### **Acumulación de problemas**

Sigue el nuevo Gobierno obligado a hacer frente a numerosos problemas ocasionales, exigentes de atención inmediata y que se suman a las graves cuestiones de fondo de la vida mexicana.

Ese es un dato que explica la tardanza en la formulación expresa de un programa general; pero puede ser, también, para el nuevo Gobierno, el peligro de un estímulo que lo aleje de su obligación de formular ese programa iniciar cuanto antes su cumplimiento.

Sería peligrosísima para México semejante omisión. Los problemas de mayor urgencia, los de aspecto más inédito que ahora se presenten, no deben alejar al Gobierno de una posición programática definida ni podrán ser resueltos, por otra parte, si esa posición programática falta o es abandonada. Sólo una visión de conjunto, iluminada por la adhesión sincera y cabal a valores superiores, podrá permitirnos hacer frente a las carencias tradicionales que México ha sufrido y a las malas consecuencias de todo orden que tendrán para México, necesariamente, largos años anteriores de ideologismo perverso, de espesa simulación y de abandono criminal.

Fiebre aftosa o insuficiencia de las reservas monetarias, déficit en la producción agrícola o explosiones incontenibles del disgusto popular contra el caciquismo, inorgánico desquiciamiento de industrias básicas como las de combustibles y transportes o consecuencias críticas de la situación internacional de post guerra, son asuntos que, sin excepción y tanto como los viejos problemas conocidos y todavía lamentablemente pendientes de solución, sólo pueden tratarse con eficacia si se encuadran dentro de un concepto general, orgánico, de México, sus posibilidades, sus necesidades, sus anhelos.

Ni la circunstancia ahora, ni el sentido que lleva el caudal de acontecimientos en el mundo y, muy especialmente, en nuestro Continente y en lo mejor de nuestra cultura; ni el anhelo inconfundible de esta nueva generación que llega a la vida pública de México, consienten ya la prolongación de la larga etapa de falsificaciones, de improvisaciones, de oscuras alianzas, de claudicaciones morales, de perezosa desidia para el bien, que el País ha tenido que vivir durante tantos años.

### **Subversión económica**

Hay una subversión monstruosa en nuestra economía, en la base de producción, en el régimen y en los medios de circulación, en el organismo monetario y de crédito, en la distribución de la renta nacional.

La ineptitud, el constante desprecio del esfuerzo técnico y fundamental de solución para preferir el expediente inmediato, y la oscura confusión de principios que hizo siempre una mezcla incongruente y monstruosa de estatismo comunístoide en su aspecto más degradante y de capitalismo en sus formas más turbias y egoístas. reclaman con apremio esa adopción de un programa.

Y no un programa de funcionarios o para funcionarios, sino un programa de la Nación y para la Nación, públicamente elaborado, aceptado públicamente porque sólo podrá cumplirse la ardua tarea de afirmar y robustecer nuestra economía hasta volverla suficiente, con la colaboración consciente y entusiasta de la Nación entera.

### **Injusticia social**

Hay pendiente una reforma social, convertida en pretexto de medro o de inicua opresión política, envenenada por la simulación, imposibilitada por la ineptitud y criminalmente desviada por esa misma falta esencial de principios que en un frente-populismo peculiarmente nauseabundo, ha mezclado el totalitarismo más incongruente con las peores formas de capitalismo y de especulación.

Precisa el esfuerzo para dar curso real a esa reforma; pero ese esfuerzo será imposible o infructuoso, cualesquiera que sean sus dimensiones y aun su sinceridad, si no se cimenta en un programa regido por un nítido concepto doctrinal.

Un programa que sea de la Nación. Porque es falsa y sólo está inspirada en los más inconfesables intereses, la tesis que hace de la justicia social bandera peculiar de un grupo sectario. Es la Nación misma la que exige esa justicia social. Existe, clara e indudable, en la conciencia pública, la definición de los



objetivos que la empresa de reforma social debe alcanzar. La actitud de los que a sí mismos se llaman redentores y proclaman su monopolio de las ideas y de los anhelos de justicia social, no es ya sino utilización envilecida de esos anhelos y de esas ideas para lograr un medro. México ha madurado también en este punto en términos que sus redentores ignoran, y respondería con unanimidad fecunda al llamamiento de un programa sincero, coherente, acorde con la genuina naturaleza de la Nación, cumplido sin precipitaciones ni desfallecimientos, con aptitud técnica y con limpieza.

### **El drama de la educación**

Hay también un problema educativo que un mediocre –cuando no perverso–, sistema de componenda y tolerancia, mantiene sin expresarse en conflicto violento y manifiesto; pero que no está resuelto todavía y sigue siendo un puñal clavado en la espalda de la Nación.

Escuelas, libros de texto, métodos y programas, maestros, todo en materia de educación, exige acción a fondo. Particularmente cuanto se refiere a los maestros, a su formación, al decoro económico de su vida, al respeto verdadero de su dignidad, a la precisión de su responsabilidad sin par. ¿Qué régimen educativo puede subsistir cuando el maestro vive en la miseria, cuando un sindicalismo de paga se mantiene como substituto de un verdadero sistema de servicio civil que dé seguridad al magisterio y lo libre de la arbitrariedad burocrática o de la corrompida explotación del líder? ¿Qué acción educativa verdadera puede crearse si el maestro vive sujeto a consignas de servidumbre política y no a su noble tarea libremente elegida de formación mental y moral de sus discípulos? ¿Cuál es la posibilidad de dar a la obra educativa una magna dimensión nacional si el maestro no está vinculado a la sociedad, si no es expresión levantada de lo mejor que esa sociedad tiene y quiere, sino al contrario, se ve obligado a desvincularse de su comunidad cuando no a volverse hostil contra ella?

El asunto es vital y no puede hacerse frente sin la definición categórica de una posición doctrinal y programática que coincida con las mejores aspiraciones nacionales. La experiencia de trece años, el conocimiento de las “razones” que fundaron la adopción del artículo 3º constitucional, hacen que este sea ahora ya no la provocación para una encendida batalla, sino la deplorable supervivencia de un ideologismo indigesto y de una conspiración frustrada del estatismo totalitario. Un cadáver insepulto que corrompe el ambiente espiritual de México e impide la inigualable empresa educativa que México necesita.

### **Caciquismo e irresponsabilidad**

Hay un problema político de múltiples aspectos que se resumen, todos, en una inaplazable necesidad de autenticidad.

No es el caso de Chiapas o de Guanajuato, de Tamaulipas o de Chihuahua. Es la ineludible urgencia de hacer libre y respetado el sufragio, condición de vida de todas nuestras instituciones públicas; de estructurar el Municipio en la libertad ordenada, como cimiento y paso inicial de nuestra organización política. Y, con ello, es la obligación imperiosa de reconstruir en cada una de sus etapas el sistema jurídico de nuestra convivencia, creando responsabilidad, acabando con la corrupción, haciendo desaparecer el abismo que ha existido entre el pueblo y el gobierno, entre la Nación y el Estado.

Toda la estructura constitucional, está bastardeada por la falsificación electoral. La misma posibilidad de la colaboración útil de México en un esfuerzo continental o en el de reordenación del mundo, se vuelve simulación ridícula mientras alcemos para el exterior los ideales democráticos como nuestros y en el interior conservemos la vergüenza de la elección frustrada por el fraude y la violencia. Y la necesaria cooperación de todo el pueblo para aceptar los trabajos y los sacrificios que impone esta época crítica, se vuelve imposible mientras perduren en todos los puntos de la escala gubernamental, comenzando por el Municipio, la imposición y el caciquismo.

### **Es tiempo**

La hora es oportuna. La experiencia confirma cada vez más la posibilidad de que un Gobierno con apoyo nacional rompa definitivamente las cadenas que lo han atado a la ambición, a la avaricia y a la incapacidad de grupos adversos a México, explotadores de México, que nunca han tenido otra fuerza que la del mismo Poder Público a ellos y a su servicio subordinado. No bastan la bondad de las intenciones ni la habilidad para hallar los expedientes transitorios. A la elevación del propósito, a la limpieza de la conducta, debe aunarse la eficacia constructiva de un programa que realice en la verdad de una adhesión sincera y una acción profunda, la unidad nacional, bajo esta misma bandera que una ocasión internacional ha izado solemnemente en México la bandera del hombre redimido, del Estado al servicio del bien común, de la Nación dueña de su destino y esforzada en cumplirlo y en servir, con todas las naciones libres de América, a la reordenación del mundo en la paz, en la justicia, en la suficiencia.



## LO INTERNACIONAL, LO NACIONAL, ESFUERZO INDISPENSABLE

A medida que más se aleja la conclusión de los aspectos militares de la guerra, la inquietud por la situación internacional se vuelve mayor y más angustiosa. En vez del esfuerzo, por todos esperado, para el restablecimiento de condiciones normales de vida en el mundo, para la reconstrucción material y para el reordenamiento jurídico adecuado a garantizar la paz y asegurar la vigencia de las normas internacionales de Derecho, se vuelve ostensible una situación en la que predominan los elementos de lucha por el Poder.

Los motivos superiores de la guerra invocados durante el periodo militar, subsisten en el anhelo de los hombres; pero un realismo descamado y cínico los oscurece en la confusión o abiertamente los niega y hace de ellos escarnio. ¿Qué norma de Derecho puede amparar los crímenes sin precedente cometidos en toda la porción de Europa Oriental sometida a un conquistador que no reconoce límites para su conducta? Pueblos enteros padecen no sólo la miseria más espantosa causada por la guerra, sino la opresión indescriptible, y están siendo usados, sin la más leve consideración humana, como simples instrumentos

\* Revista *La Nación*, año VI, número 283, 15 de marzo de 1947, p. 32.

en esta lucha por el Poder. China, Polonia, Alemania Oriental, Yugoslavia, Rumania, Grecia, Finlandia. Por sometimiento violento, o por el trabajo –tal vez más infame aún– de quintas columnas, están hundidos en el terror, en guerras civiles oscuras y sangrientas y en una miseria mortal. En todas partes, ese instrumento del frente-populismo que es el criminal empleo del afán de justicia social como simple medio de acción política, fomenta también esta lucha internacional por el Poder y cada nueva “reunión de paz” plantea más agudamente la pugna inocultable tras los velos de creciente transparencia de la fraseología diplomática.

Ningún pueblo escapa a esta lucha en que se juegan o el dominio del mundo por un poder sin límites ni normas, o la organización de la convivencia bajo los signos de la justicia, de la suficiencia y de la libertad, que son los signos del hombre redimido.

### **Lo nacional**

En el conflicto de gigantescas dimensiones, México sólo tiene un camino.

Para muchos, desde la guerra pasada, ese camino resultó meramente impuesto por las condiciones de la geografía y de la vida económica y del curso inmediato de la historia. Fueron ellos los que, también por meras razones de Poder, profundamente desleales a las que llamaban públicamente sus convicciones, llevaron a México a la guerra junto con los Aliados. Lo llevaron porque su “realismo” ignoró les señaló esa vía como medio de triunfar en su propia lucha por el Poder aquí; lo llevaron determinados por meras consideraciones materiales sin huella de ideales o principios; lo llevaron sin lealtad y sin aptitud, sin limpieza ni convicción, haciendo de los principios y de los ideales el simple juego trágico de palabras que ha hecho siempre el frente-populismo envilecido. Y, naturalmente, en lo nacional hicieron exactamente lo contrario de lo que proclamaban en lo internacional y de lo que, por esa proclamación, por la grave decisión tomada respecto a la participación de nuestro País en la guerra,

estaban obligados ineludiblemente a hacer dentro del País, en la organización de nuestra propia convivencia.

Todo el tiempo de la guerra tuvimos “democracia” en los discursos oficiales y “trabajo del surco y del taller” en los carteles de propaganda. El pueblo, convocado por la solemne decisión sin precedente de participar en la guerra, a pesar de su oposición indudable respondió con lealtad generosa y dispuesta a todas las colaboraciones que hubieran sido necesarias para hacer la honda y extensa renovación que la vida de México exige y que, con más apremio aún, exigía la posición internacional adoptada por sus gobernantes si esa posición hubiera sido sincera.

Siguió prevaleciendo el método de fraude y de violencia en el bastardeo de la representación política; subsistieron la simulación y el permanente desvío de sus propios fines en la organización del trabajo; el esfuerzo de producción, salvo en lo que materialmente era indispensable desde el punto de vista internacional, siguió siendo duramente saboteado; no se dio un paso para la solución de ninguno de los graves problemas que tradicionalmente pesan sobre México y se hizo lo posible por complicarlos y volverlos más oscuros y difíciles; exceptuando urcas de apaciguamiento indispensables para impedir el planteamiento violento de las exigencias nacionales se dejaron subsistir las disposiciones legales o las prácticas que han sido y son motivo permanente de división desgarradora, de parálisis del ímpetu constructivo en nuestro País, como la educación, la libertad religiosa, la definición histórica y actual del campo común de vida que debe ser la base de la unidad nacional; se desquició el sistema monetario y de crédito, abriéndolo anchamente a la especulación y a la corrupción burocrática y cerrándolo al trabajo y a la producción, a la actividad económica positiva; te hizo de la afluencia de capitales ocasión de rápido enriquecimiento privado, cuando pudo serlo de firme estabilidad de nuestra economía; se aumentó la miseria con la inflación y el mercado negro y la voracidad irrestricta de la banda y de sus cómplices y compadres.

Ahora, frente a la gravísima situación internacional que de nuevo plantea la necesidad de definir la posición de México, no podemos repetir el error, no debemos consentir la criminal conspiración. El camino de México es claro, es único. Pero no son la geografía, ni la economía, ni las razones de una lamentable historia reciente, las que lo imponen. Es el camino abierto ante nosotros por ideales y principios, porque afirmamos la primada de lo espiritual, porque postulamos el bien común como meta y objeto de la convivencia de los hombres y de las naciones, porque creemos en el hombre redimido y capaz –él y las comunidades que él forma– de salvación; porque queremos para todo el mundo, para nosotros mismos desde luego y verdaderamente, justicia y suficiencia, paz y libertad; porque sabemos, en suma que, si estos valores no inspiran y alientan la decisión, el esfuerzo, el sacrificio, nada significarán los factores de economía o de geografía, los datos puramente materiales.

### **Esfuerzo indispensable**

Esta encrucijada dramática de la vida internacional, viene a sumarse al afán y a la necesidad permanentes del pueblo de México para crear una exigencia inmediata de renovación. También, conviene reiterarlo, para dar a esa exigencia viabilidad y posibilidades inmensas. Si de nuevo estamos acercándonos al pavor de una guerra, o si solamente se trata de un empeño erizado de tremendos obstáculos para alcanzar la paz verdadera, hemos de todos modos de acometer cuanto antes la empresa de nuestra propia ordenación. Y es evidente que para esa empresa no faltan ni los elementos materiales ni las posibilidades humanas. Lo que ha faltado siempre, es la dirección, la autoridad; lo que la ha impedido siempre, es la carencia de visión iluminada y limpia, de un gobierno que esté y se sepa vinculado exclusivamente al pueblo, siempre magnífico en su capacidad de entendimiento y de sacrificio, y no a los merodeadores del Poder.

Las metas para esta empresa, son evidentes y de común aceptación; es falso que el País esté dividido en cuanto a la selección de los propósitos a perseguir,



de los objetivos a realizar nacionalmente; la división, si en otras partes dudosa, aquí monstruosamente falsa, de izquierdas y derechas, de reaccionarias y revolucionarios, sólo tiene sentido como división, esa sí cierta y definitiva, entre los que hacen del Poder su objetivo y los que lo consideran como responsabilidad al servicio del bien, entre los que medran con la autoridad y los que ansían que ésta se ejerza como misión sagrada.

Los tópicos básicos y más urgentes de la reforma indispensable, están definidos con rigurosa precisión. Nadie puede volver a decir en México que la organización de la democracia, la verdad y la limpieza de la elección, el restablecimiento de la auténtica administración local, sean asunto de “ciertos escrúpulos”; son el ambiente mismo sobre el que debe desplantarse el empeño de renovación. Y nadie puede afirmar que lo hecho en materia agraria o agrícola, satisface ni la justicia ni la necesidad; contra él se levantan la miseria de la población rural de México y el raquitismo todo de nuestra economía de hambre, ¿Y habrá quien defienda una organización económica y social que fabrica millonarios y empobrece cada día más al pueblo, que agota en los más torpes despilfarros el tesoro público y, peor aún, los recursos naturales, tal vez insustituibles, como los bosques y el petróleo, como el agua y la tierra misma que perdemos fomentando en vez de combatir, la erosión incesante?

Así en todos los demás rumbos de la vida nacional. No debe detenerse más tiempo el planteamiento preciso de los problemas reales. No debe tolerarse más el encubrimiento de esos problemas por la demagogia, que no es sino pretexto para conservar posiciones de Poder.

La banda que ha tenido encadenado al Gobierno en el pasado, carece de fuerza social o política en México; nunca tuvo otra fuerza que la resultante del Poder mismo, –de sus complicidades, de su ineptitud o de su debilidad–, y la que obtenía de inconfesables alianzas extranjeras con el frente-populismo. Esta última está por desaparecer; no puede ni debe subsistir porque implica una traición repugnante. Sólo podrá quedarle la fuerza que el Poder mismo,

si se olvida de su deber para México y para los principios e ideales que México sustenta, o si ciegamente desconfía del pueblo o lo defrauda, quiera seguirle dando ilícitamente.

## SANGRE EN LLERA, EL MAL PROFUNDO, REFORMA BÁSICA

### **Sangre en Llera**

Una nueva manifestación ensangrentada del caciquismo, ha venido a demostrar en Llera, Tamaulipas, cuán grande es la urgencia de una acción a fondo para reformar las normas jurídicas y las prácticas electorales y para crear condiciones limpias y eficaces de vida municipal.

Los hechos son bien conocidos: el Gobierno del Estado impuso por el fraude y la fuerza, en la autoridad municipal, a cómplices suyos de su misma corrupción e incapacidad, sólo que en escala más brutal y más mezquina. La ciudadanía del Municipio, herida ya por la imposición, fue tratada por los caciquillos locales con el más burdo desprecio y con una persecución incesante. De nada valieron quejas y reclamaciones ante el Gobierno; peor aún, a cada reclamación se contestaba con una nueva tropelía de las falsas autoridades municipales “respaldadas” por sus cómplices en el Gobierno local. Hasta que, cerradas todas las posibilidades legales de acción, el conflicto estalló en forma violenta. Un conflicto creado deliberadamente por el procedimiento de conducir al pueblo

\* Revista *La Nación*, año VI, número 284, 22 de marzo de 1947, p. 2.

a la desesperación, por la incapacidad definitiva de las gentes ilícitamente en el Poder no ya para una labor de justicia; pero ni siquiera para entender la propia conveniencia de un esfuerzo mínimo de tolerancia. Otra vez, a sabiendas, deliberadamente, se hizo correr la sangre que se alza como una nueva barrera entre el pueblo y el gobierno.

Y otra vez, también, ante la evidencia de una imposición bochornosa que es ya intolerable, de una ciudadanía que expresa su voluntad y que cada día se afirma más en su exigencia de autenticidad y de limpieza, se levanta el obstáculo de un gobierno local fundado el mismo en la imposición y en el compadrazgo, e incapaz, por tanto, de combatirlas, y de un sistema federal que el fraude electoral ha degenerado y por la falta de autenticidad de la representación resulta incapaz para impedir el mal, aunque haya sido hasta ahora instrumento utilísimo para la mutilación ciudadana y para asegurar la sobrevivencia de un régimen político de falsificación.

### **El mal profundo**

Hoy es en Llera, como lo fue antes en Chiapas, en Oaxaca, en Pátzcuaro, en Zitácuaro o en León. De hecho, en toda la República la situación es idéntica; lo ha sido desde hace muchos años en cuanto a la destrucción de las libertades municipales y a la falsificación electoral; lo es ahora, en cuanto a un factor nuevo: el pueblo está ya cansado y no tolerará por mucho tiempo este caciquismo ladrón, atrabiliario, destructor, que es vergüenza para la ciudadanía y causa inicial de los demás graves daños para México.

Muy miopes son las que no advierten este sentimiento popular que es evidente. Ni en 1910 existió con tanta unanimidad, con tan segura firmeza. El intento de presentarlo como obra de una agitación dirigida, es simplemente el deseo de fugarse de la realidad. Es, por supuesto, en buena parte resultado de un proceso de educación ciudadana que ha puesto particular empeño en traer a la conciencia pública la clara noción del deber y del derecho cívicos,

de la misión verdadera de la autoridad; pero es, sobre todo, náusea ya insoportable de la simulación, de la ineptitud y del robo; es madurez que se ha venido trabajando lentamente en la ciudadanía de México; es, por todos estos conceptos sumados, la presencia en el escenario de la vida pública de nuestro País, de una generación nueva sin las restricciones ni los abandonos ni los temores o compromisos de la generación anterior que pudo soportar el oprobio del caciquismo, de la falsificación electoral, de la ineptitud, como pasos transitorios e ineludibles entre la lucha armada y la realización integral de los ideales.

Esta generación nueva, no encuentra razón para que estén la democracia, la efectividad del sufragio, la autonomía del Municipio, la responsabilidad de los gobernantes, inscritas en la Constitución y permanente y monstruosamente contradichas por los hechos. Esta generación quiere, lisa y llanamente, que se cumplan en la práctica las instrucciones que no son para ella ideales remotos y difíciles de alcanzar, sino posibilidades inmediatas, accesibles, sólo impedidas por la estupidez o por la voracidad de una minoría insignificante encaramada en el Poder, usufructuaria de sus recursos, dueña de unas cuantas frases sobadas sobre la Revolución como justificación intelectual única de su supervivencia, y radicalmente incapacitada ya no sólo para el ejercicio benéfico del Poder mismo, sino aun para continuar en su monopolio.

Este es el dato que quieren ignorar los conservadores del sistema de fraude en que hemos vivido durante tantos años. Les resulta imposible aceptar que se haya operado, que esté efectuándose el hondo cambio que en México se cumple ahora. Les resulta imposible aceptarlo, por esa instintiva reacción del egoísmo que tiende a negar siempre lo que va en su contra; pero, sobre todo, les es difícil advertir el cambio porque un razonamiento primario se las impide: “si ese cambio fuera cierto”, se dicen, “no estaríamos ya nosotros en el Poder”.

## **Reforma básica**

Los hechos sociales tienen una extraordinaria complejidad y sus medidas no son las medidas ordinarias de la vida del hombre. Un cambio en el pensamiento o en la voluntad del individuo, se efectúa y produce desde luego un cambio en el sentido de su acción. Una transformación en la conciencia pública, en la convicción social, se realiza molecularmente, en un proceso frecuentemente imperceptible por gradual y leve; su expresión en actos o en hechos sociales, aun cuando se cumple a veces en explosiones súbitas sin precedente visible; es normalmente un disperso acontecer que poco a poco se integra y se unifica.

Con cuánta claridad puede observarse este proceso *a posteriori*, después de consumados los hechos que, para quienes vivieron su preparación, resultaron súbitos, inexplicables y sin antecedente.

Siguen en el Poder todos los caciquillos municipales, los caciques adueñados de los gobiernos locales, los funcionarios de elección de toda categoría que llegaron a sus puestos por imposición, no porque subsistan la apatía cívica o el conformismo que en épocas anteriores permitieron la constitución del régimen fraudulento; ni siquiera porque ese régimen sea dueño todavía de la fuerza en que apoyó antes su existencia, sino exclusivamente porque el tiempo, la unidad de tiempo necesario para que el organismo social transforme en acto su cambio de conciencia, está transcurriendo todavía.

Gran responsabilidad la de todos los mexicanos; pero muy especialmente la de aquéllos que están en el Poder y más aún la del Ejecutivo Federal –que históricamente, de acuerdo con la estructura real de nuestra vida política, ha heredado una posición de dirección y con ella una pesada obligación de prever, de ver más lejos, de adelantarse a los acontecimientos–, ésta de advertir, ahora que es tiempo, la transformación que se cumple en la conciencia social, en la opinión pública mexicana, de darse cuenta de la irrupción de una generación nueva en la vida nacional.

Es el tiempo de orientar al bien común esa conciencia social nueva, de encauzar constructivamente, con lealtad y eficacia, el ímpetu de la nueva generación. No es difícil hacerlo; ni sería como algunos dicen, una conducta suicida del régimen, sino al contrario, hacer, hasta donde puede hacerse desde el Poder, la reforma política que pasaría en una simple mentira más si no coincidiera con la demanda del pueblo; pero que será ahora empresa llena de fruto porque se encuentra con una ciudadanía crecientemente dispuesta y responsable.

Hay un hecho que es revelador. Por la situación general del mundo, por la angustia manifiesta de una crisis económica inminente, por largos años de agitación social, existen temas en la vida pública que debieran ocupar preferentemente la atención de todos, la atención del pueblo; pero no es así. La inmensa mayoría ciudadana, no está ya ignorante del suceso internacional ni de su tremendo significado; no es ni puede ser indiferente a la grave amenaza de trastornos económicos fácilmente previsibles; de ninguna manera conserva la vieja apatía por las cuestiones sociales; pero en la inquietud cívica, en la conciencia popular, predomina el tema político.

No sólo, pues, la indagación intelectual del gabinete, sino también la certera intuición colectiva, conducen a afirmar que la reforma social, o los más angustiosos problemas económicos próximos, o la situación internacional más amenazante, están subordinadas a la reordenación de la vida política, a la vigencia real de las instituciones jurídicas que la norman, a la autenticidad de la representación, a la limpia eficacia del sufragio, a la posibilidad, en suma, de que la autoridad pueda serlo plenamente por la legitimidad genuina de su origen y por su real subordinación constante al bien común.

Todo programa de gobierno, debe comenzar hoy, por tanto, con estos capítulos elementales y básicos: una substanciosa y verídica reforma electoral, un establecimiento cuidadoso y garantizado de la administración local autónoma, limpia y responsable. Sin estos cimientos, todo el resto del programa, por completo que sea, se volverá realización mutilada e inoperante.





## VIDA ECONÓMICA, NUESTRO CONTINENTE, NOSOTROS

### **Vida económica**

Los signos de la crisis económica de post-guerra en el mundo, con cada vez más obvios y alarmantes. Y no los referidos, por supuesto, solamente a los Países vencidos, ni a los vencedores que en forma más dura y directa sufrieron la destrucción causada por la guerra, sino a la estructura económica general incluyendo la de las naciones vencedoras y aun la de aquellas que más lejanas estuvieron del conflicto violento.

La situación de Europa Oriental sigue siendo un atroz problema, un complejo de problemas y de sufrimientos desgarradores que pueden llevar al mundo nuevamente a otra catástrofe y que, desde luego, paralizan y perturban la economía y la vida social del mundo entero.

En toda Europa, las consecuencias de esa situación son tremendas; la indecisión, la insoportable posibilidad de una nueva guerra, la ¿normalidad de las condiciones de vida de millones de habitantes en los Países Bálticos, en Alemania y los Balcanes; las destrucciones y las pérdidas sufridas en la guerra,

\* Revista *La Nación*, año VI, número 289, 26 de abril de 1947, p. 2.

hacen gigantesca la tarca de reordenamiento en Italia, en Francia, en Inglaterra misma: España, sometida a una presión increíble de fuerzas internacionales, encuentra más difícil la determinación de su propio camino y Portugal, no obstante motivos obvios de prosperidad en los años anteriores, padece también los síntomas de una crisis cada vez más próxima.

### **Nuestro Continente**

En América, el impacto de la guerra fue incomparablemente menor. Canadá y los Estados Unidos, que más directamente participaron en el conflicto, no sufrieron destrucción material y su desgaste humano y económico no fue tan intenso. El efecto directo de la guerra fue aún menor para Hispanoamérica. Pero las consecuencias de todo orden –económico y psicológico, social y político, intelectual y moral– de la tormenta que se ha abatido sobre el mundo, han sido y serán cada día más visibles y más extensas.

Se han originado ya desajustes profundos en todas y cada una de las Naciones del Continente y en la propia entidad continental. Desajustes que reclaman un es-fuerzo programático nuevo en cada País y en toda América.

La euforia de quienes creyeron que la bonanza aparente de los años pasados era sólo el comienzo de una época de jauja, y el fatalismo de los que pensaron que el mundo iba por una pendiente irreversible hacia un sistema determinado de organización totalitaria roja o negra, se deshacen hoy frente a la realidad que es, como siempre, la dura necesidad de escoger caminos y de luchar y trabajar sin descanso para lograr no sólo la supervivencia sino el derecho irrenunciable a la propia realización.

Ni las “vacas gordas” de la guerra habrían de durar siempre, ni los pueblos son, como no lo son los hombres, paja simplemente arrastrada por el huracán de fuerzas en pugna. La suficiencia económica, el bienestar social, sólo se conquistan con duro trabajo. El destino, la identidad, el ser de cada pueblo, como el de cada hombre, a pesar de las más violentas e irresistibles coacciones

externas, fundamentalmente son obra y fruto de las propias fuerzas íntimas, de la consistencia, de la claridad, del vigor internos, en lucha abierta contra los factores de fuera.

Las supuestas “vacas gordas” concluyeron ya y esa íntima necesidad ineludible de realización del propio ser está ya, también, sobreponiéndose, en conflicto cada vez más agudo y patente, a las coacciones de un fatalismo que pareció incontrastable. Y en esto, justamente, estriba la crisis; en esto estriban todas las crisis: en un cambio de signo, en un agotamiento de la inercia que empujaba en un sentido, en una paralización de la marcha de los acontecimientos por una sola vía, en un desembocar en la encrucijada que ofrece multiplicidad de caminos para la elección. Siempre que existe ese dato, está marcada una coyuntura, se produce una crisis. El hecho de que no sean desde luego manifiestos los otros síntomas externos normalmente asociados a la idea de una crisis –el desajuste en la producción, los trastornos de precios y de mercado, el desempleo creciente, la miseria– no es sino falta de simultaneidad en el ritmo de los sucesos sociales. Si los datos básicos de la crisis existen, pronto y con velocidad acelerada, se presentarán también esos síntomas externos.

Por otra parte, aun esos síntomas están siendo ya comprobados. Traspasando los límites del análisis puramente académico, ya hasta en los medios políticos de los Estados Unidos, día a día va siendo más perceptible el tremendo desajuste interno de la situación actual. El propio Gobierno Federal norteamericano lo reconoce y la preocupación por el futuro inmediato, empieza a hallar voz aun en los medios más optimistas o más interesados en el optimismo. No advertirlo, empeñarse en ocultar la amenaza, sería tan culpable como alentar un pánico de confusión.

### **Nosotros**

En México y para México, esta necesidad de reconocer la coyunta y hacer frente a la crisis, es cada día más apremiante. Y quede expresa la constancia, fundida en

lo que en estas propias columnas desde hace seis años venimos incesantemente repitiendo, de que no con fines de crear alarma sino al contrario, de gestionar la claridad de un esfuerzo programático, justificadamente optimista, se reitera el llamamiento a una inteligencia racional de la situación y a una utilización sincera y limpia de los medios que tenemos a nuestro alcance para remediarla.

Para México, el futuro próximo es el de una crisis –la misma crisis mundial– de carácter agudo, que se inserta en otra de lenta evolución que es nuestra propia crisis nacional. El desbarajuste de los mercados, los trastornos de precios, el deterioro de la producción, las sacudidas monetarias y de crédito, el desempleo, la inquietud social, la incertidumbre política, inclusive la guerra de nuevo, son amenaza que fundamentalmente nos viene de fuera y sobre la cual, aisladamente, nada podemos hacer. Pero esos riesgos causarán mayor o menor impacto sobre nuestra vida, según que seamos o no capaces, por inteligencia y por voluntad, de reconocer y remediar nuestras propias enfermedades sociales, nuestras carencias: el monstruoso abandono de nuestro campo, el desconocimiento de nuestros recursos naturales y la imposibilidad artificialmente creada de aprovecharlos, la conspiración hecha para deteriorar los instrumentos de nuestra economía –transportes, crédito, moneda, mercados– la increíblemente torpe continuación de una política sectaria que ha deshecho la posibilidad de un sistema educativo y es una causa permanente de división social aparte de ser un peligro inmediato “de quinta” columnismo traidor, la falta de una política de trabajo y, peor aún, la substitución de esa política por una serie de falsificaciones pseudo-revolucionarias que han hecho nulas las posibilidades de auténtica reforma social en nuestro País, la conservación de un régimen político de ilegitimidad basada en la mentira y en la falsificación de la representación y de todas las demás instituciones constitucionales.

La amenaza inmediata de la crisis de fuera, grave en sí misma, se vuelve pavorosa en conjunción con nuestra propia crisis, la que sí depende, en lo esencial, de nosotros mismos, la que desde hace años debimos reconocer

para encontrarle soluciones racionales, sinceras, eficaces, y por intereses facciosos, por esa misma inautenticidad de nuestra vida pública, por la acción de fuerzas extrañas que han saboteado nuestro desenvolvimiento, por ineptitud, irresponsabilidad y corrupción que son fruto inevitable de esa falta de autenticidad y de ese sabotaje, hemos dejado pendiente, sin decidirnos jamás al valor de un reconocimiento expreso y de un programa coherente, integral, de soluciones verdaderas.

Esa es la situación real en México. Los medios para hacerle frente, ni son ignorados ni inaccesibles. Todos los conocemos. Están al alcance de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad, de nuestros elementos humanos y materiales. Y lo han estado siempre; lo estuvieron, especialmente, en los últimos doce años; más todavía en el sexenio pasado y más, mucho más –desde el punto de vista de las posibilidades de la inteligencia y de la voluntad, de la viabilidad social y política– ahora.

Pero en los doce años anteriores, en los pasados seis años, florecieron la incapacidad demagógica, la corrupción, la confusión de ideologías olvidadas de México, de sus necesidades y de sus valores, y los apetitos de poder y de medro favorecidos por la aparente bonanza de estos años de guerra que fueron usados, con negligencia culpable o con deliberación criminal, en satisfacción de apetitos y en ocultamiento o agravación de nuestros problemas tradicionales.

Hoy, en cambio, son inocultables los fracasos de las soluciones demagógicas ensayadas para esos problemas; han salido a la luz pública las constancias de una corrupción y de una ineptitud sin precedentes; la confusión ideológica es cada vez menos posible y van quedando en claro tesis y principios de perfiles bien marcados a pesar de que todavía la propaganda del frente-populismo pretende hacer su conocido juego adoptando posturas de un nacionalismo que apenas ayer combatía y expresando pacata condenación de los abusos y las inmundicias que sostuvo todavía ayer y de las que aún se sigue beneficiando. Hoy, existe un extraordinario renacimiento cívico en el pueblo de México que

no sólo va contra el caciquismo que agobia al Municipio, a los Estados, a la población agraria, al sindicato, sino que implica un más extendido y más claro concepto sobre todos los aspectos fundamentales de la vida nacional. Hoy, en consecuencia, ese requisito absolutamente indispensable de una acción a fondo para resolver los problemas de México –un esfuerzo vinculado de toda la Nación– tiene las más grandes posibilidades. Hoy, por tanto, la responsabilidad de todos los mexicanos, pero muy particularmente la de los hombres en el Poder, es como nunca grave.

Urge, pues, que el Gobierno, este Gobierno con tantas posibilidades en la mano, cumpla su misión, se enfrente a su responsabilidad. Que no se desvíe por euforias insustanciales ni se pierda en proyectos mínimos o incoherentes; que no se sienta encadenado a la conservación o defensa de errores o inmundicias pasados ni recaiga en ellos; que no se deje atemorizar por supuestas fuerzas políticas sin otra fuerza real que la que el mismo Gobierno quiera darles; que no se embarque en el habitual futurismo –hoy como nunca criminal y vacuo– y centre toda su atención en los problemas, en las necesidades, en las posibilidades reales de México y de este momento trascendental; que reconozca con valor la gravedad de las circunstancias actuales del mundo y la realidad de nuestra crisis propia, y en abierta deliberación formule y adopte un programa completo, viable, optimista con el único optimismo válido que es aquel que reconoce sin reservas la realidad y le hace frente en el límite de sus posibilidades; pero contando con todas sus posibilidades: las materiales, las humanas y las definitivas que son las que vienen de lo Alto.

## EUFORIA, EMPRÉSTITO, CUESTIONES BÁSICAS, PROBLEMA AGRARIO, CIUDADANÍA

Las visitas del Presidente Truman a México y del Presidente Alemán a los Estados Unidos, han creado, con razón, una corriente de opinión que mira satisfecha la afirmación de un nuevo tipo en las relaciones entre los dos Países y que, a los acontecimientos internos y exteriores que obscurecen el presente y el porvenir, opone la esperanza fundada en ese nuevo tipo de convivencia internacional y en esa forma nueva de plantearse una cuestión que ha sido y será siempre crucial para México: el entendimiento entre las dos naciones contiguas, vecinas.

El hecho mismo de las visitas cordialísimas; una auténtica participación popular en ellas (participación que aquí están echando a perder tontamente las innecesarias gestiones de agencias políticas oficiales en relación con el regreso del Presidente Alemán), y la mayoría de los discursos pronunciados por los dos Presidentes, con ideas y estilo inéditos en esta clase de formalidades internacionales. justifican esa sensación de euforia en la opinión pública. Las pequeñas lanzadas de los frente-populistas, hoy disfrazados de nacionalistas rabiosos, no han hecho mella en esa euforia porque el momento es adverso

\* Revista *La Nación*, año VI, número 291, 10 de mayo de 1947, p. 2.

para resucitar las viejas suspicacias y porque la opinión sabe bien los orígenes y el sentido de este nacionalismo novísimo.

Más contribuyen a sembrar preocupación las noticias vagas y escasas todavía respecto a algunos de los resultados concretos de esta nueva política, como la posible contratación de empréstitos. Y no porque la opinión considere en principio innecesaria o indebida la adquisición de elementos nuevos que afirmen y desenvuelvan nuestra economía, sino porque teme, con temor que se funda en tremenda experiencia pasada, que esos recursos se empleen inadecuadamente o, lo que es igualmente malo en las circunstancias actuales, creando artificiosamente una impresión de facilidad y holgura que haga olvidar la gravedad de las condiciones críticas reales de México y diferir el planteamiento valeroso y veraz de nuestros problemas fundamentales.

### **Empréstito**

En primer término, al mencionarse la posibilidad de un empréstito, se habla de la necesidad de sostener el cambio. Obviamente existe esa necesidad. La increíblemente torpe política monetaria y de crédito de los últimos doce años, dejó a México sin la magnífica reserva que pudo haber creado en ese tiempo y con su instrumental económico –moneda y crédito en primer término–, deteriorado gravemente. Un crédito por fuerza transitorio puede ser útil como “masa de maniobra” en manos hábiles para descorazonar la especulación y evitar su influencia en un proceso de desequilibrio monetario. Pero sólo para eso. Sería extraordinariamente peligroso asignarle valor de solución definitiva y, por ello, suspender las decisiones de fondo requeridas para limpiar, fortalecer, ordenar nuestro sistema monetario y de crédito.

En segundo término, se mencionan posibilidades de fomento de diversas empresas. También en este punto, la economía mexicana sería grandemente beneficiada con la posibilidad de recursos que den ímpetu a la renovación de equipos, a la construcción de plantas nuevas, al desenvolvimiento agrícola



e industrial del País. Es sabido que el crecimiento económico de México se ha visto limitado por la necesidad de ajustarse al ritmo lento de nuestra propia capitalización. El esfuerzo económico aquí desde hace mucho no cuenta con recursos de fuera y sólo ha podido disponer de la reinversión de utilidades y del ahorro que, en nuestra pobreza y dentro de una economía generalmente convulsa y sacudida, se forma y acumula lentamente. (Nunca será condenada con suficiente vigor la política que, en los últimos seis años, cuando circunstancias internacionales trajeron a México una afluencia de capitales, por anarquía, por corrupción, por ineptitud, en vez de darles cauce para el fomento de las empresas mexicanas en el campo o en la industria, esterilizó esos capitales o los lanzó a la especulación con doble daño irreparable para nuestro País). Pero de lograrse el empréstito para el incremento de nuestra vida económica, ¿cómo va a ser aplicado? Si han de seguirse los caminos conocidos de la formación de empresas oficiales, fundadas en un supuesto “dirigismo” económico de resultados bien conocidos y elocuentemente expuestos por los ejemplos concretos que dejó el régimen pasado, sería preferible no contar con ese empréstito.

Se dice, después, que el crédito se obtendrá para obras públicas. Son, también, necesarias. Y sería, igualmente, importantísimo poder construirlas independientemente de las posibilidades presupuestales inmediatas y descargando su costo en los varios años que comprenda el periodo de amortización del empréstito. ¿Pero dónde está el programa públicamente deliberado de las obras públicas que México necesita? ¿Dónde la determinación jerárquica de las urgencias reales? Si la necesidad de obras públicas es grande, mayor todavía es la necesidad de acatar con un sistema de capricho y arbitrariedad y hacer que la opinión nacional apruebe la inversión de los recursos con que la Nación cuenta. Es terriblemente dolorosa la experiencia que México tiene a este respecto. Y, aun cuando el aspecto que más frecuentemente se considera en público es el de la corrupción administrativa, vergonzosa y deplorable, más graves aún

resultan el despilfarro y la violación de principios básicos con el abandono de la elaboración de programas en manos de una burocracia que no tiene ni quiere tener contacto con la ciudadanía, ni estar sujeta a la inspiración y a la vigilancia de ésta, ni contar con su apoyo vivificante.

### **Cuestiones básicas**

Volvemos, así a un tema que se debe conservar siempre frente a la ciudadanía y frente al Gobierno: hay problemas inmediatos y soluciones transitorias, que merecen atención urgente; pero esos problemas no deben hacer olvidar los que son fundamentales del País, ni esas soluciones, por brillantes y afortunadas que sean, pueden tener eficacia si no entran dentro de un cuadro general que esencialmente comprenda el planteamiento y la resolución de los problemas de fondo que atormentan a México.

No quiere esto decir que se espere, para hacer frente a una cuestión inmediata –fiebre aftosa, construcción de una presa o renovación de equipo industrial– a tener resueltas esas cuestiones básicas. Quiere decir simplemente que la construcción de la presa, la renovación del equipo o el combate contra la aftosa, darían frutos completos o significarían un sacrificio menos costoso, si existiera un programa completo y en vías de recto desenvolvimiento para resolver de una vez el problema de la tierra, para crear o encauzar la organización libre de los agricultores y garantizarles su vida y su trabajo, o para hacer posible un crecimiento industrial que se apoye –que es su único fundamento–, en un mercado cierto y firme creado por el acceso a un nivel superior de vida de los millones de mexicanos que hoy no disponen de otro poder adquisitivo que el estrictamente indispensable para no morir de hambre a breve plazo.

Y este es el riesgo de los momentos de euforia como el actual, de las soluciones inmediatas como un empréstito: el hacer que se olviden los males de fondo, el hacer que se pierdan de vista, en una aparente bonanza transitoria,

las necesidades capitales y permanentes de la Nación, el hacer que se desvíe a un tratamiento sintomático o de meros calmantes artificiales –opio y morfina sociales–, lo que debe ser iluminada y valerosa intervención quirúrgica.

### **Problema agrario**

No hemos de repetir ahora el enunciado de todas las cuestiones fundamentales que afligen a México. Para ilustración de lo antes dicho, hasta recordar el problema del campo en nuestro País. Es esencial desde el punto de vista humano y económico. Nadie puede ver que esté resuelto o en vías, siquiera, de solución. Todas las discusiones, hasta hace poco sostenidas en torno del revolucionarismo o del no revolucionarismo de las tesis agrarias, han sido hechas a un lado por la indiscutible elocuencia de una realidad pavorosa. Precisa plantearlo ya no en esos términos bizantinos de facción, sino en crudos términos verídicos de realidad. Plantearlo en toda su extensión sin las ocultaciones y falsificaciones que imponen la defensa de una posición política, la complicidad con una facción o la adulación a uno de nuestros próceres pasajeros. Desde el inventario de los recursos del campo, de las posibilidades materiales verdaderas de México, hasta las necesidades, las aptitudes, los anhelos de la población campesina del País, desde las posibilidades o conveniencias técnicas, hasta la consideración de las tradiciones, los hábitos, los valores y estímulos psicológicos y morales del agricultor mexicano. Propiedad de la tierra, organización de la producción, aprovechamiento de los recursos naturales, crédito, habitación rural, vías de comunicación, mercados, precios, capacitación técnica, asistencia del Estado, formación de una impetuosa corriente de opinión indispensable para acometer la grande empresa. Todo ello está pendiente, a pesar de que obviamente tiene más importancia que erigir una presa o abrir unos canales ya que, canales y presa, podrán hacerse –¡con cuánta más facilidad, con cuánto menos sacrificio!– cuando sean para la ciudadanía recto y eficaz cumplimiento de un claro y limpio programa.

## **Ciudadanía**

Como el problema agrario, antes que el problema agrario, pesa sobre México esta otra cuestión básica y no resuelta aún: la organización de la ciudadanía, la formación de los cuadros legales y administrativos, de los hábitos y prácticas, de las jurisdicciones y procedimientos de garantía que hagan posible la verdadera ciudadanía en México.

No es válido ya, ni como pretexto de propaganda, el argumento de la falta de preparación cívica en México. Nunca debió ser invocado sino como razón para depurar las instituciones de nuestra democracia. Pero hoy, como nunca antes en la historia de México, es evidente la existencia de una ciudadanía que ni la inmundicia del partido oficial ni la ilegítima aplicación de los recursos del Poder para contrariarla y falsificarla, han podido ocultar o detener en su magnífico desenvolvimiento. Es tiempo, pues, de decidir esta cuestión que condiciona toda la vida de México.

Con una ciudadanía iluminada, formada orgánicamente en tomo de principios y programas libre y limpiamente discutidos y aceptados, segura de la eficacia de sus decisiones y, por tanto, sabedora de su grave responsabilidad, dispuesta al esfuerzo, a la abnegación y al sacrificio, ninguna tarca nacional es demasiado ardua. Sin esa ciudadanía, en la continuación del ambiente de fraude y de irresponsabilidad, de suspicacia y de facción en que hemos vivido, aún las empresas mínimas serán, como lo fueron en el pasado, imposible.

## CASANDRA, PRECIOS, EL TALLER Y EL SURCO, LO NUESTRO, NUEVA VISIÓN

### **Cassandra**

No es grato, por cierto, el tener que anunciar tiempos duros. El oficio de Cassandra, nunca fue envidiable. Menos todavía, cuando junto a la tarca de prevenir acerca de un mal próximo, tiene que agregarse la de recordar constantemente las causas voluntarias, deliberadamente puestas en juego para ocasionar ese mal.

Pero es cierto que estamos ya en el período de una crisis y, si no lo advertimos para oponerle con clara decisión varonil un programa completo, integrado, pronto será tarde aun para formular ese programa. Porque es peculiar a estas situaciones de coyuntura, el desenvolverse con ritmo acelerado y haciendo que un primer desequilibrio origine otros muchos que no sólo extienden el daño, sino que actúan recíprocamente y se vuelven, los unos a los otros, cada vez más complejos y difíciles.

Muchas veces ya, desde estas columnas de *La Nación*, se ha insistido en el tema. Fue tratado, reiteradamente, cuando las circunstancias parecían mucho menos graves. Aquí mismo se denunciaron angustiadamente los actos

\* Revista *La Nación*, año VI, número 292, 17 de mayo de 1947, p. 2.

o las omisiones que habrían de traernos a la condición a que hoy estamos llegando. Pero no hemos de gastar tinta en incidir en el estéril camino del “ya lo habíamos dicho”. Lo recordamos, solamente, para insistir de nuevo en que la situación de ahora requiere, en primer término, un cambio básico de actitud mental: abandono del criterio político de facción que obliga a la conservación o defensa de errores o abusos pasados, o de las simples torpezas e ineptitudes que impiden, igualmente, ver con ojos limpios nuestros problemas y el difícil momento de ahora.

### **Precios**

Por mucho tiempo, el alza de precios, la elevación en el costo de la vida, han sido el índice principal de un desequilibrio en nuestra economía, el dato más visible de ese desequilibrio y el que más ha hecho sufrir al pueblo. Es natural, por tanto, que la demanda popular más intensa haya sido y esté orientada a obtener una baja de los precios, del costo de vivir. Fue debido que las autoridades hicieran, particularmente en los seis años pasados, un esfuerzo sincero (que nunca fue imposible), para satisfacer esa justa demanda de la opinión. Jamás lo hicieron y, aun cuando sólo transitoriamente fueron hasta el extremo de alegrarse de los precios altos y declararlos una bendición, mantuvieron constantemente una serie de medidas que fatalmente originaban o mantenían esa elevación de precios: una necia y perversa política monetaria y de crédito, impedimentos crecientes para la producción, perturbación incesante del mercado y de los medios de distribución con decretitos de precios, monopolios, exportaciones ilícitas, reguladoras e inacabables mordidas en todo el proceso de la economía.

Todas estas aberraciones deben desaparecer. No hay, no debe haber motivo alguno que detenga a las autoridades, si quieren cumplir su obligación elemental, para deshacer tales monstruosidades y limpiar cuanto antes el escenario y el instrumental de nuestra vida económica de todas esas excrecencias, de todos

esos obstáculos que han impedido e impedirán un normal desenvolvimiento de la economía y que dieron lugar en el pasado y lo seguirán dando en el futuro, a interferencias destructoras o a una intolerable corrupción.

Pero hoy es falso ya que el problema consista en el alza de precios. Y más falso todavía que todos los precios se encuentren en el mismo caso.

Bien pronto el problema puede ser inverso, como lo indica ya, elocuentemente, el hecho de la suspensión de operaciones. De un “mercado de vendedores”, estamos pasando rápidamente a un “mercado de compradores”. Y si el alza en los precios ocasiona trastornos y dolores –sobre todo cuando es debida a insuficiencia real de la producción o a intolerable corrupción de la autoridad–, el fenómeno inverso también produce dolores y trastornos en la forma equivalente de una imposibilidad de producción y de una falta creciente de trabajo.

Por otra parte, hay precios y precios. Hay precios de artículos en los que el margen –entre el costo de producción y el precio de venta–, ha sido enorme durante los años pasados; hay otros en los que ese margen apenas existe y tenderá a volverse menor a medida que crezca la competencia internacional. Respecto a los precios primeramente descritos, su baja, artificial e inicua, retrasada, habrá de producirse aun cuando no lo quieran los interesados ni lo gestione la autoridad. Respecto de los mencionados en segundo término, el riesgo peor consiste precisamente en que sean arrastrados en un movimiento de baja hasta el punto de volver incosteable la producción relativa. Y lo grave de esta situación, es que, normalmente, los precios que representan un margen alto sobre el costo de producción, han sido los de artículos innecesarios, o de segunda necesidad o de calidad inferior, mientras que los precios más ajustados al costo real de producción, han sido y son los correspondientes a artículos de primera necesidad o de calidad normal o mejor, o de más imprescindible conveniencia.

Distaba mucho, por tanto, de ser el problema de los precios, hoy, lo que fue hace cuatro años, o hace dos, o hace seis meses todavía. Enfocarlo con el punto

de vista de entonces, sería incurrir en grave error, aun cuando fuera para invertir la torpe política del pasado. Lo que se requiere es una visión auténticamente nueva del problema y la búsqueda, inmediata, de otros índices y de otras causas o factores del desequilibrio que empieza a ser agobiante.

### **El taller y el surco**

Evidentemente, por todos conceptos, la tarea fundamental pendiente sigue siendo la de hacer posible y estimular la producción. Y no con campañas de propaganda que rinden justamente el efecto contrario al que se proponen, sino seriamente, con madurez, poniendo las bases y cumpliendo las condiciones de orden social y económico sin las cuales la producción no puede lograrse; dando, además, al esfuerzo, la jerarquía que realmente debe tener y prescindiendo, para fincar más altos, de todas las empresas –quizá útiles, pero no fundamentales– que no van a la raíz del problema, aunque sirvan para poner placas conmemorativas, por otra parte, de muy transitoria celebridad y como lo ha demostrado la experiencia reiterada.

En este ir al fondo de nuestra situación, el primer empeño debe dirigirse al campo. Nunca será excesivo repetirlo. Mientras los problemas agrario y agrícola de México estén pendientes, mientras siga predominando el concepto de que la tierra y el agricultor están fuera del derecho y con ellos puede hacerse lo que se quiera; mientras al ídolo de una primaria y elemental interpretación de estos problemas, se sacrifiquen la paz y la libertad de los campesinos, la tranquila y fecunda posesión de la tierra, el esfuerzo productor; mientras siga siendo concebido el problema del campo como manejo arbitrario por el Estado –funcionarios, agentes, políticos, pistoleros–, de un inmenso ejido nacional y, desde la tendencia de la tierra y el aprovechamiento de las aguas, hasta el otorgamiento de crédito y la distribución misma de los productos sean considerados por la maquinaria oficial como campo exclusivo de su competencia en el que la iniciativa privada jamás tiene posibilidades ni garantías, no sólo



carecerán la vida social y la economía de México de su punto de apoyo más cierto y más estable, sino que seguiremos viviendo en un régimen económico deficitario en lo esencial y, por supuesto, la industria nuestra estará condenada, por la definitiva razón de falta de un mercado propio, a la mezquindad y a un raquitismo lamentable, incapaz de soportar la menor competencia.

Lástima grande que, por razones mínimas, al plantearse en el Congreso el año pasado una iniciativa para empezar a despejar el problema del campo en México, la precipitada aberración del mundo oficial cerrara el paso a esa iniciativa y aun a su mera discusión racional, para aprobar otra tan ciertamente inferior que, a pesar de haber presentado en el fondo una posibilidad de oposición, por parte de los reaccionarios del agrarismo, igual o mayor que la otra iniciativa, no ha tenido hasta ahora efectos y, ni complementada con la reforma de leyes secundarias como la de Amparo, podrá dar los resultados que México requiere con urgencia. Pronto será tiempo de volver a plantear el asunto ante el Congreso. Urge, pues, que cuanto antes se plantee ante el órgano superior a todo Congreso, que es la opinión nacional.

### **Lo nuestro**

También, en esta investigación de las raíces de la situación actual, precisa poner énfasis en un punto en que, por fortuna, la opinión nacional difícilmente se desvía o se deja contagiar por las veleidades del mundo oficial: la necesidad primerísima de buscar soluciones con lo nuestro, en lo nuestro, en vez de pensarlas en función de elementos extraños.

Este es México, con sus potencialidades y sus limitaciones. Y aquí, por designio superior, hemos de hacer nuestra vida y labrar nuestro destino individual y colectivo. Nuestros recursos, son estos; nuestros instrumentos, son los que sepamos y seamos capaces de formar. Si los instrumentos son mediocres, para nosotros el deber de mejorarlos y adecuarlos en un constante empeño de perfección; sí los recursos son escasos, para nosotros la tarca de

volverlos suficientes con un máximo sabio de aprovechamiento y con un estilo de vida de apropiada y libertadora sobriedad.

Lo que venga ajeno, podrá ayudarnos transitoriamente y ha de ser bien recibido si no tiene condiciones y de usura y, principalmente, si hemos de aprovecharlo ordenadamente y para el bien. Lo que venga de fuera para incorporarse a nuestra suerte, será nuestro y como tal hemos de tratarlo. Pero lo esencial es que jamás perdamos el punto de vista correcto: lo nuestro. Antes que todo, como condición y cimiento de todo. Lo nuestro conocido, amado, defendido. Lo mismo en estos aspectos materiales que hemos tratado, que en los más delicados y sutiles aspectos espirituales. Lo nuestro cabal, integro, sin mutilaciones. En sus deficiencias y en sus excesos. Lo ajeno que necesitamos, vendrá entonces por añadidura y no con cuentagotas, sino a raudales.

### **Nueva visión**

He aquí, pues, la excitativa constante: el movimiento inicial y básico requerido para hacer frente a este momento y a la incomparablemente más dura etapa que se aproxima, es el de un cambio radical de psicología, de punto de vista, de mentalidad; un volver los ojos a México; un querer saber y entender las necesidades y las posibilidades, las deficiencias y las abundancias nuestras de todo orden, en todos los órdenes; un abandono de los ídolos que llenan nuestra vida pública para retornar a las hondas verdades esenciales en lo material y en lo espiritual; una conciencia aguda de que somos lo nuestro, de que dependemos de lo nuestro, de que con lo nuestro hemos de perecer o de salvarnos; y por todo ello, una auténtica fe en México, en su gente, en su lealtad a principios y valores supremos y en su aptitud para hallar, en esa lealtad y no contra ella, todos los caminos nuevos, todas las nuevas técnicas que sean necesarias.

Buenos vecinos, fraternalmente vinculados en el Continente, insertos en la común cultura occidental, solidarios del mundo que está por nacer; pero siempre y aun para poder lealmente ser todo esto con eficacia, siendo nosotros mismos.

Qué bien lo entenderá el pueblo, cómo será permanente y encendida la colaboración nacional si el Poder Público lo entiende, si procede conforme a esta nueva mentalidad, abandonando las rutas de facción y las cuentas de vidrio de las popularidades transitorias, de las euforias pasajeras, de las soluciones de mero expediente.



## LOS PROBLEMAS Y EL PROBLEMA, POLÍTICA Y POLÍTICA, UNIDAD Y DISPERSIÓN, CONSERVADORES Y LIBERALES, EXPLICACIÓN

### **Los problemas y el problema**

México vive agobiado de problemas. Viejos problemas permanentes todavía sin solución. Problemas nuevos que acarrear las circunstancias o que engendran y producen la ineptitud o la maldad. Problemas económicos y problemas espirituales. Problemas de existencias y problemas de orientación y de destino.

Está en pie, aún, la situación pavorosa de la población rural y del debido aprovechamiento de los recursos del campo. Está pendiente el problema de los transportes y el de la distribución, desquiciada por monopolios e interferencias gubernamentales monstruosas; está, con caracteres de urgencia ahora, la dura situación que en materia de crédito y moneda es hoy resultado de largos años de maquinación inepta o fraudulenta; no hay servicios públicos y cuando existen los elementales, son insuficientes, costosos y desorganizados; millares de niños carecen de escuela y los maestros, miserablemente pagados, son además víctimas de una abyecta política que los desvincula de la colectividad, y les hace imposible el cumplimiento de su vocación y de su misión social.

\* Revista *La Nación*, año VI, número 301, 19 de julio de 1947, p. 2.

Esta enumeración podría, lamentablemente, prolongarse. Todos estos problemas tienen causas específicas; pero todos están vinculados y el examen descubre en todos ellos una causa más honda y permanente: la falta de autoridad, de autoridad en el pleno sentido del concepto. Hay que reconocer, pues, ante todo, la existencia de ese problema de fondo que crea o fomenta todos los demás y cuya resolución condiciona fatalmente la resolución de los otros. Y este problema substancial, básico, es el problema político de México.

### **Política y política**

Nunca será excesivo insistir en un tema que con tanta frecuencia se plantea con datos equivocados. Hay la política entendida como lucha por el Poder, concebida como pugna para que unos u otros ocupen la gobernación. Esta política es necesaria y puede ser digna y noble, si la pugna por el Poder se vincula a programas valiosos de gobierno y busca la aptitud y la limpieza de las personas que han de realizar esos programas. Pero eso no es toda la política, ni siquiera lo esencial de la política.

Hay, antes, otra política, ésa si fundamental e indispensable la que está orientada a dar congruencia y sentido a la comunidad nacional, a hacer de esta comunidad un ser vivo y orgánico capaz de entender sus destinos y de decidir sobre ellos; a instaurar y mantener la autoridad como servicio indispensable de justicia y seguridad, de libertad y orden, de impulso y guía. Sin esta política, la otra política, la de programas parciales en pugna y la de personas luchando por la gobernación, carecerá de sentido y de eficacia y todos los demás problemas de México, seguirán gravitando sobre la Nación, haciendo languidecer la vida nacional y poniendo en grave peligro la posibilidad misma de esa vida.

A tal punto es este problema político vital para México que, excepción hecha de quienes tienen precisamente el interés de evitar que México viva y prospere y cumpla su misión mejor, todos los mexicanos de todas las convicciones, debemos aplicarnos a consumir esa gran tarea política que está pendiente,

pues mientras la comunidad nacional no esté integrada en la unidad de una vida orgánica, de instituciones públicas auténticas y eficaces, de vida ciudadana robusta y orientada, de la autoridad capaz de entender y cumplir su misión, los más vivos anhelos, los propósitos más claros y valiosos, las convicciones más firmes, las mayores abnegaciones y los sacrificios más grandes, serán inútiles.

### **Unidad y dispersión**

Si la primera de las formas de la política, necesariamente implica disparidad de criterios y oposición de actuaciones, la segunda, en cambio, demanda fundamentalmente la común aceptación de una serie de supuestos, de principios básicos sin los cuales la vida misma de la comunidad nacional es imposible. La confusión entre los dos tipos de política y el predominio de la política de pugna por el Poder sobre la política como instauración del ser nacional, son ciertamente los factores que más han contribuido a empobrecer y desorbitar la vida pública mexicana. Nuestra historia, es, desde el comienzo de la vida independiente, una muestra reiterada de esta ininteligencia dramática. Antes de ser, sin dar ocasión a crear primero el escenario común, el organismo colectivo nacional, hemos puesto todo el arrebatado de la pasión, en disputar sobre el modo de ser, sobre el control del Poder, sobre las personas en la gobernación, sobre problemas o tópicos que, cualesquiera que sea su importancia, debieron ser y son secundarios ante esta área esencial de la existencia misma de México como una patria, como un patrimonio común, como una común responsabilidad.

Siempre habrá, en México como en toda comunidad de hombres, disencuentros, discrepancias. Debe haberlos, debe ser posible que existan, porque sin esa posibilidad la comunidad deja de ser comunidad humana para convertirse en cárcel. Siempre deberá haber la posibilidad orgánica de que, haya conservadores y radicales, creyentes o incrédulos, progresistas y retardatarios. México ha de ser el producto armonioso y equilibrado, ordenado y libre, de todas esas convicciones, sentimientos, anhelos que difieren, que

pugnan; porque en su propia lucha y discordancia colaboran para enriquecer el conjunto variado y único, diverso y armónico que es la Nación. Ni es posible ni sería debida otra cosa. Sólo la pasión desordenada o el arrebatado o la ceguera equivocada, pueden pensar en la visión falsamente paradisiaca y realmente inhumana y monstruosa de una unidad sin discrepancia. Pero, igualmente, sólo el sentido más obtuso de la vida colectiva, el racionalismo más enclenque o la traición, pueden desear o gestionar que se rompa o que no se alcance esa otra unidad, la unidad de fondo, la unidad de amor y de responsabilidad que es la Nación misma, la Patria como escenario, condición y obra final, al mismo tiempo, de las diversidades que son inevitables y amadas y que pueden ser armonizadas.

### **Conservadores y liberales**

Entre los muchos ejemplos históricos que ilustran las tesis anteriores, vale la pena examinar el de la vieja pugna entre liberales y conservadores, o entre católicos y jacobinos.

Hasta hace poco tiempo y desde hacía muchos años ya, esa pugna parecía aquietada por la tolerancia a pesar de que la inercia de intereses creados había evitado siempre su desaparición definitiva. En el último tercio de siglo ocupó el sitio de la disputa otro tópico, el de revolucionarios y anti-revolucionarios, que en años recientes fue degenerando, cada vez más verbalista y más carente de sentido real. Y como la guerra y las peculiares alineaciones de fuerzas políticas que en estos años ha habido, acabaron por achatar todas las aristas de las supuestas tesis contradictorias restando validez política a los calificativos usados para bautizar la posición política de los contendientes, con una rapidez que sobresaltó a quienes tienen como misión el mantener viva la pugna artificial que en México impide plantear los verdaderos problemas nacionales, ha sido necesario para ellos buscar de nuevo el tópico que pueda reencender la querrela artificial y dañina. Y así, sin mucha imaginación, hoy se intenta alzar



de nuevo la llama de la contradicción, vieja de más de un siglo, entre jacobinos y católicos, conservadores y liberales. Unos la atizan malévolamente con plan y por paga, para hacer el mal; otros la alimentan sin advertir el mal que causan o ayudan a causar.

¿Tuvo alguna justificación profunda, de bien para México, la creación de esa pugna en su principio? ¿Puede tener alguna razón de justicia o de conveniencia nacional el reencendimiento de esa pugna ahora? ¿Qué se logró con ella hace más de un siglo y qué puede de ella esperarse hoy?

La pugna fue absolutamente artificial, ajena al curso real, profundo, de la vida de México, suscitada y fomentada por intereses y propósitos extranjeros a nuestro País durante todo un siglo impidió no sólo la solución sino el planteamiento mismo de los más intensos y apremiantes problemas nacionales. Desvió el pensamiento y la actividad de la Nación de los cauces reales de su tradición y de su destino. Hizo que las energías creadoras y las capacitadas de entendimiento y ordenación, de desinterés y de heroísmo, la emplearan no en construir ni en ordenar ni en echar cimientos sólidos ni en completar la propia conquista vital ni en defender y mejorar el tesoro común, sino al contrario. Los accidentes de esa larga pugna y sus consecuencias, quedan incorporados a nuestra historia, y son, de un lado y de otro, parte de la vida de todos, de la vida de México, y riqueza de su experiencia, Iturbide y Poinsett, Santana y Manuel de la Peña y Peña, Miramón y Juárez, son parte integrante de nuestra tradición. Negar a unos o a otros, es igualmente absurdo pues unos y otros vivieron, lucharon, hicieron la historia. Pero esta cabal aceptación ineludible del pasado, no da actualidad a ese pasado sino para los fines del conocimiento, de la experiencia y de la comprensión del ser nacional.

### **Explicación**

¿Por qué, entonces, artificiosamente volver a prender la disputa hoy? No responde a ninguna necesidad de México. No responde, siquiera, a una necesidad

de congruencia intelectual. Está –ha estado siempre–, en abierta contradicción con las instituciones básicas de nuestra vida pública y con los principios mismos en que se suponen fundadas esas instituciones. Hace un siglo y medio pudo sostenerse con buena fe por muchos, la necesidad de esa querrela para impedir la creación de una intolerancia. Y en el arrebató de la pugna, explicarse que se alzara como meta otra intolerancia de signo contrario, sin perderse por ello, dado el planteamiento polémico del asunto, una cierta coherencia intelectual. Pero decir ahora que es indispensable luchar contra una intolerancia y poner esa intolerancia del lado llamado conservador o del lado católico, es abiertamente risible y monstruoso, y pretender recrear en estos momentos la intolerancia de signo opuesto, la intolerancia jacobina, la persecución anti-católica, no sólo carece de toda posible explicación sino de toda coherencia intelectual, puesto que la tolerancia en su más genuino y noble sentido, además de ser el fruto alcanzado a través de tantos sufrimientos en la historia propia y en la ajena, es categoría definitivamente lograda para la razón humana. La tolerancia como conocimiento, reconocimiento, de que no puede imponerse una convicción, de que no hay ni puede haber dominio del Estado sobre la conciencia, de que es menester respetar las convicciones de los demás.

La incoherencia política es todavía más manifiesta cuando se pretende seguir haciendo del Estado mexicano y de la vida pública de México, en donde los más sectarios denotan un noventa y nueve por ciento de católicos, un Estado activamente anti-católico y una vida pública en la que el ser católico implica una mutilación y la lucha contra el catolicismo se postula como tema fundamental.

¿Qué puede resultar de esta conspiración para reencender la querrela artificiosa e inactual? Una vez más, se pretende desviar el pensamiento y la energía de México de la consideración y de la resolución de los problemas nacionales verdaderos; echar una espesa cortina de humo que impida ver la pavorosa realidad mexicana y evite de nuevo el posible y debido esfuerzo común de colaboración que remediaría esa realidad y haría que México pudiera

defenderse en el conflicto de inmensas fuerzas internacionales; una vez más se quiere hacer que predomine, bajo el pretexto de una lucha por valores y causas superiores los valores más altos que el hombre tiene y que son los de su fe, la política como pugna por el Poder, sobre la política como creación del ser nacional, como definición de ese campo común de vida, de discusión y de esfuerzo, que es la Patria.



## LIQUIDACIÓN, PROGRAMAS, URGENCIAS

### **Liquidación**

Todos los días aportan nueva evidencia de que estamos pasando en México por un momento de liquidación; de liquidación de los errores y abusos que han impedido el planteamiento correcto y la acertada resolución de las cuestiones que tradicionalmente gravitan sobre el País y han fomentado, además, la creación de nuevas circunstancias que agravan esas viejas cuestiones o las aumentan con un caudal de nuevos elementos de raquitismo, de incomprensión y de contradicción de nuestra vida pública. Una liquidación en la que se hacen patentes las equivocaciones o las perfidias, el apetito franco de destrucción o la mera imprevisión increíble.

Así, desde la falta de energía eléctrica en el Distrito Federal, hasta la necesidad de continuar la importación de los cereales indispensables para la dicta paupérrima del pueblo. Así, desde la ineficacia del sistema de transportes, hasta la deficiencia de escuelas y maestros, para no hablar de la subsistencia, todavía, fomentada, de un régimen educativo que contra toda razón sostiene

\* Revista *La Nación*, año VI, número 302, 26 de julio de 1947, p. 2.

un monopolio político de la enseñanza y usa la fuerza del Estado para hacer de la escuela innoble vehículo de propaganda política. Así, desde el fatal deterioro del sistema de crédito y moneda y del régimen de comercio internacional, hasta la inconcebible subsistencia de un caciquismo torvo, inepto y voraz en prácticamente todos los municipios y todos los estados de la República.

El Gobierno iniciado hace poco más de siete meses, está bajo la carga abrumadora de esa liquidación y, aparte de la urgencia de enfrentarse con los asuntos nuevas que la vida trae consigo todos los días, particularmente en tiempos tan oscuros y agitados como los de esta época de prueba para el mundo, tiene la tarea, ni grata ni de inmediata realización cabal, de esta especie de sindicatura en la quiebra del régimen, que es una quiebra económica, social, política y moral de proporciones tremendas.

No hay que regatear el tamaño de la empresa que está pendiente. Al contrario, precisa que la opinión nacional advierta –y ciertamente lo ha advertido ya, como lo prueba su movimiento inicial de confianza al comenzar este Gobierno–, el tamaño extraordinario de la labor. ¿A quién puede escaparse, en México, la obra colosal que ha de cumplirse para la auténtica reforma agraria no sólo por la dificultad misma de los datos centrales del problema, sino por la acumulación de torpezas y de apetitos y de intereses creados que obstaculizan inclusive el planteamiento mismo verídico del asunto? ¿A quién escapará la consideración de que enmendar el rumbo de la organización de los trabajadores, dar a esta su orientación y su sentido exactos y crear para ella una organización que le dé firmeza y agilidad y la vuelva institución amada y limpia de servicio y no régimen de explotación y de opresión intolerable, es empeño que tropieza con poderosos intereses atrincherados detrás de un régimen de complicidad, de falsificación ideológica y de una verdadera conspiración internacional? ¿Puede alguien ignorar la apretada maraña de apetitos políticos y de explotación económica, de ideologismos y de maniobra internacional también, que ha mantenido en pie, contra la más clara razón, contra el interés nacional más evidente, contra

el bienestar y la vocación de los mismos maestros, contra la voluntad inocultable de la República entera, el desbarajuste en la educación?

Reconociendo, pues, la magnitud de las dificultades, es menester examinar si se está, por lo menos, en el camino de hacerles frente. Y es debido, también, saber con qué elementos es posible contar para ello. Esta revisión, después de transcurridos siete meses de gobierno y cuando se aproxima la reunión del Congreso para su segundo período de sesiones, deben hacerla el Gobierno mismo y la opinión, en el común deseo de formar o rectificar programas valiosos y ante la ineludible responsabilidad, en lo que al Gobierno corresponde, de una actuación arreglada a un plan que pueda poner en juego todos los recursos del País y obtener la indispensable colaboración nacional.

### **Programas**

Hay programas que son simple verbalismo, que pueden hasta ser expresión sincera de un buen deseo; pero carecen de trascendencia porque les falta realidad, porque no tienen substancia. Hay otros, y son los únicos que merecen el nombre, que constituyen expresión exacta de una necesidad verdadera, que son resultado de una iluminada y valerosa indagación de los datos reales de los problemas y de sus causas, que son fruto de ese vital y prodigioso esfuerzo que es la vinculación del dato real con el propósito, del fenómeno social y de sus causas con la metáfora que el esfuerzo aspira y con el conocimiento exacto de los elementos que deben servir y del proceso que ha de seguirse para transformar la realidad de angustia y de miseria en el propósito de tranquilidad y de suficiencia.

No es un programa, aunque así sea llamado y parezca muy lógico y deseable, el que diga, por ejemplo; “todas las hombres en México tendrán un automóvil Cadillac”. El extremo del ejemplo muestra bien las deficiencias de ese especial tipo de programa: ni cubre la proposición una necesidad verídica, ni el propósito es valioso o realizable, ni existe vinculación proporcionada y seria entre

la realidad y la meta. En cambio, decir: “la producción del campo en México debe ser suficiente para asegurar la alimentación de todos los mexicanos y al efecto es menester conocer y aprovechar todos los recursos naturales del campo y crear las condiciones jurídicas, económicas y sociales indispensables para garantizar la vida y el trabajo de la población rural de México”, sí es punto de un programa verdadero porque expresa una necesidad vital, porque señala una meta valiosa y realizable y porque reconoce los elementos y el proceso requeridos para que se opere la transformación de la realidad en el propósito.

Del primer tipo de programas, México está ahíto y no han faltado también en estos siete meses. Abundantes en palabras, con una abundancia que se ha perdonado hoy por tratarse de un comienzo y de la renovación de una esperanza. Del otro tipo de programas, del programa verdadero, poco se ha dicho aún y más poco se ha comenzado a cumplir. La euforia de los meses pasados, iniciada por el mero hecho de ver nombres nuevos en los lugares más destacados del escenario oficial, y alentada por dos o tres actos oportunos y resueltos, es algo que puede ser muy útil si efectivamente existen ese programa y la decisión de cumplirlo, o puede ser dañina y no durar mucho tiempo si, al contrario, los hechos demuestran que no existe ese programa o que no hay la decisión de realizarlo.

(Y quede bien preciso el dato: ni siquiera se exigirá el éxito en el cumplimiento del programa, el triunfo en la lucha para llevarlo a cabo; lo único que se tendrá en cuenta es la existencia del programa mismo y de la lucha sincera, inteligente, limpia, para darle realidad).

Véase un botón de muestra: hasta hace unos cuantos días, hubo unánimes voces oficiales proclamando hasta con irritación, la no existencia de una crisis económica en México. Luego, fue necesario dictar la medida que prohíbe la importación de numerosos artículos y hace económicamente imposible la de otros más. Es que México no está en condiciones de importar esos artículos; su economía, economía de país pobre y empobrecido además por una



irresponsable labor de gobierno, no puede pagar esas importaciones; es que en el panorama de nuestro comercio internacional y, más ampliamente aún, del arreglo de nuestra economía, precisa establecer un orden jerárquico que gradúe las empresas según las necesidades y las posibilidades; es que, finalmente, por haberse olvidado todo ello, México sí está atravesando por una crisis que no debe negarse, sino reconocerse con valor y claridad para poder hacerle frente con aptitud y con limpieza. Otro botón de muestra: se hizo una reforma del artículo 27 constitucional que tuvo en su favor el dato valioso de haber constituido un indispensable enfrentamiento con los mandarines del agrarismo de opresión y explotación y que en contra tuvo el no haber querido escuchar las voces que llenas de razón señalaban errores y mostraban caminos más claros y más rectos para la acción. Se corrió el riesgo político, en un gesto que no debe despreciarse; pero por falta de coherencia, de sistema, de datos programáticos, y no se alcanzó la meta y la reforma quedó allí, texto muerto, sin beneficio para México. Otro botón: ha habido elecciones en muchos estados y municipios; pero en todas ellas, otra vez inocultablemente, la podrida maquinaria electoral ha quedado de manifiesto; otra vez el absurdo degradante del partido oficial a enlodado la vida pública. Y esto a pesar de que el Gobierno expresamente reconoce que la esencia de nuestras instituciones democráticas es la existencia de una representación auténtica y de un sufragio organizado y respetado. Esto, sobre todo, sin que se haya visto hasta la fecha un principio siquiera de movimiento en el sentido de la reforma necesaria.

Podrían multiplicarse los ejemplos. Ni faltarían, desgraciadamente, las anécdotas de concesiones y negocios. Y podría hacerse una larga lista de viejos e innegables errores que siguen siendo todos los días cometidos.

### **Urgencia**

Es posible que tras de las palabras de los falsos programas y de los hechos que demuestran la falta de un programa verdadero, sí exista ese programa. Si es así,

¿por qué no expresarlo, por qué no someterlo al examen de una opinión que, como nunca, está interesada en la ordenación de la vida común y como nunca orientada para juzgar? ¿Por qué no, sobre todo, exponerlo para obtener la colaboración de esa opinión, colaboración sin la cual nada valioso ni perdurable puede cumplirse en la vida pública?

Sabemos de un proyecto de “Tepalcates” y de un proyecto del Papaloapan y de otras cosas que seguramente han de ser de grande importancia. Pero ¿qué lugar ocupan estos proyectos en una concepción general de la vida de México? ¿Tienen preferencia sobre otros de los que ni siquiera se habla? ¿Urgen? ¿Cuál es su viabilidad?

Está cumpliéndose el proyecto del “rifle sanitario” para combatir la fiebre aftosa, con tremendas y desgarradoras consecuencias. ¿Cómo, concretamente, van a remediarse esas consecuencias? ¿Cómo va a reponerse lo que es un elemento de inmensa magnitud en nuestra empobrecida economía? ¿Cómo van a repararse los frutos de decepción y de desarraigo que esta situación traerá? Se ha puesto un freno a las importaciones; pero, evidentemente, esa medida siempre peligrosa, lo será más si está aislada, si no forma parte de un conjunto que pueda restituir orden y sentido a toda nuestra economía monetaria y de crédito, a toda nuestra economía. ¿Cuáles son esas otras medidas del conjunto armónico indispensable? ¿Seguirá la incomprensible obstinación en sostener un sistema que es paraíso de la especulación y del aprovechamiento y obstáculo permanente para el trabajo creador, un régimen de crédito que dando en apariencia poderes al Estado, en realidad le impide el cumplimiento de su misión propia y genuina de regulación eficaz y justiciera? ¿Seguirán los monopolios y las reguladoras y la pueril política de precios que nos han traído, la situación actual?

La demanda de este programa expreso, o de hechos que lo denoten y demuestren que se está en el camino de luchar por su cumplimiento, ya no es prematura ni será jamás indebida. Ninguna urgencia mayor que ese

programa y esos hechos. La Nación los espera, no con el deprimente propósito de la crítica estéril, sino con el encendido deseo de comprobar aciertos y de cooperar para lograrlos.



## EL PARTIDAZO, CRISIS, CIUDADANÍA, REACCIÓN, LOS PARTIDOS POLÍTICOS, MÉXICO

### **El partidazo**

Por muchos años, la teoría política del régimen en el Poder, ha sostenido que sólo debe existir un partido político y que la actividad política fuera de ese partido está próxima a la sedición y es, en todo caso, merecedora de hostilidad por lo menos.

Todos los recursos del Estado han quedado al servicio de ese único partido, PNR, PRM o PRI. El gobierno ha puesto todos sus elementos, sin excluir las más ilegítimas posibilidades de coacción física, económica o material al servicio de ese partido que ha sido, así un instrumento oficial, una excrecencia del Estado, no sólo al margen de la Constitución sino abiertamente en contradicción con los principios fundamentales que la animan y que han sido solemne y reiteradamente proclamados como base y objetivo de la actuación del régimen que a sí mismo se han dado siempre, junto con el nombre de “revolucionario” los de “demócrata” y “representativo”.

El PRI como sus antecesores, por su origen y por su carácter va descritos, y por su actuación indescriptiblemente fraudulenta y torpe, no ha sido jamás

\* Revista *La Nación*, año VI, número 306, 23 de agosto de 1947, p. 5.

sino una simulación de partido, una prolongación ilegítima del Poder Público, un instrumento del régimen en el Poder para hacer imposible el funcionamiento de las instituciones democráticas que la Constitución establece, un medio de defraudar y sabotear a la ciudadanía y de corromper y degradar a la autoridad.

### **Crisis**

En la época de la aparente marcha triunfal de los estados totalitarios y de los partidos únicos en Europa, el régimen aquí, de 1934 a 1940, creyó definitivamente asegurada también la existencia victoriosa del partido único, órgano y señal de un estado divinizado y omnipotente y se valió de una serie de aventuras de dominación en todos los aspectos, materiales y espirituales, de la vida de México. Hizo de los sindicatos un sucio instrumento político, pretendiendo convertirlos en simples agencias del partido oficial; de la reforma agraria y de una falsificación de organización de campesinos, hizo también una simple arma adicional para servicio del partido único; constriñó igualmente a los servidores públicos, en vez de darles una ley de servicio civil, a parecer como figurantes del partidazo; intentó, en suma, el camino invariable del totalitarismo: dominar, por la coacción o por la falsificación, todas las instituciones, todas las fuerzas organizadas que son o pueden ser expresión auténtica de la opinión y de la voluntad nacionales y, por ello mismo, núcleos activos de defensa de la persona humana y del bien común.

Poco tiempo duró la euforia de esa marcha triunfal hacia el totalitarismo. Fue contenida y convertida en repliegue precipitado por dos factores: de una parte, la guerra que nos obligó, primero, a alinearnos al lado de las democracias occidentales y destruyó luego la alianza entre los totalitarios europeos, de los que el régimen se había vuelto servidor y aliado; de otra parte, el fracaso mismo inocultable, de las aventuras de dominación que el régimen emprendió no solo contra los más válidos principios superiores sino con la más dolorosa carencia de aptitud y de limpieza. El régimen vio obligado a cambiar de tono

y a suavizar sus procedimientos; no lo cambió por imposibilidad mental y moral, porque es desesperadamente conservador y porque su propia interna podredumbre lo tiene siempre parálítico para el bien: pero sí dio una voltereta en el enunciado verbal de sus propósitos y se esforzó en reducir al mínimo al partidazo y en usar sólo en última instancia de los procedimientos brutales de violencia o de fraude.

Simultáneamente con los dos factores indicados de crisis de la teoría y de la actuación del régimen, un nuevo factor, mucho más decisivo y poderoso que los otros dos, ha acelerado en los últimos ocho años este proceso incontenible de desmoronamiento de la tesis oficial: el crecimiento incesante de un movimiento cívico cada vez más orientado, más organizado, más eficaz.

### **Ciudadanía**

Nació ese movimiento frente al desprecio del régimen. ¿Qué podría hacer la ciudadanía contra el gigantesco aparato de propaganda, de falsificación, de represión inclusive, en manos del mundo oficial? Pero la ciudadanía siguió cobrando ímpetu. El régimen creyó descorazonarla abriéndole posibilidades de acción y simultáneamente defraudándola en una serie de falsificaciones electorales. La ciudadanía aceptó las ocasiones de acción, a sabiendas del fraude y descontándolo de antemano, con lo que el procedimiento oficial, en vez de lograr su intento de sabotaje, simplemente exhibió su proceder fraudulento y dio impulso nuevo a la decisión ciudadana haciéndole ganar madurez, firmeza y consciencia de sus posibilidades incontrastables.

Del abismo de apatía y desesperanza, del rigor de sujeción en las organizaciones desfiguradas de trabajo, de la misma convulsa acción del régimen para dominar estrictamente todos los campos de la vida del hombre en nuestro País, han surgido una conciencia cívica, un ideario y un programa indiscutibles y una organización de ciudadanía entendida no sólo como derecho sino como deber irrenunciable y precioso y como firme y clara certeza de que

nada habrá que pueda oponerse a la auténtica voluntad nacional, cuando ésta se dote de los instrumentos de expresión y de acción que necesita: la conciencia de sí misma y la organización robusta y ágil.

### **Reacción**

La reacción de las gentes del régimen ante esta nueva dimensión de la vida pública de México, ha tomado diversas formas. Una, la más brutal, usada por los caciques: ejercer rudamente la represión contra todos los que quieren ser ciudadanos. Multas, elevación de impuestos, privación de parcelas, cláusula de exclusión, encarcelamientos arbitrarios, asesinatos; pero el procedimiento brutal, en vez de contener el movimiento ciudadano, lo enciende y exalta.

Otra reacción se ha orientado a emplear la coacción social. Desde la propaganda de calumnias y de confusión, a la que se han prestado inclusive, escribiendo con todo, algunos que debieran tener dignidad espiritual, hasta la simultánea creación de estímulos de vanidad o de medro para los adictos y de muerte civil, en cuanto al Gobierno concierne, para los ciudadanos. Pero a cada explosión de propaganda ha respondido con destructora elocuencia una nueva demostración de ineptitud o una nueva reventazón de podredumbre. Y la coacción social de estímulos o de hostilidad, sólo afecta a grupos reducidos y no llega jamás a la entraña incorruptible del pueblo.

No han faltado ni los tácticos que intentan el camino de las concesiones superficiales, ni los que, mental e históricamente retrasados pretenden poner en juego el viejo truco de crear disputas o querellas para desviar la atención ciudadana a asuntos que, aun siendo justamente apasionantes, no son el tema que aquí y ahora debe concentrar el esfuerzo de renovación que la ciudadanía persigue.

### **Los partidos políticos**

De este modo, frustrados los esfuerzos de represión, descorazonamiento, componenda o desviación, una nueva tendencia empieza a surgir ahora dentro



del régimen. Una tendencia que se basa en el liso y llano reconocimiento de que existe la ciudadanía, de que sólo a través de las más sangrientas formas de represión, claramente incompatibles con la situación de México, podría paralizarse el movimiento ciudadano y de que, por tanto, muy pronto el aparato de dominación política creado por el régimen, será ruina inservible frente a la exigencia resuelta del pueblo organizado. Ante esos datos realistas, esta nueva tendencia busca la posibilidad de caminar delante del movimiento cívico en vez de enfrentarse a él.

Los principales finalidades del partido, serán las de, elevar el nivel de vida del pueblo... luchar por la ampliación y consolidación del régimen democrático en México; defender la soberanía nacional y contribuir a la completa independencia económica y política de la República; luchar por la paz y por la convivencia respetuosa y fraterna de todos los pueblos de la tierra... Democracia y partido único, dentro del régimen... que “establece la Constitución de la República y de la etapa histórica que vive México, son términos antitéticos”. La existencia de partidos políticos responsables, que expresen firmemente los intereses y la opinión de los diversos factores del pueblo, es signo y prueba de verdadera democracia... No es verdad que los miembros “de los sindicatos deban pertenecer al PRI obligatoriamente”. La filiación al PRI o a cualquier otro partido debe ser un acto de la libre y espontánea voluntad de las personas físicas y no el fruto de la coacción o de los acuerdos por mayoría de votos de una agrupación cualquiera... No puede ser el resultado del mandato... de una asociación, como un sindicato, constituida para finalidades diferentes a las de los partidos políticos... Las directivas de los sindicatos no tienen facultades para disponer de la libertad cívica de sus miembros... La etapa de los partidos políticos, que ya se ha iniciado en el País, favorecerá la tarca de los sindicatos y los hará más vigorosos que nunca... Dentro del partido deben convivir y luchar juntos todos sus miembros sin “diferencias de clase, de profesión o de oficio...” Una institución así (partido impersonal, permanente), será nuestro mejor

homenaje a la tierra en la que nacimos y a la Patria que nos formó y a través de la cual y para la cual venimos al mundo y nos esforzamos humildemente también por hacerlo digno del hombre.

¿Son los párrafos transcritos, parte de un manifiesto de esos reaccionarios fuera de la ley que están en Acción Nacional? No. Están tomados del llamamiento que, con una tremenda publicidad, ha hecho el Lic. Vicente Lombardo Toledano para la formación del Partido Popular.

### **México**

¿Son sinceras esas palabras o son simplemente un nuevo truco? ¿Madurará el propósito que ellas expresan o fracasará ante el triple obstáculo de la incredulidad ciudadana, de la hostilidad interna de los más retrasados y voraces del régimen y de la fuerza de la inercia que busque, para el nuevo partido, contradictoriamente, la ayuda oficial? ¿Es táctica o es convicción?

Hay algo más importante que la respuesta, de la que el tiempo habrá de encargarse, a esas interrogaciones. Hay el reconocimiento explícito, de la fuerza, superior a cualquiera otra, que tiene la ciudadanía. Hay la expresa aceptación del principio básico que obliga y da derecho a todos para participar en las decisiones colectivas. Hay la aceptación de la idea de un bien común en el que todos, “sin diferencias de clase, de profesión o de oficios”, deben cooperar. Hay la doble proclamación esencial de la Patria y del hombre.

Y aunque todo ello no fuera sino preparativo de un nuevo acto de transformismo, comprueba la eficacia invariable de la verdad y es un signo más de que en México se ha abierto una etapa nueva: la etapa de la ciudadanía.

## PRESUPUESTO, MUNICIPIO, UNESCO

La Cámara de Diputados desechó dos iniciativas de los miembros de Acción Nacional. Una se refería a excitar al Ejecutivo para que envíe este año el presupuesto en tiempo oportuno que dé a la opinión pública y a la Cámara, ocasión de conocer y discutir tal presupuesto. Otra, contenía reformas a la Ley del Presupuesto, indispensables para restablecer la función absolutamente esencial que en tal materia incumbe a la Cámara de Diputados y restaurar con decoro las facultades que la Ley actual –en contra de la Constitución y, más aún, de la dignidad de los Diputados mismos–, les ha quitado.

La “razón” que en este caso invocaron –algunos de ellos con visible rubor; pero sin energía para rescatar su dignidad–, los líderes de la mayoría oficial, es tan buena que por ella quedaría fundada una reforma constitucional para la desaparición del Congreso, si éste no ha de ser sino un costoso cuerpo decorativo sumisamente plegado a la voluntad o a la supuesta voluntad del Ejecutivo.

\* Revista *La Nación*, año VII, número 321, 6 de diciembre de 1947, p. 2.

## **Municipio**

Desde la iniciación del actual Gobierno se ha venido esperando la tantas veces prometida reforma del vergonzosos y degradante régimen electoral que ensucia nuestra vida pública y es el principio de la irresponsabilidad y de la corrupción administrativas y del incesante obstáculo que para el desenvolvimiento normal del País encuentra el siempre dispuesto empeño de la Nación.

Pero el régimen se ha mostrado hasta ahora incapaz de romper, en éste como en otros aspectos, la sucia rutina en que ha vivido desde hace tantos años. Todas las elecciones que en el curso de este último año debieron celebrarse, fueron frustradas por los mismos procedimientos de falsificación y de violencia que han sido la muestra única de “inteligencia” que ha dado la ilegítima maquinaria oficial disfrazada de partido.

En Chihuahua, una de las más sucias pandillas oficiales estableció un nuevo precedente de indecencia cuando los candidatos del PRI a diputados de la Legislatura local, bajo la protección armada del desgobierno que Chihuahua padece, se reunieron en colegio electoral y en un solo acto, sin dictámenes, con dispensa de trámites, empavorecidos por la presencia de los candidatos independientes realmente electos por el pueblo, se auto-aprobaron las credenciales constituyéndose en Legislatura local. En Guanajuato, y particularmente en León, el PRI tuvo que pasar sobre pruebas abrumadoras en contra, para declarar electo a un candidato que no tuvo votos. En Oaxaca, después de varios meses de titubeo ante la elección, absolutamente innegable, del candidato independiente por Huajuapán a la Legislatura local, ésta optó por una resolución de nulidad fundada en la curiosa razón de que en todas las casillas, que dieron a favor del candidato independiente una votación casi unánime a pesar de la presión oficial, dicho candidato no tuvo los representantes que la ¡Ley le daba derecho a nombrar!

Hace unos días, se celebraron las elecciones municipales en Aguascalientes y el domingo pasado en Puebla. Ni en Puebla ni en Aguascalientes, desde los días

de la campaña, ofrecía duda alguna el resultado. El grupo oficial jamás logró reunir ciudadanos para un mitin, mientras los partidos independientes, en una serie ininterrumpida de actos públicos, demostraron la adhesión organizada y resuelta del pueblo. Pero el partido oficial es al mismo tiempo la autoridad y ésta tiene en sus manos el padrón electoral y la designación de los funcionarios electorales y el reparto de credenciales y la instalación de las casillas. Se diría que eso era bastante para darle el dominio en las elecciones; pero no logra tal dominio ni teniendo en sus manos esos medios poderosísimos. Entonces acude, además, a alquilar borrachines que en camiones transporte impunemente, de casilla en casilla. Y usa la fuerza para impedir que los electores genuinos voten. Y todavía miedoso de los resultados, asalta sus casillas y se roba las ánforas o, (como en Aguascalientes, las manda recoger para “protegerlas” llevándoselas al PRI. Luego se niega a permitir la actuación de los representantes independientes o a recibir sus protestas; hace que el sátrapa local prohíba a los notarios, a los agentes del ministerio público, el ejercicio de sus funciones durante la elección. Y todavía después, la propia maquinaria oficial dice contar los votos y ella misma califica las elecciones.

Este resumen del nauseabundo proceso electoral que el partido oficial ha impuesto, se repitió en Aguascalientes y en Puebla por orden de los Gobernadores, con un despilfarro fantástico de fondos públicos (porque hay que pagar a todos los actores en la farsa y dar, además, mordidas a quienes debe tenerse gratos), y acentuando cada vez más en la ciudadanía no el descorazonamiento cívico que por este camino pretende lograr el régimen, sino un sentimiento de náusea cada vez más insoportable para el pueblo.

Y es necesario repetir que ningún problema nacional será resuelto, que ninguna de las tareas colectivas pendientes podrá ser realizada con éxito, que ninguna reforma social podrá instaurarse, mientras subsista en la base de las instituciones públicas, en el voto y en la representación, esta falsificación corrompida e intolerable.

**UNESCO**

A pesar de lo que va anunciaban los preparativos mezquinos y francamente sectarios y de capillita oficial que la Secretaría de Educación hizo para integrar la delegación de México y preparar sus ponencias e intervenciones en la Asamblea de la UNESCO, la opinión confiaba en que esa Asamblea, por tantos motivos una de las más importantes de las innumerables reuniones internacionales que en este tiempo se celebran, ofrecería el ejemplo de orden, de programa, de claridad, de elevación.

Está por terminar la Asamblea. Quedan unas cuantas figuras de primera línea, borradas en el conjunto menos que mediocre de delegaciones oficiales tal vez integradas como la nuestra. Quedan unas cuantas nobles palabras que es difícil ubicar entre la masa indigesta, inorgánica, de mociones y contramociones, de equivocaciones, de recomendaciones verbalistas, sin meollo y sin sintaxis, con que la Asamblea se abrumó. Quedan algunas buenas intenciones aplastadas por una manifiesta ineptitud para planear, para sistematizar, para organizar los programas, las ideas y el trabajo.

Quedan, y esto es lo pavoroso, una desilusión profunda, una explicación evidente de cómo y por qué el mundo se precipita al caos, una radical decepción. ¡Si son así todas las otras conferencias en las que, se dice, está arreciándose el porvenir de la humanidad!; ¡si son así, sin lógica, sin programa, sin representación, sin preparación real, sin claridad, sin rumbo, sin luz y sin Dios...!

## DESGOBIERNO, LOS CORRALES, PRIMACÍA DE LA POLÍTICA

### **Desgobierno**

La ciudad de México y todas las poblaciones que forman su sistema, han tenido que sufrir desde hace años los más graves asaltos del vandalismo y de la ineptitud. Su patrimonio ha sido objeto del despilfarro y del despojo directo; sus servicios públicos, insuficientes, desorientados, costosos, han determinado un crecimiento inorgánico y sin plan que, en vez de hacer la convivencia más grata, más útil, más levantada, la complica, degrada y entorpece.

La enumeración de abandonos, errores y rapiñas que la Ciudad ha sufrido, sería interminable. Nunca, en cambio, se ha hecho efectiva la responsabilidad de quienes, desde la autoridad, han cometido o no han impedido ni castigado, las graves equivocaciones culpables y los robos manifiestos.

Es que la Ciudad, el Distrito Federal –en donde vive sin derecho ciudadano el diez por ciento de la población total de la República– no tienen un gobierno propio; han sido declarados incapaces para designar un funcionario cualquiera de su administración; siguen estando absolutamente indefensos

\* Revista *La Nación*, año VII, número 322, 13 de diciembre de 1947, p. 2.

frente a la negligencia o el atraco y carecen de toda vía jurídica para discutir con eficacia los problemas colectivos, para adoptar soluciones y designar autoridades que responsablemente puedan realizarlas. En la capital de la República, ni siquiera en la forma de la Ley se reconoce el más elemental de los derechos ciudadanos.

### **Los corrales**

Uno de tantos datos que demuestran hasta qué punto esta Ciudad vive en el peor de los desgobiernos, es el de la construcción, por orden de las autoridades del Distrito Federal, de bardas en todos los lotes no edificados. Si el propietario, tan duramente castigado ya por otros conceptos, no levanta las bardas ordenadas por el cacique capitalino, las brigadas de concesionarios alzan esas bardas con una precipitación que es, por sí misma, buena prueba del lucro que en esta tarea se esconde.

Nada ha ganado la salubridad pública que fue el pretexto inicial del *ukase* descabezado; al contrario, las nuevas bardas ocultan fácilmente la inmundicia que tras ella se acumula. La Ciudad ha sido abominablemente desfigurada y con razón un provinciano amigo la ha llamado “Ciudad de los Corrales”. Pero hay más: la creación de estas bardas, que representan ya miles y miles de metros cuadrados de construcción, es un esfuerzo económico aplicado con crasa inconsciencia a hacer daño a la Ciudad o, en la mejor de las interpretaciones significa un despilfarro intolerable en nuestra escasez.

¿Se han detenido un momento los que ocupan la autoridad, a pensar en el número de habitaciones, tan urgentemente necesitadas, que pudieron construirse con los millones de tabiques, con las toneladas de concreto, con el trabajo y con el dinero que se han invertido en hacer estos corrales?

### **Primacía de la política**

Es de inaplazable urgencia el problema de proporcionar oportunidades de habitación decorosa a la inmensa mayoría de la población de México, a un



número enorme de familias que aquí mismo, en el Valle admirable, viven en condiciones infrahumanas. Y el problema no es de imposible solución técnica ni financiera. Esa solución está a nuestro alcance. Podría estarse realizando ya.

Pero, ¿cómo es posible que el problema sea planteado, que se adopte una solución real, que se cumpla un programa con aptitud y limpieza, si no hay autoridad, si quienes ocupan la autoridad en vez de crear las condiciones mínimas indispensables para que se realice el grande esfuerzo social requerido, se empeñan en crear precisamente el ambiente contrario a ese esfuerzo, en restar garantías, en acumular obstáculos, en canalizar forzosamente hacia el más inútil despilfarro, el empeño y los sacrificios que sólo serían justificados y valiosos si fueran dedicados con capacidad y honradez a una meta de auténtico provecho social?

Y así, en todos los problemas de México. Erizados de dificultades, inmensos frente a nuestra pobreza, pueden ser sin embargo resueltos y vencidos por el esfuerzo colectivo, por la creación y el funcionamiento de instituciones que no son imposibles para nuestros medios. Pero en todos los casos, esas instituciones y ese esfuerzo reclaman la existencia genuina de la autoridad, de la autoridad como servicio, como responsabilidad. Sin ella, las áreas más generosas y bien intencionadas, serán un fracaso. Sin ella, las instituciones más eficaces y bien planteadas se volverán pronto simple ocasión de medros y abusos nuevos.

En el fondo de todos los problemas sociales de México está siempre, hiriente, el problema de la restauración de la ciudadanía, de la responsabilidad, de la libertad, del derecho.

Los Larapardos, simulan ignorarlo; desdeñan o fingen desdeñar el esfuerzo que tiende a reordenar desde sus cimientos la vida pública. Pero el pueblo lo sabe y está luchando ardientemente por acabar con el fraude y la violencia que impiden el sufragio, raíz y principio de la autoridad. Y está luchando en Aguascalientes, en Puebla, en Michoacán, en Guanajuato, por rescatar esa

primera comunidad esencial que es el Municipio, de las manos de pandillas torpes y voraces.

¡Ay de quienes, teniendo en sus manos la posibilidad y la responsabilidad de entender y servir este justo e irreprimible anhelo del pueblo, no lo entiendan ni los sirvan!

1948



PERSPECTIVA, LIBERTAD Y SUFICIENCIA,  
ÍDOLOS DEL FORO, SUFRAGIO Y MUNICIPIO,  
SIN PERSPECTIVAS

**Perspectiva**

Es increíble la facilidad con que, desde el Poder, se pierde la perspectiva.

Aun en el caso de que no la mala pasión ni el apetito bajo de medro, sino el deseo de servicio, predominen, los hombres en el Poder pierden el sentido de la proporción. Hasta involuntariamente, los asuntos del trámite administrativo inmediato, los proyectos que puedan implicar aplauso próximo, las conveniencias más cercanas, hacen que se oscurezca la visión de la realidad social, que los problemas básicos sean relegados y que se olviden los temas fundamentales por los que los hombres y los pueblos viven o están dispuestos a morir.

Y eso es lo que ha pasado desde hace muchos años e infortunadamente está aconteciendo ahora de nuevo en México.

**Libertad y suficiencia**

En la más optimista de las interpretaciones posibles de lo que ha ocurrido en este primer año del Gobierno, es evidente que la atención de lo cercano,

\* Revista *La Nación*, año VII, número 325, 3 de enero de 1948, p. 5.

de lo próximo, independientemente de su valor real para México, ha hecho perder de vista el verdadero panorama nacional, la urgencia de las necesidades y de los anhelos auténticos de México.

Desde las cosas menos importantes, como la serie de despilfarros sin programa y sin jerarquía del gobierno del Distrito Federal, hasta los proyectos que más aparatosamente se presentan como de interés inmenso para México y de los que puede ser ejemplo el programa del Papaloapan, las labores de un año ofrecen un aspecto de dispersión, de falta de coherencia y de seriedad, de carencia de sentido y de programa. México necesita, ciertamente, de obras y proyectos enormes para el mejor aprovechamiento de sus recursos humanos y naturales y hay tanto qué hacer a ese respecto, que sin dificultad alguna será siempre posible mostrar una lista de grandes empresas pendientes, todas ellas plausibles. Hacer esa lista o emprender y aun realizar algunos o todos los proyectos que en ella se comprendan, es algo bien alejado de entender el problema de México y servir de verdad a la Patria. Porque si falta la orientación del destino, si no se tiene palpitante el sentido de la necesidad y de la aspiración del pueblo, si se desdeñan los problemas básicos, las listas más amplias de obras y la más rápida ejecución de éstas, no son sino construcciones sin cimiento, desgaste de “preciosas” energías y posibilidades, y aumento de la miseria y de la angustia populares.

Y es obvio que, fuera de los discursos, en la acción del Gobierno nada o muy poco se ha hecho para coordinar el esfuerzo en un programa nacional auténtico, y menos todavía, para remediar la opresión y la miseria que son genuinamente los problemas nacionales básicos.

Suficiencia y libertad. He allí los tópicos esenciales que, durante este año como durante tantos más en el pasado, ha perdido de vista el Gobierno. Y nada ha hecho que seriamente tienda a nivelar las condiciones de vida, a evitar el déficit de la producción, a detener la pérdida del valor adquisitivo de la moneda y ha hecho, en cambio, en cuantas ocasiones ha tenido en este año,

la más lamentable exhibición de un servilismo rutinario a la camarilla, al fraude electoral, al caciquismo infrahumano y voraz. Con un inmenso presupuesto, en medio de un abigarrado e inorgánico conjunto de proyectos, en constante contradicción con sus discursos y promesas, el Gobierno no ha sabido, no ha podido o no ha querido hacer nada por evitar el hambre y la opresión del pueblo.

### **Ídolos del foro**

Es que en nuestra vida pública el régimen mismo ha venido creando ídolos, a los que rinde un culto que lo ata y aprisiona. Ídolos que parten, muchas veces, de una verdad indudable; pero que son convertidos luego, por sofisma manifiesto, en obtusa mentira.

Así, por ejemplo, se reconoce que la producción agrícola es inferior a la necesidad y a las posibilidades, y se invierten caudales en obras de riego y en crédito agrícola. Pero la producción sigue siendo insuficiente. Porque las obras de riego y el crédito agrícola son necesarios; pero es más necesaria, y es condición para que el riego y el crédito tengan valor de fecundidad, la decisión de enfrentarse varonil y lúcidamente con el problema de fondo, con el problema agrario, con el problema de hacer que la tierra verdaderamente sea accesible a los campesinos que pueden y quieren y saben trabajarla. Y ese dato básico y condicional, es tabú para el régimen. Para el régimen ciegamente conspirador e incapaz del ímpetu revolucionario, limpio y técnico, que podría resolver el problema del campo en México y dar paz, alegría, suficiencia a la inmensa mayoría de la población que en el campo vive y trabaja, y vitalidad a la economía nacional entera.

Una política agraria fundamental, honrada y apta, haría muy pronto los milagros que todos los millones de pesos gastados ahora en obras y en crédito, no pueden realizar. Haría que esas obras y ese crédito fueran orgánicos, cobrarán vida y sentido. Y haría también que otros de los ídolos de este

tiempo, como la industrialización, en vez de ser tópicos de inútil propaganda oficial o motivos de despilfarro punible de los fondos públicos, tuvieran vida también y fueran cumpliéndose, en ritmo acelerado, para elevar el nivel de vida del pueblo.

### **Sufragio y municipio**

Así, igualmente, ha ocurrido con las instituciones políticas. La democracia es oficialmente la raíz y el objeto de nuestras instituciones. El sufragio libre y respetado, el municipio y la responsabilidad de los gobernantes y funcionarios, son la expresión de esa democracia. La libertad ciudadana, es su meta valiosa. Y esto es también reconocido y proclamado con efusión por el régimen.

Pero partiendo de esa verdad, por el sofisma del partido oficial, “representante de las mayorías”, el régimen hace de la democracia una farsa, del sufragio una burla innoble, del municipio rapiña y mugre, de la responsabilidad de los gobernantes y funcionarios, motivo de irrisión o de una justicia que se vuelve injusta cuando forzada por circunstancias externas, como en el caso de Ireta, se hace excepcional e hipócrita.

En todas las elecciones efectuadas este año, se ha repetido la misma sucia rutina de violencia y de fraude. En todas las renovaciones municipales, a la manifiesta y justa aspiración del pueblo se ha respondido con brutales imposiciones.

La soberanía de los estados, nunca respetada para el bien, ha seguido siendo el mismo hipócrita pretexto para que el Gobierno Federal, cómplice de esas imposiciones y de los fraudes, se niegue a cumplir su deber de guardar y hacer guardar la Constitución y se obstine en cegar las vías jurídicas que la ciudadanía inicia para la lucha contra la falsificación y el caciquismo.

Una dócil mayoría en el Congreso, desecha o no da curso a las iniciativas que podrían servir para normalizar la vida institucional y dar cauce y orientación al sentido ciudadano que tan potentemente está renaciendo en México.



### **Sin perspectiva**

Tal vez el dato que sirva mejor para entender la actitud mental del régimen, su pérdida de visión, sea la respuesta que de la Secretaría de la Presidencia se dio a un mensaje en el que ciudadanos de Michoacán pidieron al Presidente una entrevista para informarle de la situación municipal en aquel estado. La Secretaría contestó diciéndoles que en vista de las graves ocupaciones del señor Presidente, era imposible concederles la entrevista y que trataran su asunto por escrito.

Muchas y muy graves han de ser ciertamente las ocupaciones del señor Presidente. Ninguna tan urgente, tan premiosa, como la de atender a quienes, víctimas en las pequeñas ciudades de provincia, de la voracidad del satrapismo local, de su ineptitud, de su incultura, quieren hacer valer las mejores y más firmes instituciones de nuestra vida pública para defender sus municipios, el decoro de su vida y de la vida de los suyos, su dignidad de hombres. La presa más grande, el proyecto más extenso de obras públicas, la tarifa de derechos de importación, el presupuesto de 1948, nada son, nada valen frente a la angustia y a la indignación de los hombres y de las mujeres de Numarán, de Zacapu, de toda la República, que sobre su lucha desesperada contra la miseria y como una luz de esperanza, emprendieron también la lucha por reconquistar su municipio, sus más propias y cercanas autoridades, para hacer de ellas baluarte y escudo y dirección iluminada, y se han encontrado defraudados otra vez por la ciega maquinaria sin alma del partido oficial que es, al mismo tiempo, el gobierno.

Y nunca se ha sabido que estén dispuestos los hombres a morir por un presupuesto, por una tarifa de aforo, o por la compra de un yate. La historia, en cambio, está llena de hombres y de mujeres que precian en más, justamente, su libertad, su derecho, su dignidad, que su vida.

En todas las elecciones efectuadas este año, se ha repetido la misma sucia rutina de violencia y de fraude. En todas las renovaciones municipales, a la manifiesta y justa aspiración del pueblo se ha respondido con brutales imposiciones.



## GUANAJUATO, VÍAS JURÍDICAS, TRASCENDENCIA DEL FRAUDE

Como en Aguascalientes, en Puebla y Michoacán, hace apenas unos días en las elecciones municipales, el Gobierno y el partido oficial en Guanajuato volvieron a llenarse de lodo repitiendo, con ciega rutina, el mismo proceso de fraudes desvergonzados.

En León, principalmente, después de una admirable campaña que puso de manifiesto el interés cada vez mayor de la ciudadanía en la reconquista del gobierno municipal que hizo patente el prácticamente unánime repudio popular del partido oficial y de sus cómplices y agentes, la chicana se consumó en forma deplorable. El Gobierno del Estado, en persona, y el Comandante militar –el Z. Martínez de infausto recuerdo para los habitantes de esta Capital–, presidieron el fraude y lo completaron con su presencia. No se distribuyeron credenciales, por orden del Gobierno; no hubo boletas ni para el veinte por ciento de los electores empadronados; en las casillas instaladas conforme a la Ley por los ciudadanos mismos en contra de las órdenes del Gobernador, los instaladores se retiraron llevándose boletas

\* Revista *La Nación*, año VII, número 326, 10 de enero de 1948, p. 2.

y documentación para impedir el acto electoral; se hizo toda la presión posible sobre los votantes o contra ellos.

A pesar de todo, en cincuenta y cinco de las cincuenta y nueve casillas urbanas instaladas, y de las que se pudo obtener acta de escrutinio, la votación fue cinco veces mayor para la planilla de los partidos independientes que para la planilla del PRI. De las 33 casillas rurales que debieron instalarse, sólo en 4 se hizo en apariencia la instalación; de los 29 restantes, simplemente se fabricaron los paquetes por Agustín Ramírez, suplente del diputado local impuesto, Hernández Alcalá. Todo, naturalmente, a la vista y conforme a las instrucciones del Gobernador, acompañado del jefe de las armas y de las autoridades municipales de las que, Je modo especial, se distinguió por su obtusa picardía, el Secretario del Ayuntamiento Vicente González.

Así se han manejado una vez más las elecciones para la renovación de municipios en México. Así, una vez más, el partido oficial y el Gobierno, que son la misma cosa, violaron abiertamente la Constitución y cierran el paso a una de las más ricas posibilidades de renovación genuino de nuestra vida pública.

### **Vías jurídicas**

Todavía, en un empeño que turne importancia extraordinaria, la ciudadanía se esfuerza por encontrar caminos jurídicos para procurar el remedio de estos fraudes y el castigo de sus autores más inocultables. En Michoacán, los partidos independientes están haciendo las consignaciones procedentes por todos los delitos cometidos durante las elecciones y el proceso electoral, en Puebla, se planteará legalmente el día 15 de enero, la nulidad de las elecciones falsificadas; en Aguascalientes, fue presentada ya a la Procuraduría General de la República la demanda para que se apliquen las sanciones de Ley de Responsabilidades al cacique local y a sus mozos de estribo, que forman la legislatura.

En Guanajuato, y muy particularmente en León, frente a la Junta Computadora auténtica, el PRI y las autoridades cómplices instalaron una computadnos

manifiestamente falsificada después de negarse obstinadamente a recibir la noticia oficial de instalación y de los resultados de la Junta Computadora genuino, las autoridades locales fueron notificadas ante Notario y ante el acusaron el recibo correspondiente de la documentación y de los escrutinios verdaderos. Al presentarse, conforme a la Ley, los miembros del Ayuntamiento electo para celebrar la junta preparatoria en el Palacio Municipal, lo encontraron cerrado y con una guardia de policías y de fuerzas federales que, “por orden superior”, negaron el acceso al local. Ante la fe de un Notario, en la huerta del Palacio, frente a la Plaza de los Mártires, los miembros del Ayuntamiento electo celebraron su junta preparatoria y declararon, con las formalidades debidas, el resultado verídico de la elección, mientras en el local oficial seguían la encerrona los agentes del PRI protegidos por las fuerzas públicas.

### **Trascendencia del fraude**

No faltan funcionarios y aun articulistas, que a menudo hablen de la inconveniencia de dar énfasis a éstas que ellos llaman cuentonas mínimas del sufragio y del municipio. Cuando hay tanto quehacer en México –dicen– para incrementar la producción, para impedir el desastre económico, para desarrollar los muchos y jugosos proyectos de obras públicas, ¿por qué agitar al país y distraer al Gobierno con reclamaciones electorales y con autenticidad de ayuntamientos?

Es en efecto indudable, que son muchas y gigantescas las tareas pendientes en México no sólo para el Gobierno, sino para todos los mexicanos. Hacen falta esas obras públicas y esa defensa y restablecimiento de nuestra economía, deshecha por los malos gobiernos. Y hace falta la ingente tarca de reforma social, de elevación del nivel de vida, de lucha real contra la miseria y el abandono y la ignorancia de los mexicanos. Pero todo ello reclama como base y condición, la existencia de autoridades verdaderas, el funcionamiento normal y correcto de las instituciones ciudadanas, la desaparición de la ilegítima injerencia

del Gobierno disfrazado de partido oficial para falsificar esas instituciones y subvertir y degradar la autoridad.

Por eso el tema de la organización, de la efectividad y el respeto del sufragio, de la autenticidad del municipio, son esenciales y de orden primerísima, seguramente anterior a todos los programas de obras públicas o de supuesta rehabilitación económica. Por eso es justo que la ciudadanía exija de los Poderes Federales, los primeros y más directamente obligados a guardar y hacer guardar la Constitución, que cumplan con su deber y que en vez de ser factores de desorganización y de corrupción de los gobiernos locales y de las autoridades municipales con una intromisión, esa sí ilegítima, mediante el partido oficial y a través de componendas y compadrazgos caciquiles, intervengan abiertamente, como la Constitución lo prevé y lo ordena, para impedir los desmanes de los caciques locales y para hacer que tengan eficacia las instituciones básicas de la Constitución.

Es esta una oportunidad extraordinaria para encauzar jurídicamente el ímpetu ciudadano en México. La responsabilidad principal de hacerlo, corresponde a los Poderes Federales. A ellos –porque de hecho está roto el orden constitucional en los Estados–, se vuelve la demanda de la ciudadanía. Y la Ley les da los medios para intervenir con justicia y para abrir, así, una nueva era en la vida pública de México.

## DISPOSICIONES LEGISLATIVAS APROBADAS EN BLOQUE POR LA MAYORÍA DEL CONGRESO: DISCREPANTE Y DESCONCIERTO

No cesa todavía el desconcierto causado por las múltiples disposiciones legislativas aprobadas “en bloque” por la indiscrepante mayoría del Congreso.

Un desconcierto que es más fruto del procedimiento irregular y absurdo que, del contenido mismo de muchas de esas leyes, aun cuando todas, estudiadas y deliberadas con el cuidado atento que los órganos del Poder deben poner siempre al tratar los asuntos de interés colectivo que les están confiados, habrían sido corregidos de errores y deficiencias que son notorios, y coordinadas con más pulcra eficacia.

Pero sobre esos errores y deficiencias, como motivo esencial del desconcierto público, está la aguda sensación, duramente subrayada por el incalificable proceder del Congreso, de que esa legislación no es en forma algún fruto de la opinión pública. Es una legislación, venida de arriba, impuesta. Y peor todavía: es obra de una falsificación institucional que da la medida de lo que puede esperarse, en defensa del interés general, de un Congreso que así deserta de su deber.

\* Revista *La Nación*, año VII, número 330, 7 de febrero de 1948, p. 2.

Es que no se trata de cuestiones partidistas, ni de puntillos de cortesía, ni de habilidosidades políticas. Se trata del tema capital: ¿hemos de vivir en un régimen de gobierno de opinión, o en un régimen de despotismo totalitario?

No puede la ciudadanía hacerse ilusiones sobre la actividad de un Congreso integrado en su mayoría con evidente falsificación del voto. Pero la ruda comprobación de las consecuencias de irresponsabilidad que el fraude electoral produce, es prueba innegable de que la falsificación del sufragio sigue arrastrando a otras falsificaciones.

El Estado rompe con ello uno más de los vínculos que lo unen a la Nación y enseñan cómo en cualquier tiempo puede romper los demás todavía vigentes y enfrentarse hostilmente a ella.

La oposición del régimen al gobierno es la causa fundamental del desconcierto. Hay otras que, aun secundarias, tienen importancia grande. Así, la muestra de improvisación y de desorden que se dio con este torrente de leyes, no sólo aprobadas, sin juicio, por el Congreso, sino presentadas en masa a éste durante los últimos días del período y seguramente preparadas con la misma precipitación por las distintas dependencias del Gobierno, acusando todo ello inmadurez y carencia de unidad programática.

Pero hay un aspecto peculiarmente lamentable y que merece ser especialmente señalado: algunas de las leyes recientemente aprobadas tienen ordenación correcta, están en el camino adecuado de una buena labor administrativa, de un buen gobierno; revelan el propósito de adhesión a rectos principios y a una técnica eficaz. El ejemplo más destacado es el de las leyes en materia fiscal.

Pero el monstruosamente tonto e innecesario apresuramiento, la incalificable ruptura de las vías constitucionales, demeritan el propósito, alzan suspicacias y oposiciones, dan importancia definitiva a los errores y lagunas de detalle, y ponen en peligro los principios mismos y la técnica que podrían representar un serio y muy importante progreso para México.



Si esta legislación hubiera sido presentada al Congreso en septiembre, o en un período extraordinario convocado al efecto para marzo, y los proyectos hubieran sido publicados con tiempo, y se hubiera hecho en las Cámaras una deliberación razonable –todo como lo manda con acierto la Constitución, como lo exigen nuestro sistema y el expreso anhelo creciente de i nuestra ciudadanía–, la opinión pública informada, los estudiosos y los interesados, habrían dado ocasión a enmendar deficiencias y colmar lagunas; pero, sobre todo, habrían dado viabilidad a las reformas y creado el ambiente de apoyo público, de confianza y adhesión sin el cual la obra de gobierno se vuelve imposible o raquítica y convulsa.

Pero el régimen, esta monstruosa combinación de partido oficial ilegítimo, de rutinas de falsificación y de fraude, de desdén de la ciudadanía, de burla de la Ley, de colaboración entendida como compadrazgo y complicidad y no como comprensión responsable y digna de un fin superior y común; el régimen, maquinaria política corrompida, incapaz de advertir las necesidades y las exigencias reales de la Nación, con supina inconciencia, trabajó otra vez –como lo hace al imponer sus agentes degradados en los municipios y al aplicar constantemente una selección inversa en las legislaturas locales y en los gobiernos de los estados; y como trata de seguirlo haciendo al impedir la instauración de una vida de derecho y de opinión pública en México–, se puso contra el gobierno, lo precipitó al error, subrayó enfáticamente sus deficiencias y le suscitó desconfianzas y descrédito.

Que se entienda la lección. México demanda, necesita, un Gobierno nacional, no un gobierno preso de un régimen que, hasta cuando quiere servirle, lo daña, lo desprestigia y le quita posibilidades de cumplir su misión.



## LLAMAMIENTO

El Presidente de la República, iniciando una campaña de la Secretaría de Educación, ha hecho un llamamiento para pedir la ayuda del pueblo en la construcción de escuelas.

El objeto es levantado; la necesidad que se trata de remediar es desgraciadamente cierta, abrumante y principalísima para México.

Y la generosidad del pueblo que en esta campaña se invoca, es indudable, como lo demuestran tantas ocasiones anteriores en las que esa generosidad se ha volcado al menor indicio de rectitud y de preocupación sincera por el bien común, por los verdaderos intereses nacionales.

### **Documento tremendo**

Entre los documentos oficiales publicados para fundar la campaña hay uno, el “número 4”, que es pavoroso. De los 5,500,000 a que llega la población de la República en edad escolar, cerca de 3,500,000 niños quedarán sin asistir a la escuela este año, porque faltan, según la estimación de las autoridades, aproximadamente 70,000 aulas para darles cabida.

\* Revista *La Nación*, año VII, número 337, 27 de marzo de 1948, p. 2.

Estos números oprimen el corazón y llenan de angustia. Son la expresión escueta de una situación vergonzosa e intolerable. Y si a ellos se agrega la constancia, tantas veces publicada en esta misma Revista, del abandono, del desaseo, de la falta de mobiliario, del congestionamiento que hay en las escuelas que ya existen y están funcionando, la magnitud del problema educativo de México, aun en su aspecto más extremo, en el puramente físico, abrumba e indigna.

Es, en efecto, de urgencia inaplazable un esfuerzo total, una cruzada verdadera, para hacer frente a este problema educativo que está en la raíz misma de los males de México.

### **Documento número 2**

Pero junto con el "documento número 4", que en sus números escuetos tiene la más grande y conmovedora elocuencia para justificar el llamamiento hecho a la generosidad colectiva, publica la Secretaría de Educación el "documento N° 2" que contiene los "estatutos para los patronatos que habrán de ser los organismos que canalicen la ayuda popular solicitada. Y ese documento es la negación misma de la generosidad, de la comprensión, de la rectitud. En su artículo segundo, dice: "El patronato no tendrá injerencia alguna en la dirección ni en la organización técnica y administrativa de la escuela, ya que éstas son de la exclusiva competencia de las autoridades escolares y del titular de la Secretaría de Educación

¿Es posible que después de la confesión del estado angustioso de la educación en México y simultáneamente con el llamamiento hecho principalmente a los padres y a las madres para que ellos, los más interesados en la educación de sus hijos, ayuden a levantar escuelas, todavía se repita la monstruosa afirmación del monopolio estatista de la enseñanza y de paso se reitere, con inconciencia pasmosa, el carácter dictatorial y sectario de ese monopolio al dejarse finalmente la dirección a la competencia, no ya siquiera, de un órgano permanente

e impersonal –la Secretaría de Educación–, sino del titular de la Secretaría, del político en turno que lo mismo puede ser agraciado con este puesto que con el de titular de Economía, o de Recursos Hidráulicos, o de Marina, o de Presidente del partido oficial?

Después de tantos años de lucha que ha comprobado hasta le evidencia la inanidad o el absurdo de los argumentos que han querido darse en favor de este monopolio sectario y dictatorial de la educación, y ha demostrado palmariamente cuál es la voluntad verdadera de la Nación, justificadamente adversa a tal monopolio –¡y oficialmente somos una democracia!–; después de que la experiencia de tantos años comprueba, ya con la confesión oficial, el fracaso completo, aún en si parte puramente física, de ese monopolio educativo por el Estado, ¿cómo es posible que se reafirme la voluntad, radicalmente ilegal y contraria a la razón y a los principios básicos de nuestra vida colectiva, de mantener el sistema indefendible, vergonzoso e ineficaz?

### **Agravante**

El artículo cuarto de este increíble “documento número 2”, dice: “el patronato durará hasta la terminación del actual período constitucional del Poder Ejecutivo; salvo que la Secretaría de Educación Pública estime necesaria su disolución anticipada.

Es decir, dejando a un lado la redacción ejemplar, que hay empeño en acentuar el carácter precario, mezquinamente transitorio y sin raíces, de esta participación que al pueblo, a las madres y a los padres mexicanos, se da en el problema de la educación de sus hijos; que las autoridades educativas consideran indispensable, aún en el momento de reconocer su fracaso y de acudir al interés de los padres para demandarles ayuda, subrayar nuevamente, con ofensivo desacato, que a los jefes de familia sólo corresponde hacer el sacrificio de levantar escuelas, de dotarlas de mobiliario y de equipo, de dar libros y útiles; pero que los buitres en turno en los puestos de mando del sistema

educativo, tendrán la plenitud de derecho para decidir sobre el contenido, la orientación y los fines de la educación y en todo momento, sin restricciones ni garantías, podrán inclusive desorganizar esa ayuda de los padres y negarles, así, aún el insignificante derecho de cumplir sistemática y adecuadamente con el deber mínimo de construir o limpiar o alegrar o dotar eficazmente, las escuelas para sus hijos.

¿Y por qué ha de limitarse el sistema de ayuda popular en la resolución del problema educativo, al "actual período constitucional del Poder Ejecutivo", como dice la divertida redacción del documento oficial? Simplemente para poner énfasis en el carácter precario de la medida; para subrayar, otra vez, que no se trata de algo que responda a un deseo de encontrar solución integral al problema máximo; para dejar nuevamente establecido que el problema está en numos dictatoriales y que cuando esas manos cambien, debe quedar expedito el camino para nuevas aventuras, para nuevas soluciones transitorias, según el deseo o el capricho o el interés de los nuevos "titulares" del "Poder Ejecutivo" y de la Secretaría de Educación.

### **Solución**

No hay escuelas suficientes, no hay, en las que existen, mobiliario, equipo, libros y útiles bastantes; el 60% de los niños mexicanos de 6 a 14 años de edad, quedan fuera de la posibilidad material de concurrir a una escuela.

Pero, además, los textos escolares impuestos por los "titulares" son escogidos con el más pobre criterio sectario, padecen una lamentable deficiencia intelectual y están calculados para promover confusión y desgarramiento; no claridad y unidad en la vida nacional; no hay maestros suficientes, y los que trabajan, miserablemente remunerados, están por necesidad sujetos a mafias irresponsables que en un sindicalismo de pega los explotan y los oprimen, y están sometidos, en cruel contradicción con la esencia misma del magisterio que es la libertad responsable y generosa de la vocación, a los dogmas monstruosos

y cambiantes que sobre la verdad en Física o en Civismo, en Historia o en Biología, en Cosmografía o en la posición del hombre frente al mundo y frente a Dios, dictan los "titulares" de la Secretaría de Educación o de una dirección de enseñanza, o de una mesa de esa dirección, o de una inspección cualquiera.

Ese es el problema, el problema verdadero, el que clama por una resolución auténtica, el que no admite ya demoras, el que constituye un atentado permanente contra el porvenir de México, contra el espíritu y el cuerpo de los niños mexicanos, contra el decoro intelectual, social y económico de los maestros, contra la dignidad de todos los mexicanos.

Ese es el problema, señor Presidente, señor Secretario de Educación. Resuelto a fondo, con arreglo a los principios de libertad y democracia que nuestro sistema constitucional consagra y el propio gobierno proclama, las aulas nuevas, y el mobiliario, y el equipo, y los maestros y los libros y los útiles, vendrán por añadidura. ¿Qué es lo que impide plantear y resolver de verdad el problema?

El pueblo, los jefes mexicanos de familia, están dispuestos a colaborar; más aún, tienen el deber y reclaman el derecho de colaborar en una empresa que dé a sus hijos escuelas verdaderas, limpias, alegres, suficientes, y verdadera educación, levantada, formativa, creadora de valores substanciales. Pero el Estado, los "titulares" del Poder Público, de un poder que existe y sólo se justifica por la voluntad del pueblo, acatándola y sirviéndola, tienen el deber inexcusable de corresponder a esa voluntad, de abrir y encauzar, sin merma de la libertad, –esencial en este punto como en ningún otro de la vida del hombre, de la familia y de la sociedad–, el inmenso esfuerzo requerido para que los niños de México, todos los niños de México, tengan esas escuelas, reciban esa educación.





## LA POSTULACIÓN, PRECISA Y SIN DOBLEZ, DE LO QUE MÉXICO DEFIENDE Y DESEA

### **Signos**

No hubo al terminar las operaciones militares principales de la segunda guerra mundial, el alivio siquiera transitorio que todavía en 1918, al pactarse el armisticio en la guerra anterior, sintió el mundo. En todos los corazones, el regocijo causado por la suspensión de la matanza, estuvo oscurecido por la certidumbre de que se mantenían en pie los mismos motivos que habían originado la guerra. La esperanza no pudo prenderse a la precaria cesación de la violencia.

En lo internacional, en la organización de la convivencia de pueblos y naciones, ningún problema quedaba resuelto, ninguna de las fuerzas causantes de la catástrofe, realmente abatida y dominada. En lo interno, numerosos países, económicamente deshechos, social y políticamente desgarrados, destruidos los cuadros fundamentales de su organización, hundidos en una miseria inconcebible, fueron en estos años, más que durante la guerra misma, víctimas de ella. Y otras muchas naciones, de las vencedoras y aun de las que más alejadas

\* Revista *La Nación*, año VII, número 340, 17 de abril de 1948, p. 7.

estuvieron de la destrucción humana y material de la guerra, quedaron al cesar las hostilidades, sacudidas hasta sus cimientos no sólo a consecuencia de la guerra misma, sino en razón del radical desengaño sufrido, de la inutilidad de sus esfuerzos, de la frustración de su esperanza.

No podemos olvidar nuestra propia experiencia de la guerra. Libres, por circunstancias de todo orden, desde las puramente geográficas hasta las sobrenaturales, de la destrucción directa de la guerra, y en excelente posición no para hacer –como infortunadamente lo pensaron y lo hicieron muchos–, capitalización de la guerra; pero sí para ver con claridad el futuro, enmendar nuestros caminos, corregir nuestros errores y prepararnos a hacer frente al porvenir, llegamos al término de la guerra más débiles, más incapaces de tomar en nuestras manos nuestro propio destino. ¿Qué fue de la democracia que los falsificadores de la voluntad nacional encaramados en el Poder invocaron como argumento principal para llevar a México a la guerra? Y ¿qué pasó con el mejoramiento colectivo y con la tarea de justicia social que, en otra falsificación innoble, se dieron como “contenido único” de esa democracia? Y ¿qué sucedió con las promesas de independencia económica, de producción abundante, de moneda sana, de limpieza y responsabilidad en la administración, que también se hicieron para fundar las decisiones del régimen en los años que ocupó la guerra y en los que inmediatamente los precedieron?

### **Otra vez**

Los signos inocultables muestran la inminencia de que la guerra se reencienda, de que otra vez se desencadene la violencia sobre el mundo y con más amenazadoras posibilidades de que afecte directamente a México.

Propaganda, dicen algunos. Ciertamente; pero el hecho mismo de la propaganda sistemática y organizada demuestra la existencia real del conflicto y el más optimista examen de la situación no señala salidas abiertas para ese conflicto. Cerrar los ojos a esa dura realidad, sería criminal inconciencia.

La pugna existe; existió ya desde los días mismos en que se desarrollaba la otra faz de la guerra; nunca pudo ser ocultada por las mentiras y confusiones de una alianza construida exclusivamente sobre la negación, y ha sido activamente fomentada por las propias falsedades y desfiguraciones que, para dar una sombra de carácter positivo a tal alianza, hicieron y difundieron los responsables de ella.

Esa es la angustiosa realidad. Frente a ella, como Nación, tenemos una posición ineludible. Jugar “a dos barajas” en estos momentos, es, aparte de pueril, cobarde y traidor para México. Pero olvidar la lección de la guerra pasada, dejar que la propaganda haga presa de México y de las conciencias en México, admitir otra vez las promesas sin arraigo, la utilización de los principios y de los anhelos más valiosos como simples instrumentos para justificar la demanda de sacrificios, tolerar que se explote otra vez la esperanza del pueblo, sería imperdonable.

### **Decisión**

Sabemos cuál es el riesgo que pesa sobre nosotros y que no está en nuestras manos evitar o soslayar siquiera. Sabemos que frente a ese riesgo tenemos una posición que no tiene otras opciones. Necesitamos recordar, también, que una nueva guerra, por sí misma, cualquiera que sea el resultado, no hará que las esperanzas mejores de convivencia se cumplan, porque la realización de esas esperanzas depende de otra lucha más levantada, de un cambio más radical en las conciencias, de una más auténtica reforma del espíritu y de los métodos de la convivencia.

Y este claro conocimiento de la realidad, debe fortalecernos para cerrar el paso a las falsificaciones de la propaganda, para aceptar el puesto que en la pugna nos corresponde con una iluminada y definitiva postulación de nuestras exigencias justas como hombres y como pueblo.

Que no se repita en lo internacional, la vergonzosa confusión de los días de la guerra pasada; que se haga, precisa y sin doblez, la postulación de lo que México

defiende y justamente desea; que no se cometa la infamia de esconder detrás de palabras muertas el vacío de un régimen incapaz de expresar las convicciones y los propósitos verdaderos de nuestra Nación. Que, si llega la hora de la lucha y del sacrificio, no nos encuentre aliados en negación y en sucia literatura de falsificaciones, sino vinculados en la afirmación positiva de principios y programas comunes o, por lo menos, firmes nosotros mismos, México, en inconfundible posición de programa y de principios.

Y en lo interno, con mayor razón aun, que el esfuerzo no se pida sobre la intolerable simulación, sino que se base, también, en el expreso y obligatorio reconocimiento de principios y programas que coinciden con una existencia nacional por fortuna innegable; que ese reconocimiento empiece luego a tener cumplimiento y realización prácticos; que la exigencia nacional, no admita falsificación ni diferimiento.

Nada de lo que México quiere como Nación es injusto o indebido; nada de lo que como hombres y como ciudadanos exigimos en México, es indebido o injusto. Queremos, como pueblo y como hombres, libertad y justicia y suficiencia; queremos una vida internacional de paz y de colaboración, de vigencia real y garantizada de normas y principios superiores. Y en nuestra propia estructuración, queremos auténtico respeto para la dignidad del hombre, queremos una organización política capaz de expresar verdaderamente, a través de una representación genuina, la voluntad de la Nación; queremos una autoridad que sea misión sagrada de bien común y no opresión y medro, queremos una reforma social que a todos nos dé suficiencia, seguridad y libertad; queremos escuelas y maestros, que lo sean de verdad y no instrumentos políticos; queremos una economía firme, base y condición de un nivel humano de vida para todos; queremos aptitud, limpieza y responsabilidad en la vida pública; queremos las libertades que son esenciales al hombre; queremos, en suma, que se creen y garanticen las condiciones para que haya en México una tranquila convivencia en el orden.

## MÁS SOBRE LO MISMO, APOYOS FRENTE-POPULISTAS, NUEVAS TAREAS

### **Más sobre lo mismo**

Entre las ruinas causadas en Bogotá por unos cuantas horas de sabotaje sistemático, la Conferencia Interamericana ha continuado sus labores y Colombia parece volver poco a poco a los cauces, brutalmente interrumpidos, de una vida pública que era ya ejemplar para la América nuestra.

Las noticias que llegan de Italia, muestran también una vigorosa y magnífica respuesta de una ciudadanía organizada e iluminada frente a la amenaza de confusión, obscuridad y violencia. La extrema tensión que en Italia y en todo el mundo hubo en estos días, tiene en el resultado de las elecciones italianas, un alivio. Y la fe en el pueblo, cuando la autoridad no lo abandona al sabotaje y la ciudadanía se organiza y mantiene en pie las instituciones, ha recibido una confirmación elocuentísima.

Dos escenas iniciales de la vasta conspiración frente-populista para desgarrar internamente a las naciones occidentales, han sido un fracaso para esa conspiración. No se detendrá por ello. Organizará nuevas explosiones

\* Revista *La Nación*, año VII, número 341, 24 de abril de 1948, p. 2.

en Francia o en Palestina, en Grecia o en América. En todas partes. Aquí mismo –como dejan verlo tantos acontecimientos–, está ensayando sus posibilidades y aprovechará la menor ocasión que se le ofrezca para irrumpir en la vida pública. Está presente, está actuante en todos los órdenes de la convivencia. A su servicio, todos los resentimientos, todos los desfallecimientos intelectuales o morales, inmensos recursos económicos, una organización extensa y apretada, la posibilidad de emplear sin limitación moral alguna, la confusión, la mentira o la violencia.

### **Apoyos frente-populista**

Pero hay otros elementos más, y más importantes, al servicio de la conspiración en marcha. En ellas, sobre todo, apoya su posibilidad.

Hay, desde luego, la inercia de una situación intelectual caótica que durante la guerra pasada se creó intencionalmente y fue fomentada, a pretexto de una alianza militar, por los mismos responsables del destino de las naciones occidentales. Con una propaganda sistemática, durante largos años se ha presentado como una de las formas que puede realizar los justos anhelos de libertad, de paz, de dignidad humana y de bien común, lo que no es ni será sino opresión y miseria, totalitarismo monstruoso, negación de la dignidad del hombre y del bien común. Los propios divulgadores de la mentira, los estadistas aliados, cayeron naturalmente en ella entregando posiciones clave en la autoridad, en la vida económica, en la lucha social, en los medios de formación de opinión pública, a quienes están al servicio de la conspiración. Y ellos mismos se dejaron arrastrar a un estatismo creciente, puerta y camino del totalitarismo esclavizante que el frente-populismo gestiona.

En Francia y en Inglaterra, en los Estados Unidos o en México, la confusión mental arrastró al servicio de la conspiración a muchos, aun distinguidos en campos del saber distintos del saber social, y que de buena fe han tomado la propaganda y sirven a la conspiración creyendo solamente servir a una causa

de progreso o de justicia social, o por debilidad moral, por esnobismo, por creer que era inevitable la catástrofe, se entregaron a fomentarla o a debilitar las fuerzas capaces de resistirla. Aun se ha dejado que los cómplices o agentes de este imperialismo totalitario, los gestores de la ruma y de la opresión colectivas, asuman el monopolio de la lucha por esa justicia social y ese progreso. Desde la autoridad misma, en todas sus formas, se ha permitido que los inmensos recursos comunes se apliquen a ahondar los problemas todos de la convivencia y a fortalecer, así, la conspiración ominosa.

Hoy, cuando empiezan a ser visibles los hilos y los propósitos de la maniobra frente-populista así consentida y fomentada, fallan o vacilan las propias fuentes de la autoridad y ésta se encuentra minada, socavada, incapaz de defensa normal u obligada a medulas extremas que desvían las energías destinadas a resolver los problemas auténticos de la convivencia humana, a otra lucha interna e internacional que puede acumular nuevos y crueles sacrificios y que, de todos modos, retardará el inmenso esfuerzo común constructivo de la sociedad nueva que todos los hombres anhelamos.

Pero hay más todavía. Nada podría la propaganda, nada la organización subrepticia de sabotaje, nada los más cuantiosos recursos económicos empeñados en la obscura tarea del desgarramiento social, sí no encontraran base en la injusticia, en la miseria creciente, en la opresión y la ineptitud y la corrupción de la vida pública. E inversamente, la lucha contra esas fuerzas de disgregación al servicio del nuevo y feroz imperialismo totalitario, será más difícil y más costosa mientras subsistan esos factores.

### **Nuestra tarea**

Esta es verdad indiscutible en todas partes; pero lo es principalmente, y atender a ella tiene inaplazable urgencia, en nuestra América, en nuestro propio México.

No estamos, no podemos estar, no debemos estar al servicio de la conspiración contra Occidente; al contrario, en lucha abierta contra ella.

Pero nuestra aportación a esa lucha por tantas razones imposible en forma material, tiene un carácter específico y se cifra fundamentalmente en el claro planteamiento y en el empeño vigoroso y ordenado de resolución de nuestros propios problemas internos. Nuestra lucha, nuestra colaboración, no sólo por la limitación de posibilidades, sino por ser extraordinariamente valiosa e insustituible en esos términos, se cifra en la postulación definida y precisa de las metas y de los programas mejores de convivencia entre los hombres y las naciones, y en el empeño más entusiasta para dar aquí y ahora, desde luego, en nuestra propia vida nacional, cumplimiento a esos programas y a esas metas. Contra la confusión frente-populista, la clara definición de un concepto cierto del hombre, de la sociedad, del Estado; contra el sabotaje del frente-populismo, un sistemático esfuerzo de suficiencia para todos, de libertad organizada y responsable, de paz en la justicia.

Precisa la reiteración infatigable de la tesis. El problema internacional para México –y el frente-populismo es esencialmente internacional–, es y ha sido siempre un problema interno. En toda nuestra historia independiente, y aun antes de la independencia, por lo que toca a España, a la España del dieciocho, los incidentes fatales, los problemas y las derrotas internacionales, no han sido sino la expresión del desorden interior, de la corrupción o de la ineptitud internas, del abandono de las normas superiores que son esencia y raíz de nuestro ser.

Hoy, como nunca, estamos obligados a advertirlo y a poner cuanto esté a nuestro alcance para que en México se inicie cuanto antes, en el campo, en la escuela, en el sindicato, en la organización de productores, en el aprovechamiento de los recursos naturales, en la ordenación de la vida pública, en el ejercicio del Poder, una renovación a fondo, inteligentemente deliberada y aceptada, limpia de cualquier interés que no sea el bien común.

Es tiempo. Todavía es tiempo, siempre que la obra se inicie luego y que se inicie con la responsabilidad y las posibilidades inmensas de la autoridad. Esta encontrará, por fortuna, un pueblo admirable que ha sido y sigue siendo fiel



a anhelos y normas prácticas de convivencia superior. Contará con el apoyo encendido de una ciudadanía cada vez más consciente y más organizada. Apenas se acredite la buena voluntad, apenas se comience la obra con recta orientación, apenas se compruebe que cesan el aprovechamiento y el medro intolerables, será posible empezar a ver el milagro de realizaciones insospechadas. México unánime, podrá hacer frente a la amenaza y dar a su causa, que es la causa de Occidente, el más alto servicio, el de la proclamación vivida, en trance de cumplimiento y de perfección, de los principios que hacen digna del hombre la convivencia.

La tarea es común, de todos. Pero la responsabilidad principal recae, por supuesto, en la autoridad. Si a ella le corresponde en todas partes, más ciertamente le obliga en México porque es de ella, sobre todo, de sus deserciones y de sus errores, de su ineptitud o de su corrupción, de donde derivan los peores obstáculos para una acción individual y social salvadora. Bien conocidos son esos obstáculos y fáciles de allanar: el fraude electoral, la representación falsificada, en la base; el caciquismo primario y voraz, la irresponsabilidad, la consiguiente corrupción en la administración, y el predominio del interés oligárquico sobre el interés común; la indecisión frente a los problemas básicos como el del campo y el de la formación de una organización profesional auténtica; la cobardía para rectificar lo que por justicia y por experiencia unánime de la opinión debe ser rectificado, acontece con la política educativa, con las leyes persecutorias; la precisión sin titubeos contradictorios, de la actitud verdadera del Estado frente a la economía y a la vida social; la ordenación justa y el aprovechamiento y el estímulo, en sumo, de todas las fuerzas humanas y materiales de la nacionalidad bajo el signo de una autoridad que entienda su misión.

La conspiración frete-populista sólo puede vivir y medrar en un ambiente de corrupción y de incertidumbre, de inquietud y de confusión. Fracasará siempre –Italia está demostrándolo–, ante una conciencia nacional iluminada y ante la eficacia de instituciones defendidas por una autoridad auténtica.



## EL ESTATISMO, ORIGEN DE LOS ERRORES Y DEFICIENCIAS DE NUESTRA ECONOMÍA

### **Programas económicos**

El Gobierno federal ha reiterado constantemente su ferviente deseo de dar ímpetu a la economía de México.

El presupuesto federal de dos mil trescientos millones de pesos, se dedicará en buena parte, a la realización de obras de riego; la industrialización de México está siempre en los labios de los funcionarios más importantes; en materia de petróleo parece iniciarse una nueva etapa que hará posible el aumento y, sobre todo, la conservación de la producción al ritmo que ahora tiene y que estaría amenazadoramente comprometido si no se logra pronto acelerar el trabajo de perforación de pozos nuevos y de establecimiento de nuevas plantas; existen arreglos con el Export-Import Bank para diversas operaciones financieras realizables a través de conductos oficiales en México; hay, aunque remota, la posibilidad de que se apruebe y ponga en práctica un programa de colaboración económica interamericana que también podría proporcionar a México recursos para el desenvolvimiento de su economía.

\* Revista *La Nación*, año VII, número 345, 22 de mayo de 1948, pp. 11 y 20.

Indudablemente existen la necesidad y la posibilidad manifiesta de cumplir este esfuerzo de desarrollo económico. Largos años, y ocasiones magníficas de hacerlo, se han perdido lamentablemente. Hoy, las condiciones generales del mundo, desde tantos puntos de vista lamentables, dejan abierta la puerta, sin embargo, a un empeño especial de reordenación de la economía en nuestro país que tiene recursos naturales intocados o mal aprovechados aún, e imponen con apremio a México el deber de esa reordenación que le permita subsistir y ser un elemento de colaboración y no una carga más en la tarea de reconstrucción del mundo. No debe olvidarse, por último, el cambio radical que se está operando en la dirección de la política internacional, dirección que reconoce ahora la imposibilidad de lograr paz y prosperidad para unos países, mientras subsistan inquietud y miseria para otros, y que, por tanto, considera recomendable, en vez de mirar con suspicacia y de oponerle trabas, el esfuerzo dé cada nación para obtener el mejor aprovechamiento posible de sus propios recursos y asegurar el más alto nivel de vida a sus habitantes.

### **Realidad**

Frente a estas posibilidades, necesidades y propósitos, ¿cuáles son los datos de la realidad?, ¿qué elementos, qué técnica, qué impulso o qué cauce, por lo menos, se da a la actividad constructiva?

Hay, como antes ya se dijo, las partidas del presupuesto que se destinan a obras de riego y a otras que significan ayuda directa o indirecta para nuestra economía; pero a pesar de ser ya tan grande ese presupuesto de la Federación, resulta positivamente insignificante para los propios programas de acción directa del Gobierno federal; más aún, para un programa integral de dimensiones nacionales. La ayuda de instituciones o agencias oficiales norteamericanas o interamericanas, bien limitada, es aún problemática en su mayor parte, como lo comprobó la Conferencia de Bogotá.

Hay múltiples agencias oficiales o semioficiales que tienen a su disposición y utilizan, en una forma o en otra, recursos procedentes del erario a veces y, en la mayoría de las ocasiones, de las fuentes mismas del sistema monetario.

El esfuerzo privado, en cambio, no sólo sigue siendo relegado a último término en la conducta oficial, sino que frente a él se elevan sistemáticamente todos los tropiezos posibles. Así, se mantiene en vigor un régimen de crédito que fue siempre descabezado y torpe; pero lo es más ahora, si hay una sombra de sinceridad en el propósito de gestionar la afirmación y el desenvolvimiento de nuestra economía. El mercado de capitales, indispensable para dar habilidad a un programa económico, sigue bajo la presión destructora del mismo Estado y de sus diversas agencias que, como si ese mercado fuera un perjuicio para la sociedad, hacen lo posible por impedir su existencia y su funcionamiento normal. El acceso a los recursos naturales, comenzando por los del campo, está cerrado por un derecho administrativo confuso y contradictorio y por prácticas que, fuera de la ley, crean una esterilización monopolística de tales recursos o por distintos caminos impiden la labor fecunda de la iniciativa privada.

¿Puede esperarse, en estas condiciones, que cobre ímpetu, todo el ímpetu que debe tener, el propósito de robustecimiento de nuestra economía? El compromiso solemne que, ante la nación, significa ese propósito declarado del Gobierno, ¿podrá ser cumplido así? ¿La necesidad apremiante en que México se halla de procurar cuanto antes afirmar sobre sólidas bases su futuro económico, de ponerse en condiciones de colaborar en un esfuerzo internacional justo y de organizar su propia suficiencia, podrá satisfacerse?

### **Raíz del mal**

Hay un dato que está en el centro de los errores, las desviaciones, las deficiencias de nuestra vida económica y que es, quizá, en contra del sincero deseo del Gobierno actual, la razón de la incapacidad o de la mezquindad de realizaciones de nuestra economía, la razón de una política económica desequilibrada y sin firmeza.

Ese dato es el del estatismo, el de la intolerable deformación que hipertrofia al Estado y que a la vez impide el cumplimiento de la misión auténtica de la autoridad y hace del Estado el voraz y corrompido gestor de un monopolio de la vida económica, expresión y apoyo de otros monopolios feroces que conspiran contra el hombre, contra la sociedad y contra la nación.

Tal vez no pueda decirse ya que la tesis oficial ahora sea ésta del predominio absoluto del Estado. Políticamente parece cada vez más imposible la subsistencia del totalitarismo vergonzante e inepto que en años pasados sufrió nuestro país; pero en la organización técnica de nuestra economía y en los puestos clave del mundo económico oficial, subsisten por inercia o por conspiración, orientaciones, métodos, instituciones, mentalidades, que siguen aún movidos por aquella conspiración, por aquella ciega e incalificable estatolatría. Y si ya no es públicamente admitida la subordinación a oscuros intereses políticos internacionales apoyados en ese totalitarismo, sí sigue habiendo todavía el propósito de aprovechar las tesis abstractas de la injerencia absorbente del Estado como encubrimiento de muy concretos apetitos de medro y de poder y como fácil vía para satisfacer esos apetitos.

En la reciente Conferencia de Bogotá, un delegado mexicano sostuvo aún, como tesis oficial de México, que las inversiones resultantes del programa de cooperación económica interamericana, deberán ser hechas por los gobiernos y en ningún caso por los particulares. Ese mismo criterio es el que sostiene aún la torpe legislación que ha hecho de nuestro sistema crediticio un instrumental precioso para la especulación, pero ineficiente e inadecuado para la tarea económica constructiva. Es el que impide el aprovechamiento integral del ahorro público para fines de producción y abre en cambio la puerta a un sinnúmero de operaciones subrepticias que, con grave daño para nuestra estabilidad monetaria, reemplazan el legítimo empleo del ahorro con la emisión ilegítima de moneda falsa. Es el mismo criterio que mueve a cerrar y empobrecer nuestro incipiente mercado de valores auténticos, creyendo que así, y con el auxilio de

decretos oficiales, puede hacerse campo para los valores públicos. Y de esta tesis arranca, además, la conservación en la práctica y en la ley –aunque en los discursos y declaraciones se haga de ella una reprobación constante–, de una política agraria caduca y desvitalizada que obstruye el avance impetuoso de nuestra economía del campo, absolutamente fundamental para todos los demás aspectos de la vida económica de México.

Si hay, pues, el deseo verdadero, tan verdadero como la necesidad, de robustecer nuestra economía, el primer paso que debe darse es el de la revisión a fondo de la política económica; es el de la definición de este punto inicial: ¿cuál es la función del Estado en la economía de la nación?

Porque nada es más grave que el caos, nada peor que la indefinición contradictoria. Y contradicción y caos son las características lamentables de la política económica actual que por una parte desea estimular el trabajo, la empresa y la inversión y, por la otra, ciega las oportunidades de acceso a los recursos naturales, y niega los medios de capitalización y de crédito a las empresas que no sean agencias oficiales o compadres o cómplices más o menos leales de la conspiración estatista. Y es contradicción, también, acometer una reforma fiscal fundada en el sentido de responsabilidad del causante y en la honradez de la administración, y establecer presupuestos de enormes dimensiones basados en la esperanza de un acrecentamiento de la producción y de la renta, y simultáneamente levantar estorbos artificiales e infundados para esa producción, para el previo esfuerzo financiero, económico, que la labor productiva demanda. Y es caótico el resultado de un pensamiento que, lealmente o sin honradez intelectual, parta de afirmar la necesidad y la conveniencia del estatismo y al mismo tiempo, en la práctica, trate de organizar y fomentar la iniciativa privada.

Podría constituir una ayuda muy importante para lograr esta revisión esencial de nuestra política económica, y ciertamente sería muy útil para orientar tal revisión, el conocimiento verídico y comprobado de las operaciones

que el Estado o sus agencias han hecho en una falsa y desviada función de empresarios, de inversores, de dueños y de patronos. Además de que la nación tiene el derecho de conocer, con detalle probado, todas y cada una de esas operaciones, sería utilísimo ese conocimiento para fijar las posibilidades reales de la acción del Estado y, en vista de los resultados obtenidos hasta ahora, afirmar o enmendar las conclusiones que la razón y la experiencia ajena han establecido ya sobre el estatismo totalitario y sus frutos.

No es inútil, de paso, recordar que lo revolucionario ahora no es, como pareció serlo hace doce años, procurar la extensión ilimitada del Estado a todos los campos posibles de la actividad; que lo revolucionario y lo moderno –y también lo conforme a la verdad–, es restituir al Estado a sus verdaderas funciones que hoy tiene olvidadas, a su genuina tarea de rector, que ha cambiado por la inferior e impropia de especulador, de capataz o de cómplice.



## AHORRO NACIONAL, CONTRADICCIONES, RAÍZ DEL MAL

### **Ahorro nacional**

Nuevamente han vuelto sus miradas las autoridades económicas al tema vitalmente importante del ahorro nacional. Es este ya un dato favorable, por cuanto implica un principio de abandono de una de las más perjudiciales políticas que México ha tenido que sufrir durante los doce últimos años: la que pretendió reemplazar con emisión de moneda falsa el esfuerzo real de producción, las realidades de privación y sacrificio en que el ahorro se funda.

Esa política de hechicería monetaria que aparentemente permite crear miles de millones de la nada, está siendo pagada ya por el pueblo, a un incalculable precio en alza del costo de la vida, en demérito de inversiones permanentes, en bofa real de salarios y de rentas, en impulso al espíritu de especulación, en inversiones aventuradas e irresponsables, en deterioro de los instrumentos económicos fundamentales creados con grande sacrificio en pérdida de confianza y esterilización del espíritu de iniciativa, en desequilibrio económico y en acentuación y agravamiento de los problemas sociales.

\* Revista *La Nación*, año VII, número 347, 5 de junio de 1948, p. 2.

Es, pues, debido, que siquiera en principio, los responsables de la economía nacional vuelvan los ojos al ahorro, fuente real de la vida económica, y condenen así, por lo menos implícitamente, la criminal política anterior de subversión de nuestra economía. A pesar del incipiente aprovechamiento de nuestras riquezas, no faltan las posibilidades de capitalización en México. Ciertamente hay esas posibilidades para canalizar el ahorro ya existente a empresas útiles y productoras y para acelerar el ritmo de ese ahorro. Hasta existe la posibilidad legítima de descontar el ahorro futuro para hacerlo servir desde ahora. Más aún; a través de largos años de esfuerzo, México fue dotándose de un organismo monetario y de crédito que ha demostrado su firmeza y su aptitud y ha comprobado cómo es posible hacer que sirvan al bien común hasta los estímulos egoístas de ganancia cuantío el Estado, entendiendo su misión verdadera de rector de la economía se decide a ejercerla adecuadamente.

### **Contradicción**

Por desgracia, a la vez que se reconoce esta necesidad de restaurar el ahorro como una de las bases de nuestra economía, se insiste aún en otros aspectos de la misma política equivocada que antes tuvo manifestación peculiarmente dañina en la falsificación monetaria como sustituto del ahorro real y de la actividad genuinamente productiva de la que éste es fruto.

En efecto, se ha continuado la política monetaria y de crédito que, agotada la euforia siempre pasajera que produce la inflación, desde hace tiempo viene siendo un freno para el desenvolvimiento económico real de México y una oscura amenaza para su porvenir. De esta política errónea se destacan hoy especialmente algunos puntos que reclaman y pueden tener inmediata reforma sin la cual ningún proyecto extenso y firme de estímulo y aprovechamiento del ahorro, podrá lograrse.

Así, desde luego, la organización y el funcionamiento del mercado. El pacto de recompra que se sigue practicando y aún trata de consolidar en un nuestro

proyecto de emisión de bonos del Estado o de sus agencias, hace imposible la existencia misma del mercado. La función de éste, en efecto, consiste en crear la posibilidad permanente de que los buenos valores representativos de una inversión a plazo largo, puedan comprarse o venderse en todo tiempo y hacer que, por tanto, aun los fondos que representan sólo disponibilidades transitorias, puedan cooperar en la satisfacción de la necesidad nacional de inversiones y empresas a plazo largo. Esa permanente posibilidad de compra y venta tiene que responder, en primer término, a la bondad de los valores mismos, y en segundo término, a la afluencia de capitales disponibles. Sin la reunión de esos dos factores, el mercado no existe; si falta el primero, los capitales no acuden al mercado; si la afluencia de estos es restringida, ella determinará en todo caso el tamaño de ese mercado, las posibilidades reales y el ritmo auténtico de inversión eficaz tiene México en un momento dado.

Pretender el reemplazo de estos factores verdaderos de un mercado real con el pacto de recompra a la lista, es simplemente ponerse de nuevo en el camino de substituir ilusoriamente y a grandísimo costo nacional, inversiones del ahorro genuino por una nueva emisión de dinero falsificado; es cambiar la iniciativa de inversión fundada en la selección responsable de empresas y propósitos por un indiscriminado y genérico estímulo de ganancia fácil; es, por último, crear un obstáculo insalvable para el acceso al mercado de los valores que sí responden a necesidades y posibilidades ciertas, con la pérdida adicional del índice, de la medida que puede determinar el volumen y el ritmo potenciales de la inversión y asegurar así el equilibrio económico fundamental de México.

Se ha creído que hay un fenómeno de competencia entre los valores públicos y los valores privados y que, por tanto, mientras más se cierre el mercado a éstos últimos, mayores posibilidades se abrirán a la colocación de los primeros. El absurdo teórico es patente. No se trata de satisfactor es de una necesidad ineludible que deban ser adquiridos forzosamente. Los valores privados o públicos, son fácil y útil medio de inversión; pero ésta puede prescindir

de ellos y de hecho el problema de México ha consistido y consiste en orientar la inversión a los valores con abandono de otros tipos tradicionalmente preferidos de colocación de capital. El aumento de valores privados en el mercado, la diversificación de las posibilidades de selección entre tales valores, acrece el incentivo de este tipo de inversión y no limita, sino que amplía las posibilidades de colocación de valores públicos. Así lo acreditan la experiencia universal y la propia nuestra. Lo importante es, de una parte, que el mercado crezca y se afirme; de la otra, que los valores privados o públicos con acceso a ese mercado, ofrezcan las condiciones satisfactorias de seguridad, de medida y de firmeza. Expulsar del mercado un valor de buena clase, no es abrir campo para otros valores. Cerrar el mercado a los valores privados, es cerrarlo a los públicos.

La persistencia de una política de crédito que no es regulación sino estorbo, competencia desleal y en muchos casos afán monopolístico, y que tan frecuentemente se ha cifrado en cerrar los canales del crédito para fines lícitos y abrirlos en cambio, para turbias aventuras, debe y puede ser también objeto inmediato de reforma. Para no mencionar los casos peores de esta reformada intervención del Estado, hasta recordar lo que recientemente se ha dicho sobre el crédito agrícola. A pesar de ser obvias no sólo la inconveniencia de que el Estado directamente dispense ese crédito, sino su incapacidad para proporcionarlo en el volumen requerido, desde hace años se ha querido hacer de esta rama absolutamente vital de nuestra economía un monopolio estrecho que, además de ineficiente, fomenta el abuso y la opresión sobre los agricultores mexicanos.

Junto con estos factores, y en gran parte a consecuencia de ellos, el ciclo de desvalorización monetaria tan increíblemente abierto cuando las condiciones internacionales mismas eran favorabilísimas para consolidar nuestra economía, no está cerrado aún. A la producción deficitaria y al comercio internacional adverso, se añade como amenaza de nuevas pérdidas en el poder

adquisitivo de la moneda, el mal uso del crédito público. Mal uso a veces, por su inversión irresponsable, y a veces, además, por la forma misma en que se acude a él lanzando valores públicos muy por encima de la respuesta del mercado y a sabiendas de que esos valores, –en cuanto no queden peligrosamente congelados por mandato de la ley en reserbas de instituciones que recogen fondos del público–, por el pacto de recompra o por otros mecanismos, terminarán por significar la creación indebida de moneda nueva, por acentuar el desequilibrio monetario que es ciertamente el obstáculo mayor para la formación del ahorro y su inversión en las empresas a plazo largo que tanto necesita México.

### **Raíz del mal**

Si el sistema de crédito y de moneda que puede servir a todas las necesidades de México está en pie y, limpio de las excrecencias totalitarias y de aprovechamiento indebido que lo han suelto asimétrico y voraz, puede cumplir con eficacia la triple misión que de él espera la necesidad de México –estimular el ahorro, orientarlo adecuadamente al servicio del bien común y descontar el futuro en límites de medida prudencia para hacerlo servir al urgido presente–, ¿por qué no se acude a él para remedar las carencias de nuestra vida económica?

Es que sigue, tal vez solamente por inercia y ya no por deliberada perfidia, la tendencia que quiso en los últimos doce años, establecer en México un totalitarismo estufista degradado; es que todavía estamos en un titubeo –por muchos conceptos peor que la tesis totalitaria misma–, entre esa tesis verbalmente reprobada por el mundo oficial, y la que define la recta posición del Estado en la economía; es que el estatismo y su gemelo el liberalismo económico irrestricto e irresponsable, se siguen entendiendo admirablemente para la operación de esta industria fantástica moderna que es la explotación del hombre como hombre, la concepción del Estado como fuente de riqueza y no como obligación de servicio y de justicia; es que, para decirlo rudamente, sigue siendo posible explotar las abstracciones doctrinales del Estado representante

exclusivo de la comunidad, para ocultar tras de ellas especulaciones, favoritismos y compadrazgos sin precedente.

Por eso urge poner cuanto antes término al caos ideológico que está todavía en el fondo de la política económica actual, y puntualizar en programas concretos los propósitos que con esa política quieren lograrse y los caminos técnicos que para ello se seguirán.

¿Se quiere que el Estado sea el propietario, el patrón de toda la vida económica? ¿Que nadie pueda ahorrar ni invertir sin el permiso de los funcionarios, de sus agentes o compadres; que nadie pueda trabajar, producir, obtener crédito, vender, ni comprar, sino a través de los mismos compadres, ¿agentes o funcionarios o con su permiso y en su sociedad? Eso será un gran paso en el camino de la servidumbre universal y completa de los mexicanos. Con ello, con la severa aplicación del artículo tercero, y con otras cuantas medidas tan simples como éstas, pronto México llegará a ser lo que parece ser ideal inconfesado de algunos: una masa de ex-hombres doblegados y miserables, soltando a un pequeño grupo privilegiado de altos funcionarios, con sus amigos y sus amigas.

¿Se quiere, por el contrario, crear una economía de suficiencias, si no de abundancia, para todos los mexicanos? ¿Se quiere hacer que sirvan al bien común aun los incentivos del egoísmo y más todavía los de la iniciativa privada, del anhelo de producción y construcción, de la ideación individual de servicio? ¿Se quiere mantener en México un clima propicio al hombre digno y libre, conviviendo en la tranquilidad de un orden justo? Entonces es menester que el Estado entienda su papel de rector, su deber de justicia y de estímulo, de seguridad y de impulso, de ímpetu y de equilibrio, y que no cambie el oro de su misión verdadera por las cuentas de vidrio de una facilidad transitoria que la nación entera pagará después con sacrificio, o con su propia vida.

## EL GOBIERNO Y SU “TÉCNICA DE SANSÓN”: INSISTE EN LAS SOLUCIONES DE EXPEDIENTE

### **Costo del vivir**

Sigue subiendo el costo de la vida. El costo material y el que se expresa en dificultades, obstáculos e inquietudes de todo orden. El que dificulta o imposibilita “la tranquila convivencia en el orden”.

Respecto al costo material, después de tantas promesas, de tantos anuncios, de tantas medidas frecuentemente contradictorias, otra vez funcionarios elevados se reúnen oficialmente en estos días fiara estudiar el problema, y de nuevo, haciendo elemental referencia a las causas económicas reales, insisten en el tema del acaparamiento y de la especulación y, lo que es peor, reinciden en las ideas de suprimir por decisión autoritaria o reemplazar con organismos burocráticos, los mecanismos normales de distribución.

Como si no fuera evidente que el acaparamiento y la especulación son obra, por una parte, del desquiciamiento general de la economía, y, por otra parte, pueden y deben ser evitados o reprimidos por los medios ordinarios de policía y de Código Penal que están al alcance de la autoridad común, siempre

\* Revista *La Nación*, año VII, número 354, 24 de julio de 1948, p. 2.

que ésta quiera cumplir con su deber y no se detenga ante compadres, amigos o influentes. Como si no fuera obvio, también, y comprobado reiteradamente por la experiencia, que el tratar de reemplazar los instrumentos económicos normales de distribución por medios burocráticos, da siempre resultados adversos o exige, para lograr frutos estimables, una completa y cerrada organización, bien distante de nuestras posibilidades, y, por fortuna, innecesaria en nuestra situación. Indisputable testimonio rinden a este efecto en México, las “Reguladoras”, los “Consortios”, las “Nacionales Distribuidoras”, los “Aforos y Subsidios”, los decretos de fijación de precios y todas las demás medulas similares, puramente demagógicas, cuando no base o pretexto de fraudes y especulaciones mayores.

### **Causas económicas**

Y ante la situación angustiosa, en el pasado, y según parece, por desgracia, también ahora, con una técnica que, deliberadamente o no, es la “técnica de Sansón”, la técnica del desastre del frente populismo, se insiste en las soluciones de expediente o en las torturas a la economía que, en vez de resolver el problema, lo agravan. O se insiste en las soluciones a medias, que desacreditan los caminos razonables de remedio y, naturalmente, nada salvan.

Hay un problema de producción y en él, fundamentalmente, un problema de producción agrícola. Nada, salvo motivos inconfesables de carácter político, en el peor sentido de la voz, ha impedido o impide ahora la adopción de un programa completo de planteamiento sincero y de resolución de los problemas agrario y agrícola de México. Está sin definir la situación jurídica y social de quienes trabajan la tierra, cualquiera que sea su categoría; están sin proteger nuestro suelo y nuestros bosques; está sin organizar –o peor aún, con una organización equivocada–, crédito agrícola; está sin atención –o lo que es más malo todavía, con una atención parcial, sin visión de conjunto y sin base económica real–, la estructura de precios de los productos agrícolas; está pendiente la construcción



de graneros; está cada vez más deteriorado el sistema de transportes y una nueva ley que afectará el tránsito por carreteras, tenderá a hacer todavía más caros y más difíciles esos transportes.

Como se ve, los actores que obstaculizan o encarecen la producción, no son hechos ajenos a la voluntad, inevitables, sino consecuencia de actos y omisiones de la autoridad. Y en manos de ésta, a pesar de cuanto se ha dicho y se diga respecto a la influencia –innegable, pero no decisiva–, de la guerra, de la amenaza de guerra o de la crisis mundial, se ha encontrado o se encuentra el remedio, a condición de buscarlo y ponerlo en práctica con aptitud y con auténtico y exclusivo propósito de bien común.

Sobre el problema de producción, quizá con más importancia determinante en estos momentos, está el deterioro, deliberadamente causado y fomentado, de ese elemento básico de la vida económico que es el sistema monetario y de crédito. Un Banco Central substraído de su misión verdadera; un sistema de crédito paralizado para el bien, y regulado por disposiciones externas y autoritarias en vez de serlo por sus propios factores y mecanismos; un conjunto de instituciones estatales o para-estatales que rompen la responsabilidad y destruyen toda posible regulación del crédito; un mercado destruido por monstruosos pactos de recompra y por inversiones obligadas, haciendo imposible el esfuerzo de capitalización y creando acumuladas amenazas de inflación. Todo ello sumándose para fomentar la incertidumbre que a su vez y desde luego, se refleja en todos y cada uno de los factores antes señalados y estimula su acción desquiciante.

Y como centro de estas fuerzas de estorbo y desviación de la vida económica, la insistencia obstinada en un erróneo concepto de la función que al Estado corresponde en la economía, un estatismo lleno de titubeos y contradicciones; pero persistente, junto con una lamentable ignorancia o un abandono criminal de la verdadera misión de justicia, de orientación, de tutela, de dirección y estímulo que competen al Estado.

### **Caminos de solución**

Están indicados. No son misterios imposibles. Su técnica es conocida y accesible. Sólo demandan, nunca es excesivo repetirlo, un concepto y un programa de conjunto, una resuelta decisión y una ejecución limpia y exclusivamente pendiente del bien común.

Restablecer la confianza; la confianza monetaria desde luego, cerrando definitivamente el paso a las medidas que de modo fatal producen la inflación o constituyen inminente amenaza de inflación y de nuevas desvalorizaciones. Cerrar el paso al crédito dispensado por el Estado o por sus agencias, como favor político o, en el menos malo de los casos, como aventura sin responsabilidad o como servicio que está fuera de la competencia de la autoridad; empeñarse en rehacer un mercado de capitales y en dar al ahorro las seguridades, el estímulo y los cauces reales, en vez de ahuyentarlo o desviarlo con proyectos de un arbitrismo deleznable; restituir el Banco Central a su función propia de regulación monetaria y crediticia y dar al sistema de crédito la responsabilidad y la agilidad, la dirección y la firmeza que debe tener para servir las necesidades legítimas y comprobadas de producción y distribución, descorazonando o volviendo imposible la operación puramente especulativa a que conducen siempre las interferencias equivocadas del estatismo; hacer deseable la inmigración de capitales y, desde luego, el retomo de los ahorros que han sido exportados, y hacer atractiva la inversión en México que da vasto campo para el limpio espíritu de empresa. Y, por supuesto remover los obstáculos artificiales que se oponen a la producción o la encarecen, o dificultan o encarecen el transporte, o perturban la distribución normal.

### **Reforma social y política**

Pero no basta lo económico. Hay un estado de inquietud social que ciertamente deriva, en parte, de agitación provocada; pero que, sobre todo, resulta de las dificultades del vivir y de la reiterada experiencia, de frustración de la reforma

social, de la desviación de las instituciones que deberían servir o realizar esa reforma, del uso indebido, de medros políticos o económicos, de esas instituciones entre las cuales se encuentran, en primer lugar, la organización de los trabajadores industriales, la organización de los ejidatarios y el Seguro Social, por ejemplo.

Y hay un creciente disgusto político al comprobarse otra vez, como en el caso reciente de Colima y en el más reciente y aún más indiscutible, de Durango, que el régimen persevera en el espíritu de facción, en la defensa del caciquismo, en la obstinada negativa a permitir que las instituciones básicas de nuestra vida política, el voto y la representación, tengan cumplimiento auténtico y eficacia. El bastardeo del sufragio, inevitablemente produce la incapacidad o la corrupción administrativas e impide cualquier esfuerzo genuino encaminado a resolver los problemas sociales o económicos de la comunidad.

### **Urgencia de la acción**

Porque esto es verdad y porque pueden venir pronto factores nuevos –esos sí, tal vez, fuera de nuestro alcance–, a complicar y a agravar esta situación de ahora, es urgente que la ciudadanía y el Gobierno adviertan con claridad, el peligro y que el Gobierno emprenda sin vacilar las medidas programáticas indispensables que ni siquiera implican rectificación de su política o de sus propósitos en cuanto esa política y esos propósitos estén sinceramente expresados en las declaraciones muchas veces reiteradas por el propio Gobierno.

A una conducta así inspirada del Gobierno nacional, no podrán hacer frente con eficacia ni el caciquismo, ni la conspiración de medro ilegítimo, ni la política sectaria o de campanario. Y a esa conducta, en vez de un pueblo desilusionado, cada vez más alejado del Gobierno, responderá una ciudadanía que sólo pide un principio de rectitud, de competencia, de desinterés, para encender su confianza, para dar su colaboración y para lanzarse resuelta y generosa al esfuerzo.



## LECCIONES, DOS FRENTES, FACTOR TIEMPO

### **Lecciones**

La experiencia de los mercaditos, –despojada ya de la publicidad que sólo se justifica como medida de emergencia tiara calmar la protesta y facilitar la espera de las medidas fundamentales que la situación requiere–, ha dado lecciones que no deben desatenderse.

En primer lugar, que existe toda una cadena de errores y abusos que estorban y encarecen ilegítimamente la distribución. Las dificultades creadas para el transporte por el desastre cada vez más angustioso de los ferrocarriles; la entrega ilegítima del uso de las carreteras a monopolios y coyotes; la multiplicación de agentes e inspectores, ilegítimos también, de la Distribuidora, de tránsito federal, de las policías de los Estados y del Distrito. Suprimir radicalmente estos estorbos y las múltiples exacciones que ellos significan, para todos los productores y los comerciantes, es absolutamente indispensable.

Después, la confirmación, sólo necesaria frente a la ceguera obstinada de un régimen inepto, de que la carestía nace de la escasez, disque el aprovisionamiento

\* Revista *La Nación*, año VII, número 359, 28 de agosto de 1948, p. 7.

suficiente es no sólo la mejor, sino la única manera de evitar el encarecimiento. Por supuesto, los mercaditos no representan una posibilidad real de abastecimiento suficiente para el Distrito Federal, ni el problema de la carestía se limita a esta región, ni es aceptable que, para hacerle frente en la Capital, se use un sistema que puede significar el despojo de otras regiones del país. Pero queda la enseñanza, para la autoridad, de una forma real de combatir la carestía cuando ésta no sea debida a la insuficiencia real de los bienes disponibles: promover la competencia. Aun agendas como la Distribuidora y Reguladora podrían ser de utilidad, en vez de servir de estorbo abominable, si su acción se encaminara exclusivamente a este apoyo marginal de la competencia o, en los casos de una deficiencia comprobada de producción, a suplir ordenadamente esa deficiencia transitoria, sin pretender la destrucción del mecanismo normal y debido de la distribución, ni empeñarse en substituirlo con un sistema burocrático ineficaz y siempre abierto a la corrupción y al abuso.

Frente a las fuerzas naturales, la actitud inteligente es la de encajamiento de ellas al servicio del bien del hombre, no la de dictar preceptos pomposos y falsamente imperativos. Frente al río que se desborda, es trágicamente pueril la autoridad que ordena a las aguas volver a su cauce, cuando hubiera debido en tiempo prever el desbordamiento o atender la emergencia alzando los diques más sólidos y más altos que pueda levantar. Y en la economía actúan también fuerzas naturales.

Cumplida su calmante misión transitoria, que no puede tener larga eficacia, los mercaditos desaparecerán. Que la lección se aproveche para el programa de fondo cada vez más urgente. Los analgésicos tienen una misión fugaz, y pueden ser terriblemente contraproducentes a grandes dosis o en uso prolongado.

### **Dos frentes**

No es posible, en la complejidad de los hechos que integran una coyuntura como la que México vive ahora, describirla con la exactitud de esquemas algebraicos.

Hay los datos económicos que con más facilidad podrían encerrarse en uno de esos esquemas; pero hay, también, los datos de una realidad política en los que la definición y, más aún, la estimación de las fuerzas, escapan a la esquematización, ya que ni siquiera pueden medirse esas fuerzas por su importancia propia, sino que muchas veces sólo tienen el peso que les presta una situación de momento o el que, aun por error, se les atribuya desde el Poder o desde las fuerzas contrarias. ¡Por tantos años hemos visto gigantones políticos temibles que resultaron ser simples fantasmas! Hay, también, los datos de la reacción social que puede ser lanzada a confirmarse en la desilusión y en la desconfianza o que, al contrario, puede ser retomada a la fe y al prudente optimismo. Son los imponderables que, a pesar de su situación determinante, forman siempre el residuo imprevisible del acontecer social.

Pero en lo que está más cerca de la medida y del juicio, en el dato económico, son dos los factores que reclaman ataque a fondo: uno, la organización de la producción; otro, el freno a la inflación. Muchas medidas más, complementarias, serán útiles o indispensables; pero sin atender a estos dos capítulos substanciales con acierto y firmeza, nada podrá lograrse.

En los dos frentes, por fortuna, la actuación es posible. Graves limitaciones y amenazas para el desarrollo de México, que requieren un inteligente y sacrificado esfuerzo, pesan sobre nuestro futuro, porque con despreocupación suicida hemos vivido abandonando el aprovechamiento, la conservación y aun el simple conocimiento de nuestros recursos naturales. Mas para satisfacer las necesidades del presente, para invertir la situación de déficit intolerable en que hemos vivido, para organizar un programa austero pero suficiente, sí existen desde ahora todas las posibilidades. Simplemente será necesario remover estorbos artificiales, quitar los obstáculos deliberadamente puestos en el camino del trabajo. Precisa comenzar luego con un programa nacional, comprensivo, sincero y completo, que nos permita hacer frente al futuro; pero para la suficiencia inmediata, casi es bastante el esfuerzo mínimo de no estorbar.

En cuanto a la inflación, no estamos en ella porque México se encuentre arrastrado por la espiral inevitable de un fatal desequilibrio, como sería una guerra, por ejemplo. La inflación que padecemos ha sido hecha intencionalmente, no para atender urgencias ineludibles, sino principalmente, para satisfacer programas ineptos o caprichos irresponsables, cuando no voracidades intolerables. No es imposible, pues, ni muy difícil siquiera, frenar esa inflación. Las necesidades de México son muy grandes; pero lo que se ha hecho creando el ímpetu inflacionista, no ha sido atender esas necesidades, sino dar sobre ellas preferencia a la arbitrariedad de proyectos indigestos, inoportunos o desproporcionados o, –duele repetirlo– a fraudes monstruosos. Bastará el esfuerzo de definir las necesidades verdaderas, de ordenarlas en jerarquía de urgencia y de posibilidad, de eliminar lo superfluo o indebido para poner desde luego, a cortísimo plazo, un freno seguro a la inflación. Bastará, sobre todo, el restablecimiento de los “controles” técnicos en la creación y regulación monetaria, para que suavemente se ajuste, y con brevedad, el criminalmente perturbado sistema monetario. Y de paso, volviendo de la euforia que la falsificación de moneda produce siempre, será fácil comprobar que para la necesidad auténtica de México sí contamos con posibilidades suficientes, cuando éstas sean conocidas y aprovechadas con aptitud y con honradez.

### **Factor tiempo**

Obviamente, la necesidad de abandonar el tipo artificial de cambio exterior, fue un enfrentamiento inesperado con la realidad, con una realidad obstinadamente negada y con la que no es quería contar; para la que no existían preparativos. Una realidad que desfondaba apariencias en las que estaban fincados poderosos intereses. En ese sentido de iluminación, de medio para poner en descubierto los hechos reales que las circunstancias o el apetito habían venido ocultando, de principio, por tanto, de un camino de renovación, el abandono de tipo de cambio puede ser útil, como la fiebre que revela una infección y ayuda a superarla.



Y no es inexplicable, así, este compás de espera que se ha querido llenar con medidas ostentosas que simplemente eviten los datos explosivos de la situación y permitan rehacer una composición de lugar. No se revierte fácilmente una tendencia de muchos años, lastrada, además, con intereses cuantiosísimos. Pero sería un grave error el de considerar que ahora el factor tiempo trabaja en favor de una solución. Al contrario. Desde el punto de vista económico como del psicológico, del interno como del internacional, hemos perdido mucho tiempo y hemos dejado pasar ocasiones preciosas y tal vez irreproducibles. Que el compás de espera no se prolongue ni haya la equivocación de pensar que una sola medida o un breve conjunto de disposiciones, aun acertadas, puedan reemplazar el programa integral que es necesario.

Y mencionado de paso el dato internacional, parece urgente recordar que, no obstante, las ligas jurídicas y económicas que nos vinculan internacionalmente, la solución está sólo en nuestras manos. De lo internacional, sin faltar al compromiso y al buen nombre, hemos de tomar la ocasión. No aceptar la compulsión y aun puede decirse que ni el consejo. La compulsión, porque aun desde el punto de vista del deber internacional sólo podremos cumplir nuestros compromisos expresos o la obligación general de colaborar con las demás naciones, si nuestra propia vida está organizada y en equilibrio. El consejo, porque nuestro problema no es sólo de técnica monetaria o financiera, sino más hondo y más extenso, y sólo puede ser planteado rectamente con un profundo conocimiento, vivido, amorosa y angustiosamente vivido, de nuestra historia. Hay, además, tal cantidad de falsas etiquetas sobre las tendencias, los hechos de los hombres de México, que el extraño, aun siendo penetrante y dueño de buena técnica, inevitablemente caerá en error lamentable al interpretar nuestra realidad.

Un dato más: nuevamente el pueblo de México ha dado muestra de cordura y madurez. Que los cínicos o los escépticos la entiendan peyorativamente como incapacidad de comprensión y de reacción. Peor para ellos. Pero los

responsables no deben equivocarse a este respecto. Además de la reconocida capacidad de esperanza, además de la sobriedad increíble, hay en México ya una madurez realista que sabe los límites de la posibilidad y los acepta; pero que no aceptará ya la continuación en el error o en el abuso, aunque la aplasten con propaganda o transitoriamente la inhiban con la fuerza.

## SUFRAGIO EFECTIVO

### **38 años**

Un nuevo aniversario de la Revolución. El que completa el ciclo de 38 años generalmente atribuido a una generación. En la gran marea de las comunidades nacionales, término suficiente para realizar y aquilatar.

El punto de referencia que es 1910, sigue siendo válido. Por haberlo perdido frecuentemente de vista, por falta de continuidad en el esfuerzo básico que entonces se señaló, las realizaciones de estos 38 años son incompletas o se han torcido.

Y todavía es labor principal y condicionante de una “nueva era” –como en 1910 se dijo–, el cumplimiento del anhelo postulado entonces.

### **Sufragio efectivo**

No fue un error de perspectiva histórica, ni fue una ingenuidad, ni fue el resultado “dialéctico” de las condiciones materiales de producción de entonces, el haber dado como signo y meta al movimiento de 1910, la efectividad del sufragio.

Muchos, en estos años, y muy especialmente desde el Poder o desde sus beneficios, han pretendido negar validez al postulado inicial de la Revolución.

\* Revista *La Nación*, año VIII, número 371, 22 de noviembre de 1948, pp. 22, 32.

“Madero olvidó”, dicen, “la impreparación del pueblo para el sufragio”. Otros, siempre en los aledaños del Poder, alegan: “el problema de México era y es mucho más hondo de lo que creyó Madero, el ingenuo, y el sufragio nada resuelve de ese problema”. Otros, por supuesto bien metidos en la sangre, en la médula misma del Poder y en la negación de todo lo que pueda limitarlo y hacerlo humano, siguen gritando todavía: “sólo las condiciones materiales de vida, las relaciones de producción, y no el sufragio que es su estructura política, dieron comienzo a la revolución de 1910 y merecen esfuerzo de cumplimiento”.

Falso, Madero vio bien. Los hombres de 10 vieron bien. La intuición del pueblo entonces, fue certera y llegó al corazón, al núcleo del problema de México.

### **Prueba indudable**

Nadie ignoraba, en 1910, la multiplicidad y la hondura de los problemas de México, en todos los órdenes de su vida. Pero el primer obstáculo para el planteamiento verídico y la resolución certera de esos problemas –entonces como ahora y como siempre–, era el de la falta de una vinculación real y constante entre el Estado y la Nación, entre el pueblo y el gobierno. El primer paso para hacer frente a los problemas de México, era –y es aún y siempre lo será–, el rebasar ese obstáculo, el crear una auténtica comunidad nacional, única capaz de dar solución genuina a los problemas nacionales.

¿Quién, salvo los miembros de una delgada costra social de nuevos ricos, de falso gran mundo, de aprovechados, contratistas, compadres, coyotes, aventureros y aventureras internacionales –costra que existía entonces como existe hoy, pretendiendo, sin lograrlo, desfigurar a México–, ¿quién ignoraba en 1910 la existencia del desamparo y la miseria, de un mal arreglo de las condiciones del campo, de un pobre aprovechamiento de los recursos naturales, formas múltiples de injusticia social hiriente? Valgan para demostrar que no existía esa ignorancia, ni siquiera en los ámbitos del Poder y de la riqueza, tres

testimonios. El de don Justo Sierra, Ministro de don Porfirio, clamando con su gran voz: “el pueblo tiene hambre y sed de justicia”. El de Limantour, Ministro también y abanderado del grupo más criticado del porfirismo, al fundar la Caja de Préstamos y expedir su circular previendo la urgencia de cambios fundamentales en la economía agraria de México. El de don Pablo Macedo, Director de la Facultad de Derecho, analizando con ojos de su tiempo; pero con intuición del porvenir, la evolución económica de la Patria.

No. Nadie dudaba el inmenso problema social y económico de México; pero la intuición vital acertó al decir que el desamparo y la miseria, la deficiencia de producción, el mal aprovechamiento de los recursos naturales, la injusticia social en todas sus formas, no podrían remediarse entonces –ni han podido serlo hasta ahora, ni lo serán más tarde–, mientras haya un abismo entre el pueblo y el gobierno, mientras sea imposible sumar, en verdadera unidad nacional, todas las voluntades y todos los esfuerzos; mientras no haya representación verídica, mientras no exista el sufragio efectivo.

La experiencia de estos 38 años completa la prueba, la integra con dolorosa perfección. Burla del sufragio y fraude electoral, en la base. Luego irresponsabilidad y corrupción del Poder, sus funcionarios y agentes, que en virtud de ese fraude dependen de un compadre o de un socio y están a su servicio y no al servicio de la comunidad, del pueblo. Programas de gobierno sin relación con la opinión, o abiertamente hostiles para las más justas y sagradas postulaciones de esa opinión. Imprevisión o atraco de la autoridad que por falta de su base deja de ser obligación de servicio y se vuelve hecho de fuerza. Abandono, sin solución, de los viejos y profundos problemas esenciales y despilfarro de energías, de patrimonio, de tiempo insustituible, en crear problemas nuevos y en estar siempre en la agitada y vana carrera de los expedientes, de las cataplasmas, de los estupefacientes, por ineptitud, o por irresponsabilidad, o por conveniencia; en vez de acudir austeramente a las soluciones verdaderas. Esa es la experiencia.

1910 tuvo razón. La intuición de entonces fue certera y es válida todavía. El primer paso, el esencial, el que condiciona todos los demás, para asegurar una convivencia nacional en paz justiciera, en abundancia, en libertad, es el que asegure definitivamente la unidad nacional, la orgánica y constante participación de la ciudadanía en la autoridad, la representación política verídica, la reforma social cierta, el voto libre y respetado, el sufragio efectivo.

1949





## REINCIDENCIA, PRESUPUESTO, IMPUESTOS

### **Reincidencia**

Otra vez, a pesar de la experiencia del año pasado, el Congreso de la Unión dio la demostración más lamentable de la desviación que sufren las instituciones cuando están falseadas en su base, cuando por no ser auténticamente representativas, como por su naturaleza debieran serlo, carecen de contacto con la ciudadanía y reemplazan su deber de servicio al bien común por la conveniencia de obsequiar sumisamente las indicaciones del Poder.

En contra de lo que públicamente se ofreció el año pasado –ante el unánime movimiento ciudadano adverso a la aprobación de un torrente de leyes, sin estudio ni deliberación, en los últimos días del período de sesiones en las Cámaras–, las dependencias del Ejecutivo volvieron a enviar un gran número de iniciativas ya en los últimos días de trabajo del Congreso, y éste despachó la mayor parte de esas iniciativas, especialmente en la Cámara de Senadores, con precipitación irresponsable. En la Cámara de Diputados, aun cuando muy lejos

\* Revista *La Nación*, año VIII, número 378, 10 de enero de 1949, p. 2.

de alcanzarse los términos de estudio y deliberación que son debidos, y más lejos todavía de votaciones que respondan a la necesidad de decisión racional y no a la consigna irracional y puramente partidista, por lo menos se hizo oír, por voz de la minoría, la opinión pública, señalando errores y deficiencias e indicando el camino verdadero de solución.

En los tres primeros meses del periodo ordinario, las Cámaras tuvieron solamente unas cuantas sesiones. “No obstante que los diputados de Acción Nacional tenían presentadas numerosas iniciativas, y que insistieron reiteradamente en que, de acuerdo con el Reglamento, fueran presentados y sometidos a la deliberación los dictámenes correspondientes, la Cámara dejó sin tratar la mayoría de esas iniciativas.

Ni siquiera pudo ocuparse la Cámara, siendo ese uno de sus más explícitos deberes constitucionales, de la cuenta pública.

Los diputados miembros del PAN y, simultáneamente, el licenciado Elorduy, ante esta situación, demandaron la reunión de un periodo extraordinario de sesiones; pero aun cuando ellos señalaron en sus mociones, explícitamente, los asuntos pendientes que en la convocatoria para tal periodo extraordinario debieron incluirse. la Comisión Permanente, al expedir la convocatoria, ha eludido de nuevo esos asuntos limitándose a listar proyectos de segundo interés, algunos de los cuales ni siquiera fueron presentados al Congreso por el Ejecutivo en el periodo ordinario. Los diputados de la minoría han insistido en la obligación legal que la Comisión Permanente tiene, de incluir en la convocatoria los asuntos que ilícitamente dejó sin tratar el Congreso en su periodo ordinario.

Y así, de nuevo, la opinión pública ha comprobado la urgencia de restaurar el Congreso a la dignidad de su misión auténtica, comenzando al efecto por luchar para que la representación sea genuina, para que la elección de diputados y senadores sea verídica.

## **Presupuesto**

En la versión oficial oficiosa respecto del presupuesto federal, recibido hostilmente por la opinión, se ha puesto el énfasis en el monto del presupuesto, para desviar la discusión pública hacia ese aspecto que no es, ciertamente, el más importante en el asunto.

Los dos mil quinientos millones de pesos del presupuesto federal, que muy fácilmente llegarán a fin de año –como lo comprobaría la cuenta pública, si hubiera cuenta pública–, a dos mil setecientos cincuenta millones o a tres mil millones de pesos, pueden ser una carga excesiva o un gasto necesario y no gravoso, según que el ritmo de la producción y de la vida económica general del país se retrase o se estimule. La cifra del presupuesto es sólo importante de modo relativo, referida a la cifra de la renta nacional completa, al monto de la producción. El presupuesto aprobado con el corazón ligero por los diputados del partido oficial, puede ser normal, si el programa del Gobierno encauza y fortalece la vida productiva de la Nación; puede ser catastróficamente excesivo, si ese programa mantiene o levanta obstáculos contra la producción o la encarece irracionalmente, o fomenta la inflación, o aumenta la inquietud social por la constante elevación del precio de la vida, por el desquiciamiento del crédito y los mercados, por la reiterada falsificación de las instituciones políticas fundamentales.

Pero hay motivos más profundos de oposición al presupuesto. El primero es el de la falta de programa, o el programa desviado y no nacional, que el presupuesto revela. En él se incluyen, en efecto, cuantiosas partidas globales, que podrán o no responder a necesidades verdaderas y que, por tanto, suscitan duda y repulsa de la opinión. Una relación de partidas globales no es el presupuesto a que se refiere la Constitución. No es el presupuesto que la opinión pública pueda juzgar y aprobar.

El segundo motivo de crítica, es el de la inclusión en el presupuesto de numerosas partidas para las cuales no se ve un destino social justificativo.

El Estado sigue echando sobre sus hombros la carga de tareas que deberían y podrían ser cumplidas por la iniciativa privada. Lo siguen haciendo simplemente por la inercia de una posición política que ha sido expresamente abandonada; pero que actúa aun en la conducta práctica de la Administración: la política hacia el Estado totalitario, hacia la centralización, hacia la absorción por el Poder público, de toda la vida social. Muchos millones de pesos podrían eliminarse del presupuesto o dedicarse en él a tareas que sí son propias del Estado, con solo el esfuerzo de puntualizar de verdad un programa de Gobierno y, con él, una firme orientación de la política nacional. La carga de otros muchos millones se aligeraría, si el Estado tuviera la resolución suficiente para organizar en forma adecuada servicios como los ferrocarriles, o para dar solución verdadera a problemas como el del petróleo y, en general, del aprovechamiento de nuestros recursos naturales, y al problema esencial del campo.

Hay un tercer motivo de oposición que cada día se acentuará más y con razones más evidentes: es el del pasmoso desequilibrio entre el presupuesto federal y los presupuestos de los Estados y de los Municipios. Frente a los dos mil quinientos millones de pesos de la Federación, habrá en este año para todas las Entidades Federativas excluyendo el Distrito Federal, un presupuesto sumado que tal vez no llegue a los cuatrocientos millones, y para todos los Municipios de la República, una suma total de presupuestos raquíticos y miserables que tal vez no llegarán, en conjunto, a cien millones de pesos. ¿Esas cifras denotan a la existencia de un verdadero sistema federal? ¿No se encuentran en ellas, simultáneamente, la expresión y el camino de un nulo centralismo, cada vez más lejano del pueblo, cada vez más sordo a sus necesidades y exigencias, cada vez más olvidado de los escenarios públicos esenciales, cada vez más opresivo y exactor? ¿No dan esas cifras la explicación de por qué languidece la vida local, entregada a un caciquismo despiadado e inepto que depende en todo del Poder Federal y sólo está atento a las demandas insaciables de una maquinaria política central corruptora, con olvido completo de las necesidades reales de la población?

## **Impuestos**

También se ha procurado desviar la atención de la opinión pública, en lo que se refiere a las nuevas disposiciones fiscales, hacia los aspectos menos trascendentales. Se ha hablado, sobre todo, de la elevación de los impuestos o de la creación de nuevos gravámenes. Pero obviamente la crítica se funda en consideraciones de más trascendencia. Inclusive, es laudable que el aumento de los gastos se cubra con medios fiscales y no acudiendo a la subrepticia emisión ilegítima de nuevos billetes.

La crítica real apoya en el sentido general de impreparación, de falta de una visión coordinada y completa del problema fiscal y del problema económico de México. Precipitadamente, a última hora, cuando, aunque la Cámara quisiera deliberar, ya no le sería posible hacerlo, se presenta un conjunto de leyes fiscales insuficientemente elaboradas con una redacción propicia a confusiones y errores y estableciendo un panorama de impuestos múltiples que están en abierta contradicción con la necesidad –por las mismas autoridades fiscales proclamada hace un año–, de dar unidad, estructura simple y firme, claridad y facilidad, al sistema tributario.

La técnica de los impuestos especiales, condenada con sobra de razones en la doctrina y en nuestra propia tradición se repite ahora para hacer más espesa la selva de disposiciones que, mucho más que el monto mismo del impuesto, entorpece la actividad de los causantes, encarece la vida, y de paso, merma también, por el alto costo de recaudación, la percepción del fisco.

Torpezas como el impuesto a la exportación, subsisten contra las más evidentes consideraciones de bien público. Se echan las bases para el desarrollo de la espiral de nuevos impuestos de importación que restauren el equilibrio de costos, roto por los impuestos especiales creados ahora. La incidencia fiscal, el fenómeno inevitable del traspaso de la carga del impuesto sobre el consumidor, se vuelve así más incontrolable y de dirección más difícil. La necesidad fiscal se sobrepone a la idea programática de una economía nacional y el impuesto

se traduce en obstáculos crecientes al desenvolvimiento y la afirmación de esa economía.

Ni siquiera responde lo hecho a una necesidad imperiosa. Hay en nuestro sistema fiscal –y las propias autoridades hacendarias actuales lo han dicho reite-radamente–, todos los elementos para lograr una arquitectura tributaria razonable y eficaz, adecuada a un programa económico nacional. Sólo que construir esa arquitectura demanda, primero, la formulación de ese programa y, después, la clara decisión de seguirlo. Y el pecado capital del régimen sigue siendo, precisamente, el de la indefinición programática y el de la falta de decisión apta y limpia para el cumplimiento sistemático de un plan.

## TOLVANERAS, REFORMA ELECTORAL, IMPUESTOS

### **Tolvaneras**

Es increíble la extrema facilidad con que puede ponerse en práctica ahora el sistema que podría llamarse “táctica de distracción”, para evitar que ante la opinión pública se planteen con claridad los asuntos que esencialmente la afectan. Los métodos modernos de publicidad dan cada vez más, al viejo procedimiento de levantar tolváneras, de crear cortinas de humo, posibilidades tremendas, y hacen de él uno de los grandes riesgos sociales de nuestro tiempo. La acumulación de noticias vividas de toda la República, del mundo entero, facilita el juego, generalmente innoble, de quienes utilizan esta táctica de distracción.

Véase, por ejemplo, lo que viene ocurriendo desde la última parte de diciembre pasado en nuestro propio medio. Dos graves cuestiones, de positivo y trascendental interés para la nación, han debido centrar toda la atención de la opinión pública: la necesidad inaplazable de crear un régimen electoral auténtico, y la urgencia de revisar, en sus bases mismas, toda nuestra política

\* Revista *La Nación*, año VIII, número 380, 24 de enero de 1949, p. 2.

económica. Los dos temas, vitales, fácilmente han podido ser oscurecidos por la trivialidad de otros asuntos sin importancia positiva y aun de inconvenientes incidencias para México.

Con ello, el ímpetu verdaderamente valioso, el esfuerzo de verdad orientado al bien, ha perdido oportunidades excelentes o reclama nuevos y agotantes empeños.

### **Reforma electoral**

El tema de la reforma electoral. No falta quien diga (y generalmente lo hacen los que están en el poder o sus sicofantes), que es mínimo y carece de importancia, cuando no llegan hasta los extremos risibles de cualquier presidente del PRI, afirmando que el sistema electoral mexicano es un espejo de perfección, o que el pueblo de México no está preparado para elegir.

Pero la verdad sigue siendo que toda la vida de las instituciones democráticas se falsea y se vuelve imposible, mientras no exista un sistema electoral decoroso, limpio, capaz de permitir ese hecho modesto; pero indispensable, del voto verídico, libre, organizado y respetado. La democracia es una idea compleja, llena de trascendencia, que se extiende a todos los aspectos de la vida de la comunidad; pero toda ella reposa en el dato simple y modestísimo de la veracidad, de la organización de la libertad y del respeto del sufragio. Falsificado ese dato, el edificio entero se derrumba o, lo que es peor se pudre y resulta un régimen de mentira, de corrupción, de irresponsabilidad, de tiranía, en vez de una arquitectura armoniosa de la ciudad, de la vida pública, de la convivencia nacional.

Y el hecho lamentable es que el régimen electoral de México no permite el voto y está basado en la picardía y en el fraude. Desde la existencia ilegítima de esa cosa monstruosa que es el partido oficial, hasta el escándalo de los colegios electorales integrados por los mismos ladrones de votos, todo el mecanismo electoral está viciado. No se adapta ni a la realidad mexicana, ni a la técnica



bien conocida del sufragio. Y las consecuencias las viene padeciendo México en carne viva.

Y junto a ese hecho lamentable, otro, innegable también; pero extremadamente propicio a la esperanza: la ciudadanía, cada vez más apta para dar vida real a nuestras instituciones; cada vez más empeñada, a pesar de todos los obstáculos que contra ella se levantan, en rescatar esas instituciones, en entender su derecho y su deber de intervención en la vida pública, en lograr la representación auténtica que ha de ser base para que la autoridad sea legítima y tenga posibilidades de acción y responsabilidad genuina.

Así, entre otros muchos datos, lo había demostrado en los últimos meses del año que acaba de concluir, una magnífica serie de campañas dadas en provincia para la restauración del municipio. Jalisco y Nuevo León, Morelos y Guerrero, Michoacán y Coahuila. En todas partes, el mismo redescubrimiento de la importancia trascendental del municipio, el mismo anhelo incontenible de arrancarlo de las manos corrompidas e ineptas de la usurpación, y el mismo esfuerzo ejemplar, limpio, valiente, desinteresado. Fue tan obvio el ímpetu ciudadano, y fueron tan cínicas y desvergonzadas las violaciones que el sucio partido oficial hizo al amparo del sistema electoral inepto, que toda la opinión pública se había centrado en el asunto expresando una exigencia que el Poder Público no podía negarse a recoger.

El partido oficial se empeñó largo tiempo en desviar la atención a cuestiones personales, con una demagogia tonta que no logró su propósito. Pero vino el incidente del hemiciclo a Juárez, e inmediatamente se vio la ocasión –que a gran costo no se había podido obtener antes–, de crear la cortina de humo, de seguir la táctica de distracción para ocultar tras una falsamente apasionada discusión de datos históricos de hace un siglo, la ingente necesidad viva, actual, verídica, de una reforma electoral auténtica.

Y ahora, después de la desviación así lograda, se tratará de conformar a la ciudadanía con otra falsificación: con una reforma pueril, insignificante,

simulada, de la Ley Electoral vigente. En la Cámara quedarán, sin dictaminar siquiera, un proyecto completo e inobjetable de Ley Electoral, un proyecto de Ley de Partidos y la iniciativa de creación del Tribunal de Elecciones.

### **Impuestos**

Algo similar ocurrió en relación con la política económica del país. Tras del esfuerzo para aplacar algunas de las peores consecuencias de la crisis que se puso de manifiesto con la desvalorización monetaria en julio del año pasado, atendiendo también a la exigencia de la opinión, se habló oficialmente –aun en la ocasión solemne del 1° de septiembre–, de la necesidad de una revisión completa y programática de nuestra economía. Y al fin del año, precipitadamente, se hicieron pasar –sin más oposición que la de los tres diputados miembros del PAN–, un presupuesto que no lo es, y una serie de medidas fiscales dispersas, atropelladamente formuladas y muy lejos de constituir, siquiera, una continuación del esfuerzo de restablecimiento de un sistema fiscal prometido en enero de 1948. Nada se propuso o se hizo en cuanto a los tópicos fundamentales de nuestra economía: producción, distribución, moneda, crédito, comercio internacional, aprovechamiento de los recursos naturales del país, mercado para hacer viable nuestro propio proceso de capitalización, resolución de los problemas agrario y agrícola.

Y cuando la atención de la opinión pública y la exigencia nacional debieron centrarse en demandar la formulación del programa económico completo que es indispensable para nuestra vida como nación, aprovechándose la inconformidad de los causantes (inconformidad de pesos y centavos) con las pueriles reformas fiscales, se ha hecho una tolvana del más pobre carácter demagógico, que obscurece el inmenso problema substancial.

El debate debió establecerse en la Cámara y en la opinión, sobre la conveniencia nacional y la justificación técnica –muy discutibles– de las leyes fiscales nuevas. Y desde luego, debió elevarse a la consideración del

estado general de deterioro de nuestra economía, de la que es sólo un factor secundario, el factor fiscal. Debió llevarse a la necesidad esencial de tener una Cámara de Diputados verdadera. En vez de ello se orientó escandalosamente al aspecto fiscal y, dentro de él, a sus capítulos menos importantes, a las referencias casi personales.

¿Responsabilidad de los causantes que defienden su interés? Ciertamente; pero sólo una responsabilidad de omisión, aun desde el punto de vista de su propio interés, puesto que aplican su defensa a los centavos del impuesto y se olvidan de que una sola medida monetaria o de producción, o de comercio internacional o de continuación de la injusticia del campo, o de abandono de recursos naturales, significa miles de veces más para el país y aun para los propios intereses particulares de los causantes.

Sin embargo, la responsabilidad de esta nueva oportunidad que se ha dado a la “táctica de distribución”, recae fundamentalmente sobre los funcionarios que la han fomentado y que, peor aún, en vez de plantear razonablemente el asunto fiscal que es técnico, han hecho lo imposible, con los métodos más abyectos del PRI, por volverlo asunto de demagogia.

Será necesario recomenzar el esfuerzo. Hacer que se acaben las planas desplegadas de ataques y de tonterías y las gacetillas de personalismos minúsculos, para iniciar de nuevo el planteamiento en sus términos reales, del verdadero problema angustioso, el de una economía desequilibrada, raquítica, convulsa, cuando podría haber un programa armonioso de economía de suficiencia para todos.

Y entre tanto, al amparo de las cortinas de humo, ni siquiera ha visto el lamentable Congreso sin representación que tenemos, las iniciativas básicas destinadas a restaurar el Banco de México, el régimen de la creación y regulación de la moneda, el mercado de valores, el crédito para el campesino, la formación de un sistema verídico de seguridad social, el claro y limpio planteamiento desinteresado del problema agrario. Pasará más tiempo, infortunadamente

perdido para México, cuando habría sido posible que todos esos capítulos centrales de nuestra vida económica, hubieran sido vistos, estudiados, analizados, en torno de las iniciativas que los diputados de Acción Nacional presentaron al efecto en la Cámara.

Y así, a fuerza de tolvaderas, México ve pasar sus mejores oportunidades, sin aprovecharlas.

## UNA FALSA REFORMA

Es indudable que uno de los anhelos más constantes, una de las exigencias más reiteradas del pueblo de México es el sufragio efectivo. Y tienen justificación este anhelo y esta exigencia no sólo en nuestra historia, sino en el hecho, racional y experimentalmente comprobado, de que el falseamiento del sufragio está en el origen de la mayor parte de nuestros males colectivos y es causa primerísima de que tantas veces se haya frustrado la esperanza de alcanzar una solución genuina para los problemas nacionales más graves y agobiadores.

Por más que se pretenda una interpretación puramente materialista y económica de la historia de México está fuera de duda la permanente presencia, en toda nuestra tradición independiente, de un profundo sentimiento de libertad y de un apego constante a la idea republicana, democrática, representativa. Aun el caudillismo ha sido simple expresión desviada de ese apego y de ese sentimiento, ya que ante la falta de medios jurídicos para evitar normalmente ese imperialismo enmascarado que es el monopolio del Poder por una facción, el caudillo ha significado un camino, aun cuando sea precario y engañoso, de liberación y de afirmación de la voluntad ciudadana en contra del mal uso del Poder.

\* Revista *La Nación*, año VIII, número 382, 7 de enero de 1949, p. 2.

Es un hecho que, por lo menos desde 1857, –un siglo ya– las instituciones representativas y democráticas han sido postuladas como norma ideal de nuestra convivencia y, aun cuando los textos constitucionales relativos hayan quedado sin realización práctica, han tenido un inmenso valor pedagógico, tal vez realizado y acentuado por esa misma falta de cumplimiento que sublima el ideal y lo vuelve más deseable.

Desde 1910, este afán de organización colectiva en la democracia, fue más persistente todavía, centrándose la exigencia popular en la nota que es básica en el concepto democrático: la efectividad del sufragio. Y no obstante todas las desviaciones que nuestra vida pública ha sufrido en estos últimos 40 años, a pesar de su frecuente turbación y por encima de una conspiración casi constante para impedir la formación de una conciencia ciudadana y frustrar una y otra vez y siempre la esperanza popular, cada día es más enérgica que la ciudadanía de México demanda el respeto al voto, el cumplimiento de la vieja y reiterada promesa del sufragio efectivo.

La justificación racional de la persistencia de este anhelo, es obvia. Muchos de los problemas que más pesan sobre nuestra vida colectiva, tienen su origen en la autoridad, en la mala autoridad. Y otros, que no han sido resueltos pidiendo serlo, subsisten y se agravan por la deserción de la autoridad, porque ésta no sabe o no quiere o no tiene el vigor suficiente para enfrentarse con ellos, plantearlos con verdad y suscitar y orientar el movimiento nacional unánime que es necesario para resolverlos.

Nuestra economía es raquítica y no produce lo necesario para garantizar a nuestra escasa población una vida suficiente. Y ese raquitismo aun admitiendo las más graves limitaciones al viejo concepto de una inmensa riqueza potencial de México, no es debido a la falta de posibilidades y de recursos naturales, sino a la falta de cordura, de aptitud, de limpieza de la autoridad, para hacer posible el aprovechamiento integral de esos recursos y de esas posibilidades. Tal vez sea cierto que no somos un país de gran porvenir agrícola; pero más cierto

e indudable es que la miseria de la gente en el campo mexicano, la persistencia de una producción rural deficitaria, se han debido siempre a la deserción de la autoridad que no quiso cumplir sus deberes elementales de justicia, de promoción y de estímulo, y se deben hoy, después de casi medio siglo de iniciada la reforma agraria y de casi un cuarto de siglo de ser ya innecesaria la lucha política para el cumplimiento de esa reforma, a otra deserción de la autoridad, que pone el interés político inmediato sobre el bienestar y sobre el porvenir de la nación, se empeña en mantener como intocables soluciones postuladas hace 50 años, y obstinadamente se niega a estudiar siquiera, a pesar de que reconoce la inadecuación de esas soluciones, la situación real actual del problema y la posibilidad de encontrarle soluciones nuevas, genuinas, no de retroceso sino de progreso, no de abandono del más alto propósito inicial de la reforma, sino de cumplimiento verídico de ese propósito que es aprovechar íntegramente los recursos del campo de México y, sobre todo, dar a la población campesina, –el 70 por ciento de la población total de la República–, condiciones humanas y decorosas, espirituales y materiales, de vida y de trabajo.

La justicia social, que tan a menudo se ha hecho flamear en los últimos años como objetivo único que la opinión ha de perseguir, –olvidando la reforma política, la consolidación económica y las demás inquietudes nacionales–, ha quedado y quedará inalcanzada mientras la autoridad no sea representación verdadera y responsable de la nación. Las instituciones en que en la reforma social se cumple y se expresa, no se han establecido o se han establecido y funcionan tarde y deficientemente, por deserción de la autoridad. De la autoridad, que por interés faccioso permite la desviación de la organización de los trabajadores y la introducción en ella de métodos y apetitos de corrupción política; de la autoridad, que no encauza ni sostiene la dignidad de tribunales de trabajo eficaces, que no tiene una política de solano, fuera del capítulo elemental del salario mínimo, que no tiene una política de empleo, que no quiere darse

instrumentos para prevenir activamente los conflictos o las emergencias de trabajo; de la autoridad que se empeña en hacer imposible la existencia de un verdadero sistema de seguridad social y que, más aún, consiente en desfigurarlos y en ponerlos en riesgo grave de fracaso y desprestigio.

Y es también, centralmente, acción u omisión de la autoridad, la causa original de la carestía, de la pérdida del poder adquisitivo de la moneda, de la insuficiencia y de la ineficacia de los medios de transporte, de las perturbaciones en la distribución que obstaculizan y encarecen el esfuerzo productivo del país. Y los estorbos para el proceso de capitalización que nos es indispensable, y la destrucción del mercado, y el deterioro del crédito, y la injerencia destructora del Estado en la economía como mal empresario, injusto pintón y propietario simultáneamente despilfarrado y avaro, en vez de ser rector de esa economía para impregnarla de justicia, estimularla, orientarla al servicio del bien común y protegerla contra la voracidad de propios y extraños y aun contra nuestra debilidad y nuestra impericia.

No es extraño, pues, sino perfectamente explicable y debido, que en la conciencia pública persista siempre, en lugar primerísimo, el ideal del sufragio efectivo como base y principio de todos los demás anhelos de reforma y de mejoramiento de la vida colectiva; que la exigencia de una reforma electoral verídica ocupe cada vez más el primer término entre las demandas populares; que el espíritu ciudadano no haya podido ser deshecho ni desorientado y frente a todas las calamidades y angustias comunes, insista siempre, con penetrante y clarísima intuición, en el problema de la autoridad, de la legitimidad de origen de ésta y, en consecuencia, de su posibilidad real de servir responsable y eficazmente a la nación.

Frente a este anhelo y a esta exigencia del pueblo, se ha alzado obstinadamente el interés de la banda política que se ha negado a modificar las leyes electorales a veces abiertamente, y a veces, en simulación cobarde, ha pretendido engañar a la ciudadanía con reformas insubstanciales e inoperantes y, siempre, con



criminal tenacidad, insiste en mantener un régimen que hace imposible la eficacia del sufragio.

El argumento tantas veces invocado por esa banda, de la imposibilidad de crear en México un régimen normal de elecciones por la impreparación del pueblo para utilizarlo, ha quedado desvanecido por los reiterados ejemplos de ciudadanía que, sobre todo en los últimos años, y en las circunstancias más adversas, ha dado el pueblo y la banda se ha visto obligada a confesar que sólo se opone a la reforma electoral verdadera su interés de seguir con el monopolio del Poder, inventando para ese monopolio una justificación cruelmente cómica: la de decirse la banda, ella misma, depositaría exclusiva y encamación única e intocable de la Revolución y de todo lo que ésta puede significar de mejoramiento y de bienestar colectivos.

El asunto ha estado, pues, siempre y con más indudable realidad ahora, estrictamente planteado como una oposición entre la justa y aplazable exigencia, racional e histórica, del pueblo, y la obstinación facciosa que defiende el interés ilegítimo de un grupo en el Poder. La reforma electoral, en la Ley y en la práctica, es posible y es indispensable para el bien de México. La oposición a esa reforma, cada día más patentemente, es irracional e ilegítima y constituye la fuente principal del caciquismo, de la ineptitud y de la irresponsabilidad que invaden la vida pública.

El Gobierno actual ha reconocido también varias veces la plena justificación de la exigencia de la reforma electoral y ha prometido hacer esa reforma. Al concluir la primera legislatura de este periodo gubernamental, la experiencia comprueba, en todas las elecciones efectuadas después de 1946, que continúan en la práctica los mismos fraudes electorales degradados y que el Congreso se ha negado a hacer la reforma municipal que es básica y a considerar los proyectos razonables de reforma electoral federal propuestos por los diputados de la minoría. ¿Cómo va a cumplir el Gobierno su promesa solemnemente obligatoria?

El año pasado se aprobó un proyecto insubstancial de reformas a la Ley Electoral vigente. Tan pobre, inorgánico y engañoso fue ese proyecto, que el Presidente se negó a promulgarlo y lo devolvió al Congreso. Este, en manos del PRI, y aparentemente contando ya con la conformidad del Ejecutivo, pretende ahora volver a dar ese proyecto, con modificaciones que lo empeoran todavía, como respuesta a la demanda nacional.

Si ese plan se cumple, si el Congreso, llevado por la inercia corruptora del PRI, insiste en el proyecto, si el Ejecutivo está de acuerdo con él, ni siquiera podrá alardear el régimen de haber cometido con éxito un nuevo fraude, porque el fraude implica siempre un cierto engaño y en este caso a nadie será posible engañar. Se tratará, lisa y llanamente, de un hecho de fuerza, de un nuevo abuso del Poder, de un nuevo dato de degradación de la autoridad.

## DEMOCRACIA DEL PRI, O LOS NUEVOS SISTEMAS DE SORDERA REVOLUCIONARIA

Escenario. El Salón de Sesiones de la Cámara de Diputados. Muchas curules vacías. Es el martes 8 de febrero de 1949 y se va a dar cuenta del proyecto de reformas a la Ley Electoral que, procedente del Senado, llega a la Cámara tras curiosos trámites extraconstitucionales. La lista anota una asistencia de 84 de los 147 diputados que deben formar la Cámara. Los faltantes, todos del PRI, andan cumpliendo encargos ajenos atendiendo sus negocios personales o, como el actual alcalde de Monterrey, sirviendo de agente del partido oficial en la violación del voto público. Se abre la sesión y se da lectura al dictamen deshuesado, sin espina dorsal, que repite los lugares comunes dichos en el Senado.

Debate. Hemos de transcribirlo solamente en lo esencial; pero sin que esa transcripción altere en un punto sus datos substanciales:

Diputados miembros del PAN. En los tres años de esta legislatura, por la Cámara han posado numerosos asuntos de trascendencia para México; en todos ellos hemos comprobado deficiencias e insuficiencias que empobrecen a México y merman sus posibilidades de vida. Pero el asunto de la Reforma Electoral

\* Revista *La Nación*, año VIII, número 382, 7 de enero de 1949, p. 2.

es el de mayor trascendencia, porque los demás dependen de él, porque el problema central, el que explica esas insuficiencias, es el de la autoridad, y ese problema, en el régimen adoptado por nuestra Constitución, es fundamentalmente el de la legitimación de origen de la misma autoridad, que sólo puede venir de la voluntad auténtica del pueblo.

Si se hace imposible la expresión de esa voluntad, la autoridad se vuelve hecho de fuerza, pierde sus posibilidades más substanciosas de realización, deja de ser responsable y substituye su contacto vivificante con el pueblo por las vinculaciones esterilizadores de facción o compadrazgo. Y el proyecto de reformas que se nos presenta, no organiza el servicio electoral, sino al contrario. Reitera los errores de la Ley de 1945 y los agrava.

Para que haya un sistema electoral decoroso, es condición primaria la existencia de un Registro ciudadano permanente, que defina con precisión quiénes son los electores. La ley y el proyecto de reformas, no organizan ese Registro y hacen imposible su función, puesto que admiten un censo que se forme cada tres años, sin garantía alguna de imparcialidad, y aun llegan a admitir que puedan formarse, todavía el día antes de la elección, listas suplementarias de electores para cada casilla, con lo que se abre ancha la puerta para el fraude electoral cínico y degradante.

Diputados del PRI. Estos de Acción Nacional siempre son pesimistas. Es que no creen en México. Son unos conservadores y unos reaccionarios. La oposición es una farsa. Y, además, Gómez Morin se hizo mexicano nada más para aspirar a una curul. Y en lugar de irse a Batopilas donde nació, aceptó su candidatura por Parral porque Batopilas es un pueblo humilde, un Distrito Tarahumara. Acción Nacional es el más sombrío reducto de la reacción.

Diputados del PAN. Además de que el proyecto de reformas niega la base misma en que la elección debe fundarse, que es el censo ciudadano, entrega el manejo de la elección a organismos que no son ni independientes, ni técnicos, ni capaces de dar garantías. A la cabeza de esos organismos, pone a la Comisión

Federal de Vigilancia que estará integrada por el Secretario de Gobernación, por otro Secretario de Estado, por un senador y un diputado, todos miembros del PRI; por dos representantes de Partidos, de los que uno, por lo menos, será también miembro del PRI. Y así, en el mejor de los casos posibles, la dirección, la vigilancia y la protección del proceso electoral, quedan entregados a un cuerpo en el que el PRI tendrá cinco votos contra el voto único de un independiente. ¿Qué garantía de imparcialidad en la elección, puede haber con este sistema? No debe aprobarse este proyecto que, en vez de dar seguridades al sufragio, se vuelve instrumento del apetito expresado en reciente discurso por el presidente del partido oficial que exclamó: “no entregaremos el Poder, pase lo que pase”.

El proyecto de reformas ni crea el censo ciudadano, ni establece organismos electorales, capaces de imparcialidad; pero, además, tampoco crea los recursos y garantías procesales que son indispensables, no sólo para evitar o reprimir los abusos en la elección, sino aun para enmendar a tiempo los errores que pueden cometerse. Y es fácil establecer esos recursos sencillos, expeditos, que darían normalidad, decoro y eficacia al cumplimiento del deber ciudadano y sin los cuáles, en cambio, el proceso electoral queda en manos del caciquismo, de los violentos, de los falsificadores.

¿Por qué no establecer esos recursos?, ¿Por qué no crear organismos electorales responsables y aptos? ¿Por qué no hacer un censo verídico de electores? Si con ustedes está la mayoría de la ciudadanía, según ustedes dicen, ¿por qué temen una Ley Electoral que permita de verdad a esa mayoría expresar su decisión?

Diputados del PRI. Son temerarias las afirmaciones de Acción Nacional. El pueblo revolucionario sí está garantizado. Lo garantiza el PRI. Los de Acción Nacional creen que son divinos. También los del PRI sabemos de honradez y de principios. ¿Por qué el Secretario de Gobernación, por ejemplo, sólo por ser miembro del PRI ha de pasar por encima de la Ley? Acción Nacional es un partido de retrógrados. ¿Qué carreteras han hecho, qué presas han construido?

Nosotros construimos presas y carreteras. Aquí hay un folleto que demuestra que fue un revolucionario el primero que habló de sinarquismo en 1915. Los reaccionarios siempre tienen nombre y bandera ajenos.

Diputados miembros del PAN. Quedará subsistente todavía uno de los peores vicios de nuestro régimen electoral: el que deja la calificación de las elecciones a los colegios electorales que son jueces y parte al mismo tiempo, y que no pueden, por tanto, ser garantía del respeto del sufragio. Establecer un organismo independiente para hacer de modo objetivo y con arreglo a derecho la declaración del resultado de las elecciones, es un paso esencial, si se quiere de verdad crear un sistema electoral que permita el sufragio efectivo. Es posible establecer ese organismo limitándolo a su misión exclusivamente objetiva y técnica y sin dejarle la menor posibilidad de intervención ulterior en la vida pública. Con ello se evitaría una de las etapas más sublevantes del fraude electoral. Se integraría así, con el Registro, con los organismos electorales, con los recursos y garantías y con el Tribunal de Elecciones, un sistema que permita lograr lo que es el más perseverante y justificado anhelo del pueblo de México.

Llevamos seis horas de un debate que es una muestra de lo que ha ocurrido en la Cámara en estos tres últimos años. Ustedes eluden toda discusión. A nuestras iniciativas, a nuestros argumentos, a nuestras observaciones, contestan solamente con ataques y con injurias contra personas e instituciones que no vamos nosotros a defender aquí porque no necesitan defensa. Lo que debemos hacer es una Ley Electoral que asegure la expresión libre y respetada del voto. Nuestros argumentos están en pie y demuestran que el proyecto de reformas no crea las instituciones ni los medios adecuados para dar autenticidad y eficacia al sufragio. Nuestro deber, deber de todos, es dar una Ley Electoral que permita a la ciudadanía designar libremente a los que han de ocupar el Poder; no rehuir esa obligación tras una cortina de humo de insultos, para aprobar un proyecto que sistematiza la falsificación del voto y asegura, contra la voluntad nacional,

el monopolio del Poder por una facción que utiliza el Poder mismo para aplastar la voluntad ciudadana.

Es una vergüenza que, a cien años de distancia, se siga repitiendo la frase juarista: “si el gobierno no hace las elecciones ¿quién las va a hacer?” Nosotros, que, sí tenemos fe en México, afirmamos que el pueblo de México sí tiene capacidad para elegir, para cumplir su deber cívico, para tomar su responsabilidad en el bien común. Por ello es justa y necesaria una buena Ley Electoral; por ello es debido un buen régimen de Partidos. La Ley vigente, y los parches propuestos en el proyecto de reformas, ni aseguran la autenticidad del sufragio y de los partidos, ni dan garantías eficaces a la ciudadanía, ni impiden la existencia ilegítima de un partido oficial que es negación completa de la democracia.

Diputados del PRI. Los de Acción Nacional son descendientes de Díaz, de Pío Marcha, de los encomenderos españoles. El PRI es el pueblo de México. Por supuesto. ¡No faltaba más! Los campos regados de sangre. Las voces de los muertos. La democracia social, no los escrúpulos románticos del voto. No vamos a caer en la trampa de hacer una Ley Electoral que permita a los reaccionarios expulsarnos, del Poder. Nosotros rubricamos la frase del jefe del PRI y decimos que no entregaremos el Poder sino por la fuerza de las bayonetas.

Gran final. Se aprueba en lo general el proyecto de Ley, por el voto indiscrepante de los 76 diputados miembros del PRI presentes en la sesión.





## LA TÉCNICA Y EL BIEN PÚBLICO CONTRA LA MAGIA NEGRA DEL DIRIGISMO MONETARIO

### **Dirigismo**

Bien conocido es el auge que en los últimos lustros ha tenido la idea de la economía dirigida. Y con razón en principio. Sería absurdo abandonar al libre juego de fuerzas sociales –y más aún a la combinación y a la dirección de especuladores irresponsables–, la suerte económica de la sociedad, el nivel de vida, el ahorro, la posibilidad de aprovechamiento de los recursos naturales, la existencia de fuentes de trabajo, el salario y la aplicación de la renta nacional.

Fue uno de los pecados imperdonables del liberalismo ese abandono, del que todavía estamos recogiendo, está recogiendo el mundo entero, una amarga y contradictoria herencia.

La denuncia de la irracionalidad de ese abandono, de los frutos monstruosos de desigualdad, despilfarro, interna e insalvable contradicción del sistema, ocupó una buena parte de la literatura técnica y la parte mayor de la propaganda social de nuestro siglo. Y como resultado más destacadamente

\* Revista *La Nación*, año IX, número 419, pp. 20 y 24.

visible de ese empeño crítico, el “dirigismo” económico se ha vuelto tesis del día, así en las consignas del movimiento social, como en la propia elaboración técnica y, sobre todo, en los programas y en la acción concreta de los gobernantes.

De este modo con explicable, aunque ominoso exceso, el dirigismo se extiende hoy a toda la actividad económica. Hay que dirigir el aprovechamiento de los recursos naturales, y la creación y el funcionamiento de la industria pesada, y el trabajo de la industria de transformación; hay que dirigir la distribución y los transportes y el comercio, –desde el comercio internacional, hasta los puestos en los mercados y en las aceras–; y naturalmente, hay que dirigir el trabajo, y los consumos, y el ritmo del gasto o del ahorro. Ya en ese plano inclinado, hay que dirigir, también, la propaganda y los medios de expresión de las ideas llegándose muy pronto por ese camino a la necesidad de dirigir también las ideas, en la Universidad y en el partido político, en las escuelas secundaria y primaria y en el hogar; en el *kindergarten* y –por qué no–, en los requisitos prenupciales de los que dependen una buena política racional de selección de parejas, de esterilización de los insociales, y la formación así, de una súper raza “dirigida desde antes de la concepción y hasta después de la tumba”.

Ese es el desenvolvimiento dialéctico del dirigismo que podría llamarse “liberal” en el sentido profundo de abandonar a sus propias leyes internas de desenvolvimiento la tesis inicial, cierta, de la necesidad y de la conveniencia de racionalizar para el servicio del hombre, el juego de todas las fuerzas económicas y sociales.

### **Moneda**

Pero limitando solamente estos comentarios al dirigismo que se aplica a los datos esenciales de la economía –porque su examen completo es asunto de otras historias–, aún en los Estados que han desdado guardar un equilibrio entre

dirección y libertad, la política dirigista, aplicada al dato económico esencial de la moneda, ha permeado inevitablemente toda la vida social y ha traído consigo consecuencias incalculadas tales, que empieza a abrirse una etapa crítica nueva de enorme importancia.

El dirigismo monetario ha sido ya experimentado en el mundo entero. En algunas partes fue impuesto por la guerra misma; en otras, lo ha sido por razones de ideología política y como puerta bien ancha para dar curso al afán totalitario de regimentación estatista y a la especulación; en otras, ha resultado indispensable por razones doctrinales, como instrumento técnico para hacer frente al impacto de una economía internacional desquiciada frente a la cual era indispensable proteger la economía propia.

Ejemplos del primer caso son Francia, Italia e Inglaterra, entre otros países de nuestra cultura; ejemplo del segundo, es México, para no hablar del bloque oficial del Soviet. El más destacado ejemplo del tercer caso, son los Estados Unidos, en donde, a pesar del predominio completo en el anhelo general, de las tesis de libertad responsable y a pesar de una economía no sólo firme sino poderosa más allá de todo precedente, ha sido menester, en la convulsión del mundo actual, la adopción de criterios dirigistas en varios aspectos de su vida económica y, muy particularmente, en el aspecto monetario, pudiendo decirse que la inspiración doctrinal básica se ha recibido directa o indirectamente de Keynes, el gran economista, investigador de los ciclos que alternativamente producen euforia y malestar, abundancia y miseria, en la vida económica y social.

### **Experiencia**

Es posible señalar ya algunos de los frutos de ese dirigismo, especialmente en lo relativo a la moneda. La crisis monetaria, en vez de quedar circunscrita y limitada en tiempo y en consecuencias, ha venido extendiéndose a saltos, de país a país, de consecuencias a consecuencias.

Ha quedado demostrado que no es posible reemplazar con la manipulación, aún la más hábil y la más limpia, un cierto grado de libertad en las fuerzas económicas mismas. Se ha vuelto patente tanto la pobreza que todavía existe en el conocimiento cabal de los hechos económicos, cuanto la facilidad extrema o más bien dicho, la fatalidad ineludible con que se tiende en el dirigismo a deformar el hecho económico y a desvirtuar las fuerzas naturales de la economía, cuando el principio de una buena dirección, de una dirección verdadera, sería justamente el de la correcta producción e interpretación del hecho económico y el de la utilización auténtica de las fuerzas de la economía.

Es como si ante un organismo humano enfermo, el médico comenzara por introducir síntomas nuevos, hacer desaparecer dolores reveladores, paralizar órganos y procesos orgánicos esenciales y luego, en un cuadro clínico artificialmente desfigurado, aplicara medios químicos y mecánicos en substitución de los instrumentos y de los procesos biológicos transitoriamente detenidos; pero que empezaran a actuar después por su propia cuenta y según sus leyes propias.

### **Reacción**

Desde el punto de vista práctico, los últimos acontecimientos monetarios mundiales encabezados por el derrumbamiento de la moneda inglesa han provocado –no hay mal que por bien no venga– un movimiento de reconsideración de la experiencia dirigista. Desde el punto de vista político la vinculación inevitable entre un dirigismo monetario –que trasciende luego a un dirigismo económico– y el totalitarismo que aspira al dirigismo social y hasta al intelectual al moral y al religioso, han determinado también un movimiento de defensa. Y desde el punto de vista doctrinal, las lagunas y, las omisiones y en razón de ellas, los errores de Keynes, de su escuela legítima (para no hablar de las interpretaciones primarias y malévolas de la tesis Keynesiana, como en México), están siendo descubiertos y precisados y determinando un movimiento

ardiente de rectificación que aprovechará, sin duda, muchos de los atisbos geniales de la doctrina; pero rechazará las consecuencias de un entendimiento simplista del complejo fenómeno humano y el pueril intento de reducirlo a uno sólo de los aspectos de la economía.

Quedará, demostrado otra vez por la terrible experiencia actual y precisado en sus posibilidades y en sus restricciones, el firme principio que establece como deber para el hombre el de un esfuerzo incesante por conocer, cada vez, mejor, las leyes que rigen los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad; quedará, reiterada en su aspecto esencial, la condición central de toda labor técnica –así la del químico como la del arquitecto, la del mecánico como la del legislador, la del físico como la del economista–, que es la de utilizar las fuerzas mismas, los hechos mismos, naturales o sociales, que pretende transformar, orientar y hacer servir a un fin humano, para lograr su propósito. La diferencia entre la técnica y la magia, es esa justamente: una acepta, reconoce y empica las leyes naturales para dominarlas y darles sentido humano; la otra, simplemente se instala frente a esas fuerzas y las conjura para impedir su acción o para desencadenarlas.

El camino por andar, para una rectificación de la magia dirigista, en la teoría y en la práctica, va a ser largo y en él se alzarán obstáculos gigantescos de vanidad, de especulación y de poder. Los magos del dirigismo han hallado un conjuro fácil para desatar, en su beneficio, fuerzas sociales y económicas que para ellos mismos y por algún tiempo, a costa de las insufribles para la sociedad humana, desatan posibilidades aparentemente inagotables de riqueza y de poder. Pero la reacción de la realidad que ha sido parcialmente desconocida y la reacción de la inteligencia que por su propio honor y por su naturaleza, –fuera de los casos de los intelectuales alquilados al poderoso–, sigue trabajando, impondrán esa rectificación que es parte esencial, como se reconocerá pronto, del programa verdadero de salvación del Occidente, y condición del nacimiento del mundo nuevo capaz de resolver la antinomia de orden y libertad, de seguridad y de justicia.

## Posibilidades

No es aventurado, aunque ciertamente pueda serlo prematuro, decir que la rectificación práctica comenzará por la moneda. El fracaso de las manipulaciones de los gobernantes en asuntos monetarios, es tremendo e inocultable; los pueblos padecen torturas ya intolerables por esas manipulaciones que no han reconocido límite. El natural impulso será el de acabar con esas manipulaciones y crear, otra vez, un sistema de frenos que modere la aventura política convertida en perversión del funcionamiento monetario, y que restrinja o impida, en otros casos, el apetito voraz de especulación y de poder instalado como en la dirección de este instrumento, la moneda, que ha de ser usado para el bien del pueblo y no para su opresión y su miseria.

Quizá se vuelva pronto a echar mano de mecanismos de limitación como la vinculación de la moneda con el oro. Los Estados Unidos, –en medio de esta crisis que no los deja ilesos y que es, desde todos los puntos de vista, una amenaza inminente no sólo para su economía, sino para su propio ser–, podrán, promover y así lo harán tal vez, un retorno de las naciones occidentales al *gold standard*, ni patrón oro, para echar una ancla en medio de la tormenta y ganar el tiempo indispensable a fin de reconstruir un sistema racional.

Inclusive será menos costoso para los propios Estados Unidos, proporcionar a todas las naciones occidentales los medios para restituir una seguridad monetaria, que continuar una línea indefinida de “préstamos y arrendamientos”, de “planes Marshall”, y de otros medios similares igualmente externos, mecánicos, inorgánicos, que inútilmente pretenden restablecer un poco de orden en la economía de Occidente, dar posibilidades a la recuperación de esa economía y proteger la vida misma de los Estados Unidos.

La vuelta lisa y llana al patrón oro, sería un movimiento trivial de reacción, seguramente insostenible. El retorno a una forma de patrón oro como medio para hacer frente a la emergencia, a la desorbitación monetaria actual y dar, así, posibilidades para la adopción de un sistema nuevo que afine el viejo

régimen y le dé agilidad y lo complemente con instrumentos internacionales de cooperación y restituya el sentido de la responsabilidad incalculable del manejo de la moneda, será una medida salvadora.

Y así como el dirigismo monetario ha sido la puerta abierta para otros excesos contra la inteligencia y contra la libertad, la instauración de un régimen nuevo de limitaciones responsables, de verdadera técnica en el manejo de la moneda, será el comienzo de una larga serie de medidas para dar de nuevo sentido humano a toda la actividad del Estado. Quienes no están cegados por la euforia de la especulación y del poder que medran sobre la angustia y la opresión del hombre, advierten ya con júbilo, en el reconocimiento del fracaso atroz del dirigismo monetario, el principio del fin de esta oscura etapa vergonzosa y abrumada de confusión y de angustia.





## SE REPITEN LOS MITOS QUE OSCURECEN LA IMAGEN DE LA REALIDAD MEXICANA...

Lo encontré notoriamente envejecido después de no verlo por algunos años. La espalda fuerte aún; pero un poco doblada. Las largas, vigorosas piernas, ligeramente torpes. El rebelde tabello, color de arena antes, ya francamente blanco. Todavía conservadas las firmes líneas de la boca y mantenida la vieja capacidad de iluminar la mirada lejana de los ojos gris-azul, con chispas de malicia o con llama de pasión intelectual, humana.

No estaba solo. Terry, más reposada y menuda, encanecida, sin perder la frescura y el equilibrio de sus bellas facciones, tal vez ennoblecidas ahora por una frente más ancha y por una lentitud y una hondura mayores en sus ojos, seguía un poco remota y ocupada en el tejido habitual, la conversación de Stanley con otro norteamericano bajo, corpulento, vivaz, casi moreno y con unos ojillos oscuros y siempre inquietos tras los gruesos anteojos.

### **El Mito del Indio Bárbaro**

Concluidos los saludos efusivos y la presentación normal, el interlocutor de Stanley continuó la conservación que mi llegada había interrumpido. El tema

\* Revista *La Nación*, año IX, número 421, 7 de noviembre de 1949, pp. 6-7.

era, por supuesto, México. La Revolución, los gobiernos revolucionarios, la cuestión agraria, el petróleo, la política obrera, los técnicos actuales, la situación respecto a los Estados Unidos. Y por supuesto, también, el señor Hill tenía de todos estos asuntos el conocimiento derivado de la lectura de los periódicos, de las relaciones frecuentes con fuentes oficiales mexicanas de información en los Estados Unidos y de los 3 meses que llevaba en México haciendo estudios en los datos oficiales y en repetidas entrevistas, cocktails y comidas con funcionarios del Gobierno o con gentes del mundo oficial y oficioso de embajadas, empresas estatales, corresponsales de prensa extranjera y la conocida pandilla, dizque aristocrática, de internacionales. Pero se sentía poseedor de la verdad integral sobre todos los problemas de México y, por supuesto, conocedor a fondo de nuestra psicología y de los tópicos más misteriosos y difíciles de nuestra historia. Pudiera dudar, dijo, de las estadísticas oficiales que efectivamente parecen contradictorias a veces, y acepto que una solución similar sería monstruosa en los Estados Unidos; pero he leído los libros de Tannenbaun y de Simpson que tienen una seriedad técnica por encima de toda discusión, y estoy convencido de que la única vía accesible para México, vista la existencia de un 70% de indios, la especial psicología que éstos tienen y el curso de la historia mexicana, es el ejido. Además, el aumento de producción agrícola, a pesar de las dificultades meteorológicas y de la falta de capitales para ayudar al ejido, demuestra que esa conclusión es cierta

Tal vez lo sea, dijo Stanley mirando a lo lejos la hermosa silueta azul del Ajusco. Yo no soy técnico en agricultura ni en problemas sociales, desgraciadamente. Conozco este país casi en todos sus Estados. Lo conozco como debe conocerlo un ingeniero que no ha vivido detrás de un escritorio, sino que ha andado siempre en el campo. Y sólo sé unos cuantos hechos elementales; pero suficientes para destruir las tesis de esos libros y de otros semejantes. En Chihuahua o en Veracruz, en Jalisco o en Tamaulipas, en Zacatecas o en Guerrero o en Oaxaca, entre todas las gentes humildes que conmigo han trabajado o con las

que he necesitado tener contacto, seguramente no he tropezado con un 10% de indios, en el sentido que usted dice, salvo cuando me he encontrado en la Tarahumara, por ejemplo, o en otros lugares en donde existen todavía núcleos aislados de población exclusivamente indígena que apenas si toma parte en los acontecimientos que ocurren no ya fuera de su propia zona, sino aún dentro de la pequeña región que habitan. He hallado mestizos y aún quizá indios puros en el sentido racial; pero indistinguibles ya por sus costumbres y por su psicología de los mestizos en diverso grado que forman la inmensa mayoría de este pueblo. Y no he visto una solución en el ejido. Ni económica ni social. Ni económica para los ejidatarios mismos que viven muriendo lentamente de opresión, de inseguridad y de miseria, ni para el país, porque la producción agrícola no se ha aumentado en el ejido –salvo excepciones tal vez–, sino al contrario.

### **El Mito del Indio Pagano**

No puede ser, interrumpió Hill. Es un hecho que por lo menos el 60% de la población es de indios y ellos no saben ni pueden trabajar de otro modo la tierra que en la forma comunal del ejido. Este restablece el sistema tribal que el conquistador despiadado y ambicioso destruyó y que es la única fuente posible de autoridad y de justicia y de orden orgánicos para esa parte inmensa de la población de México sobre la que gravitaron antes los españoles y los criollos y los curas, y quieren seguir gravitando sus sucesores.

¡Qué sistema tribal!, respondió Stanley riéndose. El ejido es ya un sistema de pequeños pistoleros políticos dependientes de los caciques locales que a su vez dependen del gobernador del estado, o del diputado federal que lo antagoniza, como éstos, por su parte, dependían antes de alguno de los caudillos nacionales o dependen ahora de alguno de los políticos que dentro del partido oficial se disputan la primacía. La existencia de la tribu, del espíritu de tribu, del orden y de la justicia tribales, no ha pasado nunca, ni remotamente, por la cabeza de ninguno de los miembros de esta jerarquía política que va desde el cabecilla

–“comisariado ejidal” le dicen, según creo–, hasta la Presidencia de la República. Y lo más divertido es que ese sistema de tribu, con las implicaciones de un régimen social orgánico que usted le da, había desaparecido ya en la mayor parte del país muchos años antes de la llegada de los conquistadores y había sido reemplazado por una organización caciquil violenta y exactora que todos repudiaban, como lo demuestra el hecho mismo de la conquista que no habría podido realizarse a pesar del tamaño humano de los conquistadores, si no hubiera existido ya un estado de descomposición social y político y de rebeldía más o menos manifiesta contra aquel caciquismo feroz.

Pero es indudable, insistió Hill, que predomina todavía el sentimiento de comunidad entre los indios y que a él subordinan todo, lo mismo el trabajo, que la vida, que el amor, que la muerte. Sé que cuando en algún pueblo apartado resulta muerto un miembro de una familia, todos sus parientes deben vengarlo matando al matador o a los parientes de éste. Y he leído hasta en novelas, que, si una mujer de una tribu se casa con un hombre de otra tribu, ella y el marido y los parientes del marido deben pagar con la vida la traición a la sangre.

### **Criterio de Hollywood**

No pude contener la risa que sorprendió a Hill. Respondiendo a su mirada entre indignada y realmente inquisitiva, le dije:

Yo he visto también películas de Hollywood en las que el amor y la muerte en los Estados Unidos,...

Pero eso no es serio, me dijo Hill. Tomar las películas de Hollywood como interpretación...

No es mucho más serio, intervino Stanley, tomar la propaganda oficial o del grupo de internacionales como interpretación de México y, mucho menos todavía, de estos datos de muerte y de amor, de trabajo y de vida, que si en todas partes son los más hondos, en México se vuelven abismos inexplotables... o son, por el contrario, claros y humanos cuando no trata uno

de poner en ellos complejos que no existen sino en uno mismo, y se limita a verlos con ojos y corazón de hombre y, –este punto es muy importante–, con ojos y corazón católicos.

Y ¿por qué católicos?, dijo Hill. Es obvio que para el 60% de indígenas el catolicismo no es sino cosa externa y superficial, injertada por el temor en el viejo espíritu religioso, natural, de los indios. Hace unos días, con motivo de esto de Cuauhtémoc, fui con varios periodistas y secretarios de embajada a ver cómo el recuerdo del Emperador hace brotar grupos de danzantes. Los vi bailar por horas en las afueras de algunos templos como frente al monumento de Cuauhtémoc. Esa es su religión verdadera, no el catolicismo. Y un distinguido profesor de Antropología me ha explicado cómo, mañosamente, los sacerdotes indígenas han hecho que los otros sacerdotes del culto extranjero construyan altares y templos en los mismos lugares en que estuvieron los templos de la vieja religión.

### **Lecciones de Teología**

He oído eso, dijo en tono cansado Stanley; lo he oído innumerables veces. Yo mismo lo creí en los primeros años de mi vida en México. ¿Qué iban a entender esos pobrecitos de huarache, calzón blanco y camisita, de las tesis teológicas apretadas, con pro-fundidad de veinte siglos, que el catolicismo proclama? Después, he andado tanto por los pueblos de México y he hablado tantas veces con sus pobres, hombres y mujeres y he recibido de ellos lecciones tan admirables de teología y de moral, de inteligencia de la vida y de su misión, que estoy avergonzado todavía de mis primeras impresiones. Además, y de paso, he entendido el catolicismo como nunca antes pude entenderlo. ¡A qué términos tan sencillos y tan fundamentales puede reducirse toda la compleja estructura teológica sin perder nada de su esencia! Y con qué hondura se ha incorporado en el pensamiento y en la vida de estos indios mexicanos –como usted, Hill, los llama–, esa doctrina que es luz para su pensamiento y norma

infalible para su conducta y oportunidad jubilosa, además, de contemplación y creación de belleza. Un Dios, padre, personal, providente, magnánimo y justiciero, que encarnó por el Espíritu en una Virgen para que su hijo, hombre, ascendiera hasta él a todos los hombres redimiéndolos y dándoles el camino y los medios absolutamente simples de salvación: no matar, no robar, no mentir, no fornicar, no codiciar, amarse los unos a los otros como hermanos. Y todavía les dejó la posibilidad de una mujer, como paradigma de sus mujeres y como madre dispuesta siempre a la ayuda y a la intercesión.

Pero eso... eso no es el catolicismo, titubeó Hill.

Claro, intervino suavemente Terry alzando del tejido los ojos llenos de malicia. Hay otras muchas cosas que Stanley no ha dicho porque todavía él y yo, educados en una estricta tradición protestante y él, además, en una dura tradición positivista y científica, o no las acabamos de conocer, o, lo que es peor, no nos decidimos a entenderla plenamente por cierta pereza intelectual, cuando menos. Hay los sacramentos, y hay el sacerdote, y hay el Papa infalible y hay las exigencias de una vida interior y exteriormente recta y abnegada...

### **Indios cultivados**

Pero no, interrumpió Hill,... no es eso. Es todo el aparato contradictorio de fe y de razón que el dogma y la teología y la organización y la liturgia del catolicismo implican como una unidad y que escapa ya no a los indios, sino aún a gentes cultivadas.

Es que los indios son cultivados, dije, en el tono más suave. Hill se volvió a verme con irritada ironía.

Cultivados precisamente en eso que usted llama “aparato de fe y de razón” que es el catolicismo. No lo han sido ni han tenido oportunidad de serlo en ciencias, en técnicas; pero en eso otro, en entender de dónde vienen, por qué están aquí y a dónde deben querer ir y cómo lograrlo, en eso sí están cultivados.

Parece que hablamos distintos idiomas, contestó Hill, con un dejo despectivo.

### **Perderse o Salvarse**

Tal vez así sea, dijo Terry volviendo a su tejido. Nosotros en los Estados Unidos –por lo menos las gentes de nuestra generación–, hablamos un idioma del que han estado excluidos cuidadosamente los conceptos de origen y de fin, de destino y de salvación. Casi no tenemos las palabras para expresar lo que esos conceptos representan para el mexicano. Nuestras voces equivalentes expresan otras cosas. Tienen una carga intelectual y emocional diferente. No decimos “destino” sino “evolución”. Nada irrevocable, de sentido eterno. El mexicano sabe lo que es perderse o salvarse. Para siempre.

Hubo una larga pausa. Un poco tímidamente la rompió Hill: realmente, no comprendo. Sí, yo sabía que esto es diferente; pero el concepto de diferencia que me habían dado, que yo me había hecho, era distinto.

### **Los Disfraces**

La diferencia consistía seguramente, en que “nosotros somos superiores y los indios, los mexicanos, son inferiores”. Conozco el tema, dijo Stanley, porque yo lo viví también. Y conozco el disfraz de filantropía y de “progresivismo” con que ese tema se oculta llenándonos, a los norteamericanos, de fácil “compasión por estos pobres indios tan atrasados”, que vivían llenos de felicidad hasta principios del siglo XVI y luego fueron arrancados de su religión, privados de su libertad y de sus dichas, hasta 1810 o, para seguir exactamente la cronología cambiante según el político en el poder, de los propagandistas, hasta el zapatismo o hasta el callismo, o hasta el cardenismo, o hasta el alemanismo ahora, porque dicen que se les han dado las tierras y se les ha dado la libertad y se les ha quitado el yugo de una religión ajena para que vuelvan al culto de Huichilobos, y se han gastado en poner cactus en la Reforma, y en hacer una monstruosa “exposición objetiva”, los millones de pesos que habrían servido para dar agua potable y escuela a miles de campesinos mexicanos.

Pero... volvió a titubear Hill; pero... entonces...:

Si. Hay mucho que entender y mucho que aprender aquí, dijo Terry. Y en su mejor inglés universitario, agregó sonriente: *There are more things...*



1950



## CAMBIOS DE TÁCTICA, VIRREYES CONTRA CACIQUES, CONSECUENCIAS, REBLANDECIMIENTO, EL PELIGRO MAYOR

### **Cambios tácticos**

La reciente convención del PRI, integrada, como todas las suyas, por “delegados de nadie” dispuestos a aprobar lo que se les dijera “de orden superior”, estableció un nuevo programa que es, para quienes dirigen el Partido y para el régimen, mera palabrería de ocasión, y cambió sus estatutos introduciendo como modificación principal la supresión de las llamadas “elecciones internas”, en las que se simulaba la designación de los candidatos por los supuestos miembros del partido. Hubo, además, los habituales discursos huecos y sin consistencia, los necios ataques conocidos a la ciudadanía independiente, la adulación cada vez más sumisa al Presidente de la República y la reincidencia en el sacrilegio de elogiar –¡ellos!– el sufragio efectivo, el municipio libre, la Constitución, la reforma social y las instituciones democráticas.

Pero todo eso fue la comedia. La convención no introdujo cambio alguno real ni en el PRI que es irreformable, por esencia, ni en los métodos oficiales

\* Revista *La Nación*, año IX, número 435, 13 de febrero de 1950, p. 2.

de la vida pública. El PRI seguirá siendo lo que ha sido siempre: el departamento de imposiciones del gobierno, el indigno instrumento de falsificación de la ciudadanía, un monstruoso apéndice ilegítimo del Estado para utilizar los recursos del poder público, que son del pueblo, en contra del pueblo mismo.

El cambio real de táctica se ha venido haciendo en otros actos del régimen. En la renovación de poderes bicales en Nuevo León, y, posteriormente, cada vez con descaro mayor, en Sinaloa, en Durango y en Chihuahua. Aún antes de las “reformas” del PRI, ya éste había proclamado candidatos “únicos” para gobernadores de los estados mencionados, a quienes fueron al efecto escogidos por el jefe del Gobierno. Así, lisa y llanamente, con un cambio de táctica que si es fundamental y de grandes consecuencias.

### **Virreyes contra Caciques**

Por muchos años las decisiones del partido oficial en cuanto a los gobernadores de los estados, eran el resultado de pugnas entre los caciques locales, miembros de la banda, para ganarse la decisión de los influyentes mayores de la propia banda. La designación de un candidato a gobernador recaía normalmente –después de un forcejeo que muchas veces fue más de carácter económico que político, entre las diversas subfacciones del régimen en cada estado–, en uno de los caciques, y los otros se sometían y hacían “arreglos” para acomodarse al lado del triunfador, o para mantenerse en su contra, al acecho de oportunidades y con el apoyo de los jerarcas nacionales siempre dispuestos a propiciar divisiones útiles para su juego.

Lograda por estos medios la designación de un cacique como candidato oficial, lo demás venía solo: la imposición brutal y cínica, la proclamación del triunfo y la toma de posesión “a como diera lugar”.

El cacique triunfante llegaba a la gubernatura del estado con serios compromisos económicos y políticos con la banda y con sus influyentes; pero al mismo tiempo, con una cierta fuerza política propia que le daba, también, cierto

grado de independencia, y con un peligro de oposición interna que en alguna forma constituía un límite para su arbitrariedad.

Frente a esta tradición inicua se empieza a levantar ahora, seguramente como preliminar para 1952, un procedimiento nuevo que puede llamarse la táctica virreinal.

Ya no son, ni siquiera en la apariencia, los jefes oficiales del PRI, ni los supuestos miembros del partidazo, los que designan candidatos. Ni son éstos escogidos entre los caciques y gánster locales más connotados de la banda. El Gran Elector escoge directamente. Y ha venido escogiendo a personas que no tienen los notorios antecedentes de mala fama pública ni la banda local de pistoleros propios, que eran mérito y condiciones esenciales para obtener la designación en el viejo sistema. Escoge a alguno de los nuevos técnicos a la violeta o a uno de los amigos de su personal acompañamiento. El PRI simplemente recoge el acuerdo y se encarga, con eficacia burocrática, de orquestar con todos los elementos del poder público local y del gobierno federal, el tema de la propaganda conocida, de las adhesiones y los respaldos y los apoyos añadiendo el contrapunto de las amenazas para quienes, agricultores o profesionistas, obreros, periodistas o industriales, pretendan formar oposición al acuerdo de la “augusta majestad”, como empiezan a decir ya, del Gran Elector.

### **Consecuencias**

No ha faltado el comentario favorable, aún hecho de buena fe algunas veces, sobre el cambio en la táctica oficial. Se ha dicho que, si de todos modos se ha de hacer la designación de gobernadores sin la menor intervención efectiva de la ciudadanía, más vale que esa designación la haga directamente el Presidente de la República. Aún se ha dicho que “es ya un triunfo para la oposición éste de lograr que se desbarate la banda local de pistoleros como en el caso de Nuevo León y que, en lugar de designarse como candidato oficial a uno de los *gánster* de las satrapías locales, se designe a personas de otros antecedentes”.

### **Los dos argumentos son especiosos**

El último es falso porque aun cuando la nueva táctica responde, en efecto, a la presión creciente de la opinión ciudadana organizada en contra del caciquismo local, no lleva por objeto mejorar la calidad de los gobiernos de los estados, sino, y de modo exclusivo, consumir la subordinación de esos gobiernos al régimen centralista, pues el cacique, como queda dicho, tenía siempre y a menudo hacía valer, un grado de fuerza propia que le daba cierta independencia aun frente a la banda, en tanto que el favorito enviado como virrey, va al gobierno del estado en una completa e incondicional sumisión al poder central que lo designa, sin otro apoyo que el de ese poder central y sin la menor posibilidad, por tanto, de la más leve autonomía. Aun en el caso de que el virrey designado tenga programas razonables de gobierno y hasta quiera conservar limpieza en la administración, nada podrá hacer si la banda no se lo permite. Ni por la intención, ni por el juego de la mecánica política, podrá la táctica nueva significar siquiera el progreso mínimo de un gobierno local menos atrabiliario, menos voraz y menos irresponsable.

### **Reblandecimiento**

Pero, aun cuando así no fuera, este procedimiento virreinal nuevo, esta táctica de los favoritos, lleva el propósito que tiene toda política de “mano-tendida”: alisar aristas, suprimir u ocultar pugnas y oposiciones, buscar conformidad en componendas, confundir a la opinión y, con todo ello, gestionar el reblandecimiento de la ciudadanía.

El caciquismo, desde la designación del candidato hasta la toma de posesión del gobierno local, tenía que proceder con descarnada brutalidad y suscitaba así, sin quererlo y creyendo quebrantarlo, el sentido elemental de la dignidad ciudadana. El nuevo régimen virreinal quiere destruirlo definitivamente, substituyéndolo con la sensación burguesa de la comodidad, con la falsa idea de un paternalismo que quita a los ciudadanos la carga pesada de la lucha por el Bien Común, con el engaño lamentable del “menosmalismo”.

El caciquismo ha tratado durante largos años de aplastar la vida cívica de México. El sistema del virrey, el nuevo régimen del favorito, trata de desintegrarla, de volverla lodo de pantano.

El caciquismo era sublevante desencadenamiento de apetitos primarios. El sistema del favorito es un calculado proceso de subversión moral, al servicio de una voracidad inhumana y de un refinamiento perverso.

El caciquismo era obstáculo que estorbaba y al mismo tiempo encrespaba el caudal del anhelo ciudadano. Este nuevo sistema del favorito, es canal abierto para derivar ese caudal limpio de anhelos populares a la pasividad cenagosa del conformismo.

### **El peligro mayor**

¡Ay de México si este nuevo sistema prevalece! Envenenará las fuentes mismas de la esperanza colectiva. Acabará con toda posible reacción de la hombría de bien frente al afeminamiento de las componendas. Matará el sentido de responsabilidad y la conciencia del deber de luchar por el Bien Común. Disolverá en programas de obras materiales hechas como regalos del régimen, sin jerarquía, sin responsabilidad, el grande anhelo común que efectivamente comprende el esfuerzo de inmensas obras públicas; pero que las desborda y pone sus metas mejores en otras realizaciones más esenciales de cultura, de justicia, de libertad.

Desembocará, porque no podrá destruir definitivamente la dignidad del pueblo y porque, además, tras la euforia fugaz del “menosmalismo” y del falso orden externo y superficial de la vida pública, seguirá acentuando la miseria colectiva y fomentando la creación de una nueva burguesía, inepta, insolente y apoltronada desembocará en la ignominia del gobierno de policía, de la subordinación de todos los medios que expresan la opinión pública a la censura más implacable, que no es la hecha desde fuera por quien trata de impedir con la fuerza que se diga la verdad, sino que será hecha desde dentro por quienes

debiendo decirle perderán la noción misma de esa verdad y en su propio interés hallarán preferible callarla o desfigurarla.

¡Ay de México si en vez de formar y encauzar la vida ciudadana en un esfuerzo constante para dar vida real a las instituciones, el régimen persiste en el error y el pueblo lo acepta de sacrificar esa formación y ese encauzamiento la falsa y transitoria comodidad de un abandono y una deserción del derecho y del deber cívicos; a la engañosa y fugaz ilusión de que el destino y el bien nacional que sólo pueden alcanzarse con la abnegación iluminada, con el generoso empero organizado y perseverante de todos, pueden dejarse en manos de un hombre o de un grupo!



## LAS LLAMADAS “MASAS IMPREPARADAS”, SÍ RESPONDEN AL DEBER POLÍTICO

### **Favor y desfavor**

Hasta esta redacción ha llegado el memorándum de un crítico que intenta señalar las deficiencias que, a su juicio, tiene el Partido Acción Nacional.

El memorándum muestra a veces falta de información y, a veces, está concebido en los términos del viejo juego de estrado: “Fulano es excelente; lástima que sea tan flojo, tan ignorante y tan de mal carácter”.

Evidentemente refleja una opinión principalmente formulada en grupos que advierten la necesidad de las tesis y del esfuerzo de Acción Nacional; pero que encuentran difícil plegarse a los requerimientos de la realidad de un Partido.

Por ser esas ideas negativas una especie de patrimonio del abstencionismo político –un conjunto de errores favorables a la poltronería ciudadana– iniciamos hoy su refutación, a través de la glosa de sus frases medulares.

### **Masas impreparadas**

Dice el memorándum que “la popularidad del Partido se redujo a masas preparadas”.

\* Revista *La Nación*, año IX, número 436, 20 de febrero de 1950, p. 2.

Esta afirmación es simple repetición de lo que ha venido diciendo la propaganda oficial. De hecho, las dificultades del Partido –tal vez de todo partido–, se presentan fundamentalmente con los mejor preparados o supuestamente mejor preparados.

Es un dato de experiencia reiteradamente confirmado durante estos 10 años: los que, en el lenguaje del autor del memorándum, podrían merecer el nombre de “masa impreparada”, han sido siempre los que entienden mejor, los que mejor, más pronto y con mayor generosidad responden al llamamiento del deber político. No excluyo a los grandes grupos sindicalizados ni a los grupos, mayores aún, de ejidatarios. Pueden ser todavía forzados a manifestaciones del partido oficial y aun, en ciertos casos, ser acarreados por éste a votar falsamente; pero los componentes de esos grupos como personas, tienen otra convicción y la expresan y la defienden en todo lo que es humanamente posible pedirles y, muchas veces, excediéndose notoriamente en ello.

Podría citar millares de ejemplos demostrativos; es bastante de momento recordar cómo en distritos típicamente obreros de la ciudad de México, tanto en 1946 como ahora, la votación real fue extraordinariamente favorable al PAN. Hay comunidades dominadas por un caciquismo agrario feroz, como en Querétaro, donde desde hace años están luchando con el Partido. La región minera de Parral, pese a las graves amenazas de sanciones sindicales, ha dado una muestra extraordinaria ya que allá trabajan y votan con el Partido los mineros, en tanto que las “masas mejor preparadas” –comerciantes, profesionistas, empresarios–, cuando no en franca connivencia con el caciquismo local, se abstienen y se esconden, salvo contadas excepciones. En Jalisco o en Michoacán, en Guerrero, Oaxaca o Tamaulipas, son artesanos, obreros, campesinos, los principales militantes activos. No sólo los mítines abiertos, sino las asambleas y convenciones locales, distritales o regionales, están en todas partes integradas, en su inmensa mayoría, por personas de la misma extracción. Y en millares de ocasiones hemos podido comprobar que no es el encendido discurso de circunstancias

el que más profundamente llega al auditorio de “masas impreparadas”, sino la exposición de principios y programas.

### **Temas del Propio Pueblo**

Por otra parte, los temas básicos del programa y la propaganda del Partido –necesidad de la ciudadanía, efectividad del sufragio, autenticidad de la representación, autonomía del municipio, misión verdadera de la autoridad, responsabilidad de quienes la ejercen, necesidad de aprovechar los recursos naturales de México, necesidad de revisar, de plantear con veracidad y de resolver eficazmente los problemas agrario y agrícola del país; necesidad de dar autenticidad a la organización sindical y responsabilidad a sus funcionarios, posibilidad de combatir la escasez y la carestía, necesidad de producir y de mantener un equilibrio monetario y económico en general, necesidad de planeación, jerarquía y control en las obras públicas; urgencia de revisar legal y prácticamente las instituciones de Seguridad Social, posibilidad de ampliar extraordinariamente la obra de reforma social con instituciones de probada eficacia, condiciones de una política nacional de trabajo y de salario; necesidad de más y de mejores escuelas, necesidad de más y de mejores maestros, capaces de cumplir su vocación viviendo en condiciones sociales y económicas de decoro y de respeto y, en consecuencia, necesidad de una reforma del sistema educativo; necesidad de asegurar las libertades esenciales no sólo por una precaria tolerancia sino por la extirpación de las leyes persecutorias mismas; exaltación y, por supuesto, defensa de los mejores valores espirituales que son esencia de la Nación-. todos estos temas no sólo llegan al pueblo, a las “masas impreparadas”, sino que sorprendentemente vienen del pueblo, son la esencia de su preocupación, le importan incomparablemente más que cualesquiera otros temas.

Al hombre de cuello blanco y de corbata, el cine, los toros, las condiciones inmediatas de empleo o de ganancia, los requerimientos de sociedad, la lectura de la última propaganda el compadrazgo con el político recientemente levantado,

le hacen olvidar los tópicos esenciales; muchas veces, le hacen perder la fe en los principios al tenerlo en contacto inmediato, frecuentemente provechoso, con el éxito logrado principalmente con el desconocimiento; o la violación de esos principios; pero las “masas impreparadas” no están en ese caso.

Están, constantemente, a la defensiva. Han sido tantas veces engañadas. No se dan fácilmente. Serán necesarios otros muchos años de conducta rectilínea del Partido, para contar con su adhesión absoluta. O tal vez la presencia de circunstancias especiales en un momento dado, haga que aflore esa adhesión.

Están limitados, además, por “controles” de todo género: la cláusula de exclusión, la privación de la parcela, la hostilidad que puede tener mil formas dentro del sindicato o del ejido: la falta de ayuda en el conflicto con la empresa, la exclusión de la cooperativa, el cambio de parcela, la privación de crédito, la simple imputación de “traición a la clase”. Y en las poblaciones menores que forman la inmensa mayoría en la República, el contacto inevitable y constante con el cacique, con sus pistoleros, con su “acordada”; la multa, la elevación de contribuciones, el robo impune del becerro, o del caballo, o del burro, o del cerdo, o de la milpa; la acusación y la prisión injusta cuando no los verdaderos delitos contra la persona o contra los familiares del miembro activo de Acción Nacional. A veces el Partido puede dar posibilidades eficaces de defensa. En la mayor parte de los casos, esa defensa es imposible y muchas veces ni siquiera puede hacerse la denuncia o la protesta por la imposibilidad de pruebas y por no empeorar la situación del ofendido. En 10 años hemos acumulado millares y millares de casos que lo acreditan.

### **El camino verdadero**

“No ha tenido el Partido un arrastre nacional, no ha provocado una actuación flamígera, no ha levantado en vilo la nación sedienta de realizaciones”.

Cierto. Y peor aún, no ha querido hacerlo, no ha creído que ese sea el camino verdadero de salvación. Se ha esforzado en hacer conocer, con la mayor

devoción y con el ardimiento más grande, principios y programas salvadores; se ha esforzado en examinar y hacer conocer la naturaleza verdadera, las causas y la trascendencia de los problemas nacionales; se ha esforzado, sobre todo, en sostener que la renovación de México no ha de esperarse de un caudillo, de una “actuación flamígera”, por fuerza efímera y transitoria, sino de la existencia de una opinión pública, de una conciencia cívica, de una ciudadanía organizada, capaz y resuelta a cumplir su deber y a defender el bien común, permanentemente, perseverantemente.



## LA POLTRONERÍA ABSTENCIONISTA ES FECUNDA EN CRÍTICAS A LA CIUDADANÍA

Fueron refutadas ya algunas de las objeciones hechas a Acción Nacional por un mal informado crítico y contenidas en un memorándum dirigido al redactor de estos comentarios.

Quedó ya demostrado que las “masas impreparadas” –tan calumniadas por los sabios del Régimen– son las que mejor entienden el deber político, las que mejor responden a su llamado, y que los programas de Acción Nacional tienen su origen en las exigencias del propio pueblo de México.

Pero el crítico a que nos referimos, aborda en seguida dos importantes puntos que hoy rebatiremos: la “poca acción” de los diputados del PAN y el “no entendimiento” del Partido entre las masas trabajadoras...

### **La “Poca Acción” de los Diputados**

El hecho de tener en la Cámara tres diputados, de poco ha servido. Se han ganado la estimación y admiración por su actuación varonil digna, caballerosa: pero no han prendido fuego en las galerías ni han podido sembrar la desorganización

\* Revista *La Nación*, año IX, número 437, 27 de febrero de 1950, p. 2.

en las filas contrarias. Les faltó una actuación política. No llegaron a aprovechar parpadeos, no hicieron adeptos en las filas enemigas, no sembraron descontento ni división, no formaron grupos, ni formaron a su vez parte de grupo alguno. Les faltó arranque, fuego, calor. Ni siquiera supieron ganarse el apoyo de algún descarriado o disidente del grupo contrario. Hubo demasiado estudio técnico; pero poco ruido, poca acción.

“Prender fuego en las galerías”. ¿En qué galerías? Cuando se han abierto para el público, el partido oficial las llena con paniaguados o, cuando ni eso puede lograr, consigue soldados y pistoleros como sucedió en las pocas sesiones de agosto de 1946.

Ni cronistas parlamentarios había ya en la prensa mexicana. Han comenzado a hacerse de nuevo a partir de 1946. Y ellos pueden ser testigos de las limitaciones impuestas a su trabajo, hasta el punto de que el público sólo una ligerísima idea pudo tener, durante los tres últimos años, de los debates que en la cámara se suscitaron.

“No hicieron adeptos en las filas enemigas”. No había filas. Era una sólida masa absolutamente subordinada e indiscrepante enfrente de los tres diputados miembros del Partido. “No sembraron descontento ni división”. Sembraron terrible descontento y hasta lograron movimientos de vergüenza, individuales, de parte de la mayoría. Pero sólo movimientos individuales y muy secretos. La ruda disciplina del monopolio político no permite otra cosa, ni es posible esperar insurgencia y gallardía en quienes, como sucedió a la mayor parte de los diputados oficiales, llegaron a la Cámara “de dedo” y no podían ponerse arrogantes. Es que no se trata de un debate entre dos partidos, entre diputados de dos partidos. Los diputados del partido oficial son simplemente sus agentes, sus instrumentos; no son miembros voluntarios de un partido del que puedan disentir, separarse, rebelarse.

“No formaron grupo ni formaron parte de grupo alguno”. Grupo, ¿con quién?, si aparte de ellos sólo había la masa bloqueada de la inmensa mayoría oficial,



¿con quién, a su vez, iban a formar grupo? La crítica parte del supuesto de un Congreso en el que hay diputados libres de dos o más partidos y en que, por tanto, pueden establecerse grupos, escisiones, entendimientos. Pero el caso nuestro fue el de tres diputados electos frente a los 140 diputados “amarrados” del partido oficial. ¿Qué entre esos 140 había subfacciones? Evidentemente; pero sólo por razones internas de botín económico o político; pero no con eficacia para una acción externa.

“Demasiado estudio técnico; pero poco ruido, poca acción”. Si poca acción se llama al haber participado, tres diputados, constantemente en los debates; al haber presentado cerca de 24 sólidas iniciativas, al haberlas defendido en las más difíciles circunstancias, como si de verdad se tratara de una discusión parlamentaria y no del aplastamiento sistemático de una aplanadora; al haberse opuesto ardientemente a todos los proyectos que consideraron malos o indebidos, realmente hubo poca acción.

Los diputados y el Comité del Partido pensaron desde 1946 en dos posibilidades: la de esa tenaz e infatigable labor de iniciativa y de oposición, o la de uno o dos o tres discursos de los calculados para hacer ruido. Discursos difíciles, porque en ese tipo de Congreso y con el tipo de publicidad que hay en México, los discursos con las más severas críticas al partido oficial –y se dijeron muchos en esos términos–, no son para hacer ruido. Habría que pensar ya no en discursos de crítica severa sino en los más rudos ataques personales. Seguramente habría habido, como antes queda dicho, uno, dos o tres discursos de ese tipo. Tal vez un día la prensa habría dicho que un diputado de Acción Nacional lanzaba graves cargos contra este o aquel funcionario y que fue callado por la mayoría y eso había sido todo. El autor del memorándum supone un Congreso donde la tribuna es accesible y una prensa en que se dé crónica completa. Los dos son falsos supuestos. Y la labor mejor, fue la de estar durante 3 años airando una oposición racional vigorosa que nunca se fatigó y la de estar presentando soluciones concretas, visibles,

eficaces, para que la opinión pública sepa cómo puede hacerse frente a los problemas nacionales.

Este cargo respecto a los tres diputados, es pues, profundamente injusto. Parte del desconocimiento o del olvido de lo que ha sido desde hace largos años el Congreso en México, de lo que la prensa mexicana puede hacer para informar; del desprecio o del desinterés de la misma opinión pública respecto del Congreso. Editoriales hubo en un diario de esta capital que, refiriéndose a la discusión de la Ley Electoral, hizo una crítica severa de los tres diputados del partido “porque hacían que se perdiera el tiempo con su tenaz oposición” a los preceptos verdaderamente monstruosos, como acaba de comprobarlo la experiencia, del proyecto sometido a la Cámara. Y son muchas las notas y los artículos publicados en los últimos tres años, pretendiendo hacer mofa de los proyectos presentados por los tres diputados independientes o sugiriendo o diciendo expresamente que la presentación de esos proyectos, o de la excitativa para que se pidieran las cuentas de la Nación, o de la excitativa para que se estudiara el presupuesto, no eran sino afán de notoriedad de los tres diputados.

### **El PAN y los trabajadores**

Afirma el mencionado crítico que “las gruesas masas trabajadoras no entienden los complicados proyectos del Partido... y agrega que “se deben buscar sabios y buenos lideres obreros o si no los hay, deben fabricarse...”

Tal vez algunos de los proyectos presentados por los diputados del Partido sean complicados. Sólo lo son en cuanto lo exige su propia naturaleza. Por ejemplo, el proyecto de reforma del Banco de México. Pero aun en el caso de esos proyectos, el Partido procuró explicarlos con la mayor simplicidad posible en exposiciones de motivos, en conferencias, en reuniones públicas. Y queda dicho ya que no son las “masas impreparadas” las que dejan de comprender que se abstienen.

“Buscar sabios y buenos líderes obreros o fabricarlos”. En la organización sindical oficial, el líder no busca, es impuesto desde fuera, desde arriba. Y si tiene ese apoyo, es lisa y llanamente desconocido por las autoridades, cuando no acusado calumniosamente o perseguido en forma que ni en la muerte se detiene, sino que se extiende a sus amigos y a sus familiares. Numerosos casos pueden citarse. Todavía están en, la ciudad de México, en León, en Tampico, en Chihuahua, líderes obreros que quisieron limpiar sus organizaciones en Orizaba, por ejemplo, y que perdieron su trabajo y debieron salirse de Orizaba con sus familiares o fueron gravemente heridos por pistoleros sindicales o de los caciques locales.

El problema es enorme. La obra de educación cívica y social irá poco a poco dando un mayor sentido verdadero de la organización. Habrá que ir canalizando el disgusto creciente de los trabajadores para que no se vuelva deserción, hacia la exigencia cada vez más firme de autenticidad y de limpieza de las organizaciones de trabajo y, sobre todo, habrá que acabar con la autoridad corrompida e irresponsable, con el monopolio político que permite esa autoridad, con la burla del sufragio que mantiene el monopolio político. Y cuanto se dice de los trabajadores industriales puede decirse, con mucha mayor razón, de los ejidatarios.



## ORGANIZACIÓN, CAMPAÑA, ACCIÓN PERMANENTE

El crítico a que nos hemos venido refiriendo supone que las actividades del PAN se realizan siempre en torno de una campaña electoral y que en el resto del tiempo el PAN no desarrolla ninguna actividad “interesante”.

Revela con esto una radical ignorancia de lo que es el Partido Acción Nacional y de las circunstancias políticas de México.

El lector juzgará, por la respuesta que damos en seguida, si la tarea permanente del PAN carece de interés y si puede acusarse a este Partido de moverse sólo en torno de las elecciones.

### **Organización**

“Uno de los defectos mayores ha sido el de no organizar. El PAN ha criticado que los partidos se formen al calor electoral, y en el PAN la actividad interesante que se relacione con el pueblo, nace precisamente al acercarse las elecciones”.

10 años lleva el esfuerzo de organización del PAN, es un esfuerzo de todos los días. Muchas veces ha sido necesario rehacer desde las bases la organización

\* Revista *La Nación*, año IX, número 438, 6 de marzo de 1950, p. 2.

ya lograda en un municipio, en un distrito, en un estado. Muchas veces no se ha logrado el núcleo de hombres que quieran aceptar la carga y la responsabilidad de encauzar localmente la organización. Algunos de esos hombres –muy pocos por fortuna–, se han fatigado; en otros casos aisladísimos, se han traicionado; pero hay miles de hombres de buena voluntad en toda la República que están constantemente trabajando en la propaganda, en la formación de grupos, en reunir los escasos recursos indispensables para el esfuerzo, en organizar reuniones y conferencias y mítines, en reunir convenciones locales, distritales y regionales, en promover la participación en las campañas electorales, en destacar posibles candidatos y rogarles que acepten, en ser representantes del Partido en las casillas y en los demás organismos electorales. Todos voluntarios todos a sabiendas de que nada han de obtener por ese esfuerzo y sí han de sufrir por él persecuciones de todo género y calumnias no sólo de los adversarios, sino de los que diciendo estar de acuerdo con la necesidad de una organización ciudadana, no son capaces de colaborar ni con su persona, ni con su cuota y ni siquiera, con su buena voluntad, para que esa organización se forme.

Falta mucho por hacer, por supuesto. Apenas, entre esos miles de hombres, se va formando una especie de red de centros nerviosos por todo el cuerpo de México, para congregar después en torno de ellos la masa muscular. Falta mucho por hacer. Comités de ciudades ricas dependen para pagar la renta de su local, los gastos de su propaganda, los de sus convenciones, los de sus campañas, de las pequeñas cuotas de los más modestos y del sacrificio personal reiterado de unos cuantos.

### **Campañas**

“La actividad política que se relacione con el pueblo, nace precisamente al acercarse las elecciones”.

Anualmente el Partido ha venido celebrando, aparte de las reuniones nacionales, por lo menos 30 convenciones o asambleas distritales o regionales.

Anualmente el Partido ha tenido centenares de mítines con la presencia de enviados del Comité Nacional o de otros comités regionales y todavía un número mayor de reuniones públicas de los comités distritales o locales. Anualmente, sin considerar las campañas especiales, se han distribuido varios millones de piezas de propaganda, desde el pequeño folder ilustrado hasta el folleto que trata en extenso, alguno de los problemas de México. La correspondencia de los comités con sus miembros o de unos comités con otros y con el Comité Nacional, se ha mantenido con un coeficiente muy grande de frecuencia y de regularidad. Esto es todo lo que se ha hecho fuera de las campañas electorales. Ciertamente es muy poco; pero ha sido prácticamente sin recursos, a base de voluntarios que los fines de semana abandonan su familia para hacer rápidas giras o que, una vez al mes, dan 306 días de su tiempo para giras mayores, abandonando su trabajo y su casa y en la inmensa mayoría de los casos poniendo con esfuerzo, de su peculio, todos los gastos de la gira.

En cuanto a las campañas –y vale la pena recordar que, en todas partes, en las más organizadas naciones, son las campañas electorales el momento en que se hace el trabajo de propaganda y de organización–, hay que recordar que el Partido ha intervenido en estos 10 años, en 4 campañas federales, en dos campañas locales para gobernador, en varias campañas locales para diputados a la Legislatura del estado y en innumerables campañas municipales. Puede decirse que no ha habido un año sin alguna campaña importante. En algunos estados, como en Michoacán, el Partido ha intervenido ya en 8 ó 10 campañas; ocurre lo mismo en Jalisco, en Aguascalientes, en Nuevo León y en otros estados.

Especialmente las campañas municipales han tenido un vigor extraordinario y han requerido organización, disciplina, esfuerzos magníficos. Gracias a ellas se ha restablecido el sentido del municipio y de sus funciones en México. Y se han hecho estas campañas no sólo con el recuerdo doloroso del fraude sufrido en las precedentes, sino a sabiendas de que ese fraude se repetiría de nuevo.

A sabiendas y sin callarlo. Invitando a la ciudadanía a cumplir su deber a pesar de la subsistencia segura de la violencia y del fraude. Campañas que los periódicos no recogen o que recogen como una disputa trivial “entre políticos” para ganarse un ayuntamiento perdido en el mapa. Campañas “sin ruido y sin *punch*”, en cuanto a propaganda exterior, pero con cuánto ruido, con cuánto valor, con qué abnegación, con qué caudales de hombría, con qué voluntad de sacrificio de parte de quienes con ellas asumen la responsabilidad como jefes de los comités, o como candidatos, o como simples militantes.

Pero es cierto que falta mucho por hacer, pues si esas campañas no han tenido éxito oficial y si de ellas no se logra dar cuenta la prensa nacional, y si hay tantos todavía que las ignoran y si no hay recursos para darles más publicidad o para mantener un equipo de líderes que puedan estar recorriendo el país y ayudando, orientando y defendiendo a los modestos equipos locales del Partido, ello mismo revela falta de organización, incapacidad de los directores, que no han sabido reunir ese equipo entre tantos ciudadanos que están dispuestos a dar su tiempo y su tranquilidad para formarlo, ni han sabido recoger los recursos cuantiosos que tantos otros ciudadanos abnegados y ricos están dispuestos a ofrecer para la defensa del derecho ciudadano.

### **Acción permanente**

“Se limita a formar un comité en cada distrito, que funciona sólo unos dos meses antes de las elecciones y casi inmediatamente después se desintegra. Mientras el PAN a duras penas logra abrir un comité en cada distrito, el PRI abre 10 ó 15 subcomités con dinero oficial o particular de los líderes”.

La campaña se hace con el esfuerzo inmenso de un candidato que no quiso serlo y que aceptó por obligación, y de grupos de voluntarios que toman a su cuidado hacer mítines, alquilar aparatos de sonido, distribuir propaganda puerta por puerta o a la salida de los espectáculos, hacer que la gente se empadrene, revisar en una semana miles y miles de domicilios de empadronados para



objetar, comprobadamente, los fraudes del empadronamiento; encontrar personas aptas e imparciales que puedan ser propuestas para integrar las casillas, a sabiendas de que no se tomará en cuenta la proposición, y luego personas que sean representantes en las propias casillas, o que sean agentes de enlace entre los representantes y los candidatos o los comités.

No es fácil que estos voluntarios, pasada la elección, sigan dando la misma colaboración que dieron durante la campaña. Todos viven de su trabajo o son esposas, o hermanas, o hijas de los propios militantes. Y no porque se cansen o porque se decepcionen, ni porque pierdan el contacto con el Partido, sino porque simplemente tienen que hacer su vida y porque no hay de modo constante tarea concreta para todos, suficientemente urgente hasta estimularlos al sacrificio, esos voluntarios dejan de asistir al comité todos los días, varias horas. Siguen listos para la acción; pero no encuentran razón para reunirse diariamente, ni tienen la posibilidad económica o social de hacerlo, ni el Partido puede ofrecerles muchas veces el estímulo mínimo de un local, porque las rentas, solamente de los locales, significan una carga insoportable para el presupuesto cortísimo del Partido. Simplemente se procura tener la lista de todos, seguir enviándoles propaganda, escribirles, invitarlos cuando hay reuniones o trabajos de especial interés. No es posible, con este equipo de trabajadores voluntarios en la causa de la ciudadanía, pensar en una especie de acuartelamiento. Basta saber que tienen convicción, que son valerosos y abnegados y que, al ser llamados, en un porcentaje inmenso de los casos, acuden sin vacilar.



## DELEGACIONES GENUINAS, ORGANIZACIÓN INTERNA, CIUDADANOS POCO CONTROLABLES, AUTÉNTICO RESPETO AL PUEBLO

### **Delegaciones genuinas**

Dice el memorándum a que nos hemos referido que “el PAN designa a sus candidatos por medio de convenciones a las que asisten los delegados de cada distrito, pero los pre-candidatos se reducen a hacer política interna dentro del Partido, dando por resultado que tampoco hay democracia en tal elección porque no participa activamente un buen número de partidarios, sino que propiamente los dirigentes del Partido orientan a los delegados sobre quiénes deben ser los candidatos”.

Es muy optimista esta descripción. Hasta ahora ningún pre-candidato ha hecho política en el PAN para ser designado candidato. Al contrario, la han hecho cuando se dan cuenta de que pueden ser escogidos, para no serlo. Ha sido un triunfo lograr que los designados por las convenciones acepten las candidaturas que les son ofrecidas. Todos los candidatos que Acción Nacional ha postulado, han sido postulados o abiertamente contra su voluntad o sin haber hecho ellos

\* Revista *La Nación*, año IX, número 439, 13 de marzo de 1950, p. 2.

la más leve gestión para ser escogidos. Los delegados a las convenciones no son “orientados” por los directores. Estos hacen el mayor esfuerzo posible para lograr que acepten la postulación las personas en quienes los delegados de antemano se han fijado. Y no sólo no es malo, sino que es debido que los delegados elijan candidatos a aquellos que “han demostrado alguna actividad en su distrito”. En muchos casos, las convenciones se han fijado en personas que no son miembros del Partido; pero que se han destacado por algún motivo laudable en la vida pública.

Llegará un tiempo en que podrá de verdad haber lucha política para obtener una postulación del PAN; será entonces necesario prever un mejor y más completo sistema de selección de candidatos; pero en las circunstancias que han prevalecido en estos 10 años y que prevalecen todavía –y tal vez aún después de que esas circunstancias cambien– el mejor procedimiento y el más democrático será el de reunir convenciones con delegados genuinos de todos los militantes del Partido en el distrito, para que esos delegados hagan la designación.

### **Organización interna**

“En punto de organización, interna, la ventaja la lleva el PRI... la ventaja de que sus temas y los estatutos están redactados mejor... el PRI tiene el agrupamiento de grupos ya organizados”.

El PRI no tiene más organización que la fuerza del Estado. En torno de ella, desviándola, usufructuándola, el PRI toma los nombres de las organizaciones y toma los líderes de las organizaciones. Eso es todo. Mantiene sus cuadros con un personal pagado, que vive de ello y que, a menudo, ocupa puestos públicos. Hace sus campañas con ese personal pagado y con todo el despliegue jerárquico de las autoridades federales, estatales o municipales.

No sé cuáles serán “sus temas y sus estatutos mejor redactados”; pero si los tiene, no son ciertamente parte de la organización del PRI. En la última campaña, en la inmensa mayoría de los distritos, el PRI no pudo hacer un mitin.

Vi un ejemplo en el primer distrito de Chihuahua en donde la campaña se redujo a reunir o a visitar a los presidentes municipales, a los recaudadores de rentas, a los jefes de “acordada” y a algunos profesores para decirles el candidato: “Miguel quiere que yo sea el diputado. Ustedes sabrán cómo le hacen porque yo no puedo venir de México”. A la reunión o reuniones asistían altos funcionarios del gobierno local y no faltaron funcionarios de la Federación. Respecto de los pueblos que no estuvieron representados en la reunión en Chihuahua, en la misma presidencia municipal o en la cantina, se hizo una reunión local. Allí se agotó la organización y allí concluyó el esfuerzo.

Lo demás, fue nombrar empadronadores que no empadronaron largas listas de nombres simplemente para tener posibilidad de rellenar las ánforas con votos; en nombrar presidentes de casillas a los pistoleros y cómplices más dóciles; en amenazar a obreros y a campesinos para que votaran por el PRI o para que no votaran, pues a muchos se les recogieron sus credenciales cuando habían ido a empadronarse voluntariamente. Y luego a rellenar ánforas, a no instalar casillas, a hacer los paquetes en las presidencias municipales o a forjarlos lisa y llanamente en la cabecera del distrito para la junta computadora a la que ni siquiera fueron los que habían figurado como presidentes de casilla.

Esa es la organización del partido oficial. Es el Estado mismo activamente, o el Estado, pasivamente, por cuanto garantiza la impunidad e impide el juego de las instituciones, la esencia de la organización del PRI que admira el autor del memorándum.

### **Ciudadanos poco controlables**

"Los miembros del PAN son demasiado individualistas, muy poco controlables y difíciles de manejar".

Absolutamente cierto. Es terriblemente difícil manejar hombres a quienes se invita a la acción precisamente porque son hombres y porque son libres, y porque no quieren ser “manejados”.

Tener grupos ya organizados para otro fin, como las organizaciones de trabajadores o de ejidatarios, es fácil cuando se tiene el poder del Estado que hace y deshace líderes de esas organizaciones o da o quita vida a las organizaciones mismas, y cuando, sobre todo, lo que importa no es tener a los hombres que forman esas organizaciones sino tener a los líderes, el nombre y los recursos de ellas. Tener esas organizaciones como tales, alistadas en el partido para la acción política, es falsearlas, es desviarlas, es sacarlas de su fin propio, de su misión peculiar.

Además, lo importante es tener la adhesión de los hombres que forman esas organizaciones. Y ahí de nuevo se presenta la dificultad que ofrece siempre el tratar con hombres y pedirles que libremente den o nieguen su adhesión. El PAN lo que ha hecho es procurar tener los hombres e insistir en que las organizaciones deben ser fieles a su naturaleza y a su propósito y no convertirse en instrumentos de política. Y en este punto, así sea el camino escogido el más difícil, el Partido no deberá cambiar su táctica.

### **Auténtico respeto al pueblo**

“La propaganda del Partido es de altura. Tiene frialdad, cálculo, meditación, demasiada serenidad y ponderación”.

Seguramente es cierto. No es fácil encontrar en estos 10 últimos años, en la literatura política mexicana, exposiciones más completas, más crudas, más claras de la verdad de nuestra vida pública, que las exposiciones hechas en la propaganda del PAN; pero seguramente les falta lo que indebidamente se ha llamado sentido popular, y que muchas veces no es más que un estilo vulgar y pedestre que quienes no son del pueblo suponen que gusta al pueblo, o que es lo único que el pueblo entiende o quiere oír.

En parte este defecto ha sido voluntario. El PAN ha creído –y lo ha comprobado tantas veces– que el pueblo es muy inteligente, que le gusta lo mejor, que, si está privado de ello, es porque no lo puede tener o no se le da; pero no porque no sepa

estimarlos. Que merece de quienes a él se acercan para exponerle sus ideas, un respeto extraordinario; que, si el propósito final es limpiar y ennoblecer la vida pública, precisa comenzar a realizar ese propósito en los medios mismos que para lograrlo se utilicen y muy especialmente en la propaganda oral o escrita, en la que se ha procurado que nunca deje de decirse todo lo que hay que decir, aún lo más duro y difícil; pero que nunca se diga nada de lo que no debe decirse.

Si este propósito se ha realizado mal, como seguramente ha sido, por lo menos se ha hecho el esfuerzo más grande para cumplirlo. Y la experiencia demuestra que si un discurso encendido de alusiones personales y de injurias suscita de inmediato el aplauso, una exposición encendida de verdades fundamentales en la que claramente se expliquen problemas y las soluciones, en las que se señalen errores y se indiquen caminos, aunque más lentamente también suscita el aplauso; pero, sobre todo, suscita la adhesión y deja una huella tan permanente que todavía en esta campaña última muchas veces, en los pueblos pequeños de las más humildes militancias del Partido venían los conceptos y las frases de la campaña de hace tres años o de la propaganda inicial del Partido.

Además, es muy pesimista la creencia de que el pueblo de México no entiende lo que es la tierra libre, o la rendición de cuentas en los sindicatos o en el gobierno, o que el municipio no es botín, o que la ciudad es la casa grande de todos, o que la autoridad debe servir para el bien común y no para el provecho de los que la ejercen, o que cuando no hay producción suficiente se produce la carestía, o que los pesos de once centavos valen menos que los de veinte centavos, o que la escuela debe ser para enseñar y no para hacer política, o que el maestro y el padre han de trabajar unidos en vez de que el maestro sea el enemigo del padre, o que la fe no depende de la voluntad del presidente municipal o del Presidente de la República, o que se necesita agua potable, o caminos, o irrigación, o atarjeas; o que el sindicato no tiene derecho a mezclarse en las convicciones personales de sus miembros, o que la parcela ha de ser para el campesino. Y estos son los temas de altura de Acción Nacional.





## NO SABEN DE SERVICIOS PÚBLICOS, PERO SÍ QUIEREN LA REELECCIÓN

### **Servicios públicos**

La noción de que existen necesidades generales de la comunidad que deben ser atendidas adecuadamente, mediante empresas públicas o privadas sometidas a una norma que expresamente regule la actividad de esas empresas y los términos y condiciones en que ellas deben satisfacer las necesidades colectivas, es una de las notas características en la transformación del Derecho Público, y tiene la importancia vital para la vida colectiva. A pesar de ello, este concepto de servicio público es uno de los menos explorados y definidos en México, no obstante, el carácter supuestamente revolucionario del Gobierno. Los funcionarios del régimen lo invocan con frecuencia; pero sólo para fines destructivos, exclusivamente con propósitos demagógicos, sin pensar siquiera en las inmensas posibilidades que una adopción sincera y apta del concepto de servicio público podría tener para ordenar útilmente la vida común.

Acabamos de presenciar –de sufrir– un ejemplo de las consecuencias fatales que en contra el bien común produce esta resistencia del régimen a definir

\* Revista *La Nación*, año IX, número 449, 22 de mayo de 1950, p. 2.

los servicios públicos y a elaborar y utilizar las magníficas posibilidades que de ese concepto derivan: la huelga de electricistas. Independientemente de la justificación que puedan haber tenido las demandas del sindicato o la resistencia de la empresa; dejando a un lado, porque ello merece comentario especial, la forma escandalosamente demagógica en que se llevó la discusión entre sindicato y empresa, incluyendo acusaciones directas de colusión contra elevados funcionarios del Gobierno; sin considerar la práctica desastrosamente seguida, de una publicidad pagada que está tendiendo a matar la prensa mexicana haciéndola substituir su función más alta por la de poner sus planas en venta a quienes puedan pagarlas, es obvio que lo ocurrido revela simplemente el olvido del concepto de servicio público, olvido bien natural en un régimen tan permanentemente desligado del sentido del bien común.

Si el servicio de luz y fuerza motriz es un servicio público –y lo es no sólo cuando se presta a instituciones del Gobierno o a hospitales, sino cuando se presta al más modesto consumidor–; si, como tal, las condiciones del servicio y su costo son determinadas por normas del Poder público; si las tarifas son establecidas por éste y la empresa no puede exigir otros ingresos que los que esas tarifas señalan, el planteamiento de un conflicto económico, de salarios u otras prestaciones pecuniarias para el personal de la empresa, no es asunto que pueda plantearse o decidirse por los caminos comunes del Derecho de Trabajo, ni que pueda quedar sujeto a las consecuencias de una disputa entre el sindicato y la empresa.

En primer lugar, el servicio en ningún caso y por ningún motivo debe ser suspendido. Sobre las supuestas partes en el conflicto –personal y empresa–, está la comunidad, cuyo interés es absolutamente preeminente.

En segundo lugar, y a diferencia con lo que ocurre en el caso de empresas que no son de servicios públicos, la empresa que presta uno de esos servicios, no puede elevar los precios y hacer utilidades libremente, sino que está sujeta a un ingreso limitado por una tarifa que, teóricamente al menos, debe haber

sido establecida por el Poder público de manera tal que los ingresos por la prestación de los servicios basten para cubrir el costo real de esa prestación, incluyendo reposición, extensión y mejora de los servicios mismos; pero sin exceder de ese costo. Por ello, una demanda de elevación de salarios, aun siendo perfectamente justificada, no puede ser resuelta, técnicamente, por decisión lograda entre la empresa y su personal, sino que reclama indispensablemente, la decisión del Estado.

En tercer lugar, y por lo tanto, sólo aparentemente puede decirse que la huelga u otros medios de apremio son dirigidos contra la empresa; en realidad son dirigidos contra el Gobierno mismo y de ellos puede ser paciente la empresa; pero sólo en forma mínima, pues el verdadero paciente, y con daños que son incomparablemente superiores a los que puedan sufrir la empresa o su personal, es el pueblo entero.

Es fácil ver cuando apenas se tocan, así, algunos de los aspectos del servicio público, cuán grande trascendencia tiene el concepto para ordenar la vida colectiva y cuán necesario es que en nuestra organización jurídica el concepto sea definido y adoptado como norma. Desde hace tres años, los diputados Gutiérrez Lascazáin, Ramírez Munguía y Rodríguez, presentaron una iniciativa de ley que ni siquiera ha sido dictaminada todavía y en la cual sobriamente se destacaba este concepto de servicio público para regular conflictos entre las empresas y su personal. Y la forma en que se dio solución a la huelga reciente de electricistas, frustrándola unas cuantas horas más tarde de su iniciación: pero después de que se habían causado sobresalto, escándalo, inquietud social y graves perjuicios colectivos, aparte de los daños a los trabajadores mismos y a la empresa, demuestra la imperiosa necesidad de una legislación fundada en el recio sentido del servicio público y de la verdadera naturaleza de las empresas que lo prestan, de las relaciones de éstas con su personal y de las del personal y de las empresas mismas y del Gobierno, con la comunidad.

**Escándalo**

Ante un Congreso de Alcaldes en los Estados Unidos, se ha presentado últimamente don Fernando Casas Alemán, Jefe del Departamento Central. Y esa presentación y el discurso del señor Casas Alemán a que dio lugar, no deben pasar inadvertidos.

La presentación misma, desde luego. Es cierto que el señor Casas Alemán rige los destinos de una de las más grandes poblaciones de América, de una comunidad que seguramente comprende a más de la décima parte de la población total de México. Estaría muy bien, pues, que el gobernador de esa comunidad concurriera a un Congreso de Alcaldes en el que de fijo han de tratarse asuntos importantes del gobierno de la ciudad.

Pero el señor Casas Alemán no es alcalde, el señor Casas Alemán no tiene ninguna representación de la comunidad sobre la que ejerce poder. Es un simple instrumento del Ejecutivo Federal en la consumación de uno de los más antihistóricos, contrarrevolucionarios y disparatados programas para destruir las instituciones municipales y todo lo que ellas representan en dignidad del pueblo, en defensa de las libertades ciudadanas, en decoro, satisfacción y alegría de la vida común.

En el Distrito Federal, el régimen destruyó los Ayuntamientos. Y no los reemplazó con sistema alguno que, aun cuando fuera de lejos, pudiera tener relación con el espíritu, con los propósitos, con la naturaleza del Municipio, simplemente decapitó a la ciudadanía. Entregó el patrimonio, el porvenir, la tradición de la Capital de la República y de las demás poblaciones del Distrito, a un régimen de favoritos, sin crear siquiera una sombra de responsabilidad para ellos, sin dejar ni un principio de derecho y de solidaridad de los ciudadanos, sin organizar, por supuesto, la técnica administrativa de un área metropolitana tan compleja y llena de problemas como es la nuestra. Es una tiranía ilimitada en la que toda la iniciativa, todo el manejo de fondos, toda la rendición de cuentas, toda la administración del bien común, la función íntegra de la autoridad, queda

en manos de un tirano sin que la comunidad pueda hacer otra cosa que callar, obedecer y pagar. Pagar muy caros servicios deficientes o inexistentes del todo; pagar muy caras obras hechas sin jerarquía, sin programa, sin control.

¿Qué está haciendo el señor Casas Alemán en un Congreso de Alcaldes que vienen del pueblo, que son realmente electos, que atienden sus iniciativas y sus protestas, que rinden cuentas y son responsables auténticamente ante la comunidad que los designa de verdad? ¿Por qué acepta una invitación que sería tan honrosa si él fuera de verdad un alcalde y si hubiera un régimen de derecho o de auténtica representación en México; pero que se basa en un falso supuesto porque faltan esos requisitos?

### **Discurso**

El señor "Alcalde" de México dijo ante el Congreso un discurso que apena por su falta de coherencia, por su verbalismo intrascendente. No es de extrañar, pues como decían los antiguos, "la boca habla de la abundancia del corazón" y ¿qué podría dictarle su corazón, respecto de la vida municipal, de la hondura de sus problemas, de la excelencia de su misión, al señor Casas Alemán, encargado precisamente de destruir las bases mismas de esa vida municipal? ¿Lo que podría haber ido a decir sobre el municipio, sobre la vieja y nobilísima institución que desde el Siglo XVI nos vincula con lo mejor de las tradiciones jurídicas de Occidente, un auténtico alcalde mexicano!

Pero lo peor es que el señor Casas Alemán no tuvo empacho para decir en su discurso, hablando de la democracia, hablando del panamericanismo y de la solidaridad de los pueblos de América, que "el Municipio, con su vida fecunda, recia, donde se nutren las más altas virtudes cívicas, es un factor para realizar esos grandes ideales". Y agregó: "ustedes, señores delegados, pueden estar orgullosos, como lo estamos nosotros, de esa materia prima (el Municipio), pues allí, dentro de esa fuerte corriente popular que representa la vida local autónoma, se trazaron los majestuosos principios de las repúblicas

modernas; aquí, inspirados por los Hamilton, Jefferson, Adam y en nuestro País (sigue la equivocación de citas, como se ve, pues parece que sólo trataba de acumular nombres), con los Morelos, Juárez, Altamirano, Ramírez, Carranza, los Constituyentes de 17 y tantos otros". Todavía dijo el señor Casas Alemán: "Para que los municipios sean escuelas de libertad, es necesario que antepongamos a los nuestros los intereses de la comunidad".

¿Es posible llevar a extremos mayores el escándalo y la burla? ¿Es posible mayor falta de decoro en la exhibición de esta abominable "democracia de exportación" que el régimen ha venido haciendo para ilustrar al revés lo que dijo Vasconcelos: "Caníbales en el interior y vegetarianos en el exterior" ¿No es tiempo ya de que los ciudadanos de México pongamos fin a la farsa innoble? ¡Y quieren la reelección!

## CONFUSIONISMO, PRECISIÓN, REACCIÓN

### **Confusionismo**

Desde el primero de julio de 1918, las elecciones de Poderes Federales han debido regirse por una Ley Electoral compleja, ignorante de la técnica electoral moderna, culpable en buena parte de la pavorosa corrupción municipal, y propicia por su desorganización, la ineficacia de sus instituciones, el pobre y mal concebido sistema de sus sanciones, no sólo al fraude del Poder Público, sino a los abusos y violencias de cualquier grupo de pistoleros.

Así, de fuentes oficiales, ha salido en los últimos meses una campaña reeleccionista que, sin el apoyo de esas fuentes no habría tenido una semana de existencia; así un descabezado movimiento que invoca la soberanía del pueblo precisamente para pedir que el pueblo abdique de esa soberanía; así algunas auto-postulaciones que ya prefiguran el uso de la conocida táctica de falsificar una oposición, destacando algún elemento del propio régimen que promete “jugársela” para desviar o dividir un movimiento cívico verdadero; así, inclusive, la guasa aparente del “rendonismo” que acogida por la prensa, oculta el veneno

\* Revista *La Nación*, año IX, número 461, 14 de agosto de 1950, p. 2.

de hacer aparecer como cosa de risa y de chunga, lo que es el problema central y más grave de México.

Todo ello responde a una táctica política bien definida: la táctica de la confusión, la de impedir que se plantee aguda y precisamente la verdadera situación de México, la de procurar que el pueblo pierda otra vez la clara visión de la necesidad nacional verdadera, o la esperanza de ver cumplido su justo anhelo.

Nada mejor para la continuación del régimen, que esta táctica confusionista. El servilismo, mientras más bajo y desvergonzado, en vez de provocar adhesión popular, produce pronto repulsión y disgusto. La oposición falsificada, ha venido perdiendo valor táctico de engaño, por la dura lección de las últimas dos experiencias –la del 40 y la del 46–, que el pueblo no olvida. Puede tener, inclusive, en contra del régimen, el riesgo de ser tomada en serio, como pudo haber sucedido aquel 7 de julio de 1940.

La confusión, en cambio, no presenta peligros y todavía puede tener una gran eficacia paralizante, sobre la inteligencia y sobre la voluntad de los ciudadanos. Que el pueblo no vea claro; que no pueda saber con certeza cuál debe ser la dirección del esfuerzo colectivo; que sienta cerrados todos los caminos para su acción; que abandone, otra vez, por lo tanto, en la nueva ocasión electoral, a las camarillas del régimen, a las subfacciones en el Poder, la decisión final sobre cuál ha de ser el programa de gobierno y cuáles los hombres que como gestores de la facción han de seguir usurpando las funciones de la autoridad.

### **Precisión**

En este ambiente lamentable, como en 1939 y en 1946; pero cada vez con más incisiva precisión, se ha elevado una clara voz, la de Acción Nacional, reclamando del gobierno y señalando a la opinión pública, el verdadero problema político de México y el simple proceso de resolución de ese problema: la necesidad de lograr que se cumpla el principio del sufragio efectivo, que se haga posible el voto organizado, libre y respetado.



En una carta abierta al Presidente de la República, Acción Nacional ha expuesto la vergüenza del fraude electoral, los daños inmensos que de él se siguen para México, la amenaza que para el ser y la tranquilidad de la Patria se encierran en esta innoble falsificación de democracia, la urgencia de cambiar el rumbo de la vida pública, y los medios accesibles para lograr ese cambio.

Contra el confusionismo deliberadamente fomentado, esa carta puntualiza la naturaleza verdadera del mal primario de nuestra vida pública. Contra el servilismo que hoy alcanza honduras de desvergüenza no igualadas desde el tiempo de Santa Anna, lanza esa carta la dura verdad de la ilegitimidad de origen y de la imposible legitimación de ejercicio de las autoridades procedentes del fraude electoral. Contra todo posible intento de nueva oposición de contentillo y contra las maniobras de las subfacciones y de las camarillas, esa carta hace resonar la voz de la ciudadanía tantas veces befada, desdeñada o violentada por el abuso del Poder público.

Toda nuestra Constitución, todas las instituciones que ella establece para hacer posible la convivencia, para garantizar las libertades esenciales, para asegurar, por la responsabilidad, la recta conducta de las autoridades; toda la posibilidad de un programa real de gobierno, desde los puntos de importancia menor, que son las obras públicas, hasta los de más capital trascendencia, como el cumplimiento efectivo de una reforma social genuina, la creación de un sistema educativo verdadero, la defensa y el fortalecimiento de la Nación y la lucha por los valores superiores que dan sentido a los hombres y a los pueblos, están basados, en el sistema jurídico-político de México, en el funcionamiento efectivo del sufragio.

Si se conculca el derecho de voto, si la violencia o el fraude hacen imposible el sufragio auténtico, si se falsifica esta institución básica, todo el edificio de la vida pública, la cuidadosa arquitectura de la Constitución, las posibilidades nacionales mejores, se desploman, se convierten en costosa e inútil apariencia, se vuelven fórmulas vacías. Más aún, desprovistas de raíz, sin posibilidad

de estar animadas las instituciones constitucionales por la savia vital del voto y de la opinión populares, se tornan en elementos de corrupción. Un municipio no electo, un Congreso de diputados y senadores de dedo, no sólo son costosas e inútiles falsificaciones sino que, fatalmente, pudren la vida pública; crean, desde luego, conjuntos de intereses opuestos necesariamente al bien común; quebrantan la fe en el derecho y la reemplazan por la influencia ilegítima y la mordida; caen inevitablemente en el privilegio y el monopolio y, sin vinculación con la realidad humana de la Nación que es el pueblo, por necesidad ineludible gravitan, en lo interno y en lo internacional, a la complicidad y a la componenda.

La responsabilidad frente a la Nación, establecido el régimen de fraude al sufragio, es substituida por el negocio entre socios y compadres o entre éstos y sus cómplices y clientes menores. El esfuerzo para ganar la confianza de la ciudadanía, es reemplazado, entre los grandes de la camarilla, por un esfuerzo para retener los resortes principales del Poder Público, y en los segundones y en los partícipes de los negocios, se vuelve servilismo y conspiración.

Por eso, lo primero es el voto. El paso previo y la condición para que cualquier otro programa colectivo pueda cumplirse, es el voto. La necesidad más urgente, el más apremiante requerimiento nacional, es el voto.

## **Reacción**

¿Cuál será la respuesta a este llamamiento a la limpieza, a la claridad, a la autenticidad?

¿Seguirá el gobierno, sujeto por el lastre de tan grandes intereses, ligado con la continuación del sistema de fraude electoral, obcecado en impedir o en falsificar la reforma indispensable? ¿Será posible que, con abuso de los recursos del Poder, siga sosteniéndose la situación actual de confusión y de desesperanza? ¿La cloaca del llamado partido oficial, y los que alegan honradez y rectitud y altura de propósitos y son al mismo tiempo ladrones de votos, y esta nueva burguesía que, sin sombra de preocupación moral,

se asocia al Poder por sus ventajas o que a título de mal menor transige y colabora con el que bastardea las instituciones y se roba las urnas y destruye y corrompe la vida pública de México, pesarán más que la justicia y el anhelo de la ciudadanía? ¿O esa justicia y ese anhelo prevalecerán y harán posible que México empiece a vivir, como lo merecen la generosidad, la lealtad, la bondad de pueblo, una vida colectiva decorosa, libre de la inicial simulación fraudulenta, y propicia, por lo tanto, para que México acometa las grandes tareas pendientes para su bien?

La raíz del mal está expuesta El camino para curarlo está señalado, y nada hay, en la razón que impida seguirlo. Gimo siempre, ahora o más tarde, el pueblo tendrá la última palabra.



## EL SUELO, OPINIÓN, GOBIERNO

No hay duda de que una de las principales preocupaciones de la opinión pública, de los agricultores y del Gobierno de los Estados Unidos, ha sido, especialmente en los últimos 50 años, la del mejor aprovechamiento de sus recursos del campo. Tampoco hay duda de que el esfuerzo realizado por los particulares y por el gobierno mismo en el progreso de las bases científicas y técnicas de ese aprovechamiento del campo, ha sido magnífico en su ímpetu, en su orientación y en sus resultados muchas veces sin par. La producción del campo allá y las condiciones de vida y de trabajo de los agricultores, han venido teniendo un acelerado ritmo de mejoramiento que no es ciertamente un dato menor, sino uno de los más importantes en el progreso gigantesco del país vecino.

A pesar de ello, los técnicos, los agricultores mismos, la opinión pública y el gobierno, siguen considerando que la atención constante a los problemas del campo, cada vez más rigurosamente apolítica, más técnica, más basada en datos científicos comprobados, más orientada a lograr la colaboración general, es una necesidad imperiosa de la Nación. Y congruentemente, se suman el empeño

\* Revista *La Nación*, año IX, número 468, 2 de octubre de 1950, p. 2.

de la iniciativa privada y de las múltiples y bien dotadas agencias oficiales, sin consideración política alguna, para continuar el estudio del problema y hacer frente a numerosos aspectos todavía deficientemente atendidos, considerando entre ellos, en primerísimo lugar, el de la conservación de los recursos del campo y, de ellos, desde luego, el esencial: el socio mismo.

El próximo día 28, por ejemplo, se celebrará en Nueva York una reunión de una de las instituciones privadas que más intensamente coopera a la ilustración de los agricultores y de la opinión pública y que lleva el nombre muy adecuado de "Amigos de la Tierra". En esa Convención, el tema principal será el ya dicho de la conservación de los recursos del campo. Como ésta, otras muchas agrupaciones regionales y nacionales trabajan activamente en la precisión del tema, en suscitar un creciente interés nacional en el problema de la conservación y en lograr, así, el movimiento unánime –de los agricultores, de los técnicos, de los financieros, de los educadores, de la opinión pública y del gobierno–, que es indispensable para hacer frente a este problema.

Es que no hay crimen mayor en contra de la Nación que el despilfarro de sus recursos humanos y naturales. El robo del dinero público, el gasto indebido de los fondos nacionales en asuntos partidistas, en obras injustificadas, es grave responsabilidad de los gobernantes; pero los fondos así malgastados pueden ser repuestos con el trabajo del pueblo. En cambio, un bosque talado inmisericordemente, una cuenca desforestada, la capa de tierra vegetal arrastrada por las comentes torrenciales al mar, no podrán ser repuestos; significan una pérdida definitiva e insustituible para la Nación. El esfuerzo de una generación, perdido por el desorden, por la miopía de la ineptitud, por la demagogia facciosa, tampoco puede reponerse y gravitará pesadamente sobre varias generaciones. El crimen de los gobernantes que por incapacidad o por corrupción política mantienen sin solución los problemas del campo e impiden que en un movimiento nacional esos problemas sean planteados con verdad y estudiados y resueltos eficazmente, es imperdonable.

## Opinión

Es un hecho que, en México, en el México de comienzos del siglo, el más visible aspecto del problema del campo era el agrario. Tuvo justificación, así, la recomendación inteligente y generosa que algunos hombres capacitados y de buena fe hicieron entonces a la opinión y al gobierno para que, en lugar primerísimo, se reconociera la existencia de una cuestión agraria y se le diera la solución razonable que hubiera sido entonces fácil y ordenada. Fue justificado, también, que, vista la inercia oficial frente a esa recomendación, el movimiento revolucionario de 1910 inscribiera en sus banderas el problema agrario y, a partir de 1915, en plena lucha y con la presión psicológica, política y social de esa época, se iniciara la solución del problema agrario sobre la base del reparto de tierras. Pero es monstruoso que 35 años más tarde, repitiendo el mismo error que hasta 1910 cometió el régimen, todavía siga el Estado ciego y sordo a la realidad y manteniendo, exclusivamente por las más mezquinas razones políticas, una situación que notoriamente no ha dado ni podrá dar solución al propio problema agrario ni, menos aún, puede ser camino para el planteamiento verídico y la resolución genuina del problema general del aprovechamiento de los recursos del campo y del mejoramiento real de las condiciones de vida y de trabajo de 109 agricultores mexicanos.

Esa obstinada conservación –muchas veces sólo de los peores aspectos negativos y destructores–, de una solución que fue explicable hace 35 años pero que hoy no tiene sombra de justificación ni social ni técnica, no sólo mantiene en la miseria y en la angustia a todos los campesinos aparentemente beneficiados con ella y los esclaviza a la maquinaria corrompida del monopolio político oficial, sino que es terrible lastre para todos los agricultores de México, causa constante de insuficiencia en la producción y, además, río revuelto que hace imposible un esfuerzo sincero para que México se enfrente con el problema esencial del mejoramiento de la población del campo, de la conservación y el aprovechamiento mejor de sus recursos y de la salvación de sus suelos.

Así lo reconoce, cada vez con visión más certera, la opinión pública; así lo admiten los técnicos oficiales que más seriamente han considerado el problema; así lo saben, por muy cruel experiencia personal, todos los hombres del campo en México.

Hace apenas unos días, en la Convención de Acción Nacional, cuando se planteó dentro de un temario general, el problema específico de la extensión de las instituciones de la reforma social al campo, se puso inmediatamente de manifiesto el concepto general que existe sobre la insatisfactoria situación que la equivocada política agraria ha creado. Y fueron precisamente los ejidatarios, los que, en primer término, excediéndose de los límites del temario a discusión, abordaron el tópico general de la necesidad de estudiar y plantear de nuevo el problema agrario y el problema agrícola sin interés político, sin componendas partidistas, con actitud técnica, con verdadero y ardiente deseo exclusivo de servir a México.

### **Gobierno**

Pero el Gobierno no escucha a la opinión. A compás retardado, va a la zaga de esa opinión ensayando programas parciales e incompletos o centrando toda su atención en aquel aspecto de un programa general –el aspecto de las grandes obras de riego– que más se presta a las inversiones cuantiosas y a la propaganda resonante. Se han hecho dos reuniones para despertar interés en la tarca de conservación de los suelos, y aún hay una oficina pobremente dotada que tiene algunos campos experimentales al respecto. Se creó la Comisión del Maíz y se ha hecho un gran alboroto en torno de la desforestación.

Obras de riego, sí; pero ¿por qué solamente las grandes obras y por qué solamente la construcción por el Gobierno? ¿Acaso no hay multitud de obras medianas y pequeñas que en conjunto darían un resultado económico y social ciertamente superior al de los grandes proyectos? Y ¿por qué no, también, dar margen para que al esfuerzo oficial se sume el de la iniciativa privada,



regulada dentro del bien común y capaz de multiplicar el esfuerzo hecho ahora exclusivamente con los fondos públicos?

Lo mismo puede decirse de la Comisión del Maíz para ampliar y extender sus resultados excelentes. Y con más razón aún, puede decirse del indispensable y urgentísimo problema de la conservación de los suelos. En cuanto a la deforestación, la alharaca oficial, la demagogia que ella misma promueve, están desembocando en dos caminos peligrosísimos para México: uno es el de la persecución de la industria maderera organizada y responsable mientras se sigue dejando las manos libres a los taladores que el coyotaje protege, y otro, que sería divertido si no fuera de tan graves consecuencias para el País, es el de la creación por el Ministro de Agricultura –el mismo señor aquél que fue director de la Reguladora–, de un impuesto “voluntario” sobre todos los productos forestales, impuesto del que espera reunir entre 25 y 40 millones y que será percibido por él y por él manejado sin ley, sin normas y sin tener siquiera la intervención, aunque sea nominal, de Bienes Nacionales o de la Contaduría Mayor de Hacienda.

Lo peor de todo en esta marcha retrasada de la Administración, es el carácter disperso e inorgánico que tienen todas esas medidas. Aun las que en sí mismas son buenas y podrían ponerse en práctica con eficacia y con limpieza, están condenadas a fracasar o a rendir un fruto elemental solamente, por su desconexión, porque no responden a un plan uniforme e integral, porque están concebidas y serán ejecutadas dentro del mismo ambiente del interés político inmediato.

Una reforma –y son la reforma agraria y la reforma agrícola de México las que están por hacerse–, no es asunto de parches; es empresa completa que debe ser sistemáticamente concebida y realizada con limpieza y con aptitud en un empeño que sea genuinamente nacional. En esta reforma integral del campo de México, está vivamente interesada la Nación entera. Lo que en ella está en juego, es la vida nacional misma. Es ya tiempo de que no siga siendo pretexto

de especulación económica o política, sujeto de experimentación inepta, motivo de tratamientos adormecedores.

Claman por una reforma real, los 17 millones de mexicanos que, pobres, inseguros, angustiados, viven y trabajan en el campo; los extensos bosques talados por los compadres y cómplices políticos, los destrozos pavorosos causados por la erosión, las aguas que no sólo se pierden en el mar sino que arrastran consigo la capa vegetal de nuestros campos, la insuficiencia de la producción agrícola, el raquitismo de una economía nacional privada de una de sus bases, la más firme y más importante, y la condición de sujeción innoble y de intolerable exclusión de la vida jurídica y social del país en que se tiene a los agricultores.

Hay un camino que ha sido señalado muchas veces y que nuevamente fue propuesto en su Convección por Acción Nacional: la creación de la Comisión Nacional de Planificación del Campo. Es urgente seguirlo. Y no hay consideración racional alguna que a ello pueda oponerse.

QUIEN RÍE AL ÚLTIMO, COLABORACIONISMO,  
REBLANDECIMIENTO, OTRO  
VIRREY, ESPALDARAZO

**Quien ríe al último**

Ha sido recientemente publicado el Código Administrativo del Estado de Chihuahua que requiere, por diversos motivos, examen y comentario.

Incoherencias, contradicciones, abigarramiento de preceptos sin jerarquía, son defectos que dejan sin embargo subsistente el propósito laudable de formación de un estatuto para regular los aspectos fundamentales de la vida pública local y que dejan, también vivos en su eficacia pedagógica, los conceptos teóricos que debieran ser la base de una organización democrática de esa vida pública.

Esos conceptos van desde la reiteración en principio del sufragio efectivo, hasta las solemnes declaraciones de que “toda actividad del Gobierno debe estar fundada en facultades que expresamente le confieran la Constitución del Estado, la Constitución Federal y las leyes que de ellas emanen”, de que “el Poder Ejecutivo respeta escrupulosamente la esfera de acción de los Poderes

\* Revista *La Nación*, año X, número 469, 9 de octubre de 1950, p. 2.

Legislativo y Judicial” y de que “no existe relación jerárquica ni subordinación de ninguna especie entre las autoridades municipales y el Gobernador del Estado por lo que hace a las funciones del Municipio”.

Tiene peculiar importancia esta repetición de las tesis esenciales. Aun cuando provenga de gentes tan encallecidas en el frente como este señor Foglio Miramontes, virrey saliente de Chihuahua. Aun cuando estén esos principios en abierta y constante contradicción con lo que en la práctica hacen todos los días el régimen y sus agentes.

La importancia de una confesión, pues no se reiteran esas tesis porque si, no porque la banda reconoce la necesidad de pagar tributo, siquiera verbal, a las exigencias de una ciudadanía que se organiza y se afirma cada vez más vigorosamente. “La hipocresía”, se ha dicho ya “es siempre un homenaje a la verdad”.

La importancia que ya el maestro Rabasa señalaba para los textos democráticos de la Constitución de 57 al decir que, aun cuando incumplidos y sin vigencia práctica, esos textos habían de servir para señalar al pueblo una meta en su desenvolvimiento político y para hacerle conocer y desear las posibilidades de un auténtico régimen de Derecho. No se juega con las grandes ideas. No se usan en vano las palabras que, quiérase o no, están cargadas con el anhelo secular de un pueblo. El político cínico o hipócrita que cree jugar con esas ideas y usar las palabras-símbolo para escudar tras ellas su ilegitimidad, sus robos, sus abusos, está, a contrapelo, sirviendo para despertar y fortalecer el sentido de la ciudadanía. Si para él se trata simplemente de “voces vacías”, para el pueblo se trata de realidades entrañables, de inaplazables necesidades, de un ímpetu cada vez más incontenible hacia la aptitud, la autenticidad y la limpieza en la vida colectiva.

Y así va formándose ese ambiente de exigencia, de claridad y de honradez contra el cual llegarán a no tener eficacia alguna los recursos de estos farsantes que ahora ríen creyendo escribir conceptos inocuos en el papel

en que están impresas las leyes, y no advierten que en realidad siguen ahondando los principios de salvación que están ya grabados para siempre en el corazón del pueblo.

### **Colaboracionismo**

Una rápida lectura inicial de este Código Administrativo, permite descubrir desde luego preceptos que son ejemplo de la insinceridad con que proceden éstos que llegan al Poder por designación de la banda y como sus agentes, contra la voluntad del pueblo. Esos preceptos son, también, ilustración elocuente de los frutos de falsificación que inevitablemente producen la política falaz de “mano tendida” y la desvirilizada actitud de los conformistas, de los colaboracionistas que por increíble ingenuidad o por mezquinas concesiones aparentes, hacen a un lado convicciones morales, políticas y sociales definitivas, se olvidan o fingen olvidarse de que “el fraude todo corrompe” y conspiran contra el esfuerzo orientado en el único camino –el de la exigencia de autenticidad y el de la formación de una ciudadanía verdadera– que pueda conducir a la defensa eficaz y a la realización de esas convicciones esenciales.

Entre estos preceptos, el flamante Código Administrativo de Chihuahua con-tiene dos, perdidos entre una maraña de insignificantes disposiciones reglamentarias sobre actividades secundarias del Departamento de Gobernación. Son los artículos 1454 y 1455 que dicen:

Artículo 1454. El Ejecutivo del Estado, por conducto del Departamento de Gobernación, expedirá las licencias o permisos que los ministros de los cultos deben obtener para oficiar. Dichas licencias serán revocadas cuando “a juicio del Ejecutivo lo demande el bienestar social y tendrán una vigencia por un año”.

Artículo 1455. El Ejecutivo autorizará el ejercicio de los ministros “de cada culto siempre que su número no exceda de la proporción de un ministro por cada diez mil habitantes, tomando como base el último censo oficial practicado”.

¿Se necesitan comentarios?

## **Reblandecimiento**

Es cierto que si el colaboracionismo revela en quienes lo practican o lo aconsejan un peculiar reblandecimiento, también la política de “mano tendida” implica ese reblandecimiento del régimen que la sigue.

Los preceptos antes transcritos no son sino repetición de los mismos textos absurdos dictados por el régimen contra el pueblo desde hace muchos años. Y esos preceptos, hoy reiterados como parte de una ley de base, desde hace muchos años no han sido puestos en práctica y, como dicen los amigos de la componenda y del disimulo, tal vez no serán aplicados jamás en el futuro.

En efecto, tal vez no serán aplicados jamás en el futuro, si se cumplen dos condiciones: la primera y fundamental, que el pueblo de México siga firme, erecto, apto y resucito para defender su derecho, como sea necesario hacerlo; la segunda, que la banda en el Poder no sea compelida por el pavor o por la presión de las fuerzas internacionales que actúan tras ella, para acudir de nuevo, como lo hizo no hace mucho tiempo todavía, a las formas prácticas peores de desconocimiento y violación de las libertades básicas del pueblo.

Tal vez no se cumplirán jamás en el futuro; pero están escritos en la Ley, negando y contradiciendo flagrantemente, en el texto mismo del Código, las tesis fundamentales en que ese Código dice fundarse: democracia, Derecho, libertad, representación política, cultura, respeto elemental a la dignidad de la persona humana, servicio al Bien Común.

Y esos valores, sin los cuales no puede existir la comunidad, son radicalmente incompatibles con el reblandecimiento. O están declarados, defendidos, garantizados inviolablemente por la Ley, por la autoridad genuina, fiel a su misión, y por la ciudadanía organizada, consciente y resuelta, o se vuelven simulación, componenda precaria o tiranía intolerable.

Nada nuevo contienen, dirán algunos, estos artículos del Código de Chihuahua. Nada nuevo, en efecto. Simplemente una constancia más del engaño, de la irresponsabilidad, de la falta de vinculación con el pueblo, del sectarismo,

del cinismo y de la hipocresía de la banda, y de la torpeza, de la mezquindad y de la inutilidad total de la abyección colaboracionista.

### **Otro Virrey**

Y a propósito. Chihuahua cambia de virrey Foglio Miramontes, enviado a aquella lejana colonia en premio de innobles sumisiones por el Presidente anterior, será sustituido por Soto Máynez, enviado por el Presidente actual.

Un cesar de cartón, bien aprovechado para sí y para sus parientes y compadres, hombre constantemente en contradicción consigo mismo –como puede verse cotejando lo que ha escrito sobre el problema del campo con lo que ha hecho como funcionario político del agrarismo, así como lo que escribe a guisa de prólogo en el Código Agrario, con su lamentable actuación de gobernador– será reemplazado por este nuevo virrey a quien todo Chihuahua conoce por “Sotolitos”.

¡Qué más da! Ninguno de los dos ha sido escogido por el pueblo. Los dos han sido enviados a la ínsula, con escarnio de la Constitución y burla inicua del derecho ciudadano, por el jefe, en turno de este régimen de creciente degradación. Se trata simplemente de agentes de una banda que ha expropiado la autoridad para su beneficio; de engranajes de una maquinaria corrompida y corruptora que todavía domina la vida pública de México. El virrey nuevo, como el anterior, será un simple agente de dominio y de explotación, un simulador irresponsable.

¿El nuevo virrey significa otro triunfo para el régimen? ¿Significa una derrota nueva para la ciudadanía? ¿Prueba la inutilidad del esfuerzo que en Chihuahua hizo manifiesto el fraude en las últimas elecciones?

No. Demuestra la rápida e irreparable decadencia de un régimen que con todos sus inmensos recursos –los recursos del pueblo vueltos contra el pueblo mismo– ni siquiera logra dar una apariencia de verdad al fraude en que está irremisiblemente cogido y que lo arrastra y lo hunde cada vez más.

Hace apenas un año, en Monterrey se instaló otro virrey. En el breve lapso de un año han quedado de manifiesto el fracaso del régimen virreinal, su incapacidad para engañar o desorientar a la ciudadanía y, más aún, el crecimiento del ímpetu ciudadano que con el virreinato se pensó quebrantar o destruir.

También en Chihuahua; pero más rápidamente aún, el régimen verá frustrados sus propósitos, el virrey será un lastre más agregado a la ya pesada carga de monstruosidades políticas del Gobierno. El fraude no habrá engañado sino a los que quieren ser engañados, obedeciendo a su propia naturaleza o a su interés. Y el movimiento ciudadano no habrá perdido, sino ganado en vigor y en orientación precisa.

### **Espaldarazo**

Tan inocultable es en Chihuahua la situación antes descrita, que el régimen ha considerado indispensable, en la toma posesión del virrey nuevo, la presencia en Chihuahua del propio Presidente de la República, de una inmensa cantidad de los diputados y senadores “de dedo” del Congreso federal, y de una nube de funcionarios, de aspirantes, de pistoleros, de politicastos y anexos para reemplazar, con esa divertida concurrencia, a la ciudadanía real de Chihuahua, ausente por asco de la pachanga oficial.

Al costo enorme de una campaña política en la que con todos los recursos del Poder no lograron una sola, modestísima reunión popular, se sumará ahora el costo fantástico, seguramente compartido por las tesorerías municipales, del estado y de la Federación, de este carnaval vergonzoso.

¿A quién se engañará? No, ciertamente, al pueblo. Él sabe la verdad, como sabe lo que quiere. Sabe, también, el camino para lograrlo. Y no renunciará a su anhelo ni abandonará ya el camino.



## PRECIOS, FALTA DE PROGRAMAS, COSTO

### **Precios**

El movimiento de alza de precios ha tenido una aceleración considerable en las últimas semanas.

La euforia oficial y oficiosa respecto de la situación económica nacional, tiene esta contrapartida –olvidada por la propaganda– que significa aumento en la angustia de vivir para la inmensa mayoría de la población.

Una vez más se comprueba la abominable mentira de una política sin verdadero programa y que, por ello solamente –sin que dejen de contar también y en forma considerable los abusos y las picardías– crea un doloroso reverso de agobio y de miseria del pueblo para el alegre anverso de obras públicas, de aumento constante de presupuestos y de abandono, “con el corazón ligero”, de los principios básicos de un auténtico sistema de gobierno.

### **Falta de programas**

La importancia de una labor cualquiera, pero sobre todo de una labor de gobierno, se mide no por un resultado aislado, sino por el armonioso equilibrio de su desarrollo y de sus frutos.

\* Revista *La Nación*, año X, número 470, 16 de octubre de 1950, p. 2.

Pero sabido es que sólo en la más corriente y miserable demagogia es posible “lograr algo por nada”. La verdadera y pesada ley, es precisamente la contraria. Y, de acuerdo con ella, el que emprende una tarea y, peculiarmente al gobernante responsable de la suerte común, están ineludiblemente obligados a saber el costo real, directo e indirecto, de cada una de sus empresas, de cada uno de sus experimentos o de sus proyectos.

No es bastante que el experimento, la empresa o el proyecto sean o parezcan ser laudables y justificados. Es preciso, además, que su costo ineludible no resulte mayor que sus beneficios. Es necesario, en suma, que la acción responda a un programa, a una visión general y no simplemente a un aspecto parcial ni, menos aún, a un capricho o a un interés personales.

México padece carencias dolorosísimas; requiere resolución genuina de muchos y complejos problemas; tiene necesidades que lo oprimen al mismo tiempo que posibilidades incalculables. Es fácil, pues, lanzar aquí la acción del Estado por uno cualquiera de los muchos rumbos que a ella se ofrecen y alcanzar resultado manifiestos y aún plausibles. Pero es justamente este cúmulo de urgencias y esta multitud de posibilidades potenciales, lo que da carácter de mayor y más imperiosa urgencia a un examen atento y cuidadosísimo de las condiciones de vida colectiva para la formulación de un programa integral, jerarquizado, armonioso. Sin ese programa, sin esa visión austera y clara de nuestra realidad, la aparente facilidad de una acción parcial, precipita el esfuerzo hacia esa acción, ocasiona un desequilibrio en la vida toda del País y hace que el costo social de una obra o de un proyecto aislados –el costo verdadero que a los pesos salidos de la Tesorería añade el incremento inmediato de la carestía y la pérdida de otras muchas y ricas posibilidades de acción– se vuelva pavoroso.

Es ciertamente muy grato para el padre de familia hacer un presente valioso a sus hijos; pero si para adquirir ese presente emplea su sueldo de varios meses olvidándose de que hay que cubrir las indiferibles necesidades de todos los

días o gravando él mismo su porvenir y el de su familia más allá de sus fuerzas de oportunidades, el regalo, en vez de grato y encomiable, se vuelve insoportable gravamen cuando no prodigalidad irresponsable y criminal.

Y desde hace años, México es víctima no sólo de errores, sectarismos, prevaricaciones, experimentos irracionales y corrupción administrativa, sino también y fundamentalmente, de una constante falta de programa en la acción del Estado, de los gobernantes.

### **Costo**

Esa falta de programa al resolver o experimentar un intento de resolución del problema agrario en la Laguna –que podría haber sido resuelto verdaderamente, además, por otros caminos obvios– inició el proceso de la inflación y de la irresponsable manipulación monetaria. Los millones de pesos del costo directo del experimento de la Laguna en 1936, con ser muchos, son tal vez la partida mínima del costo real que tuvo para México esa acción desorbitada y falta de visión de conjunto.

Así se podrían multiplicar los ejemplos que muestran cómo, en lo económico, la realización de un proyecto, aun bien intencionado y aun suponiéndolo limpiamente realizado, pero que es empresa aislada, no relacionada con un programa general, trasciende a toda la vida del País y causa en ella y para todos los mexicanos, perjuicios incomparablemente más graves que los males que con ese proyecto se trataba de remediar.

Y si de los ejemplos económicos se pasa a los sociales, a los políticos, a los morales, se vuelve aterradora la prueba de los frutos terribles de esta acción, dispersa del Estado, de esta falta de una clara y completa visión del conjunto de nuestra realidad, de esta ausencia de un programa sistemático y con jerarquía.

En la opinión pública es ya inagotable el anecdotario de las mordidas, de los aprovechamientos ilegítimos, de los negocios subrepticios, de los contrabandos autorizados, de las picardías de influyentes, compadres, amigos

íntimos y parientes. Es un anecdotario que repugna y subleva. Pero todavía, como expresión de los perjuicios que el régimen ha causado a México, es menos lamentable que esta falta del elemento substancial de la acción de la autoridad, de la actividad del gobierno, que es un programa genuino.

Es que se pueden calcular los millones de pesos despilfarrados en una obra –en una presa que nunca podrá captar aguas, en una carretera que apenas inaugurada debe ser rehecha– y se pueden estimar los signos externos palacios, automóviles, de las riquezas ilegítimamente acumuladas por funcionarios que prevarican. Pero por cada peso de esas fortunas o de esos despilfarros, hay seguramente, centenares o miles de pesos de costo indirecto que el pueblo debe pagar en devaluación de la moneda, en aumento del costo de la vida, en deficiencias de la producción, en insuficiencia y carestía de los transportes y de la distribución. Y por cada libro de texto inicualemente sectaria impreso o impuesto por la Secretaría de Educación y por cada uno de los actos concretos de aplicación del concepto irracional y faccioso del artículo 3, hay miles de niños que se han quedado sin escuela y miles y miles de inteligencias infantiles, de almas de niños que para toda su vida quedarán con el lastre que la mala lectura y la enseñanza infamemente desorientadora, han impreso en ellas.

Es exigencia de México la limpieza en la administración del patrimonio espiritual y material de la comunidad; pero más inaplazable aún, y más imperiosa y por todos conceptos esencial, es la exigencia de un programa.

¿Podrán hacerlo alguna vez los que comienzan por llegar al Poder como ladrones de votos?

20 DE NOVIEMBRE, SUFRAGIO  
EFECTIVO, LA NECESIDAD NACIONAL  
MÁS APREMIANTE

Un aniversario más del comienzo de la revolución, que habrá de celebrarse con mera demagogia, en el peor sentido de la voz, en el que denota una hiriente contradicción entre la realidad y las palabras, entre la conducta práctica y los ideales postulados.

La conmemoración, además, como en años anteriores, será solamente motivo de reiteración fatigosa del elogio al “Plan Alemán”. Elogio hecho por las mismas voces que antes hicieron el del “Plan Ávila Camacho”, o el del “Plan Cárdenas”, o el del “Plan Calles”, o el del “Plan Ortiz Rubio”, o el del “Plan de Agua Prieta”, o el del “Plan Zapata”, o el del “Plan Pablo González”.

Por las mismas voces y con el mismo supuesto de que cada uno de esos planes –radicalmente contradictorios–, representa la revolución y es su símbolo más perfecto y su cumplimiento total.

Pero, ¿qué se ha cumplido de lo que postuló la revolución en 1910?

El balance, hecho muchas veces, es profundamente insatisfactorio. Repetirlo ahora en todos sus aspectos, excedería los límites de estos comentarios.

\* Revista *La Nación*, año X, número 475, 20 de noviembre de 1950, pp. 2, 19.

Es profundamente insatisfactorio comparando lo realizado con lo prometido; pero más insatisfactorio aun cuando el otro término de la comparación es la posibilidad de México. Frente a esa posibilidad, magnífica en todos sentidos, aún la más ambiciosa interpretación del programa revolucionario –ya no su pobre y escaso cumplimiento–, resulta mezquina y elemental.

Las reformas sociales, económicas y políticas que la Revolución postuló inicialmente, y las que más tarde los regímenes revolucionarios han prometido como secuela o consecuencia de aquellas iniciales, son, en efecto, puestas en contraste con la potencialidad material y espiritual de México, de una increíble superficialidad, fruto de un desconocimiento querido o involuntario del caudal de recursos naturales, de tradición, de cultura, de valores humanos, que tiene la Nación.

Esa pobreza se explica en los primitivos programas revolucionarios de 1910. Fueron, como pasa siempre en casos similares, expresión en sentido contrario, de los males más obvios e inmediatos que entonces pesaban sobre la Nación, pero pasada la etapa inicial, resulta imperdonable que los llamados herederos del régimen revolucionario, aparte de no haber cumplido el programa mínimo del principio, no hayan podido ver, siquiera, las magnas posibilidades ya no negativas, sino positivas, que México ofrece para proyectar y acometer empresas inmensas de progreso y de bien común.

Baste pensar en que, a 40 años de distancia del comienzo de la revolución, todavía en materia social ni siquiera se inicia la fundación de instituciones de reforma que países “reaccionarios” tienen establecidas desde hace lustros. Baste recordar la situación real en que todavía se encuentran los campesinos de México, burlados en cuanto a la tenencia de la tierra, abandonados técnica y económicamente, sin crédito, entregados a un caciquismo voraz e irresponsable y arrastrados por la corrompida maquinaria política oficial a interminables conflictos, a actividades antisociales, al abandono de normas de conducta que para ellos y para la Nación serían salvadoras. Y baste recordar que la

organización obrera sigue siendo frustrada, engañada, despojada, convertida en instrumento de la más baja e irresponsable política. Y que, cuando se logra que el régimen revolucionario acepte la creación de instituciones de reforma como el Seguro Social, lo hace con tan grande torpeza técnica, con tan pobre e irresponsable sentido administrativo y con concepto tan sectario y antisocial, que pone en grave riesgo no sólo la eficacia inmediata de la Institución, sino la suerte entera y el prestigio de la reforma social misma.

### **Sufragio efectivo**

Pero hay un aspecto del programa revolucionario que fue desde 1910 dato esencial de ese programa; que lo ha seguido siendo, verbalmente al menos, del programa de los gobiernos llamados revolucionarios que se han sucedido durante los últimos 40 años, que ha sido y es anhelo y exigencia fundamentales del pueblo y que, para la razón, es en efecto, punto principal y cimiento de todo esfuerzo de limpieza de nuestra vida pública la autenticidad de la representación.

Autenticidad de la representación que significa el camino único para lograr el cumplimiento de todas las demás instituciones constitucionales que sobre esa autenticidad están basadas; que significa el único medio para hacer que el Gobierno sea responsable, que el Estado se someta a la Nación, que los gobernantes sirvan apta y honradamente al bien común.

Y esa autenticidad de la representación que es, como queda dicho, raíz y condición de una convivencia decorosa, justa, ordenada y libre, reclama fundamentalmente un requisito, que es la libertad y el respeto del sufragio. Así, con acierto, lo entendió el pueblo en 1910. Así lo ha seguido creyendo y demandando con justicia. Por ello luchó y está luchando actualmente.

Pero el régimen que en ello muestra su radical debilidad, el abismo que existe entre él y la Nación, su carácter y su orientación verdaderos que no son el de representante genuino del pueblo ni al servicio del interés nacional, sigue

aferrado al ostenta de burla y de fraude del voto que es la única posibilidad de subsistencia de un régimen político que no ha sabido o no ha querido ganar la confianza, el respeto y el apoyo del pueblo.

Nunca como ahora, ha sido más cruel y cínicamente burlado el sufragio: nunca como ahora el derecho ciudadano fundamental ha sido más burdamente desconocido y pisoteado. Y es mucho decir, porque desde hace 40 años el régimen revolucionario no ha cesado de escarnecer el voto. Pero hubo una larga época, hasta 1924 y quizá hasta 1959, durante la cual pudo decirse con algún remoto fundamento, que no era posible por razones militares o de desorganización de la vida civil, por la falta de un movimiento cívico orgánico, que se diera plenitud de eficacia al sufragio popular. Pero de 1939 en adelante no queda siquiera una sombra de pretexto para está incesante violación del voto público. Y desde 1939, cada vez han sido patentes de una parte, las posibilidades reales, indudables, de organizar el sufragio y la representación en México, y de otra parte la terca, corrompida obstinación del régimen en impedir esa organización del sufragio y, más aún, en descorazonar, en desorientar, en quebrantar el movimiento de ciudadanía que la exige con derecho indiscutible y con apremio creciente.

Ya no hay los caudillos en pugna que sustituían la decisión del pueblo por la suerte de las armas. Murieron los principales y los otros se enriquecieron los viejos y decepcionados, están en el olvido. La República ha estado en paz y el militar que más la amenaza ahora, es el señor Sánchez Taboada; pero éste lo hace por cuenta del gobierno, aparentando presidir el departamento ilegítimo de imposiciones y de corrupción que es el PRI. No hay, pues, problema de desorden militar.

Tampoco lo hay de desorden civil. No quedan, en efecto, en los gobiernos de los estados, jefes políticos capaces de una batalla contra el Poder central. Sólo hay virreyes, compadres, socios, gestores o administradores locales de la banda y de sus intereses. Tampoco hay líderes de campesinos o de trabajadores. Los viejos que no fueron excluidos, se agotaron en “machicuepas”



y “pasteleos”. Perdieron autoridad moral y prestigio. Cambiaron el tesoro de su responsabilidad como directores y defensores de los campesinos y de los obreros, tesoro moral incomparable, por el más concreto y substancioso –aunque siempre en la categoría de plato de lentejas comparado con el otro–, del manejo irresponsable de los fondos y de los asuntos colectivos, de las chambas y puestos públicos quedando bien con los cambiantes potentados de los municipios, de los gobiernos locales, del Gobierno Federal; de las conexiones con fuerzas internacionales que hacen reputaciones, dan viajes y granjerías y proporcionan una fuerza que no se puede recibir de los campesinos y obreros mexicanos traicionados.

Por otra parte, probándolo plenamente en las más adversas circunstancias, el pueblo de México ha adquirido capacidad cívica. Hay ya una conciencia ciudadana; hay una voluntad resuelta de participación en la vida pública; hay, inclusive, –a pesar de toda la acción contraria del Gobierno y sus agencias, a pesar de una continua conspiración de silencio, a pesar de la desorción de muchos que debieran ser autoridades sociales, a pesar de una campaña continua de desorientación, de negación, de calumnia– una manifiesta posibilidad de organización cívica que sería ya suficiente para asegurar la eficacia de un sistema electoral y que muy pronto, removidos los obstáculos que hoy existen, alcanzaría madurez plena y sería substancia magnífica de una vida pública iluminada.

### **La necesidad nacional más apremiante**

México sigue enfrentándose con sus problemas tradicionales no resueltos todavía y en muchos casos agravados. Nuestro País tiene que hacer frente, también, a los nuevos problemas de un mundo en crisis, como nunca, tal vez, disidido y confuso. Jamás ha necesitado tanto de su unidad interior, de la definición de su ser, de sus convicciones, de sus programas; de la claridad, de la rectitud, de la suficiencia, de la justicia, del decoro de su propia vida; de una ciudadanía

consciente, organizada, responsable, y de un gobierno auténticamente emanado de esa ciudadanía y capaz de representarla, defenderla y guiarla; de vigilar con infinito cuidado los peligros que amenazan a la Nación, de subordinar todo interés sectario o de grupo al bien nacional, de presidir y encauzar el inmenso esfuerzo colectivo, unánime, indispensable para la subsistencia de la Nación, de los principios que forman el núcleo de su ser.

Y todo ello no podrá lograrse mientras en la base misma de la convivencia nacional esté el robo de votos. Las diferencias más intensas de opinión, pueden resolverse siempre en acuerdos inspirados por el bien común. Las diferencias económicas sociales, políticas, aún raciales y religiosas, pueden no destrozarse la unidad de un pueblo. Pero la falsificación de las instituciones esenciales, el fraude en la representación, el robo de voto –ya se ha dicho–, sí desgarran inevitablemente a la Nación cuando ésta, como México, basa todo el régimen de su vida colectiva y funda toda la autoridad, en la representación genuina, en el sufragio efectivo.

No tenemos derecho de engañarnos. Ciudadanos, prensa, gobierno. La necesidad nacional más urgente es esta de hacer posible garantizar la representación auténtica. Y el daño mayor y más irreparable que a México puede hacerse ahora, es el de seguir difiriendo esa reforma política capital, porque con ello, ineludiblemente se introduce en nuestra convivencia el veneno mortal de la mentira, del fraude, de la corrupción, de la irresponsabilidad, de la desunión irremediable, del capricho y del apetito y del interés personal sobre la norma y el deber y el bien común.

No es la designación prematura de un candidato a la presidencia, cualesquiera que sean los argumentos “realistas” que se invoquen al efecto, lo que hoy se necesita; no es la formulación de un programa de riegos o carreteras o puertos lo que urge con mayor apremio; no es la depuración de la administración de justicia; no es el combate contra la inflación; no es cualquiera de los otros muchos asuntos de inmenso interés para México, lo que hoy ocupa el primer

lugar en el programa de las necesidades nacionales. A todo ello hay que atender y a muchas cosas más; pero para poder hacerlo de verdad, aptamente, hay que cumplir primero el esfuerzo simple y esencial al mismo tiempo, de suprimir el fraude, la mentira, la violencia en lo que es el corazón mismo de nuestras instituciones: la representación, el sufragio.



## OTRA GUERRA

### **Corea**

La situación en Corea, por la directa intervención de China, se ha vuelto no sólo militarmente compleja, sino políticamente orientada a extender el conflicto y a hacer inevitable el planteamiento abierto de la pugna que puede producir una nueva guerra mundial, la tercera en una generación.

Casi sin solución de continuidad, el mundo entero ha estado desde 1939, o bajo el impacto directo de la lucha violenta, o bajo su impacto económico, social y psicológico. El fin de las hostilidades con las naciones del Eje no indicó la terminación real de ese impacto ni el comienzo de una etapa nueva de construcción, de reordenamiento eficaz del mundo para la paz.

Los gravísimos y todavía incomprensibles errores cometidos por quienes fueron directores de las Naciones Aliadas durante la guerra con el Eje, se hicieron manifiestos al día siguiente de concluir las hostilidades contra Alemania, Italia y Japón. La cruel imprevisión de la “rendición incondicional”, la creación de resentimientos inagotables en virtud de un programa que más pareció ser de venganza que de justicia, y el error funesto o el propósito culpable de haber

\* Revista *La Nación*, año X, número 477, 4 de diciembre de 1950, p. 2.

tomado como posible semilla de alianza y de orgánico entendimiento futuro para la reconstrucción del mundo, lo que sólo fue un alineamiento precario de fuerzas para la guerra, han dado su fruto lógico de incertidumbre, de inconformidad, de confusión, de constante surgimiento de nuevos conflictos, de imposibilidad absoluta de crear el orden justo y pacífico que el mundo anhela.

Además, las reiteradas violaciones que esos directores de las Naciones Occidentales cometieron en el pasado respecto de los principios básicos que son la médula misma de Occidente, han destruido o quebrantado la confianza de los pueblos y han engendrado en grupos sociales importantísimos, una confusión mental sin precedente en la historia.

### **La ONU**

Y así, el entendimiento para la nueva organización mundial en la ONU, está paralizado. Incapaz de definición de principios y programas; constantemente detenida por una regulación interna inepta para la decisión; sin coherencia íntima, la ONU, tanto o más que la antigua Sociedad de las Naciones, carece de posibilidades de evitar la guerra.

La Sociedad de las Naciones tenía, cuando menos, raíces bien hondas en un noble anhelo mundial de Derecho, de Democracia, de Paz. Y tenía metas y propósitos bien precisos y definidos. Y tenía decoro intelectual y moral. La ONU nació como prolongación de los alineamientos precarios y mezquinos hechos durante la guerra. Sus objetivos, carentes de elevación, se vuelven más pobres porque contienen las más graves confusiones intelectuales y políticas de nuestro tiempo. Y en cuanto al decoro, baste recordar que las sesiones de los diversos organismos de la ONU son más inorgánicas, más disparatadas, más manifestación de maquinación y de apetito que las peores sesiones de los más lamentables parlamentos políticos. Los métodos de deliberación, son el insulto abierto, la acusación sin temor a la calumnia, la agría disputa sin límites de tiempo, de sentido, de forma. Y las decisiones, manifiestamente, cuando no

detenidas por desviaciones o por vetos absurdos, son simple manifestación de un juego político que ya ni siquiera se hace entre bastidores y que es solamente un nuevo esfuerzo de alineamiento transitorio frente a la amenaza de una nueva guerra.

Cuando más indispensable sería una proclamación encendida y sincera de los principios vitales; cuando más urgente sería la definición de los conceptos básicos –democracia, libertad, justicia, colaboración internacional, paz–; cuando ya la inminencia de un conflicto nuevo, hace inaplazable la expresión de ese núcleo vital de convicciones, de deberes, de derechos esenciales en torno del cual puedan unir su esfuerzo los hombres y las naciones, en la ONU continúa desenvolviéndose trágicamente el proceso de engaños, de acusaciones mutuas, de injurias, de confusiones, de obscuridad.

Todavía en estos días, al señalar la gravedad extrema de la situación que amenaza destruir hasta la última esperanza de una organización internacional pacífica, el Secretario de Estado Acheson, según los datos de la prensa, anuncia ocho puntos de un programa para hacer frente a esa amenaza, sintomáticamente pone al último el relativo a la proclamación de las normas morales que deben regir la vida internacional, cuando los otros siete puntos –colaboración con la ONU, formación de grupos regionales, colaboración económica entre las naciones, acción colectiva contra la agresión, etc.– no pueden tener viabilidad sino a condición de que, primero y esencialmente, haya la adopción sincera, completa, a fondo, a esas normas morales.

## **México**

Y como en 1939 –y más aún que entonces, ya que México no tenía entonces contraída una obligación oficial directa y ahora sí la tiene– nuestro país ha de sufrir las consecuencias del conflicto.

¿Qué ha hecho el México oficial para ayudar en la remoción de las causas de ese conflicto? En vez de volver los ojos al México real que debiera ser su

substancia, del que debiera ser representación y en el que el México oficial habría encontrado convicciones, anhelos, principios morales y jurídicos definidos, valiosos, expresión de la más pura y más alta cultura de Occidente, el mundo oficial ha seguido, en lo internacional como en lo interno, la pobre, confusa y raquílica tradición de un frente-populismo cobarde, indefinido y radicalmente opuesto a los valores esenciales de la nacionalidad y de Occidente.

Lo mismo en la reunión de Río de Janeiro que en la reunión de Chapultepec, en las reuniones de la UNESCO, que en las reuniones de la ONU, nuestro mundo oficial –y eso lo ha venido sosteniendo *La Nación* constantemente–, ha desertado de la misión que le era obligatoria como representante del pueblo mexicano cuando no se ha sumado a conspiraciones y a ideologías que nos son ajenas, sino incapaz de proclamar y hacer valer esos anhelos, esas convicciones y principios jurídicos y morales básicos que además de ser la mejor expresión de nuestra nacionalidad podrían haber sido, en la organización de América o en la ONU misma, el núcleo vital a que antes nos hemos referido y en torno del cual habría sido posible crear de verdad las bases de un nuevo entendimiento continental o internacional macizo, justo, generoso, eficaz.

En éste como en todos los demás capítulos de la vida nacional, una deficiencia irremediable, la falta de representación auténtica, ha hecho que la voz de México no se haya alzado con el vigor incontrastable que podría tener por la innegable validez de sus afirmaciones y exigencias. Esa misma falta de autenticidad en la representación, ha hecho que aún los acuerdos certeros adoptados por la organización internacional –como el relativo a la nueva Declaración de Derechos del Hombre–, estén todavía sin recibir aplicación en nuestro País. ¿Cómo puede el México oficial pedir con autoridad en lo internacional democracia y libertad, cuando en lo interno se pisotea y se defrauda la institución democrática básica que es el sufragio y se mantienen en la Ley los preceptos persecutorios contra las libertades esenciales a la persona humana?



Así llegamos a este tremendo momento crucial. Miembros de una organización internacional informe, desgarrada, carente de la espina dorsal de principios morales y de normas jurídicas y, en lo interno, desgarrados también por la falta o el desdén, o por la negación de esos principios y normas, por la falsificación de la representación, por la burla del sufragio.

Tal vez sea tiempo todavía, en lo internacional, de recordar y hacer valer –como ha venido haciéndolo constantemente la más alta Autoridad espiritual del mundo–, esos valores morales y jurídicos esenciales, únicos que pueden dar posibilidad y vigencia a un orden justo y pacífico entre los hombres y entre las naciones. Los que ostentan la representación de México deben y pueden aún, empeñarse en lograr la proclamación, la adopción de esos valores.

Y en lo interno, para nuestra propia vida, para hacer frente al impacto feroz de una nueva guerra, para asegurar la unidad nacional indispensable, para organizar con justicia, libertad y suficiencia nuestra propia vida, es inaplazablemente necesario organizar la ciudadanía; hacer posible, libre y respetado el sufragio; garantizar la autenticidad de la representación y, sobre esos cimientos que no tienen sustituto posible, acometer de verdad la reforma social, asegurarnos una economía de suficiencia, tener una administración responsable, apta y limpia; garantizar las libertades esenciales y estar en posibilidad de defender nuestro ser como Nación.

Este es el camino, esta es la tarca, esta es la exigencia apremiante y justísima de México. Nada sino los más mezquinos y despreciables apetitos, puede oponerse a esa exigencia. Su satisfacción es deber y derecho de todos y de cada uno de los mexicanos. Pero es, muy especialmente, deber inexcusable y gravísima responsabilidad de quienes ocupan la autoridad.



MÉXICO EN LA OPINIÓN  
DE MANUEL GÓMEZ MORIN

1946 – 1950

ARTÍCULOS

Compiladores: Carlos Castillo y Jesús Garulo

FUNDACIÓN RAFAEL PRECIADO HERNÁNDEZ

Diseño y formación:  
José Luis Torres Vargas

Cuidado editorial:  
Jonathan Sánchez López Aguado





MÉXICO EN  
LA OPINIÓN  
DE MANUEL  
GÓMEZ MORIN  
ARTÍCULOS 1946 – 1950



Compiladores  
CARLOS CASTILLO / JESÚS GARULO